

Luciano G. Egido
TIERRA VIOLENTA



Lectulandia

En una Salamanca entrañable y otoñal, un puñado de personajes insatisfechos con su vida buscan algo o a alguien que los saque de su angustia, aun a riesgo de convertirse en seres atroces: un amo y un criado, que se odian mutuamente, un vaquero que en un intento de ganarse mejor la vida se convierte en matón a sueldo, matrimonios fracasados que echan mano de la violencia como válvula de escape, comunidades de vecinos atrapadas por odios ancestrales, neonazis que se ceban en indigentes y músicos callejeros, curas capaces de recurrir a lo más vil para ocultar sus debilidades, niños rebeldes que se escapan de casa, en busca de una libertad efímera... Hasta que, de repente, como un castigo bíblico, una imparable tromba de agua transforma el paisaje urbano, anegándolo sin piedad y empujando a la población a situaciones límite que exacerbaban sus peores instintos. Nadie saldrá indemne y ya nada será igual en la ciudad devastada.

Lectulandia

Luciano G. Egido

Tierra violenta

ePub r1.0
turolero 12.09.15

Título original: *Tierra violenta*
Luciano G. Egido, 2014

Editor digital: tuolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Andrea, lectora ideal, universitaria, culta, burguesa,
inteligente, frágil, cristalina, generosa, ecuaníme
y franco-española por amor*

La tierra estaba llena de violencia.

Génesis, VI, 11

Representar algo que existe realmente por algo que no existe.

Daniel Defoe

Lo demás del libro, todo está hecho a base de realidad.

Pío Baroja

Una historia sólo merece ser contada cuando las palabras no pueden agotar su sentido.

Julián Ríos

Primera parte

Todos los días, el odio se despierta conmigo. Mientras la noche se escapa por las rendijas de la ventana, recupero la conciencia de mi cuerpo, si es que a esto se le puede llamar cuerpo, y sus muchos fallos, flaquezas y carencias, y con ella me vuelve la sucia memoria de mi vida. Mientras amanece voy recordando, sin querer, los motivos de este odio antiguo, que me reconcome, renovado cada mañana, desde hace mucho tiempo, que no puedo evitar ni sé cómo desprenderme de él ni qué hacer para que no siga creciendo. Porque el odio es mi segunda naturaleza. Mientras me despierto del todo, y a falta de algo mejor, me entretengo en reconocer los contenidos de mi odio. No sé si a los otros les ocurrirá lo mismo. Pero lo disimulan muy bien. Aunque quizá nadie tenga tantos motivos para odiar como yo. Pero a mí me sobran. No me puedo quejar. Casi nació conmigo, desde que me recuerdo, y cada día los motivos se confirman. Se renuevan. Una cara, un gesto, una palabra, un nombre o una noticia avivan el proceso de mi odio. Si viviera en una isla desierta, en un planeta aparte, quizá podría liberarme de esta carga. La visión de un ser humano me irrita, la proximidad de un cuerpo me saca de quicio. Después de más de setenta años, ya no tengo remedio y debo llevar a costas este lastre para los restos, que no irán lejos. Porque, desde hace mucho tiempo, ya estoy harto.

Voy enumerando los motivos de este odio tentacular, con gusto masoquista. Odio mis pies inútiles, mis piernas como sacos vacíos, mi piel boscosa, color mantequilla rancia. Odio mi cuerpo deforme, que no me da ni una sola satisfacción, y lo siento como un engorro, a medida que voy recuperando mi conciencia; cada mañana; odio cada parte de mi organismo; lo siento dentro de mí, me habita, estoy condenado a él, quiero distanciarlo; pero no lo consigo. Me avisa de sus dolores escondidos en algún rincón de mis entrañas, que se escapa a mis pesquisas y a mis conocimientos; me asaltan temores indefinidos, síntomas alarmantes, cada día descubro nuevas amenazas, nuevas quiebras; no quiero vivir, pero, sin embargo, me aterran estas premoniciones de mi próximo fin, porque ya no tengo escapatoria. La noche me engaña, me alivia; pero, con la luz del nuevo día, todo son certezas, confirmación de mis sospechas. Noto que cada día estoy más débil, más acabado, sin haber empezado nunca, y no puedo evitarlo, a pesar de mis esfuerzos; odio mi impotencia, no puedo hacer nada, mientras la claridad de la mañana va colonizando mi mundo inerte, a merced de todo y de todos, no quiero abrir los ojos para no ver el decorado del día que me aguarda, no quiero entrar en el juego de mis engaños, de mis onerosas esperanzas. Amanecer es redescubrir las razones de mi odio.

Una fina corbata de luz despierta las vigas del techo, la cal de las paredes y la mancha oscura del cuadro que hay a la cabecera de mi cama, una mala copia de una Virgen de Rafael, traída por mi madre y su bendita fe de carbonero. La silueta de la lámpara de la mesilla de noche, que va entregando muy lentamente su perfil nacarado, confirma que todo está en orden, incluido mi asco por su figura, por sus

ridículas pretensiones de *art déco*. Empiezo a ver la forma y el color de la colcha de mi cama y adquiero la seguridad de lo que soy, en medio de la oscuridad en retirada. Vuelvo a cerrar los ojos para prolongar el milagro que asiste al nacimiento de otro día y siento no creer en Dios para agradecerse, porque esto me haría entrar en paz, en la luz creciente de esta apoteosis. Eso que me pierdo. Pero tampoco eso lo puedo elegir. No tengo libertad para nada. Querría saber qué es la libertad. Un día leí en Pessoa, «No el placer, no la gloria, no el poder: la libertad, únicamente la libertad». Pero yo no conozco ninguno de estos excesos y, menos que ninguno, la libertad.

Una rendija luminosa desvela la ventana y van apareciendo, con lentitud de rito oriental, la imponente masa del armario, la petulancia de la cómoda ventruda e historiada, soportando el zoo en miniatura que cubre la encimera, la descalzadora con mi ropa en desorden y un cepillo de la ropa que naufraga sobre una silla Luis XV, herencia de un presuntuoso antepasado mío, que debía de estar loco para comprar esta silla y asentar sobre ella su trasero. El dondiego, con mi chaqueta colgada, sin piernas, me recuerda mi cuerpo baldado, disminuido, cortado por la mitad. En el techo se insinúa la lámpara, como un planeta solar, que espera a la noche para acceder a la luz. El relieve de los muebles me levanta, en el sopor de los primeros instantes, el decorado de mi vida, que no ha cambiado desde que me conozco, como si quisiera demostrarme que, lo que es, seguirá siendo, y que lo que fue volverá a ser, y que me espera un día como cualquier otro de mi puteada vida de infeliz, sin remedio, inválido desde los siete años, condenado a la silla de ruedas, dependiente de otras piernas para andar, de otros brazos para moverme, objeto de curiosidad en la calle, entre gentes, que evitan mirarme, como si fuera un apestado o, lo que es peor, que me observan con sorpresa y puede que con desprecio, como si yo tuviera la culpa. Y, todavía peor, con indiferencia, como si yo fuera un papel en el suelo, abandonado a su insignificancia marginal.

Una señal biológica, con vida propia, que no domino, pero que está atenta a manifestarse, me despierta de madrugada, y asisto, quieras que no, a la recuperación de la ciudad, que va apareciendo detrás de un campaneo que pretende ser alegre, pero que no es más que inoportuno, molesto, que se mete en mis oídos, como el anuncio de una desgracia o la ratificación de una condena. Me imagino la ciudad dorada en el primer azul de la mañana, con sus torres erguidas entre las brumas del Tormes. Es una confusa sucesión de ruidos, que presagian la existencia de una humanidad doliente, que se apresta a repetir sus errores. Siento en el aire la humedad del relente mañanero. Abro los ojos al verano claudicante y me encuentro los signos ciudadanos de siempre, pasados por el colador estival. No puedo dejar de pensar que estoy otra vez asistiendo a la salida del sol en Salamanca. La claridad vuelve a iluminar esta vieja casa del barrio antiguo. Cada amanecer es distinto; pero siempre lleno de malos presagios. He aprendido a distinguir la luz naciente de mayo, que explota contra los visillos, con descaro adolescente, muy diferente de la lenta maduración de la mañana en diciembre, que se abre con precaución de enfermo y timidez de pasos de ciego.

Se va el verano y vuelve el otoño. Como todos los días, el mundo empieza cuando abro los ojos a la luz de esta ciudad que no guarda secretos para mí y que odio, desde siempre y por muchos motivos. Y no tengo ni que explicarme las razones. Que me sobran, que me abruman, como una imposición de mi inconsciente. Nada me impide abandonar esta existencia, que ya no tengo mentiras para justificar, como durante tantos años he hecho, engañándome a mí mismo, dándome esperanzas que perdían fuerzas apenas nacidas. Como un engañabobos para tontos de nacimiento. Querría que alguien me diera un solo motivo para vivir. Durante la noche me puedo engañar, me olvido de lo que soy. Pero, a estas horas, con la luz creciendo y yo renaciendo, otra vez, no puedo engañarme, me veo como soy, una lamentable piltrafa humana, hecha de la memoria de mis torturas, de la que no puedo escapar, como de mi silla de ruedas, que me produce la sensación del movimiento.

Si yo desapareciera, no se perdería gran cosa, y si esta ciudad desapareciera, tampoco. Nada más despertarme, como una regurgitación de un estómago encrespado, me viene de golpe el sabor del odio, un odio de pozo negro, que no puedo evitar y al que me he acostumbrado, como a mi invalidez, como a mi impotencia, como a mi marginación. Aquí vine a la vida y debería amar a mi ciudad, como han tratado de convencerme y, según los cánones del buen juicio, como todo el mundo bien nacido está dispuesto a aceptar. Pero ni tengo buen juicio, ni soy bien nacido. Desde que me conozco estoy encerrado en los símbolos de Salamanca y en sus gentes, en su frío desapacible y en el sonido de sus campanas de misa del alba, como un preso condenado a cadena perpetua, que yo no he elegido. Compruebo que estoy en el lugar de toda mi vida y me imagino el paisaje, que me espera, que no ha cambiado nada, desde hace setenta años, y que me aburre con un aburrimiento mortal de seminarista.

El médico me ha dicho muchas veces que no piense tanto, que me relaje, que dé paseos largos y que tome Valium, que sea positivo, que vea el lado bueno de las cosas, pero yo no veo por ningún lado el lado bueno de las cosas y llevo tiempo buscándolo. Creo que sus consejos no son más que palabras que caen sobre un campo estéril, acostumbrado a la infecundidad, sin estímulos suficientes, encerrado en las obsesiones más negras y más negativas. Tendrían que fundirme de nuevo para que pudiera vivir tranquilo en ese mundo idílico que me proponen y que no encuentro por ninguna parte, por más que lo intento. Para arrancarme de la memoria de mis peores días, el reguero de mis experiencias más deprimentes, que me han hecho tragar, como una pócima vomitiva. Y no me voy a atiborrar de pastillas para olvidarme de quién soy; porque tengo derecho a saber quién soy y cómo soy.

No puedo dejar de pensar, diga el médico lo que quiera, que fui un niño feliz y que mi vida se ha levantado sobre las ruinas de aquel niño, que perdió pronto la inocencia. Sé que a los siete años me expulsaron del paraíso, sin haber hecho nada malo, y me arrojaron a un mundo hostil, hosco e inhóspito, en el que todo se movía salvo yo. Desde entonces lo echo de menos. Supe, muy pronto, que era una víctima y,

más tarde, descubrí que ese estado de víctima era el estado natural de todos los hombres, consustancial a su condición, aunque ellos no lo vean y quieran negarlo. Nací, con plena conciencia, a la idea de la injusticia y del absurdo y me temí nuevas desgracias, nuevos castigos, sin motivo alguno, viviendo a la sombra de una catástrofe inminente, de la que la muerte no es la peor. A la intemperie.

Con la campanilla, llamo a Mariano, mi edecán, para que me levante. Como siempre, tarda en venir y le tiro un campanillazo, que es lo menos que puedo hacer, cuando aparece sonriente, sumiso, anodino, torpe y feo, apresurado y baboso, lacayo, con todos los estigmas de su clase, con ojos de sueño, el pelo revuelto, sin lavarse la cara y a medio vestir, remetiéndose la camisola en los pantalones, con una vulgar y previsible disculpa en los labios oscuros. Por desgracia, el campanillazo no le acierta en la cabeza. Tengo que sufrir sus groseros brazos en mis sobacos indefensos y el gesto torcido de su esfuerzo, al cogerme en vilo, a pesar de que peso menos que un pajarito. Soporto el hedor de su cuerpo, recién levantado de sus sábanas sudorosas y de su dejadez higiénica. Me manipula como a un muñeco y no hace más que pedirme perdón, con su voz gangosa y compungida, por sus descuidos, que son múltiples, y su onerosa falta de habilidad manual, que no hace nada por corregir. No aguanto su falta de tacto. No soporto su debilidad muscular, los golpes que me da en las rodillas, su tardanza en ponerme los calcetines y los zapatos, que me humilla. Me irrita su obsequiosidad de pobre menesteroso, su despreciativa mirada a mi sexo arrugado, como un higo, cuando me pone los calzoncillos, que se olvida de cambiármelos todos los días y tengo que advertírselo a voces. Colma mi irritación su falta de cuidado para vestirme, la estupidez de sus bromas vulgares. Sufro su proximidad, su áspero contacto, su mal trato, me da asco que pase su sucia mano por mi frente para ordenar mis greñas nocturnas. Me saca de quicio su saludo mañanero, falsamente desenvuelto y jubiloso, de «Buen día nos espera, Señor», que lo dice con mayúscula. Me repugna su presencia. No lo despido, porque, después de media docena de experiencias, cada una peor que la anterior, me he dado por vencido. Me pongo en su lugar y lo compadezco. Yo no soy el amo ideal, ni siquiera un ángel para andar por casa. Pero tampoco ellos son los criados perfectos.

Sentado en mi sillón, junto a la ventana de mi cuarto, todas las mañanas, recupero, para mi desesperación, la visión de la piedra dorada de la ciudad de las citas fáciles y los tópicos de la pedantería, que lleva siglos destilando el veneno de sus sugerencias metafóricas, como el pus de una herida infectada, con color de caca de niño o de vómito de enfermo hepático, con la bilis incluida, y que me asalta desde un edificio sin gracia, que tengo enfrente de mí, sin posibilidad de evitarlo, una casa de funcionarios de medio pelo, con el portalón del garaje a la izquierda, por donde desfilan, a primera hora de la mañana, los coches de la presunción y la bisutería social. Algunas ventanas de la casa están abiertas a aquella hora, ventilando los interiores de los malos sueños y de los malos olores. Una mucamita bisoja, achaparrada y renegrada, con gesto hostil, se asoma a orear unas sábanas, como si

agitara la bandera de una paz imposible, de un reclamo agonizante. Lo hace todos los días, como si la obligaran a hacerlo, con idéntico aburrimiento. El día está despertando el calor pegajoso del verano, que se agarra a las paredes de la calle y a la sombra de los pocos árboles que las desnudan, como una lepra invisible, que se negara a desaparecer.

Para mi desgracia, como una fantasmagoría onírica, aparecen, inevitables y señeras, solemnes y enfáticas, las torres de la catedral, orgullosas, oprimentes, vacías como cáscaras de huevo y desafiantes como un insulto episcopal. No quiero verlas, que me las quiten de la vista, no quiero confirmar que no se han ido, para no aumentar mi repugnancia por esta ciudad, de la que son símbolo y signo. Para mantener un poco de tranquilidad en mi sistema nervioso, erosionado por tantas sensaciones desagradables, desde las primeras horas del día. Pero son ineludibles y tiranizan la mirada que las rechaza, que las rehúye y que finalmente es derrotada por su altanería, por su masa sólida de poderosa piedra gravitante, exhibida como un fruto natural de la sucia conciencia de la historia, que producen al contemplarlas una impresión más de presuntuoso fracaso y de inutilidad ejemplar. Aunque cierre los ojos, las sigo viendo en mis pupilas, heridas por la luz temprana, fijadas en mi cerebro, abrumado por su augusta prepotencia tridentina. Porque las piedras no se pueden humanizar.

No me gustan, como tantas cosas de esta ciudad. Estoy cansado de decir No, a todas horas y por cualquier motivo. Yo no tengo la culpa de haber nacido aquí. No lo elegí y de haber podido elegir, me lo hubiera pensado dos veces. Tampoco tengo la culpa de haber pasado mi niñez, inerme y desvalida, entre el sonido de las campanas, que me agredían sin avisar, y el olor del incienso, que me perseguía, como un remordimiento, cuando cruzaba por delante de las muchas iglesias, que ensombrecen la ciudad. Tampoco soy culpable de las marchas militares, tan frecuentes en mis primeros años, con alardes de fusiles y correaes, uniformes y gestos adustos, que me daban miedo. Ni de las historias que contaban en casa sobre fusilamientos al amanecer, en El Calvario y junto a las tapias del Cementerio Municipal, que obsesionaron mis noches infantiles, que creían oír, junto a la cama, las descargas asesinas. Ni del espectáculo funambulesco de los heridos de la guerra, por la calle, con manchas de sangre en su vendas, traspasando el algodón, ni de los inválidos, con sus muletas primitivas, de madera, sin devastar, sus brazos en cabestrillo, con un pañuelo atado al cuello, y aquel hombre sin piernas, que se trasladaba en una silla de ruedas motorizada, que fue la primera que vi en mi vida, sin saber lo que me esperaba. No soy responsable de haber vivido mi adolescencia y mi juventud bajo una guerra civil interminable, que guardo en mi memoria. Dije «No» muchas veces y lo seguí diciendo, hasta hacerlo mi costumbre.

Me abruma los recuerdos, me ahogan las fechas, me aplastan los nombres. Estoy prisionero de una herencia, que no he podido evitar y de la que quiero librarme. Me rodea, pastorea mis sueños y convierte mi descanso en un lugar imposible. Quiero

salirme de mí y empezar una vida sin pasado y sin historia. Quiero irme ya; pero no puedo. Tengo que seguir en manos de esta ciudad, de este país y de Mariano y sus coces de mulo resentido, del cretinismo moral de su clase. No puedo evitar oírlo a mi alrededor, como un moscón, ronzar sus descuidos, patear sus astucias, envilecer sus miradas, ensuciar el aire que compartimos y hacerme cómplice de su vocabulario de mal gusto, soez y arrabalero. ¿Hará falta decir que lo odio?

Como todos los días, el día empieza mal, por si me había olvidado. Las humillaciones del cuarto de baño no quiero recordarlas, para no aumentar su efecto devastador; pero se repiten, como el cumplimiento de una sentencia. Después, me traen la leche fría del desayuno y, cuando se lo advierto, me la devuelven hirviendo. Mariano debe de odiarme, como yo me odio. A pesar de sus torpes zalamerías, sin gracia. Pero, como le pago buenos euros, soporta mis impertinencias, sin dignidad. Intenta ponerme la mantequilla en el pan tostado, que está quemado, como el carbón, o sin tostar, porque la cocinera también debe de odiarme y no pierde ocasión de demostrármelo. Y le arrebató el cuchillo de sus manos hoscas, peludas, morenuzcas, de gruesas uñas sucias, de genealogía de pobres, manos de cavar la tierra, acostumbradas a la manquera y hechas a la tornadera del estiércol. El zumo de naranja está sin colar y me viene lleno de grumos y de pepitas, que me repugnan. Me pelo la fruta y el bacon frito está helado. Recuerdo que alguien dijo que freír un huevo es una ciencia y un arte, que requiere conocimientos y habilidades, que evidentemente no posee la cocinera.

Mientras estoy desayunando, se me va el sol, oculto por alguna nube. Ni siquiera se me ha permitido este consuelo, que entraba por el balcón hasta la mesa del comedor y que calentaba mis pobres huesos ateridos, secos de años, acreedores de las malas comidas de la posguerra, faltas de calcio y proteínas y abundantes en hidratos de carbono. El cielo se ha enfurruñado, como si también él estuviera a disgusto. Ya pasó el fugaz veranillo de San Miguel y estamos viviendo un mes de octubre desangelado, que no acaba de definirse entre los últimos restos del verano y las primeras advertencias del otoño, con las hojas de los árboles por los suelos y los primeros amaneceres destemplados, sin que el agua haya purificado el ambiente estival, ni lavado las calles ni aliviado los pulmones de la larga sequía. Han empezado a pasar algunas nubes volanderas, que podrían traer una buena otoñada. Pero cruzan el cielo, camino de Extremadura o de Portugal. La ciudad ensaya otro modo de ser desagradable, acentuando su lado penitencial y ascético, para que recordemos nuestro destino de víctimas.

Y encima no llueve.

Esto va a terminar mal, muy mal, pero que muy mal. Como el rosario de la aurora. Ayer estuvo en un tris de que lo tirara por las escaleras. Ya no puedo más. ¿Qué se habrá creído, este jodío capado, que no tiene ni media bofetada? Empieza a tocarme

las narices y estoy que no me lo aguanto. Hasta los mismísimos, como quien dice. Todo tiene un límite y yo he llegado al límite. Cualquiera día hago una barbaridad de las sonadas, de las de salir en los papeles, se va a enterar de lo que vale un peine, ese tipejo de mierda, desgraciado, que no sirve ni para pata de mesa. Y luego, como si lo estuviera viendo, me echarán la culpa a mí, que llevo más de tres años de martirio, que ni respirar me deja, con más paciencia que el santo Job. Porque los pobres siempre nos la llevamos, siempre cargamos con los marrones. Como si nunca tuviéramos razón. Que me lo digan a mí, que estoy harto de callarme, echando chispas. Y luego dirán, aunque nadie me lo crea, que voy con este adefesio, que parece una caricatura de medio hombre, más malo que un dolor de muelas, por pura caridad, ésa es la verdad, porque me da pena su desgracia, aunque nadie me lo crea. Porque según ellos, sólo los ricos pueden hacer caridad, porque tienen dinero, como si no hubiera más caridad que la suya. Y los pobres que se jodan, como dice la otra. ¿Cuándo se ha visto un pobre bueno? En la vida, y yo llevo arrastrando a este tío la tira de años. Lo arrastro por toda la ciudad, porque me da lástima, porque yo también tengo mi corazoncito, como decía mi madre. Que si no, ya lo había dejado en la estacada hace tiempo, el muy desgraciado, y no sé si acabaré dejándole tirado, con un «ahí te pudras, cabrón». Por cuatro reales de miseria, a regañadientes, se cree que tiene derecho a todo, a abusar de mí, a disponer de mí a su antojo, sin más hacer que obedecerle, reírle las gracias, que maldita la que tiene, día y noche a su servicio, a sus caprichos de inválido, con más mala leche que un sacristán borracho. Y todo tiene un límite y yo estoy llegando. Y nadie sabe lo que me hace rabiar. Que si esto, que si aquello, que si lo de más allá, que si por aquí, que si por allí. Ya está bien, hombre. Que se la chupe su madre. Que yo no estoy por la labor. Que te conozco, bacalao. Como si lo hubiera parido. Que ya no me la da ni con queso. Todo son buenas palabritas, a todas horas, pero a la hora de la verdad ni cosco. Usted perdona, lo siento, ha sido sin querer, no me he dado cuenta, faltaría más, no volverá a ocurrir, descuide. Y, a la media hora, otra vez, como si no hubiera pasado nada. Y encima, ni me lo agradece, que es de ver, como si todo fuera poco y todos tuviéramos que rendirle pleitesía, con sus aires de gran señor, que ni por el forro. Que lo conozco bien. Y por ahí no paso. No vuelvo a pasar. Que ya tengo mis años y no estoy para estas bromas. Estamos llegando a unos extremos, que no puedo más. Es demasié, se lo juro, por la memoria de mi santa madre. Hay que verlo para creerlo. El otro día, sin ir más lejos, se empeñó en que le pusiera unas botas marrones, que le gustan mucho, que a mí me parecen una birria; pero, con esos desgraciados pies que tiene, que son como los de un niño pequeño y encima, ajuanetados y retorcidos, no hay manera. Pero él emperrado en que se las pusiera, como si tuviera que ir a un baile en Capitanía. Son dos morcillones, que no hay por donde cogerlos, ni cómo meterlos en las botas, que están hechas un bodrio, lo intenté de todas maneras, con mi mejor voluntad y lo mejor que sé, que nadie nace sabiendo, no como él que lo sabe todo, lo divino y lo humano. Pero ni él, con todo lo que sabe, podía ayudar, ni yo podía hacer

nada; estuvimos bregando lo suyo, que si por allí, que si por allá, que no hay tu tía, que no hay manera, te pongas como te pongas. Así es que salimos tarifando, después de más de una hora larga, jodiendo la marrana. Que lo que no puede ser, no puede ser. Las dichosas botas que no entraban. El tío gritando, cada vez más nervioso, como si yo tuviera la culpa. Todo lo que tiene de esmirriado, lo tiene de cabezón. Cuando se le mete una cosa entre ceja y ceja, te puedes morir. No he visto cosa igual. Chilla, como si lo estuviera matando. Vino hasta la cocinera, a ver qué pasaba. Y esto es cosa de todos los días. Que si no son las botas, son los zapatos y si no los calcetines, que todos le quedan grandes, hasta los de los niños pequeños. Y si no, la camisa o el chaleco, que todo le parece mal y todo hay que cambiárselo. Y luego es un desconfiado de la hostia. Siempre está con la mosca en la oreja. Que le roban, que ¿dónde está aquel jersey azul marino que sacábamos a la calle? Y no hay explicaciones que valgan. Me hace revolver Roma con Santiago, mirar por todos los rincones, vaciar todos los armarios. Le digo que lo dimos para ropa usada; pero no me cree. Está convencido de que se lo he robado o que lo he vendido. Todos los días cuenta la vajilla, que dice que es de plata, pero que yo creo que es de alpaca, y se pone como un bicho si falta una cucharilla. La cocinera lo teme y no sabe qué hacer. En el tiempo que estoy con él, no se ha perdido nada; pero él sigue desconfiado como un ciego. No se fía de nadie, a la cocinera no le perdona un céntimo de las cuentas de la compra, todo tiene que revisarlo, todo lo anota y todo tiene que mirarlo y remirarlo. No se le pasa ni una coma. Es de lo que no hay dos. No he visto nada igual. Como si le hiciera falta. Con todo lo que tiene. Y todo para el fisco, cuando se muera, que no puede llevarse nada, ni llenarse los bolsillos para el otro mundo, aunque, si pudiera hacerlo, lo haría. Menudo es. Como va en silla de ruedas, no gasta ni las suelas de los zapatos. No sé de qué tiene miedo. Pero el caso es joder la marrana, que lo sabe hacer muy bien y me trae por la calle de la amargura. Siempre está maquinando algo malo, no para, ni de día ni de noche, antes intentaba hacer lo que quería y tenerlo contento. Pero ahora sé que es inútil, que es inútil, que haga lo que haga lo haré mal. Así es que prepararlo para el paseo es para morirse. Todo le parece mal, ni que fuera de gachises. Que si el pelo, cuatro pelos que se los lleva el aire, que si la camisa, que todas le quedan grandes, como sacos de alfalfa, y ya es el colmo cuando quiere que le ponga la corbata, que es como la soga del ahorcado, yo no sabía ponérsela, pero me enseñó a hacer el nudo, que es un lío, me la quita de las manos y se la pone él, mal puesta, floja, torcida, arrugada, pero no puede salir a la calle sin ella, no tiene paciencia, grita y la pega conmigo, que tengo la obligación de aguantarlo, hasta que me canse, no hago vida de él, siempre tiene que tener más razón que un santo, es ridículo con sus chulerías, sus enfados, el día que me canse le doy una voz que lo plancho contra la pared, habrase visto cosa más tonta, tiene que ponerse de tiros largos para ir a la Plaza, para que todos lo miren y se rían de él en sus narices, con el asco que se merece, que tenía que quedarse en casa, sin que nadie lo viera, con su cara de cabrón, con su cuerpo de sabandija tullida, medio tumbado, de

medio lado, con las piernas colgando, como badajos, con los pantalones vacíos, como si no hubiera nada dentro, ¿a qué viene esa manía de tener que salir?, y no se conforma con poco, tiene que dar una vuelta al recinto, para que lo vean bien todos, para que el señor esté contento.

Ya está gritando, ¡qué lengua, Dios mío! Y luego hablan de buena educación. No sé de dónde saca ese vocabulario y esas fuerzas para esos berridos de cabra loca, como si lo estuvieran matando, como si yo tuviera la culpa de no adivinarle el pensamiento. Tengo que saber lo que él quiere y adelantarme a sus pensamientos. Ni que fuera adivino.

Su vida, aunque no lo pareciera, fue un horror, a pesar de todo. Algunos han hablado, y sus razones tendrían, de verdadero infierno, y otros le cargan la culpa «a la sociedad que la creó y le falló». Otros, en el mismo sentido, se refieren a «la torturada psique de la actriz», y alguno vuelve a ampliar la culpabilidad de su drama y, resumiendo su destino, alude a «una potente tragedia norteamericana, profundamente inquietante». Su compatriota y casi coetánea, la novelista Joyce Carol Oates, recoge sus adjetivos, para caracterizarla, y elige «perdida», «ahogada», y recuerda un poema, autobiográfico y desesperado, de su heroína, que empieza con estas palabras: «¡Socorro! ¡Socorro!». Estaba predestinada y su primera niñez, la más determinante, transcurre durante la Gran Depresión, del 29. Todo, como puede verse, da la impresión de una atmósfera violenta, invasora e irreprímible. En su biografía, Norman Mailer, creando ambiente, se refiere a «la pasión americana de abrirse camino a machetazos por entre los grandes espacios».

Hija de una madre desequilibrada, neurótica, histérica, egoísta y aficionada a las drogas, incluido el alcohol, empleada de una productora de cine, en Hollywood, y de un padre desconocido, aspirante a actor, que se largó antes de que ella naciera y que nunca llegaría a conocer. Nació en el pabellón de beneficencia del Hospital General del Condado de California y fue entregada a los cuidados de su abuela, y cuando ésta murió, volvió con su madre, por poco tiempo, que la llevó a la Escuela Pública Elemental de Highland, donde no le cayó bien a nadie, hasta que por las locuras maternas le quitaron la custodia y se la fueron entregando, en adopción, a varias familias, donde sufrió abusos y humillaciones, para terminar, a los ocho años, en un orfanato del Estado, generador de resentimientos, que la convirtió en una niña tímida, arisca, con pocas amigas y de reacciones violentas. De allí salió a los once años, para ir de nuevo a otras familias, en adopción, en una de las cuales fue violada. Fue una niña solitaria, en busca de una identidad y de una seguridad que nunca encontraría en su vida vapuleada. No sabía reír.

Otra prueba de esta inseguridad sería el exceso de maquillaje que utilizaba en su adolescencia y que llamaba la atención, lo que contribuiría a hacerla prematuramente un objeto sexual. Incluso su primer matrimonio, a los dieciséis años, con Jim

Dougherty, irlandés, atleta y luego marino, para no volver al orfelinato, que le estaba esperando, y sus ocho años de incomprensión y tensiones matrimoniales, salvadas por su buena voluntad, indican lo mismo. Su segundo matrimonio, ya famosa, con un conocido exjugador de *baseball*, Joe DiMaggio, buen semental, elemental y anodino, viene a confirmar su precariedad y su necesidad de cobijo. Su tercer matrimonio, ya más madura y con exigencias vitales más comprometidas, después de sus dos fracasos anteriores, con el gran escritor Arthur Miller, parece indicar un cambio de dirección en sus deseos sentimentales, que la conducirían de nuevo al fracaso.

Se llamaba Norma Jean. La alienación de su entorno era tal que le pusieron los nombres de «Norma», por la actriz Norma Talmadge, y «Jean», por Jean Harlow. Era una típica muchacha norteamericana del montón, pecosilla, mona, lista e inculta, vestida de grandes almacenes, con ganas de medrar y salir del agujero. Toda su corta vida (nació en el 1926 y murió de mala manera en 1962) fue víctima de la compulsiva violencia de su país y de las contradicciones de su desorientación en la vida, sin medios para salir de ellas. Víctima individual, familiar, social, matrimonial, laboral e institucional. Sufrió frecuentes depresiones, visitó el psiquiátrico, como por otra parte era tradición familiar, y vivió en un constante desasosiego, que le llevó a contraer tres matrimonios, tener numerosos amantes y necesitar perentoriamente barbitúricos para poder dormir. La idea de la muerte le había obsesionado desde niña e intentó suicidarse varias veces. Su muerte temprana, a los treinta y seis años, culminó una biografía desgraciada, llena de luces y de sombras, más sombras que luces, escorada siempre hacia la tragedia. Fue la mujer más deseada, más halagada, más envidiada y más explotada de su tiempo, sin un solo instante de tranquilidad y de plenitud vital. Era más fuerte de lo que parecía y menos tonta de lo que aparentaba ser. Luchó por encontrar su lugar al sol y falló en el envite, cuando tenía todas las cartas en la mano, pero ningún arma para defenderse. Era carne de cañón. Víctima.

Al verla, uno sentía ternura por ella, esa ternura que demandan los seres indefensos, los perros abandonados y los niños tristes. También se siente una especie de solidaridad de víctima, por los golpes que le dio la vida. Nuestra adoración por esta pobre muchacha viene de lejos y tiene poco que ver con su simbolismo sexual, porque la tenemos tanto en la cabeza, como en el corazón, aparte, por supuesto, de en otras vísceras menos vistosas y tanto o más operativas. La reconocemos como víctima de la violencia, desde que conocimos su atormentada biografía, rodeada del ceremonial del éxito, de símbolo sexual de alcance universal. Primero, fue la exaltación de su físico explosivo, desde el famoso desnudo del calendario, sobre un fondo de rojo agresivo, que dio la vuelta al mundo, hasta sus primeras películas, a partir de 1947, en las que se comía a todos sus compañeros de reparto, incluidos los más famosos protagonistas, que se atrevían a compartir cartel con ella, explotada a conciencia por los espabilados productores americanos, hasta que ella impuso su ley. Después fue la curiosidad por su rara originalidad de personaje público, que se salía del montón, perseguido por las cámaras de la actualidad. (Sobre sus sesiones

fotográficas, para los desnudos de los calendarios, los periodistas le preguntaron: «¿Tenía algo puesto?». «Oh, sí, la radio». «¿Qué se pone para dormir?». «Unas gotas de Chanel 5.»).

Más tarde fue la sorpresa de su personalidad cinematográfica, dentro del monótono repertorio, esperado y consabido, de las estrellas de Hollywood, cortadas por el mismo patrón, obedientes a los mismos tópicos consejos promocionales de sus agentes de publicidad, irreprochablemente anodinos. Ella se salía del modelo, con su tipo de muchacha ingenua, con un sentido de la autocrítica y del humor sorprendente. No podía menos de llamar la atención. Finalmente, fue su extraña vida extracinematográfica, que desbordaba los límites de su medio y las expectativas normales, habitualmente llenas de anécdotas insustanciales, propias de un analfabetismo estelar. Y, sobre todo, su matrimonio con un gran escritor y no con un aburrido millonario. Y, para terminar, su muerte inquietante, no aclarada todavía, a estas fechas, y significativa, como culminación de su drama personal, convertida, no ya en el símbolo sexual de su tiempo, sino en símbolo humano, lastrado por la violencia de la condición humana. Norman Mailer la llamaba «el Napoleón femenino», y los adjetivos que más le dedicaron incluían sensible, desvalida, sufriente, insegura, delicada, etc.

Su anécdota cenital, como mujer conocida, fue su participación extraordinaria en la gran fiesta, organizada por la Casa Blanca, en la que cantó, como invitada especial, el *Happy Birthday, mister President*, en honor de John F. Kennedy, en el centro de una multitud de miradas y de cámaras de televisión, con su traje blanco, a medida de su exuberante feminidad, facultada por una especie de prótesis sexual de talla descomunal, deshumanizada en objeto, disfrazada de mujer de cartel, rodeada de un silencio expectante, con la intensidad de los focos que la singularizaban destacándola, en medio de una oscuridad artificial de proscenio, que la esculpía como un bibelot de lujo de colección privada, fetiche de la maternidad elemental y primitiva, angelical en su candidez falsamente desarmada, estudiada, ensayada, con la ingenuidad de una inocencia de manual, amante, en aquel momento, de los dos hermanos Kennedy, Jack y Robert, con Peter Lawford, su cuñado, como celestino, más que nunca víctima, dejada a la inercia de la historia, con su papel decorativo y complaciente, sofisticada hasta la caricatura, con su sonrisa pavloviana a media asta, que incluía, como una exigencia, la sugestión de una cita implícita, inminente.

Su carrera social había llegado a lo más alto a que podía aspirar. Ya no podía subir más. Sus fotos se multiplicaban, firmadas por los mejores fotógrafos del mundo, en el papel *couché* y en color de todos los semanarios femeninos del mundo entero. La llevaban a animar a los muchachos que luchaban en Corea por la democracia. Era la amante ocasional del presidente del país más poderoso de la tierra. Los proyectos de películas, pensadas para ella, no cesaban de llegar a la mesa de su agente. Tenía más dinero que todos sus antepasados juntos. Se permitía la impertinencia de llegar tarde a los rodajes, de imponer sus caprichos de diva atrabiliaria, con desaires a

directores y a productores. Sus matrimonios, en una continua inquietud, se habían sucedido, como prendas de usar y tirar. El número de sus amantes era infinito. El lenguaraz Elia Kazan llegó a decir que se acostaba hasta con los obreros del plató. No había compañero de reparto que no acabara en su cama, como Laurence Olivier o Yves Montand. DiMaggio le fue fiel, hasta la víspera de su muerte. Lo que no impedía el uso y abuso de barbitúricos para poder soportarse a sí misma. Ni borrar los signos de una tragedia interior que, a pesar de todo, le afloraba a la cara. Y, en medio de ese esplendor orgiástico, una mañana se la encontraron muerta, a los treinta y seis años, en su apartamento de Nueva York, al parecer intoxicada de somníferos. No había conseguido salir del agujero y seguía desnuda, como el primer día.

La vez que estuvo más cerca de salir del pozo de su inhumanidad fue durante su matrimonio con Arthur Miller, que la dejó caer, como él mismo dijo, después de una corta relación matrimonial decepcionante, con un arranque prometedor, ahogado en la incompreensión y en la violencia. El famoso autor, que luego justificaría su conducta, no quiso o no pudo o no supo entenderla ni echarle una mano, a pesar de su buena voluntad. Eran demasiado diferentes, incompatibles, contradictorios. Como la cuadratura del círculo. Había llegado a su matrimonio con Miller después de dos fracasos, uno con un pobre hombre, que no daba la talla, y el otro, con un famoso deportista, voluntarioso y corto, a todas luces insuficiente para ella, llena de exigencias vitales, que ambos vulgares muchachos no podían llenar de ninguna manera. Cruzada de heridas, desconfianzas y prejuicios. ¿Por qué no hemos de creer en su buena voluntad? ¿Por qué no hemos de pensar que las tres veces se casó lo que se dice enamorada, en busca de un compañero que pudiera acompañarla y que llenara de contenido su existencia banal, insatisfecha, de niña indigente, llegada a más? Toda su vida está llena de decisiones significativas que demuestran una larvada inquietud, en busca de algo, como su acercamiento a los Strasberg o a Carl Sandburg o su matrimonio con el dramaturgo Miller, tan lejos de su mundo original y tan ajeno a la frivolidad del espectáculo en el que ella vivía y que, al parecer, no le satisfacía lo más mínimo.

Su vida sigue siendo un enigma, que no pone en duda su tragedia. Pero hay algo ineludible, la violencia, que acabó con ella. La muchacha simpática, sonriente, triunfadora, extrovertida y enormemente atractiva tenía algo que no iba bien. Sus declaraciones no ayudan mucho; luce su ingenio repentizador, su experiencia, su sentido del humor, su talento de la oportunidad, podríamos decir, su inteligencia mimética y reflexiva. Incluso llegó a escribir poemas. Pero no todo está en sus palabras en mayor medida que en cualquier ser humano. De pronto, Billy Wilder nos echa un jarro de agua fría y nos dice que era «ruin». La cosa es muy gorda para quedarnos indiferentes. Es una fisura en la estatua. Sus sangrantes comentarios públicos sobre las insuficiencias sexuales de sus ocasionales amantes famosos son de una crueldad sádica, de diosa desdeñosa. Debajo de la ingenuidad de su interpretación exterior, explotada hasta el aburrimiento, ¿se ocultaba una arpía, una

mujer abusona, capaz de bajezas morales, salidas de su espontáneo inconsciente violento? Todo son perplejidades en ella, sorpresas, como si su poliédrica personalidad fuera un misterio insondable. ¿Rencores de plató?, ¿restos de su infancia?, ¿desequilibrio mental?, ¿desplantes de gran estrella? Hemos de creer al gran director. Motivos tendría el autor de algunos de los momentos más felices de su filmografía, *Siete años de reflexión* o *La tentación vive arriba*, su título en castellano, *Con faldas y a lo loco*, para arrastrarla hasta el impropio. Como el descascarillado que saca a la luz la verdadera materia de la diosa, de pies de barro. Naturalmente que no era perfecta. Pero esta ruindad no casa con su biografía, con su imagen esplendente, con su proclividad erótica. Es una ventana por donde mirarla, por donde espiarla. ¿Este lado impresentable explicaría su inmoderado uso de las drogas?

De niña había conocido la violencia, la había vivido, la había interiorizado, y de un modo o de otro siempre estaría dentro de ella. Primero la violencia familiar, con una madre abusiva, que se desentendió de ella nada más nacer y que acabaría abandonándola; después la violencia social, en un medio de carencias y frustraciones; más tarde la violencia profesional, de la darwiniana lucha por la existencia; luego la violencia laboral, en una dura profesión, sin reglas ni miramientos, y finalmente, la violencia institucional, que acabaría con su vida. Niña pobre, de la pobreza norteamericana, en medio de la opulencia, descendiente de enfermos mentales, violada antes de los nueve años, casada joven con un tipo del montón y violento (la violencia parece perseguirla, desde antes de su nacimiento, con esa demencia de algunos miembros de su árbol genealógico), breada heroína de suburbio, en un ambiente hostil y difícil, en los años posteriores a la depresión económica norteamericana, acumulando experiencias dolorosas desde muy temprano y acorazándose contra la agresora invasión de su entorno oprimente, con graves carencias emocionales.

Tenía todas las condiciones para llegar a ser aquella mujer objeto ideal, que se había esforzado tesoneramente, con las armas a su alcance, en llegar a ser un trapo sucio de emergencia. Nacida en un suburbio de Los Ángeles, con la cercana tentación de Hollywood, como miles de muchachas norteamericanas, bellas, voluntariosas, a disgusto en su vida, incultas y ambiciosas, dentro de la pobretería de las circunstancias de su medio, debió de sentir muy temprano el tirón de unas ambiciones al alcance de la mano. Hija de una madre que había consumido varios matrimonios y nieta de un abuelo tronado, la niña creció como una flor silvestre, a la orilla de la opulencia. Bella y desventurada, era la víctima de su obsesión por ascender socialmente, fuera como fuera, incluido el sexo, sin escrúpulos. Fue modelo y pasó a engrosar las filas de las aspirantes a estrellas, en manos de agentes logreros y desaprensivos, que lo primero que hicieron fue ponerla en manos de la cirugía estética, para acomodar su físico a las exigencias del mercado, como un producto de fábrica. Le fabricaron un rostro nuevo. Cambió de imagen y dejó de ser la muchachita anodina, para adquirir una personalidad física original y diferenciadora,

dentro de sus coordenadas propias. Era ya la Marilyn (a la que, por supuesto, le habían colocado su nuevo nombre de batalla) que conocemos. En 1950 formaba parte ya de un grupo de actrices de la Twentieth Century Fox aspirantes a estrellas, y posaba, junto a media docena larga de muchachas, para una foto de promoción. Y así comenzó todo.

Había nacido en el extrarradio. Hija de su madre y de un desconocido, que no fue ninguno de sus maridos. Pronto empezó su vida desairada. En un orfanato, donde estuvo casi dos años, careció de la cálida presencia de la madre, y en los hogares de adopción, donde la acogieron después, cambiaría de entorno familiar con desamparada frecuencia. Convertida pronto en objeto sexual, en su adolescencia, esto también aumentaría su desorientación, pues, al parecer, era más bien frígida. Después su carrera profesional fue de éxito en éxito, cada vez más. Cultivó un personaje desaprensivo, que ocultaba sus problemas. Y, cuando murió, culminaron sus enigmas. Las tres hipótesis más conocidas fueron: la muerte involuntaria por ingestión excesiva de barbitúricos; la muerte voluntaria por la misma causa, en plena depresión, una más de sus frecuentes recaídas, después de su separación de Arthur Miller, su último cartucho; y su eliminación por el FBI, ante su posible conocimiento de secretos de Estado peligrosos.

Esta tesis continúa viva, después de más de cincuenta años. Su relación con Bob Kennedy estaría en el origen de su muerte. Otra vez la violencia. Ella le habría amenazado, desde otro lado oscuro de su personalidad, con difundir algo cuyo conocimiento no era conveniente para los intereses del país ni para el futuro del joven senador Kennedy y, entonces, el futuro candidato a la presidencia de los Estados Unidos le pidió a Hoover, director del FBI, que la eliminara. El cadáver tenía señales de violencia. Agentes del FBI, al día siguiente de la muerte de la muchacha, borraron de los archivos telefónicos de la central de Santa Mónica los mensajes últimos que ella había enviado a Washington. Murió una noche, después de una cena de amigos, en su casa de California, a la que había asistido Bob Kennedy, al que ella rogó que se quedara después de que los otros se hubieran ido, y él no quiso quedarse. A partir de aquí todo son enigmas, las circunstancias del encuentro del cadáver, la hora de la muerte, la tardanza en recibir los auxilios médicos, los primeros diagnósticos, las primeras reacciones de sus amigos.

Hay otra versión delirante de su muerte, basada en los mismos signos de violencia, que involucra en su asesinato a los servicios secretos soviéticos, que habrían tratado de evitar de este modo el escándalo de sus relaciones con los Kennedy, implicados, junto a ella, en una amistad procomunista de largo alcance y provechosas consecuencias para Rusia. Naturalmente, esta disparatada hipótesis fue propagada por la ultraderecha norteamericana, a través del libro de Frank A. Capell, *The Strange Death of Marilyn Monroe*, 1964. Incluso se ha llegado a relacionar su muerte con los sucesivos asesinatos de John F. Kennedy, en 1963, y el de su hermano Robert, en 1968.

En su oración fúnebre, Lee Strasberg habló de ella como «una combinación de ansiedad, esplendor y ternura». En cualquier caso, el presidente Kennedy pasará a la historia, no por la desgraciada aventura de Bahía Cochinos, ni por la vergonzosa guerra de Vietnam, ni por la crisis de los misiles de Cuba con Jruschov, sino por haberse acostado con ella.

Después de un agobiante verano interminable, que hasta los pájaros se caían de los árboles, asfixiados de calor, y que se prolongó hasta mediados de octubre, sin el alivio de una lluvia caritativa y con la burla, a mayores, de unas nubes prometedoras, densas, estériles y fugaces, las primeras gotas del otoño vinieron acompañadas de un aura misteriosa de milagro. Cayeron como una concesión, largamente deseada y escatimada con avaricia. Fue una lluvia fina, orvallada, con timidez inaugural y precavida. Con las primeras gotas, el mundo empieza siempre a ser mejor, ensayando la rectificación de sus errores, tienen algo de bautismo original, de primera piedra, que implica la alegría de una renovación. Al principio esa agua leve, inconsistente, tiene algo de sorpresa imprevista, bienvenida y redentora. Como la primera sonrisa de un recién nacido, la primera verdad aprendida, el primer día sin sombras. Y, mucho mejor, cuando llueve sin dejar de hacer sol, como era este caso, con un sol luminoso, lavado, que también se regodea con el agua primitiva del primer aguacero de la creación, como si levantara la primera satisfacción sobre la tierra. El agua va cayendo, como sin querer hacer daño, pidiendo perdón, con timidez de incauto, con tanteos de ciego. A punto de marcharse, nada más venir, insistiendo en su debilidad, en su inconsistencia, en su fugacidad de visita, en su inocuidad de soslayo. Es agua en voz baja, agua de primera mano, agua sin futuro, mera presencia, lirismo adjetival y efímero, que le sienta bien al cuerpo. Agua mal nombrada, pues apenas es agua y forma parte de esa realidad preverbal, que no entra en los diccionarios, pero que existe en las conciencias lingüísticas.

Decir que las primeras gotas caían sobre Salamanca es excesivo, es un abuso del lenguaje, una impropiedad imperdonable. Caer implica una sensación de violencia física, de contundencia, de aceleración newtoniana. Caen las piedras, los imperios, el hacha del verdugo y los años usados. Caen los niños y se hieren las rodillas. Caen los viejos y se rompen la cabeza del fémur o al revés. Caen los poderosos y acaban en el exilio, en la cárcel o en el paredón de fusilamiento. Caen los días del calendario, con certificado de finitud y triste despedida. Caen los ingenuos en las trampas, con dolor de advertencia, con rigor de enseñanza parvular. Caen los ignorantes en la cuenta de su ignorancia, de sus carencias, de sus peligros inminentes. Caen del burro los malos jinetes, los torpes de ocasión, los tontos de nacimiento, para acceder a una verdad dolorosa, evidentemente imborrable y definitiva. Y caen los muertos en la sepultura, con el último golpe, con la contundencia del adiós sin vuelta de hoja, con la negación de la vida, con la cosificación de la inercia.

Las primeras gotas, dicho con más propiedad, no caían sobre Salamanca, la acariciaban, la besaban, la suavizaban, la mimaban, flotaban en el aire, como una sonrisa inconcreta, encendida por casualidad, sin voluntad de permanencia. Con aquel aguachirle se hacía visible la Salamanca profunda, transparente, sin la opacidad de sus piedras solemnes, pero con su valiosa colaboración ornamental, sin la intransigencia de la historia, pero con su concurso imprescindible, sin el cerco de los tópicos, pero con la asunción de sus ideas básicas. Era la Salamanca prehistórica, presensorial y prerracional, sobre el fondo de sus evidencias más constantes, atenuadas por la distancia del agua. La Salamanca ideal, que la tímida lluvia descubre con cuidadoso ensimismamiento, con la discreta ayuda, en voz baja, de ese polvillo acuoso, que no llega a ser líquido. Salamanca humedecía sus poros, refrescaba su piel, exhibía su vejez de palabras mayores. Con aquellas primeras gotas, Salamanca adquiría el estado crepuscular de su precaria identidad. Todo tenía el aire de un glorioso advenimiento.

Se cuenta, en las apócrifas Biblias corintianas, conservadas, desde su descubrimiento, en el anonimato y la marginación por numerosas, obvias y prudentes razones políticas y religiosas, que cuando Adán, ya viejo y proclive a la melancolía, revolvía los recuerdos del paraíso de su juventud, con aquel paisaje immaculado y aquella primera Eva desnuda y recién hecha, la imagen más tenaz, que no le abandonaba nunca, con insistencia de necesidad, más que los amaneceres vegetales, jugosos como un sabor en la boca, más que los frutos obsequiosos de aquel jardín de una frondosidad inagotable, y más que el cuerpo de su mujer sobre la lujuria verde del sol del mediodía, la imagen que más recordaba era la imagen de la primera vez que vio llover, que sintió llover con sobresalto, incrédulo de aquella otra forma de ser feliz, buscando en el cielo la explicación de aquel misterio, en un abril sin remordimientos, con ligereza de prólogo, con delicadeza de piel femenina. Como Adanes, sin paraíso, los salmantinos veían materializarse el agua en el aire, como una bendición augural y lírica de sosiego y bienestar, como un presagio de la felicidad que andaban buscando.

Su problema (si problema es, como se suele decir, lo que no tiene solución y no los de matemáticas), su único problema, era que tenía cara de bueno, irritantemente cara de bueno. La gente al verlo pensaba: «He aquí un trozo de pan bendito, un ángel caído del cielo». De niño le decían: «Tello, te equivocaron el nombre. Te deberías llamar Cándido o Pánfilo». Él no entendía la broma, pero sonreía, como siempre que le hablaban. Debía suponer que le decían algo amable. Su cara satisfecha exhalaba una bondad manifiesta, casi ofensiva, al borde de la bobaliconería. Con el tiempo, no sólo parecía que era incapaz de matar una mosca o de poner una simple zancadilla, sino ni siquiera de tener un mal pensamiento o pronunciar una sola palabrota que no estuviera admitida en el código de las buenas costumbres. La reacción inmediata y

unánime, al verlo tan indefenso, era tratar de ayudarlo, preservarlo del mal, amparar su patente ingenuidad, aconsejarle una coraza ante un mundo hostil, que, con toda seguridad, acabaría tragándose a las primeras de cambio, y darle una escopeta de cañones recortados, presta para hacer fuego a la menor. Se le veía como desnudo a la intemperie, que lo mismo podía coger una pulmonía que ser engañado, sin misericordia, por todos los pillos sueltos de la ciudad, que tanto abundan.

Cuando sonreía, la realidad, la hosca realidad que le rodeaba, se ponía de color de rosa y el milagro de la felicidad universal parecía estar a la vuelta de cada esquina. Todas las sombras desaparecían a su paso, como una tormenta que se aleja. No había nubes que pudieran ocultar el sol, ni vientos desatados que pudieran azotar los árboles y deshojarlos. Extendía a su alrededor la envidia de no ser como él y nacían los propósitos de emularle, como una sabia manera de perpetuar la alegría de vivir, que sólo con él parecía posible. Era de una bondad molesta, que extendía los más negros remordimientos a su paso y las malas conciencias que hacía crecer, como quien pisa una hierba o aplasta una hormiga. Desde muy niño había sido objeto de jugarretas crueles, pero nunca se enteraba ni le guardaba rencor a nadie. No tenía que perdonar a ningún enemigo, porque ni se daba cuenta de que los tenía, ni se le pasaba por la imaginación tenerlos. Era como una isla de verdor en pleno desierto. Los que le conocían recordaban aquello de san Ginés de que «el que tiene cara de tonto de lejos, de cerca también lo es». Sus compañeros de juegos le aconsejaban: «Espabila, macho, porque si no, no te comes un rosco». Él sonreía, benévolo y complacido, al borde de la baba.

La culpa en gran parte no era sólo de su expresión seráfica y de la serenidad que lo aureolaba, como un nimbo, sino de sus rasgos fisiognómicos, armónicos, equilibrados, como pensados por la mano de un escultor para expresar la belleza de los buenos sentimientos, el modelo de una moral sin tacha. No tenía ningún rasgo violento, discordante. Su piel rosada, casi blanca, con su sangre, como un tinte suave, insinuado, debajo de la superficie tersa. Su pelo, no rubio del todo, pero de una claridad de mañana luminosa, le adornaba su cabeza de querubín de altar barroco. Su continente sosegado llamaba la atención, en el torbellino callejero, como una excepción. No conocía las prisas. Sus amigos decían: «Ya espabilará». Pero no espabilaba nunca. Parecía más joven de lo que era, como si su biografía sin tacha le preservara del paso del tiempo, destinado a no envejecer. Sonreía, sin aparentes motivos, sin esfuerzo, como si flotara en una atmósfera particular, que preservara cualquier encuentro con la tristeza, la frustración, el resentimiento o la bajeza moral. Todos estaban esperando que se pringara y que aquella armonía incandescente se estropeará; pero no se pringó nunca.

Todo contribuía a aquella sensación de ser diferente, a leguas luz de los demás mortales. Podía ser un selenita. Con el paso de los años siguió teniendo una cara sonrosada, de tez limpia y transparente, sin el menor estigma que la humanizara. Sus ojos azules continuaron confirmando el tópico de la serenidad de las miradas

celestiales. Su pelo mantuvo el reflejo del paraíso de los arcángeles de las pinturas renacentistas. Su boca no dejó de tener la inocencia de la verdad y sus sonrisas florecían con la plenitud de un amanecer de verano sin nubes. No era muy alto, como para no ofender a nadie. Ni muy fuerte. Más bien era de complexión débil y su fragilidad externa demandaba protección urgente o un billete de avión para otro mundo. Hablaba poco, posiblemente para no herir a nadie con sus palabras o para no levantar ni la sospecha de un error. Se hacía difícil admitir que fuera un ser humano. Y sin embargo, tenía madre, domicilio conocido y carnet de identidad. Sus vecinos habían seguido su excepcional biografía de niño rubio a joven encantador, de una belleza varonil y una inteligencia natural que se le asomaba a los ojos. Pero lo que nadie había puesto en duda era su buen carácter, su tolerancia, su aguante heroico y su generosidad sin límites.

Había nacido así, como un milagro de la naturaleza, que a él, en un determinado momento de su vida, perdido el candor de la infancia y las turbulencias de la adolescencia, le empezó a molestar. Cuando se dio cuenta de su anormalidad, quizás a los quince o dieciséis años, trató de evitar ser como era, quitarse de encima el sambenito de buen chico, que le empezó a resultar incómodo, e intentó no ser el amigo fiel, ni el muchacho solidario, ni el enamorado complaciente, ni el joven disponible y comprensivo. Le repateaba que todo el mundo pensara que era la bondad personificada y que lo trataran como a un enfermo. Su primer ensayo de libertad, de protesta, fue emborronar los cuadernos de sus condiscípulos del colegio, vaciando los tinteros, que en aquel tiempo había en cada pupitre de la clase, sobre las páginas de los deberes escolares. Se armó un buen revuelo, porque todo el material quedó inservible. Se hizo una investigación rigurosa, a tenor del enfado de las autoridades colegiales y de las exigencias de los padres. Las pesquisas encontraron dos culpables, que fueron expulsados del colegio. Pero nadie se atrevió ni a sospechar que hubiera podido ser Tello, el alumno sin tacha, el ejemplo vivo de la responsabilidad, aunque algunas circunstancias apuntaban hacia él como el autor del desaguisado, lo que parecía de todo punto inaceptable y casi sacrílego.

La segunda prueba fue más concluyente. Le prendió fuego a unas casullas en la sacristía de su parroquia, que era San Millán. Aunque no tenía nada contra las casullas ni contra San Millán ni contra la Iglesia católica, como no tenía nada contra nadie. Pero quería demostrar que no era tan bueno como parecía y que era capaz de idear y de ejecutar actos, tenidos como reprobables por la sociedad, sin más motivos que su real gana de hacerlo. Pero no le sirvió de nada. Se había dejado ver por algunas beatas y por unos parroquianos, se había demorado más de lo debido en el lugar del delito y se había guardado en el bolsillo unas estampas robadas en la sacristía. Pero le echaron la culpa a un vagabundo que habían visto por los alrededores del templo, lo metieron en la comisaría un par de horas y lo soltaron con algunas bofetadas de yapa, en su sucia jeta tiznada de carbón, que fue el detalle que delató su participación en el intento de prenderle fuego a la iglesia. Cuando algún

testigo habló de haber visto a Tello salir de la sacristía, poco antes de iniciarse el incendio, nadie le creyó y todos pensaron que era una manifestación de envidia, por su fama de santo querubín.

Después de estas dos fracasadas experiencias, se resignó a su cara de ángel y a ser el bueno de todas las reuniones, el hombre de confianza de todos los sinvergüenzas, el depósito de todas las confidencias, el juez imparcial de todos los conflictos, el testigo fiable de todos los compromisos, el refugio de todas las mujeres abandonadas o decepcionadas, el rostro que todos le ponían a sus mejores recuerdos de juventud, a sus fugaces ataques de bondad, a sus inalcanzables metas de perfección moral. Era el hombre disponible para vaciar todas las tristezas y todas las maldades, con la seguridad de su discreción y de su ayuda, que él nunca defraudaba, convencido de que era su obligación, impuesta por la naturaleza. Se notaba extraño. Como si estuviera estigmatizado por una maldición. Empezó a pensar que era tonto, atrasado mental, como una escupidera de uso público, siempre disponible.

Hasta que un día, harto de su personaje y de que todo el mundo lo tomara por el pito del sereno, dijo «Basta». Se cerró a los amigos, a la compasión y a la paciencia. Les empezó a dar patadas a los gatos. Dejó de sonreír por la calle y ensayó, ante el espejo, un gesto adusto, que lo afeaba e inauguraba un hombre nuevo. Le costó trabajo quitarse la máscara de la bondad. Pero entre sus muchas y excelentes cualidades estaba la fuerza de voluntad, y la puso en práctica. Esquivó los compromisos, desatendió sus obligaciones, traicionó a sus deudos, arruinó su cara con la ira y el resentimiento. Le crecieron las arrugas de la historia. Se confundió con la multitud de los cretinos. Pasó desapercibido; su nueva cara ya no le delataba, pasaba de incógnito. Se vistió de desconfianza y amargura. Dejó de mirar de frente. Unas onerosas ojeras negras acabaron con la luminosidad de sus ojos azules. La piel perdió el brillo que tenía y tomó una opacidad de superficie sucia y devastada. Los desequilibrios invadieron pronto su rostro, como un campo de pedruscos escondidos y de hoyas inesperadas. El pelo se le oscureció y, como para castigarlo, se lo abandonaba, en capas grasientas y enmarañadas, que dejaban mucho que desear. Como si un proceso degenerativo incontrolable hubiera invadido su cuerpo y hubiera cambiado su fisonomía hasta la degradación repulsiva. Sus amigos, cuando lo veían, no lo reconocían y ya no pudo hacer otros nuevos.

Su vocabulario desterró las amabilidades al uso y sufrió una drástica poda de adjetivos rosas. Expectoró las palabras más que las pronunció. La dura irritación fonética sustituyó a su antigua condescendencia y los insultos habitaron su boca, como su lugar natural. Cogió la costumbre de escupir y dejó de oír a la primera, obligando a todos a repetir sus preguntas. Se aisló en las alturas de un sordo desprecio generalizado y punitivo. Le costó trabajo cambiar; pero a fuerza de tiempo y de una dedicación continuada lo consiguió. Se convirtió en un perfecto imbécil, como quizá lo había sido siempre, y se reconoció a gusto en su nuevo ser. Alardeó de los signos de la maldad recién adquirida. Los amigos le preguntaron si estaba

enfermo, porque tenía mala cara. Sus conocidos, al principio, se sorprendieron, más tarde se extrañaron y finalmente lo dejaron pudrirse en sus propios excrementos. Logró quedarse solo y rehogarse en su marginación esquinada. Esto acrecentó su mal humor y su rabia.

Entre las pruebas apreciadas de su antigua bondad estaba el comportamiento ejemplar que había tenido con su madre, imposibilitada en un sillón del cuarto de estar, que tenía la forma de su cadáver. Era como un mueble, anciana, medio sorda, anclada en sus lejanos recuerdos de daguerrotipo. También había sido una mujer bondadosa, que todos recordaban y que habían reconocido como el antecedente familiar de la bondad de su hijo, que tenía a quien parecerse. Amaba a su único hijo, que la cuidaba como a una novia; la traía en palmitas. La levantaba de la cama, antes de ir a trabajar; la lavaba como a un niño pequeño; le cambiaba la ropa todos los días, como una Hermana de la Caridad; le daba de comer, con mimos de niñera; cuando ella todavía podía andar, la sacaba de paseo, con paciencia franciscana y cuidados de enfermera especializada; le leía libros de su gusto y no se cansaba de escuchar el blablablá incoherente de su charla perdida por los cerros de Úbeda. Durante muchos años fue el ejemplo vivo del hijo ideal, que nadie se cansaba de elogiar y de citar con admiración.

Pero desde que sintió el vértigo del mal y se abismó en sus profundidades, le echó la culpa de todo a la odiosa herencia materna, a la que convirtió en su primera víctima. Por la mala educación recibida, por el engaño permanente de su condescendencia, por el éxtasis ofensivo de su sonrisa, por la malsana herencia de su vocabulario, expurgado de maledicencias y críticas. Tanto cambió que la martirizó con sus impertinencias, le amargó la vida con su abandono premeditado. Convirtió la casa en un infierno de groserías, palabras malsonantes, gritos y portazos, llegando a desearle la muerte, para que le dejara en paz. La madre se encerraba en un silencio digno y resignado y él arreciaba en sus displicencias y ataques. Hasta que un día la madre lloró como un río desbordado y deseó morir, harta de vivir en aquel miserable estado de víctima de su hijo, al final de sus resistencias, con aquel ser desconocido, al que aborreció, con toda seguridad aquejado de alguna enfermedad. Le pidió a Dios la muerte, con su hilo de voz tartajeante, con las manos crispadas sobre el antebrazo del sillón, con los ojos cerrados, ensayando una despedida definitiva. Durante horas se lamentó de su triste final, después de una vida perdida en la adoración de su hijo.

Después de escuchar, durante días y días, aquella melopea exasperante, con aquella voz cascada y quejumbrosa y las lágrimas secas en los ojos turbios de vejez y cataratas, los lamentos de su madre pidiéndole a Dios la muerte, Tello descubrió la alegría del mal absoluto, que andaba buscando, con la coartada añadida de la caridad cristiana. Miró a su madre, entre los resquicios del odio y los restos de un amor filial perdido, y viéndola aquejada de todos los achaques de la edad, con todos los esfínteres sin control, exhalando ya el hedor del cadáver, exhibiendo sus males sin pudor, gritando con aquella intensidad conmovedora, que nadie, salvo su hijo, le oía

ni le podía ayudar o al menos compadecer, entregada al túnel de su presentida agonía, decidió matarla.

Desde el día en que tomó aquella decisión, Tello no dejó de observar a su madre, buscando nuevas razones para confirmar sus propósitos. Esperó que la naturaleza de aquel organismo castigado por el tiempo dejara de funcionar, ayudado por los disgustos que él le daba. Espió con ansiedad la aparición de los primeros síntomas de la liberación, porque su madre era el único vínculo que le quedaba de su vergonzoso pasado de hombre bueno. Con ella viva no podía ser el hombre nuevo que quería ser. Confió en las primeras claudicaciones de su maldito cuerpo depauperado hasta los límites de una vejez miserable. Reducido a los restos de una vitalidad en retirada, que disminuía de día en día. Sin recursos para sobrevivir, de los que él le privaba más todavía, escatimándole el agua y privándole de la comida. Como quien pacientemente atisba el horizonte para ver salir el sol y piensa que la fijeza de su mirada y el esfuerzo de su voluntad pueden adelantar la hora del amanecer, así se pasaba las horas, frente a su madre, sin más obligación que esperar el desenlace, que sería como la confirmación del éxito de su destino.

Iba a la oficina y estaba atento al teléfono de la gran noticia. A sus compañeros de trabajo les justificaba su inquietud, porque su madre estaba en las últimas y en cualquier momento podrían llamarlo para confirmarle lo que ya se esperaba. Volvía a casa y, desde la entrada, deseaba encontrar el silencio definitivo de la ausencia de su madre, que siempre le recibía con sus menguadas posibilidades de protesta, y, al oírla farfullar, al fondo de su habitación, sentía la frustración de su fracaso. Había prescindido de la asistenta, para dejarla sola y que nadie pudiera salvarla a última hora. Había decidido no entrar en la habitación para no darle ni un consuelo y menos una ayuda. Hacía oídos sordos a sus llamadas y la dejaba entregada a los fantasmas de última hora. No le proporcionaba los medicamentos prescritos por el médico. La madre se lamentaba todo el día con un quejido prolongado que él escuchaba con horror, mientras aguardaba el cese de aquella cantinela trágica.

Mariano me advierte, antes de sacarme a pasear, como todos los días, que va a llover. Lo ha dicho la tele, una lluvia ocasional y discreta. Pero no me lo creo. Me empeño en salir, a pesar de todo, como hago siempre, repitiendo el rito de mi marginación, que no quiero olvidar, bien abrigado, porque, entre las delicias de esta ciudad, una es su accidentada meteorología, imprevisible y acerba, pues, aunque a primera hora luzca el sol, a mediodía puede estar diluviando, y más hoy que, desde que amaneció, ha empezado a estropearse el tiempo con nubes negras. A veces el viento sopla del noroeste, viento gallego, y ya huele a humedad. Pero necesito salir, porque si no, me ahogo, y porque quiero que me compadezcan. Si me quedo en casa, malo; si salgo, peor. Sin embargo es preferible salir. Mariano se hace el remolón e insiste en sus advertencias, como si mi salud le importara. Lo que pasa es que no quiere trabajar y

busca disculpas para no sacarme, aunque le pago para que lo haga.

El edecán intenta acomodarme en la silla de ruedas, con sus manazas de orangután, acostumbradas a la rudeza rural, pero no a un cuerpo delicado, viejo y enfermo, más inútil que un fardo vacío. Hago esfuerzos por reprimirme. No quiero pensar nada, pero la cabeza se me dispara, como una máquina automática, despendolada, a falta de algún tornillo, como si estuviera condenado a pensar, sin descanso. Es como una tortura, porque pensar es pensar en mí y en mis circunstancias, como decía el otro, en mis desgracias, que no son pocas. Tengo que gritarle, para que apesure la salida y, aunque no le veo la cara, sé que la lleva torcida y que me va maldiciendo entre dientes, lo que se traduce en los golpes que me da contra las jambas de la puerta de la calle, mientras me pide perdón por su torpeza, al tiempo que sonrío satisfecho por su impertinencia, que me tengo que tragar, como un marrón más del día.

Me vuelven a sacar a la misma calle de siempre, hervidero del trajín urbano, que me envuelve con su presencia total, inevitable, y que nunca acaba de acostumbrarse a mi presencia. La luz ya me conoce y no tengo que esforzarme mucho para reconocerla, me acoge desnudándome, mostrándoles a todos lo que soy, un inválido sin remedio, y me muestra con la naturalidad de las cosas evidentes, dejándome entrar en la claridad absorbente de su regazo, sin resquicios donde esconderme, sin sombras donde ocultarme a la malsana curiosidad de las miradas.

No tengo que decirle adónde quiero ir, porque me llevará a donde todos los días y no hay mucho donde escoger. Vivir es revivir. Como si la vida fuera hacer siempre lo mismo, aunque la gente no lo crea. Volver a los mismos lugares, oír las mismas palabras, ver las mismas jetas, pensar lo mismo al pasar frente a la misma tienda de ultramarinos, aunque ahora se llame mantequería, con el mismo tufo de grasas, quesos y coloniales, frente al mismo comercio de tejidos, con sus telas ordenadas en el escaparate y los mismos maniqués de mujeres imposibles, en escorzos inverosímiles, frente al mismo bar, donde el mismo camarero triste me mirará con la misma ojeada de conmiseración, como si él no fuera tan desgraciado como yo, atado a la bayeta, a la bandeja, al café solo y a la caña de barril, a la misma gracia socarrera del mismo cliente, que le levanta espinas en el estómago, a las varices de las piernas de estar todo el día de pie y al mismo olor del vino ácido y de la cafetera humeante y a la misma mirada encendida, al paso de la misma hembra, que lo desdeña con el mismo gesto altivo de vestal ofendida, de fémina superdotada de signos de género, que se dirige a la misma casa, a la misma hora, a la misma cita, probablemente con el mismo hombre, que la deseará y la despreciará con la misma furia de sus mismos sueños arrebatados.

Ya va para cuatro años que le estoy sirviendo, se dice bien, y no ha tenido un solo detalle, vamos que ni dormido. Ya el primer día me estuvo lloriqueando como un

niño, haciendo puchereros, que si su desgracia, que si su inutilidad, que no tiene a nadie en el mundo, que todo me lo tendría en cuenta, vamos, para enternecer a un carabinero sordo. Que más que un criado, me tendría por amigo, que si me necesitaba más que un ciego. Y yo, tonto de mí, se lo creí a pies juntillas, con aquella carita de primera comunión, como si no hubiera roto un plato en su vida, un ángel caído del cielo. Menudo ángel. Se ve que lo tenía ensayado, que no era la primera vez que lo hacía, el muy barbián, y qué ojos tiernos y qué voz de jesuita y qué meloso de caramelo. Me dio el pego. Casi me hace llorar. No he visto una cosa igual, qué hijo de puta, qué engañabobos. Los primeros días estuvo como la seda, pero al tercer día ya empezó a sacar las uñas y a ponerme como unos zorros. Que de dónde había salido, que si venía de una cuadra, que qué modales, que qué falta de consideración, de burro para arriba, de zopenco, de animal. Que qué vocabulario, que si el pelo de la dehesa, que si destripaterrones, que volviera a la mancera y la tornadera, de donde había salido. Que si olía a choto y que si no sabía para qué servían el agua y el jabón. Que si quería matarlo y ésa es otra. Los remilgos, los misereres, los rosarios de quejas y lamentaciones. Poco menos que yo era un asesino. Y, bien sabe Dios, que entonces yo no tenía ni idea de darle el pasaporte. Estaba más virgen que san Luis Gonzaga. Comprendía sus razones, sus torpezas de enfermo, sus piernas inútiles, como de recién nacido. Tardé en darme cuenta, más infeliz que un santo. A base de aguantiformo, como un bobo. Lo cogía en volandas, como a un pelele, y lo metía en la cama, como una pluma. Hasta le arreglaba el embozo, a pesar de sus escornones y de sus gestos de asco. No se privaba de nada y, a las primeras de cambio, ya estaba faltando. Sin pelos en la lengua. En cuanto cogió confianza, no había quien lo aguantara. Sus insultos iban derechos al grano, no se andaba con chiquitas, ni con rodeos. Donde más dolía. Como si yo tuviera piel de elefante. ¡Dios, qué boca! Ni hecha adrede. Sapos y culebras. De mentar la madre, para arriba. Y yo no podía romperle la cara de mastuerzo, aunque se lo merecía y bien merecido, cuatro o cinco veces al día, Dios nos coja confesados. Nunca he oído cosa igual. Y por un quítame allá esas pajas. Mejoraba de día a día. ¡La paciencia que había que tener! Y así cuatro años. Que si le golpeo las rodillas contra las esquinas del pasillo, que si lo tiro en la cama como si fuera un fardo, que si tardo en levantarlo, que si le traigo el desayuno frío, que si el agua del baño está demasiado caliente, que si lo seco tarde y mal, que si no acudo, tan presto como él quisiera, cuando me llama, que si me entretengo con la cocinera, que si casi lo tiro cuando lo bajo por las escaleras, que si por la calle lo llevo demasiado deprisa, que si lo llevo demasiado despacio, que si lo choco contra la gente, que si lo zarandeo al subir a las aceras y al cruzar las calzadas, que si nunca me paro donde quiere, que si no estoy atento a sus necesidades (a mí como si se caga encima), que si patatín que si patatán, ya está bien, ¡qué se habrá creído este tipejo! No le he dejado tirado porque necesito, como el agua de mayo, las cuatro miserables perras que me paga, que si no, si te he visto no me acuerdo. De hoy en un año. Ahí te pudras, cabrón, que te aguante tu puta madre. Hasta que me he plantado. Ni un día

más. Hasta aquí hemos llegado. No le paso ni una coma. Se va a enterar. No me conoce y me va a conocer, por éstas. No quiero dejarlo ir de rositas. Sería bueno. Faltaría más. Sólo tengo que apretarle donde más le duela. Y escoger la ocasión, que la tengo muchas veces al día. Porque, para su mal, está en mis manos. Le vengo dando vueltas y más vueltas. Dejarlo tirado en la calle, robarle la silla de ruedas y abandonarlo en la cama, llevarlo hasta el río y tirarlo al agua, sin que me vieran, subirlo a la Peña Celestina y dejarlo rodar, cuesta abajo, hasta que se estrelle. Meterlo en la bañera y soltar el agua caliente a tope hasta que le saliera humo. En unos casos y otros, lo malo serían los gritos, que acabarían llamando la atención. Debo ser precavido y no dar mi brazo a torcer. Se lo merece por hijo de mala madre, que se la ha estado buscando y ha dado con la horma de su zapato. Es de justicia y que venga Dios y lo vea. Ni me temblará el pulso, ni me arrepentiré después. Me quedará con la conciencia bien tranquila. Como beber un vaso de agua. El mundo me lo agradecerá. Quitar un ando de esa calaña de en medio es hacerle un favor al personal, para que no haga más mal. Un hijo de puta menos. Saber lo que quiere, como si fuera un zahorí. Y se acabaron sus penas y las mías y a otra cosa, mariposa, y si te veo no me acuerdo, que será como haber nacido otra vez, no oír sus gritos por la mañana, sus insultos donde más duele, su gesto como si yo le debiera algo, cuando tendría que ser al revés, que así anda el mundo, que no veas, tener que aguantarle, sólo porque él ha nacido rico y yo he nacido pobre, que Dios no pudo hacer el mundo peor hecho, que ni adrede, como digo yo, porque vamos a ver qué culpa tengo yo, para tener que cargar con este muermo toda la vida y no poder mandarlo a la mierda, cuando quiera, porque me voy de este perro y ya vendrá otro igual y así sucesivamente, como que hay Dios, aunque no lo parezca, que debía de estar dormido el día que hizo el mundo, no lo pudo hacer peor, aquél tenía un mal día, porque si no, no se entiende que lo hiciera tan mal, porque, pongo por caso, qué pinta este tío en la vida, avaro, gritón, cruel, perdonavidas y encima pretende que se lo creamos, yo lo eliminaba de un plumazo y santas pascuas, que aquí no ha pasado nada y a por otra, pero como tiene dinero, por su casa, aunque no haya dado palo al agua, lo tiene todo de rositas, y no le falta de nada, para vivir como Dios, y yo, que no tengo un real, tengo que aguantarlo si quiero comer caliente todos los días y encima reírle las gracias, no hay derecho y que venga Dios y lo vea, mecagoendiez, no hay justicia, no hay decencia, no hay lo que hay que tener, ¿no lo podía haber cuidado un poco, él que todo lo puede, según dicen los curas? Vaya historia, tener que ser pobre de por vida, servirle y cuidarle, sin recibir más que malas caras, que es un desagradecido, que podía darle gracias a Dios, que todavía no lo he tirado por un barranco, como se merece y como tengo más que ganas, que ya está bien, ¿qué querrá ahora?, ¿qué tripa se le habrá roto? Por mí como si revienta, que no voy a echarle una mano, que se me está pasando la vida, sin comerlo ni beberlo, como un cero pintado en la pared, con un desgraciado como éste, que me trae a mal traer, por la calle de la amargura, que es la calle más larga, sin un descanso, ni un día libre, como si yo fuera una máquina, y no un hombre, que

cualquier día se va a enterar.

Tenía nombre de heroína de novela romántica alemana, como una premonición del destino. Se llamaba Carlota, pero, a pesar de la sugerencia aumentativa de su nombre, no tenía nada que ver con la fragilidad de su cuerpo ni con la delicadeza de su cara angelical, que siempre provocaba el mismo comentario en los recién conocidos: «¿Dónde te has dejado las alas?». Se había casado a edad temprana, como si su designio empezara a cumplirse pronto, con su primer y súbito amor, un muchacho de su misma edad, bello y arrogante, que la enloqueció a golpe de vista, con sus palabras de amor y un horizonte abierto de gozos sexuales, que la encandilaron, lo que quizá no era difícil, dada su imaginación exaltada por los años y su candidez adolescente. Tenían dieciocho años y el mundo por delante para cumplir todos sus sueños de felicidad. Enseguida tuvieron una niña, fea como un coco y llorona como un cerdito el día de San Martín, y las cosas se empezaron a torcer. Porque, desde el nacimiento de la niña, que ella no tenía prevista y que él adoraba, todo cambió. La armonía se resquebrajó y nada quedó en pie. A las muchas malas noches siguieron los muchos malos días, que se sucedieron con monotonía de calendario. Ya no hubo paz en aquella casa. El poco dormir, la escasez de dinero, el progresivo enfriamiento de sus primeros y locos entusiasmos eróticos, la racanería y la violencia masculinas, unidas a un carácter cerrado, pusilánime y venenoso, que sólo se redimía en las tertulias con los amigos, con diferidas vueltas al hogar, a pura bronca diaria y con múltiples exigencias de sultán caprichoso, acabaron con la paciencia de Carlota, que huyó a casa de su madre, dejándole la niña, que tanta gracia le hacía.

A los cinco años se divorciaron, hartos de tantos berrinches, desencuentros, palabras imprudentes, como hojas de acero, golpes a mano alzada y una larga memoria de embustes, que los habían envuelto en una maraña de malos entendidos y rencores sin solución. Ella salió del matrimonio más guapa todavía de lo que había entrado. Su condición de madre y los disgustos no hicieron mella en su espléndida naturaleza de hembra imperial, con su metro ochenta, sus perímetros excesivos, redondeados por la maternidad, su pelo castaño claro, tan adecuado para las trenzas como para el desgaire, sus ojos celestes, interminables, que volvieron a adquirir el brillo de los quince años y el misterio de su miopía sin diagnosticar. El fémur de cuarenta y cinco centímetros también ayudaba lo suyo. Para ser perfecta sólo le faltaba un poco de tragedia en su cara de diosa. Él se fue arrugando en el cretinismo de su impotencia, como un trapo sucio, y le rogó a ella que volviera, con perdón incluido y juramentos de cambio y de generosidad, favorecida por un mediocre aumento de sueldo, que garantizaba la duración de un optimismo de piojo resucitado. Los ruegos se rehogaron con el vino de los sábados y se hicieron cita semanal, a las puertas de su casa, con escándalo vecinal, gritos nocturnos e intervención de la fuerza pública, conmovida por aquel guiñapo, que nadie entendía que se hubiera podido

casar con aquella mujer, que tan grande le venía.

A ella, en cuanto estuvo libre, le llovieron los pretendientes, a los que fue despreciando uno por uno, con una indiferencia de hielo y una contumacia de cemento armado. Como gata escaldada, se lo pensaba dos veces, cada vez que un hombre se le acercaba. Ya iba conociendo el percal y los olfateaba desde lejos, panda de salidos sin agallas, muertos de hambre de varias generaciones, pescadores a río revuelto, viejos verdes, con cuerda para quince días, memos con pretensiones de obispo y niños en busca de aventuras y medallas de tertulia vespertina. Encontró algunos hombres de su gusto, que usó como papel de embalaje, para desechar una vez utilizados, y le quedó el regusto de la nada y ocasionalmente algún débil rasguño en su corazón herido, que curó pronto. A los treinta años y sin haberse librado de sus sentimientos crepusculares, decidió casarse de nuevo, para estabilizar su vida, que se le escapaba entre sus manos, y probar una segunda oportunidad, que sentía necesitar, cuando entreveía la sombra alargada de la soledad de los cuarenta, antes de que fuera tarde.

No le costó trabajo encontrar pareja. Un hombre mayor, que le sacaba veinte años, viudo sin hijos y con una gran fortuna, se encaprichó con ella, a la edad justa de su plenitud vital. Ella le puso aduana de pago a la premiosidad de sus deseos y a los cuatro meses se casaron, con todas las de la ley, incluido el traje blanco de organdí, el coche de regalo y la luna de miel en París, con un vuelo a los fiordos noruegos. Ella había echado sus cuentas y todos los sumandos fueron positivos. Era un hombre más alto que ella, de complexión fuerte, a pesar de sus cincuenta y muchos años, bien parecido, escaso de pelo y de tez morena, curtida en el campo, de gustos sencillos, casi hogareños, apegado a la tierra de sus mayores y de un estable sentido común, avalado por su cuenta corriente y la serenidad de su edad. Además de la casa en la ciudad, poseía, entre sus propiedades, una dehesa, de más de tres mil hectáreas, de las cuales trescientas de regadío, con caserón modernizado, piscina, frontón y varios caballos de paseo. Sin saberlo, buscó en su marido la sombra del padre protector perdido, que echaba de menos.

La boda, celebrada en la capilla de la finca, fue discreta, con doscientos invitados, servidos por la Viuda de Fraile y tarta de Burgueño. A los postres, con el champán subido y el estómago lleno, menudearon los brindis, los abrazos de amor eterno, las lágrimas de la delicuescencia neuronal y las bromas fáciles. La belleza de la novia deslumbró a todos, que apostillaron, entre risas ahogadas y mentidos rubores: «Mucha carne dura, para una dentadura postiza». La diferencia de edad la veía hasta un ciego y también provocó un ácido comentario entre dientes de que «la carne de segundo plato, es carne de cornudo», a lo que el compañero de mesa contestó: «No lo creo. Porque él la mataría». Otros dijeron, en clave ganadera: «Hacen buena pareja. Los dos son desechos de tiente». A la vuelta del viaje de novios se instalaron en su casa en la calle Toro. Todo había salido a pedir de boca y Carlota pensó que la felicidad, que le había sido tan esquiva hasta entonces, podía ser posible.

Antes del año, añoraba la libertad perdida y se aburría de la finca, los caballos, la piscina, las dos doncellas, la cocinera y el descapotable rojo, que le había regalado su marido para celebrar el primer aniversario de su boda. Sentía a diario el hormigueo de la insatisfacción, al que no sabía poner nombre ni remedio. Respetaba a su marido; pero tenía la tentación de mirar por la ventana los días lluviosos y esperar un milagro, entre dos luces. Todavía no había descubierto el placer del *whisky* ni del *bridge*, aunque suponía que la dejarían tal cual, con un vacío en el cuerpo, que no conseguía llenar con nada. Aquel día de un otoño prematuro, de nubes bajas y viento desapacible, decidió salir a dar una vuelta. Se puso su primera gabardina del año, blanca con cinturón de lazada, grandes solapas y botones exagerados, y se anudó un foulard violeta al cuello de las miradas indiscretas. Dudó si llevar un paraguas azul claro de seda transparente, que le tamizaba la luz sobre la cara, sobrenaturalizándosela. Pero decidió ir a pelo, con los rizos al aire impertinente de septiembre, que añadía un atractivo más a su figura de treintañera en buen estado de conservación. El atardecer era una buena hora para aventurarse y caer desde el cielo, a la claridad indecisa de la prima noche, en una Salamanca sedienta de agua, esperando el otoño.

En el ostensorio de la Plaza Mayor llamaba la atención de nativos y turistas, curas rebotados y sacerdotes en ejercicio, que no dejaban de morderla con una sonrisa complacida, acompañada a veces de un suspiro de resignación. Algún grosero piropo, a ras de tierra, se encendía a su paso y ella, acostumbrada a las hogueras de un permanente homenaje, ni lo registraba. Empezó a lloviznar y la gente se cobijó en los soportales, que adquirieron una tonalidad de alcoba, con un cielo color rata, a la luz de los pálidos farolones del alumbrado municipal, que se encendieron con las primeras gotas. Se adensó la multitud alrededor de ella, que no pudo evitar algunos roces desagradables. Determinó irse y, al finalizar su vuelta protocolaria en la embocadura de la calle Toro, se encontró desamparada bajo el agua que caía con timidez de ensayo, pero con intenciones de continuar un buen rato. Estaba en las dudas, cuando un paraguas cubrió su indecisión y una oleada de lavanda inglesa, con olor a flor de durazno, le hizo levantar los ojos del suelo, para agradecer la deferencia y excusar la ayuda: «Estoy a dos pasos de casa. Muchas gracias, de verdad, no se moleste», que sonó a invitación. El mundo se puso a marchar de nuevo, después de una inmovilidad de años.

Era un hombre joven, con pinta de estudiante forastero y maduro, con un corte de pelo desconocido en la ciudad y un traje de sastre de firma, que no era frecuente entre los universitarios. Llevaba una gabardina azul, impecable, con el cuello subido, a lo Humphrey Bogart. Ella bajó los ojos con la turbación de un sobresalto y abandonó su sonrisa a los peligros de la improvisación. Pero tuvo tiempo de observar que, contra el buen corte del traje y su apostura de pies plantados en la tierra, también el muchacho, ni guapo ni feo, estaba tan azorado como ella y no le salía ni el cumplido que debería tener a flor de labio, rodeados de gente apresurada, de paraguas irritables,

que los aislaban como en una isla desierta, perdidos en el océano de la chupitanga, en un cerco lejano de cláxones obcecados e impertinentes. Ni él ni ella se dieron cuenta de que estaban interrumpiendo la circulación y que tenían que salir de la inercia de su súbito silencio, antes de ser arrollados por la impaciencia de una grosera muchedumbre. El olor de la lluvia añadía más desconcierto a su encuentro y los taxis lejanos, a través del agua, ponían un misterio excitante, de final de película romántica.

Pensar hubiera sido un despropósito, casi de mal gusto. Se dejaron llevar por las sensaciones, que con ayuda del bendito mal tiempo y las prisas del agua creaban un clima de uso privado. Se habían quedado varados, en un mundo en movimiento, y parecían felices, en medio del desorden universal y de todas las tragedias cósmicas conjuradas para molestarlos. No se daban cuenta de nada y no tenían que hablar para prolongar la zozobra que los estaba sacudiendo. Casi ni se miraban para no estropear la situación y gozar de todos los imponderables del azar. Estaban muy juntos y sus ropas se rozaban al mínimo movimiento de los vaivenes de la calle. Flotaban en un espacio restringido, hecho de voces, paraguas húmedos, reflejos de escaparates iluminados con su bisutería en ostensorios, y una angustia sin definir que los acercaba más de lo que estaban, rodeados de gentes, de ojos curiosos y de espaldas que huían de su felicidad naciente, quizás envidiable. Nadie se había dado cuenta de que una historia de amor podía estar empezando, bajo una lluvia gregaria y revoltosa.

Cuando fueron capaces de sacar la cabeza de debajo del agua, se encontraron en el precario aislamiento del paraguas, calle Toro adelante, sin mirarse, sin hablarse, sin apenas tocarse, con una tímida distancia de colegiales. El discreto olor a colonia inglesa, que él exhalaba, hizo sonreír a Carlota, que no dejaba de mirar la pulserilla de oro, que asomaba por la bocamanga del poderoso brazo que sujetaba el paraguas. Al llegar a la puerta de la casa, ella esbozó una despedida agradecida y él se quedó quieto, sin atreverse a tomar ninguna iniciativa. Para entonces había dejado de llover, sin que se dieran cuenta, y el paraguas abierto hacía las veces de dosel, que aseguraba una perentoria intimidad. Finalmente, ella le dejó la huella fugaz de un beso y desapareció en el portal, al borde de la levitación, con el corazón a galope tendido y la boca seca. Antes de trasponer las altas puertas del vestíbulo, se volvió a mirar hacia la calle; pero allí, contra lo que se esperaba, no había nadie. Sonrió por la torpeza del muchacho. El ascensor transportó hasta el cuarto piso un cadáver enamorado, todavía caliente, que de momento estaba de pie y que ella no tenía intención de llevar al crematorio. No era la primera vez que convivía con una muerta viva.

Aquella noche, Carlota no durmió, mordida por un desasosiego interior, desconocido hasta entonces y que le encantaba como una muerte dulce. No sabía ni cómo se llamaba el muchacho, ni de dónde era, ni qué estudiaba. Era sólo su presencia lo que echaba de menos. Volver a verle la cara; sentir la opresión de su fuerte mano sosegada en el antebrazo; oírle la voz, fonéticamente inolvidable, en ningún caso castellana, y escuchar sus palabras, como una revelación. Se vio perdida

en la ansiedad de la confusa memoria. Daba vueltas en la cama, sin dar con la posición del sueño y del olvido. Quería levantarse y empezar ya el día, para comprobar que lo que estaba pensando era real y no la consecuencia de su vacío sentimental, que la invadía, como una lepra, de cuando en cuando, como una jaqueca intermitente. La oscuridad era cómplice de la desmemoria y lo que ella quería era recordar, recordar bien, con pelos y señales, echarse a la calle en busca de aquel muchacho, para preguntarle si de verdad habían estado juntos y habían compartido la intimidad de un paraguas. Quería confirmar los rasgos de su cara, que no se le definían con los ojos abiertos, en las tinieblas del dormitorio. Todo se le confundía en un insomnio tenaz, mantenido por su voluntad inconsciente, que no se cansaba de darle vueltas a los pormenores del encuentro.

Su desvelo acabó despertando a su marido, que la notó excesivamente caliente, debajo de las aburridas sábanas de los ritos matrimoniales, compartidos durante más de diez años. En aquel duermevela, recién despierto, su marido se le insinuó entre las piernas; pero ella se negó a darle continuidad a sus deseos, y, ante su insistencia, se disculpó, como otras veces, por la maldita jaqueca, que le venía con el cambio de tiempo, como una respuesta orgánica. Era la lluvia que volvía, presentida por su cabeza. Ella le dio la espalda y, estrechamente abrazándola por detrás, él acabó durmiéndose y ella siguió envuelta en la memoria del estudiante del paraguas. Bendita lluvia que le había abierto las puertas del paraíso. No volvió a coger el sueño y no quería cogerlo de ningún modo. Temía que aquella imagen del muchacho se le borrara si ella no ayudaba a mantenerla, a fijarla con precisión de fotografía.

La luz de la mañana, moviendo las cortinas del cuarto, la encontró enamorada, como una colegiala quinceañera y no se arrepintió de sus cuarenta años. Ni notó el mal cuerpo de la noche pasada, ni tuvo que justificar las negras ojeras que embellecían su rostro de diosa en trance. Ni dar explicaciones de su buen humor matinal, avivado por el zumo de naranja, que alivió su garganta de las angustias nocturnas. Respondió con un arrebato al beso paternal de su marido, acostumbrado a sus cambios de humor y a la efervescencia imprevisible de su carácter apasionado. Colgada de su brazo, le acompañó hasta la puerta, a la hora de irse, y lo vio marcharse con alivio, como si se quitara un peso de encima y pudiera volver a ser ella misma. Cerró la puerta a sus espaldas y, con un movimiento convulsivo, lanzó al aire sus chancletas doradas, con pompón blanco pálido, y sintió con placer el frío del entarimado, que siguió hasta el cuarto de baño, orillando la aspereza de las alfombras persas del suelo.

A la doncella le pidió que llamara al peluquero, para que viniera aquella mañana, y estuvo un buen rato eligiendo el vestido que se pondría para salir a la calle. Se desnudó en el baño, al que añadió una excesiva cantidad de sales aromáticas; mandó comprar flores y, todavía en bata, telefoneó a su mejor amiga para invitarla a comer en aquel restaurante francés de la calle Espoz y Mina que tanto le gustaba, aunque ella hubiera preferido la Ruta de la Plata o Casa Paca. A las once llamó su marido

para preguntarle por su dolor de cabeza y proponerle almorzar juntos. Ella estuvo particularmente cariñosa, con los adjetivos apropiados y la risa inevitable de la exaltación erótica, para declinar la invitación, por el compromiso adquirido anteriormente con su amiga. En cuanto al dolor de cabeza, se le había pasado, con el tiempo sin lluvia. No pudo evitar, aunque se arrepintió enseguida, insinuarle una feliz noche juntos. La florista le envió dos ramos de flores, el suyo y el de su marido.

Empleó todo el día en imaginar y preparar un encuentro con el estudiante del paraguas. No tenía nada más que hacer que soñar con una felicidad posible, después de tantas decepciones que la habían envejecido. Muchas veces se había arrepentido de su biografía, que le dejaba un poso amargo. Ahora quería respirar un aire nuevo. Se sentía libre como un pájaro, como un pájaro en el vuelo del ocaso. Todos sus recuerdos eran oscuros y echaba de menos la luz, que la instalara en un mundo por estrenar, que había buscado durante cuarenta años perdidos. Su cuerpo se resistía a claudicar y su espíritu se negaba al erial pastoso de la vida diaria, de las buenas costumbres, de los imperativos sociales, como corsés al uso antiguo, a oír lo ya dicho y a decir lo ya oído. Esperaba días azules y nuevas palabras que la sacaran del letargo en que estaba enterrada, después de muchos años de matrimonio y del fiasco de su luna de miel. Estaba en la edad crítica de las decisiones dramáticas. La vida no podía esperar más.

Un futuro igual que el pasado le ponía un luto a sus recuerdos, un velo anticipado a sus esperanzas fallidas. Aquello del estudiante no era una aventura. Era el amor que por fin iba a conocer de primera mano y en directo. Una sensación luminosa le calmaba las inquietudes, frente a lo desconocido, y le abría los poros de la piel para un gozo inefable, que presentía sin haberlo probado. Como todos, buscaba la felicidad. Tenía derecho a la felicidad. No se daba por vencida. Una felicidad que se le escapaba por la erosión de los años. Hacía tiempo que había terminado el noviciado de las desgracias y confiaba que el estudiante del paraguas le propusiese la huida hacia la locura, para la que estaba preparada y más que madura, de lo ignorado, de lo imaginado, el revés de tanta sensatez y de tantas cominerías de un aldeanismo cutre y asfixiante. Si le proponía escaparse al Brasil, se iría con él, sin dudarle.

No tuvo que pensárselo mucho para correr hacia su primera cita con el estudiante. En el camino, calle Toro, Plaza del Liceo, Plaza Mayor, Plaza del Corriño adelante, le sorprendió una chupitanga inoportuna, que la detuvo sin aliento y el corazón en la boca, antes de llegar. Parecían destinados a un amor pasado por agua. No tuvo más remedio que esperar a que escampara, para arriesgarse a seguir corriendo hasta la Puerta del Río, a espaldas de las catedrales, al final de la calle Tentenecio, con la idea de pasear juntos en la discreta soledad de la orilla del río, entre los chopos y en la compañía del agua. Era su verdadera primera cita de amor y se sentía feliz y nerviosa, como si tuviera sus lejanos quince años. Mantenía la conmoción de aquel cuerpo joven, el calor de sus ojos encendidos de deseo, el encanto de su tímido silencio y su poderosa mano sujetando el paraguas de su encuentro fortuito. Lo había buscado por

todas partes, con la seguridad de haber hallado el gran amor de su vida.

Había dado vueltas a la Plaza Mayor, como era la costumbre ciudadana para los encuentros, deambuló por la calle de la Rúa, por donde pasaban, de ida y vuelta, los estudiantes de Letras, de Derecho y de Historia, merodeó por lo alto de la Peña Celestina, donde estaban las Facultades de Ciencias y de Matemáticas; se fue a la Facultad de Medicina, por el Paseo de San Vicente, y esperó, ansiosa, la salida de clase, uno y otro día, hasta que su estudiante, ni guapo ni feo, ni joven ni viejo, ni alto ni bajo, apareció, con el mismo ademán de precariedad vencida y de grave serenidad, asumida sin reservas, con un retraimiento sin complejos, seguro de sí mismo, pero parapetado en el silencio. Ella confirmó todas sus expectativas y se acercó a él con la sonrisa apasionada de su turbación y de su osadía, haciéndole saber que lo había estado esperando toda la vida y que había terminado la espera, con un beso amistoso en las mejillas, en busca de la boca.

Él no dijo nada, entre la timidez y la sorpresa. Pero se le iluminaron los ojos de un color que ella todavía no había descubierto del todo.

Había tardado mucho tiempo en darse cuenta de que no estaba solo en la casa, acostumbrado a la soledad y al eco de sus propios pasos, en la vivienda de toda la vida. Pero un día empezó a notar otras pisadas ajenas a su movimiento cansado y envejecido, una presencia extraña en todas las habitaciones, que al abrir las puertas se hacía evidente, por el roce de unos pies que huían, el silencio movido por otro cuerpo que se ocultaba o el crujido de un mueble que se cerraba en el mutismo de su misterio. Lastrado por la idea de que los seres vivos necesitan un cuerpo para existir, desechaba la existencia de aquel habitante invisible, que, no obstante, no dejaba de manifestarse. Sus primeras sospechas se habían ido confirmando a lo largo de los días. Un mueble desplazado por la noche, un objeto fuera de su sitio habitual, el calor de un hogar después de haberlo apagado, un olor distinto, que se insinuaba en medio de los olores habituales y como que huía a su paso. Un ruido sin explicación, un lamento inaudible, una ventana que se cierra por sí misma, una corriente de aire inexplicable, que alerta de otra presencia.

Sus sobrinos pequeños, cuando iban a verlo, a veces se quedaban mirando al vacío, con una fijeza intrigada en los ojos de su asombro infantil, lo que venía a añadir certeza a sus sospechas. Los observaba y en sus rostros veía el paso del otro, la realidad de una sombra corpórea. Se daban codazos de complicidad, sin salir de su ensimismamiento, se advertían con los ojos de detalles. Cuando les preguntaba qué miraban se hacían los inocentes, pues, al fin y al cabo, la educación que recibían favorecía el cultivo de la hipocresía. Pero él leía en sus caras la presencia de una visión que les había sorprendido y que les atraía como una interrogación. Ésa era probablemente la razón por la que volvían a verlo todas las semanas y se quedaban en su casa cada vez más tiempo. Pensó que quizá sólo aquellas miradas virginales

podían ver lo que sus ojos no podían. Por los gestos de los niños, asombrados, quietos, jubilosos o asustados podía seguir el ir y venir de aquella invisible criatura extraña, que habitaba su casa. A veces, creía observar huellas en el suelo o el leve crujido de una puerta entornada, que los niños se apresuraban a cerrar. Pero no conseguía ver nada, por mucho que lo intentara, y, cuando los sobrinos se marchaban, recorría la casa para encontrar algún indicio revelador o aguzaba el oído para escuchar una respiración contrariada por la pérdida de las únicas miradas que le daban existencia.

Volvió a pensar que habría que ser inocente para poder comprobar aquel misterio. Pero él había perdido la inocencia y lamentó haberla perdido, porque ahora hubiera podido descubrir aquel inquilino que compartía con él la casa, que tanto le intrigaba y que acompañaba su soledad. Tenía algo de intruso, pero también algo de compañero, de amigo, al fin y al cabo estaba junto a él, cerca, y había venido a algo que no podía saber, mientras se hiciera invisible y no pudiera hablarle, y, salvo la curiosidad, no le causaba ninguna preocupación. Incluso, le agradecía su compañía, le animaba su aburrida existencia de solterón, pasaba todo su tiempo a su lado y gozaba de las ventajas de su casa. Tenía cosas en común con él. El aire, la luz, los sonidos, las paredes, los muebles, las alfombras, la televisión. Estaba decidido a ser su confidente, su interlocutor, su amigo, si se terciaba. Pero antes tenía que verlo, mirarle a la cara, juzgar su expresión, recibir sus confidencias.

Un día tuvo nuevas pruebas de aquella extraña presencia, que confirmaban sus sospechas. Olía a hembra, no tenía duda, porque ni una sola mujer había entrado en aquella casa de solterón empedernido. Siguió el rastro por todas las habitaciones, recogiendo pruebas irrefutables de aquella presencia femenina, que dejaba señales que la hacían evidente, con caprichosa determinación. No encontró nada, salvo la exacerbación del olor a hembra en algún rincón, como el preámbulo inmediato que anunciaba una persona a punto de corporeizarse. Aquel descubrimiento le alegró. Quiso imaginar cómo sería aquella mujer y la vio naturalmente hermosa, como tantas veces la había soñado en sus insomnios de célibe en ayunas. Por el hecho de no hacer ruido, dedujo que andaría descalza, con los pies desnudos. La imagen de aquellos pies desnudos, tentadores, sobre el entarimado familiar, estuvo a punto de enloquecerlo. Serían blancos, alargados, impecables, sinuosos, delicadamente débiles, como peces desamparados. Ligera de cuerpo y ágil de movimientos, cumplía todos los requisitos ideales, para mantener la impaciencia de su espera, aunque fuera años. Aquel aroma natural le excitaba, le guiaba por el pasillo, le torturaba con una deliciosa demora, que la hacía más deseable. Se mantuvo quieto, reducido a su respiración anhelante y a su mirada atenta. El aire se movía, la luz se oscurecía, el olor se acercaba.

Desde aquel momento, cambió su vida. Ya no estaba solo; tendría que compartir su tiempo con otra persona, que era lo que había deseado siempre. Alguien utilizaba su espacio, su luz, su oxígeno. Se preocupó de la otra. Pensó que lo miraba y aquella

mirada le hizo vivir, se incorporó a todos los actos de sus costumbres. Evitó sus descuidos vestimentarios, las concesiones a su mal gusto doméstico, sus deslices fisiológicos, sus debilidades de solitario. Se peinó con más esmero, se duchó con más frecuencia, se perfumó todos los días, se afeitó todas las semanas, reprimió las groserías verbales de su mal humor. Empezó a hablar solo, como si dialogara con alguien, a quien deseaba complacer, a quien le hubiera gustado escuchar. Ensayó todas las posibilidades de una convivencia civilizada. Al volver a casa de su trabajo, recapitulaba, en voz alta, las anécdotas del día. Convirtió aquella sombra en su confidente y llegó a ponerle plato en la mesa, con la esperanza de poder verla, pero nadie acudió a su reclamo. Puso otra toalla en el cuarto de baño, que nadie usó. Pero no se dio por vencido. Se hizo la ilusión de su compañía cuando salía a pasear, y llegó a sonreír cuando alguien miraba a la mujer que llevaba del brazo, que nadie sabía de dónde la había sacado.

De tanto pensar en ella, le puso nombre, cara y voz. Se llamaba Laura, como las heroínas de tantas novelas románticas. Era, por supuesto, joven y debía ser rubia, con el pelo largo y tenuemente ondulado. Era grande, como a él le gustaban, y con los ojos verdes. Imaginó sus facciones y diseñó, en su cabeza, sus piernas. La deseó, como un primer amor juvenil, y creyó que estaba atenta a cuando él le hablaba. Nada se opuso a su fantasía soñada. Él le echó la culpa a su delicadeza y a su discreción, a su pudorosa feminidad. Quizá no era tan guapa como él se figuraba y temía decepcionarlo, si se presentaba delante de él. Quizá sus ojos no eran verdes y sus piernas tendían a la delgadez. No hablaba porque no tenía la voz bonita ni la palabra fácil. Pero él le hizo saber que le perdonaba todo, fuera como fuera. Bastaba con que estuviera en su casa para que él la convirtiera en el ángel que había estado esperando, desde que su madre, la única mujer en su vida, había muerto, ya iba para diez años.

Después de mucho tiempo, quizá desde su primera infancia, volvió a ser feliz, y sólo se aguaba su felicidad cuando dejaba de oler aquel rastro a hembra, que lo mantenía vivo. Como un perro perdiguero rastreaba el perfume delator que lo tranquilizaba, y cuando lo había recuperado, a veces al cabo de varios meses, le pedía perdón por su exceso de celo, por su falta de atención, por sus errores. Se ponía enfermo cada vez que ella dejaba de dar señales de su presencia y le aterraba la posibilidad de volver a su vida anterior de hombre solo, sin nadie, sin nadie con quien estar. Pensaba que aquellos eclipses se debían a sus faltas, a venganzas por su torpeza y se interrogaba sobre los enfados de la otra, para no volver a irritarla. Descubrió con alegría, que, a sus muchos años, estaba enamorado del modo más trágico de una sombra caprichosa, que se negaba a corporeizar una sonrisa o una esperanza. Su sexo se le desmadraba de madrugada, como una llamada de socorro.

Una noche en la cama, en busca del sueño, rendido por la larga espera, excitado por sus pensamientos, sintió en la frente un ligero soplo, como una respiración próxima, íntima, cariñosa. Se mantuvo quieto, aguardando la continuación de aquella cercanía prometedora, la retirada del embozo, el susurro de las sábanas al ser

apartadas, el hundimiento del colchón por el peso de otro cuerpo, las arrugas de la almohada al recibir la opresión de otra cabeza, la caricia de una mano sobre su pecho. Pero nada se produjo. Esperó en vano, sin que volviera a sentir aquel hálito sobrenatural, excitante, ni notara ninguna otra prueba de la proximidad de un ser humano. El amanecer lo encontró en vela, rastreando con sus ojos cansados los rincones del dormitorio en busca de una prueba de que no estaba loco, de que alguien había estado allí, de que aquella pesadilla era real y de que una mujer había compartido con él su dormitorio, aunque quizás el pudor le había impedido seguir el primer impulso de su deseo. Cuando se levantó encontró sobre el polvo de la cómoda la huella de unos dedos femeninos.

Volvió a recorrer la casa, suplicante, enfervorizado, y llegó a la conclusión, con un poco de vergüenza, de que aquella mujer, que se había acercado a su cama, solícita y cariñosa, no era la amante ideal, creada por su larga abstinencia y mantenida por sus sucesivos fracasos sentimentales, sino su madre, que volvía para aliviar los primeros síntomas de su vejez desvalida. Aquella caricia nocturna, que de haber estado despierto del todo hubiera reconocido, quizá le hubiera podido desvelar que había sido un beso maternal, suave como el paso de un pájaro, cálido como una primavera recién hecha. Y lo devolvió a su niñez añorada, cuando su madre lo había mantenido feliz, con sus caricias, sus palabras celestiales, su olor a hembra y sus comidas, que nunca se había resignado a perder.

La seguridad de que había sido su madre la que había estado a su lado en el umbral del sueño no le trajo ninguna inquietud, sino una gran alegría, de la que había perdido la costumbre. Respiró hondo y a gusto. Ya nada podía temer. Nada malo podía ocurrirle con ella a su lado. Su madre sería su ángel de la guarda, el que pararía los golpes y encontraría las soluciones a todos los problemas. Volvía a ser el niño que había sido; se confió a ciegas en aquellas manos cariñosas, encomendó su futuro a ellas, encontró el entusiasmo infantil que había perdido, se fue todo en proyectos, todos los días volvieron a ser domingo, como si hubiera resucitado de un letargo, cuando había postre de dulce y paseo vespertino por la Alamedilla, a la vera tierna y cálida de su madre, con recalada en la Plaza Mayor, donde siempre había una chuchería de sorpresa, en medio de una multitud gozosa que daba vueltas y vueltas bajo los soportales.

Por la noche, cuando el sueño le rindiera, se dormiría en el calor de aquellos brazos, que no se cansarían de mantenerlo junto a los latidos de su corazón, que él oiría como la confirmación de su existencia, cuando aquellos dedos suaves esbozaran una caricia entre su pelo, para no despertarlo, aunque estuviera despierto y se hiciera el dormido. Entonces, merecería la pena ponerse enfermo, con su madre, que permanecería horas y horas a la orilla de su cama, para demostrarle que aquel mal era pasajero y que, a la vuelta de la enfermedad, siempre estaría ella para reanudar la costumbre de la felicidad. Los recuerdos de los años dichosos se le pusieron de pie. Como volver a unas vacaciones eternas, con ella de testigo. Con un sol que nunca se

pondría y los árboles moviendo sus hojas sobre un cielo permanentemente azul. Y su madre al fondo con la estatura de los dioses de los libros ilustrados, que le leía a la hora de dormir.

Dejó de buscar, dejó de inquietarse y de temer. Ya no le importaban los ruidos inexplicables, los silencios habitados, las huellas sospechosas. Le pareció natural que las sillas cambiaran de sitio y que una mano invisible rectificara sus errores domésticos. Cuando en el pasillo, un aroma femenino se cruzaba en su camino, le parecía natural, sabía a quién pertenecía, porque le venía, como una oleada, desde la niñez. Era relajante volver a casa, a sabiendas de que alguien habría organizado el caos, preparado el hogar y limpiado las alfombras. Y, por la noche, al ir a encontrar el sueño, sabía que alguien velaría por él en la oscuridad, alguien conjuraría los peligros y los malos espíritus. Bastaría una llamada de socorro, insinuada, pronunciar un nombre, para que la luz volviera, las sombras se vaciaran de amenazas y la cama recuperara su función de lecho de rosas. Y, cuando se despertara con la luz del día, ya puesta, alguien estaría de pie y le precedería para volver a la vida, con un beso, un tazón de leche caliente con cereales y las grandes obleas litúrgicas que tanto le gustaban. Todo volvía a ser lo mismo, nada había cambiado, aunque su madre seguía sin aparecer. Pero era natural, porque se había muerto hacía mucho tiempo.

La reclamó con los apelativos más cariñosos, para forzar su respuesta, que nunca le había fallado. Pero esperó en vano. Trajo a colación las anécdotas perdidas de su infancia, los muchos momentos de éxtasis que había vivido junto a ella, las risas que habían compartido, los viajes que habían hecho juntos, hacia un mundo grande y abierto, renovado en sus sorpresas, luminoso y acogedor. Fue enumerando, en voz alta, lo mucho que tenía que agradecerle y que en vida no se había atrevido a confesárselo. Revivió, con voz emocionada, todos los placeres de la filialidad y proclamó, casi gritando, para que ella lo oyera bien, que nunca le había decepcionado, con una admirable fidelidad de madre, a la que algunas veces, sobre todo en la adolescencia, había traicionado y hecho sufrir. Comprendió que su madre, muerta, no tendría los órganos de la fonación necesarios para hablar, ni cuerpo para que él la pudiera ver. Sería sólo espíritu que deambulaba por la casa, impregnaba las paredes, cubría los muebles con su sombra, flotaba alrededor de él, lo rodeaba con su calor, moviéndose en una cuarta dimensión, a la que él no podía acceder. Materia inorgánica, dotada de un cuerpo inespacial, sin peso ni volumen, pero tan real como cuando estaba viva y lo mimaba.

Para corporeizarla de alguna manera, buscó entre los viejos papeles familiares, cartas borrosas y periódicos amarillos, una foto suya, que llevaba pegada a la memoria, y la encontró, tocada de una alta peineta negra, orlada por una mantilla y una media sonrisa de complacencia y coquetería, como él la recordaba, y la entronizó en el aparador del cuarto de estar, sobre un alto pedestal de libros y cajas de objetos personales, para que ella lo viera, y encendió una candela a sus pies, como a las imágenes sagradas en los altares. Antes de irse y después de volver, permanecía un

rato mirándola fijamente, a la espera del milagro de su animación. Dialogar con el retrato se le convirtió en costumbre diaria, como cuando le daba un beso antes de irse a la calle. Tardaba en marcharse y se apresuraba en volver. La fuerza de su mirada era tan intensa que las lágrimas le difuminaban los rasgos del retrato y le parecía que hacía esfuerzos por hablarle, como no podía ser menos en su bondad, que nunca se había negado a ninguno de sus caprichos, por extravagantes que fueran.

Aquel trato reanudado le devolvió, con el sonido de su voz, que llevaba guardada en su subconsciente, las antiguas consignas de su infancia, que permanecían intactas, conservadas en su propio tono. No necesitaba recordarlas para saberlas: el «abrigate al salir», «en la calle respira por la nariz, que hace mucho frío», «ten cuidado con los charcos», «no te sorbas los mocos», «no te olvides el bocadillo de media mañana», «no cruces las calles sin mirar», «no te pares a hablar con desconocidos», «vuelve pronto, derecho a casa», «vete por la sombra, que pega el sol», «no te sofoques jugando al fútbol», «si sudas, no bebas agua fría», «no pierdas la bufanda, que vale más que tú», «quítate los zapatos al llegar a casa», «no hagas ruido al tomar la sopa», «no comas tan deprisa», «ayúdate con un trozo de pan en la mano izquierda», «no te olvides del postre», «siéntate bien, con la espalda recta», «apaga pronto la luz», «que sueñes con los angelitos», «cepíllate los dientes», «ponte los guantes de lana que te hice el año pasado», «no digas groserías, por favor, ¿qué va a decir la gente de nosotros?», «besa a tu tía Mercedes, no seas borde», «si eres bueno, te compro un helado», «pero ¿dónde te has metido? Vienes hecho un Adán», «estás más guapo con la boca cerrada», «¿qué voy a hacer con este hijo? ¡Qué castigo, Dios mío!».

Cuando se jubiló fue un gran día. Desde aquel momento, por fin, dispondría de tiempo para ella, sin temor de que se ausentara al sentirse abandonada en aquella casa enorme. Hizo planes para que se sintiera bien. Hacer lo que a ella le gustaba. Hablarle de los temas que habían llenado sus conversaciones. Su propia salud, motivo recurrente; los escándalos de la vecindad, con morbo; las desgracias de los otros, con tela para rato; el precio de la comida; los problemas con la servidumbre, siempre iguales; el tiempo, según la estación del año; el estado de la economía familiar, con tendencia al pesimismo; los engaños de los aparceros de las fincas del pueblo; los recuerdos de su juventud, nostalgia dulce; la boda con su padre, tirando a desilusión; los proyectos para el verano; la preocupación por su inminente decrepitud, entre suspiros de resignada protesta; su coquetería de mujer madura, cuarentona de buen ver; los tiquismiquis domésticos con sus hermanas, de sabrosa molturación; sus deseos de una libertad que nunca tuvo; sus lecturas preferidas, escasas y de dudoso gusto; sus preocupaciones culinarias y sus exigencias gastronómicas, con orgullo de clase.

Cuando apareció muerto, nadie se supo explicar aquel crimen. La puerta de la calle estaba cerrada por dentro, con todas las trabas de la seguridad echadas. No había signos de violencia y no habían robado nada.

Hartos de sus familias, de sus casas y de sus quince años, Tarín y Pedro, víctimas de sus imaginaciones infantiles y de sus desarreglos adolescentes, decidieron escaparse de casa y echarse a recorrer mundo. Tarín era guapo y Pedro era feo. Pero eran amigos de toda la vida, vecinos y de la misma edad. Hijos de mesocráticos funcionarios del Estado, habían ido al mismo colegio, compartido experiencias y descubrimientos, sufrido las mismas broncas paternas, las mismas carencias económicas y las mismas urgencias del sexo temprano, comunicándose sus hallazgos y sus gozadas. Sus vidas paralelas, y hasta cierto punto complementarias, los habían hecho amigos y como hermanos. Tarín era delicado, de tez clara y ojos azules, de mediana estatura y de salud precaria. Su fisiología lo hacía tranquilo, ensimismado y listo, con una inteligencia rápida e intuitiva. Tenía un deje soñador y tímido, que lo diferenciaba de Pedro, alto, fuerte, decidido, tumultuoso, moreno y jugador de fútbol, de reacciones lentas y voluntad a prueba de bombas. Le sobraban pecas y le faltaba serenidad. Desinhibido, generoso y despistado, le gustaban las matemáticas y se encasquillaba en las letras, despreciaba la historia y la literatura, que pensaba que eran cosas de curas y maricas. No había estado enfermo en su vida y cultivaba un odio menor hacia su padre, que lo abrumaba con sus exigencias y sus bromas, al contrario de Tarín, que no se enfadaba por nada, amaba el silencio, leía libros y sacaba buenas notas en todas las asignaturas. Era proclive a coger catarros y, cuando sonreía, el mundo cambiaba de piel y se hacía más bueno. De niños se habían encontrado y nunca más habían dejado de estar juntos, a pesar de sus diferencias. En distintos grados y por distintos motivos, eran dos seres aparte. Pedro adoraba a Tarín y Tarín adoraba a Pedro. Cada uno a su manera, pero del mismo modo sincero y apasionado.

La idea, como siempre, fue de Tarín, pero Pedro la hizo suya enseguida, con entusiasmo. Sus afinidades favorecían el proyecto y sus diferencias lo hacían más atractivo. Aunque por causas diferentes, estaban de acuerdo en largarse. Tarín estaba harto de todo, de los apuros económicos familiares, de la frustración sentimental de sus padres, que no hacían nada por ocultarla, del escaso horizonte que se veía desde la celda de su cuarto, de los libros de texto que le habían desvelado ya todos sus misterios y su lenguaje abstracto y aburrido, que era también lo que le pasaba a Pedro, que se aburría en clase, en casa, en la calle, en la vida, bostezos de ida y vuelta, ahogado por un padre obsesivo y testarudo, humillado por sus profesores, que le echaban en cara sus limitaciones intelectuales y sus continuas protestas, los excesos de su fortaleza física, su gesto de altanería despectiva y su malsana seguridad en sí mismo, intranquilo siempre y al borde de desatar una barbaridad. El colegio les pesaba a los dos como una losa, y la familia los limitaba como una pared de piedra en el camino. Para ser felices lo único que les faltaba era irse y no volver a ver a la familia.

Una de las razones de su amistad era su gusto común por perseguir, torturar y matar gatos, que añadía una nueva razón a su complicidad de base. La cosa venía de

lejos y había empezado en Tarín. De niño, antes de los ocho años, se había sentido fascinado por el gato doméstico, por sus misteriosos paseos, por la indolencia de sus andares, por sus uñas nacaradas y retráctiles, que sacaba a veces como una afirmación de su ser felino, y, sobre todo, por su mirada inquisitiva y concentrada, entre el aburrimiento y el desprecio. Debió de pensar que era un rival peligroso, con el que tenía que compartir las caricias de su madre, que le dedicaba, según él, al gato más tiempo y más amor del que se merecía aquel intruso, lánguido, mimoso, egoísta e indiferente, que recorría la casa como si fuera suya. El caso es que empezó a odiarlo y a seguir sus idas y venidas con el rabo alzado y sus bigotes hirsutos. Cuando lo sorprendía dormido, se quedaba observándolo, siguiendo los movimientos de su respiración y la cálida sensación de bienestar que emanaba de su figura distendida, señor de las almohadas del sofá, que a él se le negaban para sus juegos. Y, cuando súbitamente abría los ojos, de un gris ofensivo, se le quedaba mirando con un gesto de rey interrumpido en su paz augusta, como si no permitiera que lo molestaran mientras dormía, precipitando la huida a cualquier parte, donde nadie pudiera sorprender el nirvana de su sueño imperial.

Además, su piel le encandilaba, como un señuelo. Cuando su madre lo tenía acurrucado en su regazo, único momento en que se dejaba tocar, con los párpados cerrados y las defensas bajas, lo acariciaba para comprobar la sedosidad de su pelo atigrado, insólitamente suave. Su caricia terminaba con un avieso pellizco rápido y agudo, que hacía saltar al gato y correr a perderse en sus refugios ignotos, con disgusto de la madre y una leve sonrisa inocente de Tarín. Eso a los ocho años, a los catorce la guerra estaba ya declarada. El gato interiorizó los peligros de su proximidad, que eran siempre conflictivos y sin cuartel. El palo, el puntapié, el jarro de agua fría, el portazo en las narices confirmaban el nivel de su incompatibilidad; llegó un momento en que el gato huía nada más sentirlo, con el lomo arqueado y la pelambreira encrespada. Y cuando aquel gato murió, probablemente de vejez prematura, por la inquietud y la reiteración de los disgustos provocados por Tarín, el nuevo tuvo que sufrir el mismo aprendizaje doloroso de las difíciles relaciones con el hijo de los amos.

Cuando la cultura de los primeros libros le abrieron los ojos a Tarín, le buscó una explicación al odio que le provocaban los gatos y vio en ellos la encarnación del diablo, la asunción de las peores cualidades humanas, como el egoísmo, la pereza, la insociabilidad, la astucia taimada, el sentido de la venganza, la crueldad dormida, la hipocresía aprovechada. Confirmó sus sospechas con más experiencias y nuevos datos. Ahora ya no era el odio instintivo, sobre el mojado de su rivalidad, era el odio compulsado por su racionalidad. Lo que había sido un juego de niños se convirtió en una manía de adolescente, que arrastró a su vecino Pedro, que compartía con él su animadversión por los felinos. Desde entonces, entre otras aventuras comunes, una fue, y no de las menos gratificantes, salir al anochecer a la caza de gatos. Las noches de luna eran particularmente adecuadas para su afán exterminador. Llegaron a

adquirir una refinada técnica de cazadores y maltratadores. Los vecinos empezaron a quejarse de que sus queridos gatos desaparecían misteriosamente.

Les fascinaba coger dos gatos vivos y meterlos en un saco cerrado y asistir a su oscura pelea fratricida y desesperada, en la oscuridad y el aislamiento, hasta que la sangre teñía la tela del saco, entre furiosas convulsiones, maullidos infernales y crujir de huesos. Entonces, cuando parecía apaciguado el combate, tiraban el saco al río, para consumir la venganza, con un extraño rito de oraciones seudoreligiosas tomadas de la liturgia católica, adobada con blasfemias de uso propio. Después volvían a casa a cenar; Tarín, con su aire de querubín en trance, obediente y tranquilo, cumplía su obligación de lavarse las manos, antes de sentarse a la mesa, sacar la bolsa de la basura del día y rezar sus oraciones, al pie de la cama. Pedro, serio, con su altanería a cuestas y su limpia mirada de deportista, reacio a lavarse las manos —«que vaya usted a saber qué porquerías habrán estado tocando por ahí», como decía su madre— para contradecir las órdenes del padre furibundo y bufando, se sentaba a la mesa y daba cuenta de la comida con voracidad de hambriento.

Antes de decidir la escapada de casa, se lo estuvieron pensando hasta que maduraron el proyecto para el gran día. Tarín era más prudente y quería dejar atados todos los cabos, incluida la solidez de su decisión, para no volverse atrás, vergonzosamente, en el último momento. Por Pedro se hubieran largado en cuanto lo pensaron y lo decidieron. Era una cuestión de arrestos, dicho y hecho. Cada día que pasase, era un día perdido, porque hay mucho camino por delante. Finalmente, prevaleció la opinión de Tarín, como siempre, y se dieron un mes de plazo para la gran aventura. Pedro creía que salir de noche era lo mejor, porque de ese modo equivocarían las pistas de sus perseguidores, que saldrían en su busca, o, a primera hora de la mañana, con tierra por medio, para ganar distancia. Tarín defendía la idea de largarse a mediodía, con toda la tarde para ganar kilómetros y estar lejos cuando se dieran cuenta de su desaparición, a la hora de la cena. Se pusieron de acuerdo para salir a las tres de la tarde, con la disculpa de un partido de fútbol y de una película.

Aramblaron con todo lo que pudieron, una hogaza de pan, chorizo, tres tabletas de chocolate, perronillas, un cartón de leche, un cuchillo de cocina, una cantimplora vieja y abollada, un par de botas viejas, una bufanda, dos gorras viseras de sus padres que les quedaban grandes, una cesta de la compra de la madre de Tarín y doce euros descuidados que encontraron en la cómoda, y se largaron con la felicidad hurgándoles en la cabeza y en la planta de los pies. Vivían en el barrio Garrido y atravesaron toda la ciudad para salir por el Puente Nuevo, camino de la Sierra. Por un instante, se sintieron libres, con todo el mundo por montera, ancho, inmenso, excitante. Podían ir a donde quisieran; los cuatro puntos cardinales eran la libertad. No más riñas, no más deberes caseros, no más lágrimas de chantajes maternos, no más olor a cocina, ni ruido de la cisterna del váter, ni sábanas sudadas, ni calcetines zurcidos, ni ropa puesta a secar en el tendedero del patio, ni misas los domingos, no más madrugones para ir al colegio, ni más televisiones aburridas en familia. No más consejos. No más

besuqueos húmedos de tías solteras. Ni gritos del padre borracho, ni más órdenes de sus deseos de mandar, por lo menos en su casa.

El aire les entraba en los pulmones como una liberación y la luz les cegaba de gozo y plenitud; les hormigueaban las piernas de impaciencia, tenían ganas de gritar, de correr como potrillos sueltos, volar como águilas imperiales, surcar mares, devorar kilómetros, atravesar continentes. Se sentían poderosos, ingravidos y lúcidos. No tenían cuerpo. Reían sin motivo o abrumados de motivos. El camino se perdía hacia el infinito, iban de cara al sol y al viento. Se sentaron a contemplar la ciudad con el crepúsculo vespertino en las torres de la catedral. No se veía ni un alma. Algún coche se apresuraba por la carretera de Madrid. Se sintieron conmovidos por la silueta de las altas torres, como si nunca más las volvieran a ver. Un empujón de nostalgia les llegó hasta la garganta. Quedaron en silencio, sobrecogidos por el esplendor del atardecer. No se movía nada en el universo. Una brisa tenue y continua completaba el milagro del instante. No se hablaron, fueron todo mirada en la lejanía ciudadana, que empezaba a crecer. Tuvieron la tentación del arrepentimiento. Pero, enseguida, se quitaron de encima los malos pensamientos y echaron a andar, con una plétora de energía, enfrentados a un crepúsculo de inquietudes, que amenazaba lluvia.

Ya se veían, caminantes incansables, sobre rutas desconocidas, héroes de hazañas extraordinarias, con el agua cayéndoles encima, empapándolos, chorreando felices en un descampado de nieblas perpetuas, con montañas enormes, torrenteras rugientes caídas del cielo, saliendo de la oscuridad, en medio de bosques tupidos, habitados por seres fantásticos, con los que compartir el pan y el cansancio en una orgía de sensaciones desconocidas, a orillas de ríos infranqueables. Y quizás algunos encuentros inesperados, que les harían conocer gentes raras, vestidas de modo estrafalario y protagonistas de vidas airadas y envidiables, como bandidos feroces o locos escapados del manicomio. Les llenaba el gusto de la libertad. Se miraron y se echaron a reír, con una risa loca, eufórica, inocente, ancha y total.

Estoy harto de mi hermano. Como si lo tuviera metido dentro de mí. Me habita, me condiciona, me domina. Es inevitable. Nacimos al mismo tiempo, yo, unos minutos antes que él. Somos univitelinos Y, desde entonces, lo he tenido siempre delante de mí, a mi lado, detrás de mí. No me he podido separar de él nunca. He llegado a los veinte años sin vida privada, con su mirada sobre mis actos. Con su conciencia, como otro yo, fuera de mí. No he podido despegarme de él. He aguantado las bromas ajenas a nuestra costa. Los comentarios irónicos, las alusiones de mal gusto, las preguntas sobre nuestra intimidad personal. No he vivido nada que él no haya vivido, junto a mí, pegado a mí. No he recordado nada que él no haya recordado también. Mirarlo es mirarme a mí, reconocerse. Pero no sólo en mis rasgos fisionómicos, el color de los ojos, la forma de la nariz, la anchura de mi frente o las dimensiones de mis manos o la longitud de mis piernas, sino en la memoria de mi pasado, en la historia de mi vida, en las anécdotas de mi desarrollo. No sé lo que es una experiencia individual, singular, única. Lo he compartido todo con él. Nos entendemos sin hablarnos y no tenemos que hablarnos para saber lo que el otro está pensando. Como si fuéramos uno en dos.

Hemos aprendido a hablar y a andar a la vez. No concibo la existencia sin él. Durante muchos años esta coexistencia me ha parecido natural, no podía ser de otra manera. Ni siquiera he podido no quererlo. No es que fuera mi hermano, es que era yo. No quererlo era como despreciarme a mí. No podía ser de otra manera. Al principio, el hecho de que nos confundieran, de que no supieran distinguirnos me daba tranquilidad, me confirmaba y hasta me hacía gracia. Cuando alguien decía, en nuestra presencia, «como dos gotas de agua», nos reíamos, porque hasta compartíamos la risa. Y nuestras risas eran idénticas, al decir de la gente. Nuestra niñez fue una niñez compartida, íbamos en el mismo cochecito, tocados con el mismo gorrito de lana, que el álbum familiar testifica, y llamábamos la atención de la misma manera, como el anecdotario casero repite hasta la saciedad, cosechando curiosidades paralelas, exclamaciones unísonas y comentarios sin imaginación. Nos vestían con la misma ropa, que destrozábamos de la misma manera y al mismo tiempo. Como si nos pusiéramos de acuerdo. Inauguramos la escuela a la vez y nos sentamos en pupitres dobles, que contenían nuestros libros iguales, nuestras plumas gemelas y nuestros cabases intercambiables. Ni que decir tiene que sufrimos los mismos maestros y las mismas aburridas lecciones. La gente nos confundía y sonreían de su equivocación. Los maestros no sabían diferenciarnos y acababan por tomarnos siempre por el otro, poniéndonos las mismas calificaciones y duplicando sus advertencias y sus notas de conducta.

Al principio aquella confusión era divertida y nos proporcionaba una especie de clandestinidad y de irresponsabilidad impune. Pero, con el tiempo, llegó a ser penoso. Nosotros sabíamos que éramos diferentes, que éramos dos; pero nadie se daba cuenta

y nos metían a los dos en el mismo saco, con las mismas consecuencias. Estábamos condenados a ser una misma persona, encarnada en dos cuerpos. No había manera de separarnos, de distanciarnos. Empecé a tener malos sueños y me miraba al espejo y veía al otro. Me irritaba que me llamaran con el nombre del otro. No tenía espacio propio y mis pecados eran los pecados del otro. Cuando nos nació la conciencia moral, experimentamos la misma desazón ante el mal y los mismos remordimientos por nuestras faltas, que eran las de los dos, sin poder diferenciar mis transgresiones de las transgresiones del otro. El amor, como sería de esperar, nos cogió a los dos al mismo tiempo y lo peor es que, inevitablemente, nos enamoramos de la misma muchacha y sufrimos idénticos síntomas eróticos, que no podíamos satisfacer al mismo tiempo, víctimas de nuestros impulsos idénticos y paralelos.

Me empujan. Me zarandean. Me reciben las conocidas sensaciones de toda la vida, que no cambian. Como si no tuviera voluntad. Lo aguanto todo. Soy sólo la inercia de una voluntad ajena. Podría rebelarme y exigir otro itinerario y voy recuperando el caparazón de mis defensas. Las puertas me reconocen al pasar. Ya estoy en la calle de la Rúa, me cruzo, o mejor me cruzan, con estudiantes, libros en la mano, risas en los labios y fuego en el corazón, con el amanecer de un nuevo día en los ojos, con toda la vida por delante, mientras la sangre matutina riega sus piernas, fuertes, sólidas, incansables. Hay muchachas felices, que caminan como gacelas, apresurándose hacia la universidad, con la libertad que les da su juventud, su belleza, la fuerza de sus piernas espléndidas, que se afianzan sobre el suelo con la rotundidad de sus tacones. Amas de casa, que madrugan para ir a la compra y que parecen reconstruir en su sonrisa los recuerdos de la noche, en la cama con su hombre. Algún viejo tranquilo, que tiene tiempo de pararse a ver escaparates y a equilibrar la fatigosa respiración de sus limitaciones pulmonares; algún niño triste, a la rémora de una mano de hierro que lo arrastra hacia un destino que no le gusta; alguna criada empujando sus rencores y sus zapatos desgastados y torcidos, en busca de una libertad que no tendrá nunca, como yo.

Conozco mi ciudad, como la palma de mi mano, como el mapa de mis recuerdos. Reconozco sus baches, sus arrugas, sus rincones. Puedo recorrerla con los ojos cerrados y, en cada momento, puedo reconocer sus calles, el olor de sus barrios, sus ruidos característicos, el lugar exacto en que me encuentro, sin abrir los ojos. Levantada sobre tres colinas, erosionadas por el tiempo, todo son cuestas arriba, cuestas abajo, que se suceden con suavidad, como si su genética urbana no tolerara grandes dificultades y redujera todo a una continuidad sin solución. De cuando en cuando, llanos felices encuentran la complicidad de una plaza, horizontal y serena. Sus gentes son otra cosa. No me atrevería a juzgarlas, porque, después de tantos años, no acabo de conocerlas, lo mismo que no acabo de conocerme a mí mismo, que soy lo que tengo más a mano. Alguien dijo (porque las citas históricas en Salamanca son

tan inevitables como las heladas de su invierno) que los salmantinos son los andaluces de Castilla, abiertos y sabios. Otros dijeron que son los gallegos de la meseta, retranqueados y cachondos. Yo no diría ni lo uno ni lo otro. Acostumbrados a verlas venir, están de vuelta de todo y cualquier sambenito que se les cuelgue tiene razón. No se queman en los entusiasmos, ni se enfrían en las decepciones. Generosos y mezquinos a la vez, hospitalarios y desconfiados, universales y singulares, son, como todo el mundo, contradictorios e imprevisibles, reacios al tópico y rebeldes al estereotipo. Han visto pasar todas las civilizaciones, después de tres mil años, como para que su escepticismo esté justificado.

Estoy en la calle. Una premura de primera hora, de tareas por hacer, con mucho tiempo para reponer el mundo, olor a café, la rutina cotidiana, barren las aceras, levantan las rejas de guillotina de las tiendas, las últimas novedades de un comercio de telas, con los productos extendidos como carreteras sin fin, una librería con libros de colores, títulos sugestivos, un hotel, pobre de estrellas, una relojería llena de relojes discordantes, una pastelería de sabores tradicionales y pastas alineadas en orden de combate, otro bar, una farmacia de remedios inofensivos y nombres exóticos, nada ha cambiado desde ayer, desde anteayer, desde tresantier, las mesas de un restaurante en la calle, con manteles a cuadros, una joyería de oros suculentos, ya estoy harto, nada más empezar, y no me vale cerrar los ojos, porque lo veo todo con los ojos cerrados, sé dónde estoy y sé dónde voy a estar, puedo adivinar la cara de la gente y reencuentro el olor de las tiendas, el tufo de los perros, el frescor del agua municipal de las mangas de riego. Todo está decidido de antemano, con una ausencia de imaginación suicida. Al pasar alguien dice: «Huele a muerto», vuelvo la cabeza, pero Mariano, indiferente, sigue adelante y me impide saber quién es el cretino que ha hablado.

Y abro los ojos cuando me están entrando en la Plaza Mayor. Lo pedí desde el primer día. Fue lo único que exigí, con testarudez de vieja momia. Dije que me lleven a la Plaza todos los días, llueva o haga calor, esté helando o la ciudad esté a punto de perecer bajo los efectos de un huracán. Que no se olviden de pasearme bajo sus arcadas, de hacerme cruzar la diagonal más larga, sobre el granito cuartelero de su suelo enlosado, de darme por lo menos dos vueltas bajo los soportales. No me importa que me miren los turistas con pena, ni que las muchachas guapas eviten cruzar su mirada con la mía, ni que los niños me sigan con una malsana curiosidad, entre el asombro y el desprecio, ni que los vagos de siempre piensen al verme: «¿Adónde irá ese carcamal con ruedas?». Me muero si no veo aquella luz, filtrada por un cielo luminoso, si no respiro aquel aire de ángeles sin prisas. Me siento feliz, entre aquellas cuatro paredes doradas, como el recinto de un milagro.

Es la de siempre; pero no puedo dejar de mirarla, aunque odio el aburrimiento de sus arcadas clásicas, la geometría exacta de sus sombras, la altivez de sus cresterías presuntuosas y la sosería de sus balcones. Pero lo que más odio, porque me estorba, es el espectáculo de sus clientes habituales. Los conozco y me conocen; a veces

pienso que adivinan mi rechazo, como yo adivino su asco, sus ganas de escupirme, porque estropeo su bienestar, su egoísmo de batracios con la barriga al sol. Siempre son los mismos, con distinta cara. Ociosos, engreídos, verticales, dados a un masoquismo que se ignora. Pero son la sal de la tierra, incluso en un lugar excepcional como éste. Pero la Plaza lo sublima todo. Como un pebetero que aromatizara la atmósfera. Es la claridad tamizada por un cedazo invisible, que crea el prodigio. Atravesando la Plaza casi me alegro de haber nacido. Es el sosiego augusto de su espacio el que me redime de todo lo que me quema.

Después me llevan al infierno de la calle Toro, que se debe de llamar así por los muchos cuernos que adornan sus casas, larga y comercial, siempre llena de gente apresurada, que no me respetan, que me rozan, que me esquivan con precaución, como si temieran mancharse, contagiarse, hacen lo posible por no verme, se sorprenden de que exista, se alegran de no ser como yo y salen de las tiendas, como hormigas ciegas, con el paquete salvador debajo del brazo, que les oculta su vacío, corriendo hacia la nada, a la vuelta de cada esquina. Poco a poco la calle se sosiega, se aquieta a la altura de San Juan de Sahagún, y se abre hacia el verde sucio de la Alamedilla a la vista, con su pobreza vegetal, su parque en miniatura, como un lujo, sus parterres municipales mustios y ahogados de sed, sus patos de colección y su agua estancada de postal.

Por el Paseo de Canalejas, me llevan, contorneando el trazado de la antigua muralla, a la visión del río, como un alivio, como un panorama de libertad, que me estimula en la cárcel de mis incapacidades. ¡Qué gozo del agua, auténtica, ajena a las mentiras de la ciudad! ¡Siempre nueva, sonriente en su indiferencia natural, móvil en su continuidad, generosa en su espectáculo, bordeada de verde, gloriosa en su destino de espejo! Después, el paseo termina como siempre en el Barrio Antiguo, que es el peor postre posible. La gran reserva de los tópicos, la coartada de la historia. Reviso mis ideas y me siento morir, como si me faltara el aire. Lo quería yo ver, a mi médico, en mi lugar. ¿Cómo voy a ser positivo, en esta ciudad, llena de signos onerosos que me agreden, de memorias que me pesan, como un fardo de chamarilero, voz de Trento, azote de la libertad, contra la historia, camposanto de judíos conversos, traicionando a sus hermanos y persiguiéndolos, logomaquias escolásticas, para cubrir la nada, olor a beatas de misa del alba? Y ni siquiera la Plaza es obra suya. Que fue propuesta por el corregidor don Rodrigo Caballero y Llanes, que era andaluz, y diseñada por un madrileño, don Alberto Churriguera, y a la que la aristocracia salmantina estuvo a punto de cargarse, con su cazurra intransigencia de clase.

A falta de novedades, inauguro el discurso recorriendo las estatuas, levantadas por la vanidad de mis paisanos, y hago el recuento de las viejas carencias de la ciudad, de la mentira de sus héroes y de sus santones de culto, que ninguno era de aquí. Fray Luis de León era conquense; Miguel de Unamuno era vizcaíno; el P. Vitoria, burgalés; Nebrija, sevillano; Sánchez de las Brozas, el Brocense, cacereño; Meléndez Valdés, pacense. ¿Qué queda de sus glorias? Ni siquiera su patrón, san Juan de

Sahagún, era de Salamanca, sino de la provincia de Burgos. ¿En qué pueden sustentar sus presunciones?

Sin embargo, lo que produce abondo esta ciudad, como un surtidor inagotable, a caño suelto, es una legión, que se renueva, de lechuguinos, chorizos, pisaverdes, cazadotes, buscavidas, chupatintas, chingaos, manguis, macarras, chulos, sacamuelas, abortos, boceras, bocazas, cotillas, pajeros, chaperos, pardillos, pelotas, chaqueteros, merluzos, matasanos, perdonavidas, apagavelas, engañabobos, vacilones, picapleitos, pestiños, cabritos, cabrones y cabroncetes, cagaleches, chivatos, muermos, fantasmas, puñeteros, jetas, chuletas, besugos, pringaos, destripaterrones, calimochos, tarambainas, mamporreros, chorbos, malasangres, patasucias, suripantas, cucandas, calzonazos, agilipollaos, aborregaos, meapilas, caguetas, tontoslabas, hijoputas, aguafiestas, pijos, ligones, majaretas, chupópteros, comemierdas, mastuerzos, carapijos, lameculos, triperos, cagatintas, estiralevitas, chorbos, robaperas, correveidiles, petulantes, espantapájaros, pancistas, pichafrías, mindunguis, caraduras, gilipuertas, soplagaitas, soplapollas, marisabidillas, marisalseras, meapoquitos, comecuras, horteras, mamones, capullos, comehígos, rastacueros, mezucones, berzotas, zurulos, salidos, cebollinos, cascarrabias, marimachos, cornudos, mercachifles, chuloputas, chapuceros, mangantes, listillos, cantamañanas, currinches, trincones, escuchapedos, bocazas, zascandiles, pijoteros, cuerniveletos, jesuitas, pelanduscas, cornúpetas, frailes y guardias civiles.

La culpa es de esta maldita ciudad, sucia y levítica, que vive de mentiras, con todas sus presunciones equivocadas. El largo proceso de mi madurez ha sido el proceso del decepcionante descubrimiento de su vacío, cuando he ido conociendo sus vergonzosos embustes, que yo antes me creía y hasta estaba orgulloso. Ahora que veo claro y me avergüenzo de tanta ceguera. Todo lo que sustentaba mi orgullo ciudadano se ha ido al garete y me doy cuenta de mis errores infantiles. Lo mismo que mi penosa invalidez que, al principio, me parecía un estado perfecto, en el que todo iban a ser atenciones. ¡Qué engañado estaba! Volvemos a casa, rápido, antes de que nos caiga el chaparrón que se avecina.

Siento que lo pierdo, siento que lo estoy perdiendo. Ya no es como era antes, cuando no podíamos vivir el uno sin el otro. Cuando era imposible establecer nuestras fronteras territoriales. Todo nos unía. Los escasos minutos que nos habían separado en el parto, según nos habían contado, fueron todo el tiempo que no estuvimos juntos y que no sé si nos echamos de menos, después de tantos meses umbilicalmente unidos. Esto, a la fuerza, tuvo que marcarnos para toda la vida. Nacimos ya juntos y compartimos nuestras primeras experiencias. Antes que el olor, el sabor y el calor de nuestra madre, sentimos nuestros cuerpos como la única realidad existente, como el mundo real. Debimos oír nuestros primeros llantos antes de encontrar el refugio de la cálida piel de nuestra madre, que era la relación que acabaría uniéndonos más,

después de la separación. La luz nos hizo abrir los ojos y nos descubriríamos el uno al otro, como la referencia de nuestra nueva vida, de nuestra nueva situación. El primer abrazo maternal, compartido, nos debió unir más todavía. Todo era nuevo, menos la reconfortante presencia del otro, mezclada y confirmada por el amplio universo de nuestra madre, que ya no nos abandonaría nunca y que periódicamente renovarían el ritual de nuestra fraternidad. Hacernos fue ir acostumbrándonos el uno al otro y creando la trinidad mágica de nuestro mundo, junto con la diosa lejana y omnipresente que nos alimentaba y nos besaba, incendiando nuestra epidermis. En el paraíso jamás estuvimos solos. La soledad fue una experiencia desconocida, que sólo ahora empiezo a conocer.

Después ya siempre llovió sobre mojado. Compartíamos el dolor y el amor. La primera vez que nos enamoramos, y lo hicimos naturalmente de la misma mujer, sentimos el deseo de ser diferentes, de poder tomar decisiones por nuestra cuenta, separados. Hasta entonces, yo al menos, nunca había sentido la necesidad de ser otro, de no ser él. Porque aunque estuviéramos separados, por kilómetros de distancia, sentíamos los mismos deseos, teníamos los mismos sueños, sufríamos las mismas ausencias. Podíamos decir que éramos el otro y nadie lo notaba. A veces, nos divertíamos al hacerlo. Sin darnos cuenta, como juego, respondíamos el uno por el otro cuando nos llamaban, y también lo contrario: negábamos ser el que éramos y le echábamos la culpa de todo al otro. Para evitar la confusión, los castigos que recibíamos en el colegio eran comunes, con lo que también compartíamos las responsabilidades de nuestros actos. Ni nosotros sabíamos quién era el verdadero culpable de lo que hacíamos.

Pero había una sutil diferencia entre nosotros, de la que yo no fui consciente hasta muy tarde. Hartos de recibir todos los días las mismas sonrisas, caricias, elogios y regalos, algo en nosotros necesitaba diferenciarse del otro. Debe de ser una reacción natural, inevitable, de la que al principio no éramos conscientes. Una débil desazón nos separaba. Por lo menos yo estaba harto de dormir en camas paralelas e iguales, vestidas con ropas idénticas, ponernos la misma ropa, tomar el mismo desayuno, ir al mismo colegio, envueltos en la misma bufanda repetida, estudiar los mismos libros, recibir las mismas lecciones, sacar las mismas notas, hablar con la misma voz y confundir nuestras imágenes en el espejo con la misma sensación de una desafortunada alteridad. Necesitábamos una parcela para nosotros, cada uno por su lado.

Empezamos a sentir, yo al menos, la necesidad de la diferencia, del distanciamiento, de ser únicos. No fue fácil descubrir la nueva situación, tan inédita para nosotros. Yo la recibí como un alivio.

Al principio, no me atreví a comunicárselo a él. Temía herirlo. Era mi hermano gemelo. Porque aquella angustia de la indiferencia podía sentarle mal, sentirse ofendido, despreciado, olvidado. No es fácil desprenderse del otro, después de muchos años, sin sentir el vacío, sin experimentar la extrañeza de una tierra nueva, de una luz distinta. Pensé en su primera reacción y en las consecuencias. Yo venía

preparándome para el evento. Sabía que iba a sufrir; pero prefería aquel violento traumatismo a una muerte lenta, diferida, a la asfixia de perder toda la vida, con una existencia equivocada, sin saber quién soy y sin querer lo que quiero.

Esa sensación desconocida del ser que sabe quién es, antes que arrastrar un medio ser, a merced del otro. No saber nunca lo que es mío.

La primera voz de alarma fue un test de inteligencia que nos hicieron en el colegio. Quiero creer que no hubo ninguna trampa, ni que, por un momento, actuamos como dos organismos diferentes, autónomos. Doy por supuesta la objetividad de la ciencia y la buena fe de los psicólogos que nos hicieron las preguntas. El resultado, para mí, fue sorprendente. No quiero echarle la culpa a nadie, ni darle más importancia que la que tiene. Los resultados deben de ser la verdad. Después de tantos años de vida paralela, de reacciones idénticas, de respuestas iguales en todos los órdenes de la vida, como una sorpresa, apareció una diferencia, una nimia y despreciable diferencia, pero significativa, a mi desfavor. Lo tomé a broma, pero en el fondo noté el pánico. Fue la primera vez que no coincidimos, como si los minutos que separaban nuestros nacimientos, que era lo único que no habíamos hecho al unísono, hubieran determinado nuestros destinos.

Creo que voy a tener que matarlo y no sé si me atreveré. La disculpa de mi crimen será yo. Pero, al menos, haré algo que él no ha hecho.

Se habían ido congregando, desde una hora temprana, con impaciencia de novatos, en las proximidades de la Puerta de San Pablo, en un amanecer gris, ventoso y arrugado. Bajo una gran pancarta, torpemente policromada y agitada por el viento, prendida entre dos postes de la luz de un lado a otro de la carretera, que rezaba con énfasis de acontecimiento: XIV GRAN PREMIO DE LA VUELTA A SALAMANCA, se amontonaba un grupo de aficionados y los jóvenes ciclistas que iban a participar en la competición, que se destacaban del conjunto por sus piernas desnudas y sus brazos al aire, por sus viseras publicitarias, además de sus camisetas deportivas. Procedían de los barrios periféricos, Barrio Garrido, Teso de la Chinchibarra, la «Prospe», el Barrio Blanco, los Pizarrales, el Arrabal del Puente, algunos de Tejares y hasta de Cabrerizos y Santa Marta. Había algunos del centro, de la trascatedral y del Conejal. Les habían repartido los dorsales y habían firmado el papel de sus responsabilidades. Todos eran animosos, fuertes en distintos grados de fortaleza, morenos en su gran mayoría, algunos cetrinos de piel y otros de altos pómulos panónicos y rubios, de genética foránea, todos proclives al entusiasmo, según el nivel de su nutrición. El sol no acababa de romper el cerco de nubes bajas, que ensombrecían el cielo. Pero aquellos chicos no tenían tiempo de mirarlo, preocupados por el buen estado de los músculos de sus piernas y de la amplitud de su caja torácica, puesta a prueba con inspiraciones profundas y espiraciones sosegadas.

Casi todos eran trabajadores, de la clase media baja, y algunos estudiantes, que se

despegaban del conjunto por sus palabras y el estado de sus manos. Los había de todo, recaderos, aprendices de mecánico, peones de albañil, pintores de brocha gorda, plomeros y deshollinadores, hijos de menestrales que ayudaban a sus padres, carpinteros, electricistas, cerrajeros, ebanistas, poceros, garajistas, cristaleros, carboneros, algún oficinista, tintoreros, casi todos en la frontera apremiante de la indigencia, con las limitaciones de la filialidad y la rebeldía, deseosos de una pronta emancipación, seguros de sí mismos, con algún mal recuerdo que crucificar o algún desafío que contestar. Una novia despectiva, un padre severo, un compañero incómodo, una deuda que pagar, una humillación que saldar. Había una sombra de sacrificio en su porte, tiempo robado al trabajo, insomnios de la ambición, premuras de insatisfechos, metas inalcanzables. Todos iguales y cada uno diferente, con su desafío a cuestas y su cielo particular, asegurado por la fuerza de la voluntad. Héroes sin corona. Reyes sin trono. Dioses sin cielo. Ángeles sin alas. Hombres sin tierra.

Se podría decir que eran felices, por sus sonrisas y el alto grado de su satisfacción física, y se podía pensar que lo esperaban todo de la vida, puesta a sus pies, como una alfombra persa. Reían sin motivo, bromeaban, se palmeaban cariñosamente las espaldas. Gastaban su impaciencia en poses de campeones, comprobando los frenos de sus bicicletas, revisando los piñones de las marchas y la presión de las ruedas. Hacían sus flexiones con las rodillas y con el cuello y gozaban bajo la tenue luminosidad de la mañana, que se dejaba querer, a pesar del cielo bajo que no terminaba de aclararse. Estaban satisfechos de sí mismos, de sus músculos, y la seguridad en sus piernas halagaba su vanidad juvenil. Adoptaban gestos estudiados y composturas de los ases del ciclismo, frente a la curiosidad bullanguera de la chiquillería, que los rodeaba de admiración, mendigando el saludo de vecinos, de parientes. El aire hervía de vanidad. Se engallaban ante la presencia de los fotógrafos de la prensa. A sus espaldas, se levantaba la mole de las dos catedrales, silueteando su prepotencia pétreo sobre los tejados y los hombres, mientras los muchachos pateaban el suelo con impaciencia de potrillos salvajes, nerviosos y confiados, a la espera de la gloria.

Olía a linimento y a sudor adolescente y las bicicletas, con reflejos brillantes de mimos reiterados, relucían entre las piernas musculosas, afeitadas y aceitadas de los elegidos. Algunos las habían alquilado por horas en Casa Miñambres, de la calle de Zamora; otros habían traído las suyas, esmeradamente limpias y engrasadas. Émulos de los legendarios Berrendero, Cañardó, Trueba y Bernardo Ruiz y admiradores de los más próximos Bahamontes, Ocaña, Loroño, Delgado, Indurain, estaban impacientes por empezar la carrera, que habían ensayado muchas veces, y todos se creían invencibles. El itinerario contorneaba el antiguo recinto amurallado, moderna carretera de circunvalación. Saldrían desde la Puerta de San Pablo por la Avenida del Rector Esperabé, para luego ascender por el repecho de la Cuesta de San Vicente hasta el Paseo de las Carmelitas, cruzar la Puerta de Zamora para bajar por la Avenida de Mirat y subir y bajar por el Paseo de Canalejas, para ir a caer en la meta, situada

en el punto de partida, después de haber recorrido el circuito cinco veces.

Flexionaban las piernas, movían el cuello en torsiones forzadas, respiraban hondo y no dejaban de esbozar unas risas nerviosas, que delataban su impaciencia por ser campeones, mientras mentalmente componían su gesto de ganadores, en el momento del triunfo, en aquellos portales, en los que se habían cobijado, sorprendidos por la amenaza de la lluvia, con un cielo encapotado, de una grisura otoñal que todos esperaban que desapareciera. Pero aquella demora no mermaba el optimismo de los jóvenes, que bromeaban, probaban la capacidad de sus pulmones, reían del recuerdo de sus éxitos, de los que todos tenían alguno. Exhibían sus dientes sanos y las pieles limpias de su ascetismo deportivo. Se conocían todos. Sonreían sin más motivo que su exultante buena salud, que el buen funcionamiento de su organismo les garantizaba. Una camada de ángeles en bicicleta, que aguardaban la carrera para demostrar lo que llevaban dentro, mientras que la multitud de curiosos iba aumentando, impacientes y complacidos, esperando el buen rato que estaba por llegar, con aquella carrera a lo grande, de fin de temporada, como un eco local de la Vuelta a España.

Aquella camaradería de animales jóvenes, con la sangre hirviente de sus escasos veinte años y la seguridad que les daban sus músculos de acero y su voluntad de hierro, no impedía algunas miradas de reojo a sus rivales más temidos, comparándose con ellos y ponderando el nivel de su preparación física. Se notaba, debajo de aquella sana confraternidad, un espíritu competitivo y agresivo, larvado y pronto a manifestarse. Esta rivalidad existía, sobre todo, entre dos muchachos, que destacaban por su altura, dotados de una misma prestancia física, potentes pulmones y piernas endurecidas en los entrenamientos. Se llamaban Claudio y Manolo, pero les gustaba que los llamaran Federico, por Bahamontes, y Perico, pensando en Delgado, y no era la primera vez que medían sus fuerzas, en permanente competencia, revitalizada después de cada enfrentamiento. Sus facultades eran parejas y la suerte había sido variable en sus encuentros, con un número parecido de victorias, sin que ninguno pudiera jactarse de ser el mejor. Lo que no dejaba de irritarlos, en espera de demostrar su superioridad en la prueba por empezar. El Otro, atravesado en su camino, con el peso de la alteridad.

Eran amigos enemigos y se querían con la misma pasión que se odiaban a muerte, en espera del día del hundimiento del otro. Se respetaban y luchaban en buena lid. Sin triquiñuelas ni golpes bajos. Eran de buena ley; eran magníficos, guapos y soberbios de planta y estatura. Eran como el mismo ser, duplicado: la misma edad más o menos, idéntica seguridad en sí mismos, parecido cuerpo, atlético y duro, de piernas poderosas y tórax de estatua griega. Y con la misma sonrisa generosa, expresión de salud mental, y las biografías paralelas de deportistas pundonorosos y tenaces, con futuro asegurado y un semejante horizonte de gloria. Cuando uno ganaba una carrera, el otro llegaba el segundo, casi con el mismo tiempo del vencedor, que se le imponía por una rueda e incluso por media rueda, que había que comprobar en las fotos de

llegada. Si, por cualquier circunstancia, uno se retrasaba, la cosa no tenía gracia, y el otro, inmotivado, también perdía o se retiraba.

Cada uno tenía sus parciales, que ensalzaban sus triunfos, justificaban sus fracasos y los envolvían en fuegos de adjetivos que se les subían a la cabeza, porque se los creían, a pies juntillas. Algunos les pedían hasta autógrafos e incluso posaban junto a ellos para tener un recuerdo gráfico de su admiración, y les tocaban los brazos, al desgaire, para comprobar las firmes razones de su infinita confianza deportiva. Los más tímidos se contentaban con mirarlos desde lejos. Los zascandiles gustaban de encizañar el ambiente y le iban con el cuento de que el otro había dicho que con él no tenía ni para un diente, a lo que el otro contestaba que todos los días se desayunaba con dos o tres pipiolos parecidos a su enemigo y le sabían a poco. Pero, en el fondo, se apreciaban y se necesitaban, como un estímulo de emulación y confirmación de su propio valor.

Y, para más inri, los dos estaban enamorados de la misma muchacha, una rubia pizpireta, opulenta y coqueta, empleada en una tienda de ropa en la Plaza Mayor, de ojos tiñosos de los que sacaba buen partido a base de abéñula y pestañas postizas. La habían conocido en un bailongo del Arrabal y les había sonreído con idéntica sonrisa y con la misma dedicación exclusiva, como si intentara venderles una camisa de lamé a rayas a cada uno por separado. Desde entonces los tuvo encandilados y compartieron sus favores, con el mismo espíritu competitivo de su rivalidad deportiva, esperando siempre sacarle al otro un cuerpo de ventaja. Pero la procesión iba por dentro. Los dos se sabían inferiores a su rival, aunque no querían reconocerlo. Desconfiaban de sus fuerzas en la medida en que confiaban en las del otro. Se observaban, esperando encontrar un fallo en la poderosa anatomía de su enemigo. Una arruga invisible, un cansancio recóndito, asomado a la boca, un gesto de desfallecimiento de la mano, un traspíe revelador, un dolor oculto los hacían vulnerables. Se sabían de memoria y el amor de la rubia, en noches intensas, los unía como una esperanza diferida de que la natural fogosidad del otro agotaría su organismo y propiciaría su debilidad física para el próximo enfrentamiento en la carretera. La rubia ayudaba a mantener su competitividad en efervescencia, con un juego erótico de espejos reflejados.

En medio del ambiente caldeado de la espera y el nerviosismo de los prolegómenos, la mañana se cerraba en nubes bajas, que preludiaban la lluvia, entre gestos irritados de los futuros campeones, que, a este paso, tendrían que esperar a otro día para alcanzar la gloria. Los espectadores aguardaban indecisos a que aclarara, para pasar el rato aquel domingo otoñal, que se dejaba querer. La charla se degradaba en apuestas, en confidencias de enterados. Se oían unos aplausos perdidos por algo que nadie sabía por qué ni de dónde. De vez en cuando, había un movimiento general, como si fuera a ocurrir algo, pero se quedaba en nada, en impaciencia de patadas al suelo, en miradas al cielo encapotado, en espera de que la carrera empezara para disfrutar del espectáculo.

El jurado de la carrera había hecho un aparte para discutir la suspensión de la carrera, en vista del mal tiempo, que amenazaba lluvia, de la que ya habían tenido algún débil adelanto. Los espectadores y los ciclistas los miraban de lejos y hacían cábalas sobre sus decisiones, a merced de sus gestos, al aire de alguna palabra oída, al calor o al enfriamiento de su conversación. Eran cinco, entre autoridades municipales, cronistas deportivos y notables de la ciudad aficionados al deporte. De cuando en cuando, como si se hubieran puesto de acuerdo, volvían el rostro hacia el cielo, preocupados y temerosos, como si de allí pudieran venir todas las desgracias. Y la verdad es que el cielo no estaba para muchas alegrías.

Se habían refugiado de la lluvia al amparo de las ruinas de la iglesia de San Polo. Pateaban el suelo, con impaciencia, para desentumecer los músculos de las piernas, que se les estaban quedando heladas, y se golpeaban con fuerza sonora las espaldas con las manos, por debajo de las axilas, con el fin de no perder calor y reactivar la circulación dormida, tan necesaria para estar a punto para la carrera. Parecían caballos de carreras, esperando la salida y piafando nerviosos, con ganas del esfuerzo y de la gloria, para la que se habían estado preparando en el duermevela de su ambición. Miraban con ingenua hosquedad las gotas de agua que se aplastaban contra el suelo y formaban campánulas sobre los charcos. A poco que dejara de llover, ya estaban reclamando de los jueces de la prueba la salida. Pero los jueces se resistían. No querían accidentes ni reclamaciones, ni noticias en los periódicos. El mal tiempo y el buen juicio aconsejaban suspender la carrera. Hubo conciliábulos, discusiones, consultas urgentes por teléfono, contrariedad y pausas de silencio para la reflexión. El agua no parecía que fuera a parar, sino más bien todo lo contrario. El horizonte se cerraba en lluvia. A sus espaldas, apenas se dejaban ver las augustas torres de las catedrales.

Finalmente, se suspendió la carrera. Los muchachos y los mirones se sintieron decepcionados. Se oyeron algunas protestas enrabiadas y muchos pensaron que la cosa no era para tanto. Total, cuatro gotas. El público reclamaba el espectáculo y los muchachos trataron de convencer a los jueces y a los organizadores. La gloria no podía esperar más tiempo. Los dioses se sintieron humillados. Frases como «el deporte exige sacrificios» o «el mundo es de los valientes» o «el que no se arriesga, no gana» o «a lo mejor escampa dentro de un rato» salieron en el diálogo de sordos que se estableció entre unos y otros. «Para eso están los chubasqueros» y «No somos niños de teta. Sabemos lo que hacemos». Como para dirimir el pleito, el aguacero arreciaba por momentos y se convirtió en lluvia torrencial. Nadie esperó a más para largarse y fueron quedando media docena de jóvenes corredores, tercios, decepcionados y remugones, fastidiados por el contratiempo. Federico y Perico, contrariados, se pusieron los chubasqueros y esperaron con el pie izquierdo en el pedal levantado y mirando al cielo, con reproche.

Empezaba mintiendo por el tupé, un tupé alambicado, artificioso y retórico, una onda de pelo sobre la frente, conseguida a base de tiempo y gomina, tieso, ondulado, con algo de estudiado descuido desdeñoso. Como su vida de triunfador social, desarrollada con mentiras, adulaciones, traiciones y simples denuncias de sus amigos. Porque su existencia era una teoría de cadáveres, sin enterrar, que habían ido quedando a sus espaldas como secuelas de su biografía de hombre sin escrúpulos ni capacidad de remordimientos, dispuesto a todo, a lo largo de su trayectoria de ambicioso sin límites, en línea recta y sin pausas hacia lo suyo. Había estudiado en un colegio de frailes, donde había encontrado el campo abonado para sus primeras traiciones, alentado por sus profesores, que tuvieron en él a su mejor confidente para deshacer las conjuras escolares y encontrar enseguida a los culpables de cualquier inocente desmán. Algunas expulsiones del colegio se originaron en sus mezquinas delaciones, que se cobraba con un trato preferencial y abundantes citas en el cuadro de honor de los colegiales excelentes, ejemplares.

Lo conocí a través de un amigo común cuando vivía en una sórdida pensión de la desaparecida calle de Ramos del Manzano, al final de la que hoy es la Gran Vía. Era un muchacho más joven que yo, espabilado, rebelde y ambicioso, que, por aquel entonces, se ganaba malamente la vida haciendo, por encargo del Municipio, el catálogo de las sepulturas de la Salamanca antigua, tumbas de personajes conocidos, lápidas de gentes anónimas en iglesias y conventos. Se le notaba una sombra de resentimiento contra la vida, que disimulaba bien, con la costumbre de una sonrisa permanente, que trataba de ocultar sus intenciones. En más de una ocasión me pidió dinero para salir de sus apuros perentorios o para saldar alguna deuda onerosa, que no podía quitarse de encima. Hablamos muchas veces, en tertulias interminables, en las que se hacía notar por la radicalidad de sus ideas y su intransigencia política, que conectaba con mi tradición familiar y mis preferencias personales.

Una vez, golpeado por unas misteriosas calenturas, me pidió ayuda y le mandé un estudiante de medicina, amigo mío, que le trató con éxito y no le cobró el favor. Cuando fui a verlo a su pensión, descubrí en su cuarto propaganda comunista y varios libros del Partido de bajo nivel proselitista. Poco después se cambió a otra pensión de más categoría, al final de la calle del Azafranal, y cuando me lo encontré un día en la Plaza se hizo el desentendido y no me saludó. Creí que se avergonzaba de la deuda que tenía conmigo y que no me podría pagar. Cuando a los pocos días me lo volví a encontrar, me rehuyó ostensiblemente, cambiando de acera al verme. Comprendí que daba por rotas nuestras relaciones y lo borré de mis amigos. Al poco tiempo, me denunció como rojo, que, entonces, era lo peor que se podía ser, con riesgo de paliza, cárcel o bloqueo profesional. Había empezado a hacer méritos en su camino hacia el éxito.

Por lo que sé de él, desarrolló desde la infancia una extraordinaria resistencia al

dolor y a la soledad; se hizo voluntarioso, competitivo y despiadado. Fue construyéndose, junto a su afán de revancha social y notoriedad a cualquier precio, nacido de su experiencia de la humillación permanente de sus primeros años, una ambición ilimitada, que salvaba todos los obstáculos y se enfrentaba a los que consideraba sus rivales, en los estudios, en el juego, en sus primeros encuentros profesionales, en sus primeros escauceos amorosos. No soportaba la superioridad de nadie, y menos la superioridad moral, que le hiciera sombra a su persona. No aguantaba las trabas, por pequeñas que fueran, a su dominio absoluto de poder, allí donde estuviera. Para realizar los planes de su vida «halagó, engatusó y engañó», con una premeditada estrategia de trepa. A los catorce años era un prodigio de hipocresía y aprendió muy pronto a ocultar su ferocidad de jaguar. Esta táctica le valió los primeros éxitos de su vida. Una vez conseguidos sus propósitos abandonaba a sus valedores y buscaba nuevos padrinos que le ayudaran. Los poderes constituidos para él siempre tenían razón y halagaba a sus representantes con mentalidad de lacayo. Con frecuencia resolvía sus conflictos a mamporros, incluso con sus amigos, que ya no le servían.

Cuando la guerra civil, fue traidor a los ideales de su juventud, tentada por el socialismo, y fue compensado con cómodos y rentables puestos de trabajo, en la retaguardia, sin más esfuerzo que ejercer de delator oficial. Más tarde, fue desbrozando el camino de su misteriosa carrera profesional, sin dedicación específica, basada en extrañas actividades de oscuras intrigas, engañando a unos, halagando a otros, amordazando a algunos con chantajes inmisericordes, hundiendo a otros con insidias vergonzosas, humillando a los más con la prepotencia de su poder prestado, basada en su amistad con los sublevados, a los que abrumaba con sus ditirambos enloquecidos y sus rastreros halagos despendolados, que no se paraban en barras. Llegó a codearse con las más altas jerarquías del régimen, que tenían en él al cómplice más despiadado, después de haber sido un joven idealista, participante con entusiasmo en la Segunda República, que vivió con un republicanismo sentimental, laico y solidario. En su pubertad había sufrido algunas tentaciones homosexuales, que muy pronto sacrificó en aras de un machismo violento, de cartel de feria. De sus luchas callejeras contra los falangistas le quedó la señal de una cicatriz de una pedrada en la frente.

La guerra civil le cogió a contrapié, en una ciudad mayoritariamente conservadora; pero su instinto de supervivencia le sacó del atolladero, con gloria y provecho. Su imaginación servil y tortuosa, durante los primeros días de la contienda, le abrió camino en la nueva situación. Para arrimarse a los nuevos amos, empezó por denunciar a sus antiguos compañeros republicanos, escondidos o camuflados, que fueron encarcelados y después fusilados en los primeros días de la reyerta. Estas delaciones le abrieron las puertas de las nuevas autoridades, que encontraron un lenguaje común en el que entenderse con él. Para lavar su pasado, se presentó voluntario para ir al frente, mintiendo en la edad para que lo aceptaran. Su

comportamiento en la lucha armada fue suicida, pues todavía quedaba un resto de desconfianza, en los que le conocían, hacia su conversión milagrosa y él se esforzó en demostrar las profundas raíces de su nuevo compromiso. Sus actos de heroísmo acabaron de completar su imagen de hombre nuevo, salido de las cenizas de sus errores juveniles. Sus frustraciones adolescentes y los últimos restos de su traición se quemaron con el fusil en la mano y su participación voluntaria en todas las misiones más arriesgadas de la guerra, lo que le valió honores y medallas, que se apresuró a rentabilizar en la vida civil.

Sus nuevas amistades, después de una breve actuación en la política práctica, como subalterno, le ayudaron a emprender una carrera de empresario, como otro de sus deberes con la patria renacida. Se había independizado de su familia, que era un estorbo para sus ambiciones, y se dedicó al lucrativo negocio del estraperlo, para el que no hacía falta ni experiencia ni conocimientos especiales, en aquellas circunstancias del todo vale, ni un gran capital para empezar, aunque contó con unos préstamos a bajo interés, conseguidos por sus nuevos amigos, que le permitieron hacer frente a sus primeras inversiones en el mercado negro. Sus empleados recorrieron la provincia esquilmando, a precio de saldo, el mercado de los cereales, del aceite y de las almendras, que luego vendieron a precio de oro. También hizo un buen negocio con el cobre, desde canalones robados, hilo del tendido eléctrico, hasta calderos abollados, apliques de adornos caseros, alambradas de gallineros, sin excluir peanas y útiles de labranza, cuyas ganancias quedaron totalmente en sus manos, después de unos años de amenazas y chantajes a sus rivales. Aquel rastreo por los pueblos le permitió abrir una tienda de antigüedades, que amplió y redondeó sus ganancias. Después abrió un taller mecánico de forja, para invertir y sanear sus primeras ganancias ilegales, y se convirtió en proveedor de las construcciones de las obras públicas, con contratos a dedo de sus antiguos camaradas. Se rodeó de guardaespaldas, carne de cañón, antiguos presidiarios acostumbrados a las armas y a los puños, provistos de manoplas de hierro, encargados del trabajo más sucio todavía del negocio.

En la cumbre de la prosperidad siguió engañando, adulando, sobornando, intimidando, mintiendo, despreciando, y para ser digno de su prestigio social se purificó de su pasado, sacrificando a los amigos de su juventud y, en primer lugar, a su primera pareja, una mujer de una gran belleza y de una poderosa personalidad, que se había plegado a sus caprichos, lo había cuidado como a un niño, en sus peores momentos, y le había ayudado en su trabajo. Veló sus enfermedades, se plegó a sus carencias y a sus intemperancias, compartió con él las pensiones sórdidas y el ayuno obligado de la pobreza, hasta que, como había hecho con sus mejores amigos, colaboradores y compañeros, la abandonó en una cuneta. Era generosa, abnegada y bronca, su único defecto es que era veinte años mayor que él. Ésta fue su gran faena. Testigo de primera fila de todos sus trapicheos, había sido la compañera fiel en la travesía del desierto, amante, mujer, madre, cocinera, secretaria, confidente, paño de

lágrimas, reposo del guerrero e incluso banquero en los primeros días negros de la posguerra, en los que le dio sus ahorros de un matrimonio anterior.

Cuando empezó a ser un obstáculo para sus planes, la echó de su vida. La humilló, la denigró, la despreció, la pisoteó, la abandonó, haciendo correr bulos sobre su infidelidad, sobre su mal carácter, su incultura, su vanidad, su inmoderado egoísmo, su pasado, que insinuó pecaminoso, sus veleidades de mujer caprichosa. Empezó una campaña de descrédito contra ella, la persiguió allí donde fuera, con una insania feroz de resentido, intentó borrarla de la vida, con un odio desatado, nacido de las oscuras raíces de su resentimiento. No llegó a eliminarla; pero hizo todo lo que pudo para hundirla en la miseria, para que no encontrara trabajo, para que nadie le hablara, para matarla de hambre, para aislarla en una marginación homicida. Durante unos años se le convirtió en una obsesión.

Se le había revuelto el oscuro fondo de su personalidad patológica, moldeada por sus experiencias infantiles de niño educado en la violencia, en los malos tratos, en los gritos permanentes, en la irrupción en su indefensa debilidad. Objeto de las iras brutales de un padrastro cruel, quedó marcado para toda la vida por aquella niñez castigada, entregada al horror de un horizonte sin salida. No tuvo ningún alivio en aquella condena natural y no encontró en su madre la ayuda que necesitaba y buscó en su primera pareja la madre que no había tenido, hasta que su mala sangre también la rechazó, cuando quemó todo los complejos de su niñez. Cuando empezó a tener éxito, a afianzarse en la vida, quiso borrar todos los estigmas de sus primeros años, mató a la madre, en la figura de su primera pareja, y se apoderó del papel del padrastro aborrecido, compitiendo con su violencia, con su brutalidad. Su vida se convirtió en una vuelta a la infancia desolada, a los años de la formación de su personalidad. Se recubrió de una capa de insensibilidad y aduló a los poderes públicos, luchando desesperadamente contra el fantasma de su padrastro, como el modelo de su desarrollo adulto, y se impuso la violencia como norma y el desprecio a la debilidad, en cualquier manifestación de la vida, como meta, ocultando sus intenciones.

Se rebajaba para pedir favores, se engallaba para quitarse estorbos de encima, cuidaba sus relaciones, siempre que le sirvieran para medrar, arrinconaba a sus viejos amigos, honestos y trabajadores, cuando ya no le hacían falta, olvidaba las ofensas cuando le convenía, exigía satisfacciones a los más débiles, se rodeaba de mujeres guapas en sus apariciones públicas y las largaba cuando ya se las habían visto demasiado. Como hizo con la mujer de un amigo suyo, arquitecto, al que se la robó para prostituirla después. Un día, dándole consejos a un amigo, definió las claves de su éxito, a su manera, «halagar, seducir, encandilar», es decir, adular, engañar, mentir, tragar.

Un día desapareció de Salamanca y apareció en la vorágine político-administrativa-empresarial de Madrid, relacionado con algún escándalo financiero, con algún negocio fabuloso, con algún contrato millonario, con alguna fiesta oficial o

con alguna mujer sonriente, de papel *couché*. Alguna vez, muy de tarde en tarde, volvía a Salamanca, con coches cada vez más grandes, con gestos cada vez más altaneros, con mujeres cada vez más zorras.

Ya estaba acostumbrado a su trabajo, aunque al principio le costó entrar, falto de experiencia y lleno de escrúpulos que le amargaron la vida, durante algún tiempo, con dolores precordiales e insomnios pertinaces. Pensó dejarlo, aunque el dinero le hacía falta para vivir. Llegó a la conclusión, después de mucho pensárselo, de que no tenía agallas para aquel oficio. Se despertaba a medianoche, gritando asustado y ahogado en el sudor de su angustia por lo que había hecho, por lo que tenía que hacer y por lo que haría el resto de su vida. Le costaba reconocer que se había equivocado. Pero no había más remedio que seguir. No se podía volver atrás, a guardar ganado en el campo, como habían hecho su padre y su abuelo. Se aguantó los machos y se acabó acostumbrando, haciendo de tripas corazón. El buen dinero que le pagaban religiosamente acabó pronto con sus resistencias y con las ganas de vomitar que le entraban cada vez que tenía que entrar en faena. Le costó lo suyo; pero pronto liquidó los ascos que le pudieran quedar por las escarramajeras de su sentido moral. Ahora cumplía con su deber de matón a sueldo, con una sangre fría y una eficiencia que sus clientes elogiaban y agradecían con generosidad. Acabó trabajando sin remordimientos, negados, con la conciencia tranquila de que, cuando le hacían un encargo, por algo sería y que la víctima con toda seguridad se merecía que le apretaran las tuercas, le dieran la paliza, le marcaran con un garabato la mejilla o le dieran una puñalada traperera en la barriga. ¿Quién era inocente? Como decía el otro, el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

No es que se creyera el ángel bueno, armado de la justicia, pero sabía, porque se conocía el paño, que los sinvergüenzas abundan más de lo que se cree y que una advertencia bien dada, a tiempo, puede servir de lección, evitar males mayores y devolver el sujeto al redil, despertándole la conciencia de sus compromisos o inculcándole el respeto a las personas de orden, como Dios manda. En algunos casos la catadura del tipo cantaba tanto, que darle su merecido era una obligación moral, que se hacía con gusto, una lección de honradez ciudadana, hasta sacarle las aviesas intenciones de la cabeza, que se le veían en el gesto atravesado y en el vinagre que le rezumaba por los ojos. Ni lo dudaba, ni volvía la cara a comprobar las consecuencias de su trabajo. Deudor de una antigua somanta de palos, a sus ojos merecida, cada vez que le molía las espaldas a alguien se resarcía del dolor recibido y aguantado con hombría, como es de ley. Por eso, cuando alguno lloriqueaba, como una mujer, o pedía perdón o excusaba su culpa, a gritos, le gustaba cargar las tintas, para acabar con los cobardes y mejorar el género. Los había conejos, que se asustan a la menor.

A lo largo de su biografía profesional, de la que se sentía orgulloso, había ido afinando sus métodos y sus exigencias y ahora no se vendía por menos de cinco mil

duros, lo que limitaba su clientela a los más ricos, que eran los que siempre tenían razón y los que mejor pagaban. Pero la vida es así: hay mucha competencia y tienes que espabilar o, si no, te lleva la corriente. No obstante, tenía varias tarifas de recambio, para amoldarse a cada cliente y a cada caso, según el encargo, el nivel de riesgo y el tipo que hiciera el encargo, que todo cuenta. Porque no es lo mismo un susto o un escarmiento que un castigo en toda regla. Y las caras son el espejo del alma y todo depende. A veces era suficiente con unas palabritas al oído, como quien no hace la cosa, o unas voces a tiempo, con fuerza y sin vuelta de hoja, y otras, no basta ni con una buena paliza con barra de hierro, envuelta en trapos húmedos, para que hagan daño sin dejar huella, que todo está en los libros. Que se lo digan a los guardias, que saben de eso la tira. En contadas ocasiones se le había ido la mano, porque solía trabajar limpio y fino, que, a la primera, surtía efecto. A lo más que podía llegar era a una oreja descolgada o a un ojo a la virulé, si el paciente no se estaba quieto, o un costurón en la mejilla o un hueso roto, que todo podía ser. Pero esto en pocos casos. Lo normal eran hematomas o heridas, que curaban antes de los quince días, como marca la ley. Y, en casos muy extremos, pero que muy excepcionales, el camino del cementerio. Que eso son palabras mayores y Dios no lo quiera.

Hasta ahora, no había recibido ninguna queja por la calidad de sus prestaciones. En cambio, había recibido frecuentes felicitaciones y calurosas muestras de agradecimiento, traducido en billetes verdes, de curso legal. Sólo una vez habían tratado de engañarle con moneda falsa y pronto se arrepintieron de su error, si es que les quedó tiempo para arrepentirse. Porque para él, con su moral de filibustero, un cliente era un amigo, aunque tenían acordado, y lo había cumplido siempre a rajatabla, porque era un hombre de honor y de principios, que si veía por la calle a sus clientes, él tenía que hacerse el longuis, como si no los conociera. Ni un cruce de miradas de reconocimiento y menos un saludo, ni un guiño ni una simple inclinación de cabeza. Eran las reglas del juego y en su estricto cumplimiento residía el éxito del negocio. Nadie podía tener una queja de él y todos quedaban muy contentos con su trabajo. La discreción era la regla principal. La prueba era el aumento y la reiteración de los encargos y la necesidad constante de ampliar su horario del curro, para asistir a la demanda creciente, que no menguaba, gracias a Dios. Quien le hacía un pedido, repetía. Y también se lo recomendaban a los amigos, que, a pesar de todo, siempre los hay. El resto de la gente estaba en Babia; no sabían nada, ni siquiera se lo sospechaban.

Los contratos le llegaban a través de un intermediario desconocido, que desaparecía del mapa después de haber cumplido el encargo. Le pagaban la mitad, en efectivo, antes de la operación, y la otra mitad, después, según el resultado. Nunca tuvo una sola queja. En todos los casos, cumplieron su palabra, incluso algunos le habían largado una generosa propina en señal de que habían quedado muy satisfechos de su intervención. Cuando alguno le discutía el precio, le daban ganas de decirle:

«Pues, sírvase usted mismo, no te joroba». Pero se callaba, porque el oficio tenía sus reglas y como filosofaba su abuelo: «A los ricos hay que saberles mamar poquito a poquito, con tiento, como los lechales a las corderas. Que la avaricia rompe el saco». Sólo en dos ocasiones se le había ido la mano y el interfecto terminó en el depósito de cadáveres. Pero son gajes del oficio y nunca se conoce el material humano con el que se trabaja. Y, como él decía, entre colegas, «no va uno a pedirle el certificado médico a la víctima cada vez que uno tiene que intervenir». Una enfermedad oculta o una resistencia mayor de lo esperado pueden tener malas consecuencias. Porque uno tiene su moral, solía decir. De todas maneras, a sus cuarenta y cinco años, sólo dos muertos por descuido en su haber, era una insignificancia estadística y una evidente prueba de probidad profesional, que hablaba mucho y bien en su favor. Que todo hay que decirlo.

Pero, aquellos estropicios ocasionales no le quitaban el sueño, porque entendía que la culpa era de ellos y no suya, que lo único que hacía era cumplir con su deber de asalariado. Porque, como él recordaba con frecuencia, decía su padre, que a su vez recordaba a su abuelo, que había que cumplir con los amos, porque si tú te portas, ellos también se portarán bien contigo. Es una ley no escrita. La mayoría de los casos se resolvían sin complicaciones, a pedir de boca. A la gente, en cuanto se le dicen las cosas claras, cantan como angelitos y se vuelven mansos como corderos. Y con los más flamencos, sólo hay que tener paciencia y buscarles el punto flaco, que todos lo tienen, como el carnet de identidad. En los muchos años que llevaba en el oficio, ni uno solo se le había resistido más allá de la cuenta y más allá de un tiempo razonable. Y había tenido de todo, hombres, como torres, que se te vienen abajo a las primeras de cambio, y, por contra, otros que parecen más alfeñiques, te aguantan sin rechistar, muy machos, hasta el final. El mundo está lleno de sorpresas y salta la liebre donde menos te lo esperas.

La cosa había empezado, casi por chiripa, por un aviso de ocasión. El amo le dijo que le dijera dos palabritas, bien dichas, al propietario de una finca colindante, cuyo ganado entraba en sus tierras a pastar con demasiado descaro, por descuido de los vaqueros, sin que, hasta entonces, hubieran servido las buenas palabras. Pero a él le pareció más fácil y más prudente tratar la cuestión con los criados, que se le pusieron farrucos y de las bromas pasaron a las veras y de los dichos a los hechos y los hechos se convirtieron en golpes, de los que él, con más ganas, más corpachón y más triquiñuelas, salió mejor parado que los otros, y nunca más el ganado se pasó de la linde, lo que, mira por cuánto, le resolvería el pan para el futuro, a cuerpo de rey. Porque pronto se corrió la voz y ganó fama de matón y empezaron a llegarle los primeros encargos de poca monta, de mero trámite y después las cosas pasaron a mayores. El principal de los pedidos cubría deudas sin pagar, en su mayoría, ajustes de cuentas de variados orígenes y motivos, insultos personales, agravios al honor familiar, pleitos de herencias y fincas, rencores encetados o vecindades onerosas. Los ofendidos constituyeron su clientela inicial, que muy gustosamente desembolsaba el

dinero para que le sacaran las castañas del fuego, quitándole a sus enemigos de encima, rindiendo morosos olvidadizos, satisfaciendo odios, que nunca faltan, repartiendo castigos, previniendo desmanes o poniendo las cosas en su sitio y tente tieso.

Siendo, como era, un hombre de bien, cuando empezó le costó dejar al amo de toda la vida, para el que no tenía más que agradecimientos y al que habían servido tres generaciones de su familia, su abuelo, su padre y él; pero, con sus primeras experiencias en el nuevo oficio, aquello le supo a poco. Después, con tantos encargos como le salieron, no daba abasto para cumplir con sus obligaciones y acabó independizándose del amo y le dijo adiós a la mancera y a las cuadras y se trasladó a la ciudad, entró de pupilo en casa de una viuda, en el Paseo de las Carmelitas, se limpió las uñas con la punta de la navaja, para estar presentable, aprendió a peinarse y a ducharse, por lo menos una vez a la semana, se aficionó a la colonia, fue cauto con el agreste vocabulario de su pueblo, se marcó un traje nuevo, lo que en toda la amplia arborescencia de su genealogía nadie había hecho nunca, y le faltó poco para poner en la puerta de la casa, que se compró con sus primeros ahorros, en los altos de la carretera de Ledesma, una placa, con letras negras sobre porcelana blanca, que anunciara sus servicios: MATÓN A SUELDO. CURIOSOS ABSTENERSE.

Cuando, siempre hay una primera vez, le propusieron liquidar a un tipo, que ni Dios sabía lo que habría hecho y menos que Dios él, se asustó y se lo pensó dos veces. Porque una cosa era acojonar a un desgraciado, sin dinero para pagar las deudas contraídas con un usurero, o quitarle las ganas, en nombre de la familia, a un novio impertinente y abusón de una rica heredera, más zorra que las gallinas, y otra, enviar al otro mundo a un ladrón sin escrúpulos o a un chantajista de profesión, que no sabía con quién se jugaba los cuartos. Cuando le hicieron aquel encargo, se pasó consultándolo con la almohada varias semanas, hasta levantarse por las mañanas con unas ojeras hasta los pies. Y cuando le dieron un plazo y le recordaron que siempre hay un roto para un descosido y que lo que uno no quiere otro lo hará, y que otro menos melindroso estaría dispuesto a todo, que siempre hay lista de espera, se decidió, haciendo de tripas corazón y después de trasegarse un litro de vino tinto, porque la propuesta era muy golosa y entendió que, en la profesión, hay que estar a las duras y a las maduras y tragarse un marrón de cuando en cuando. Y los remilgos son para las monjas y el que no corre, vuela, y el que anda entre la mierda, acaba pringao, y el comer y el matar todo es empezar. Cuando los clientes doblaron la oferta, no tuvo fuerzas para negarse. Porque hay razones que convencen y uno no se puede negar.

Después de aquel primer trago, todo fue más fácil, y, la verdad sea dicha, no abundaba este tipo de encargos, gracias a Dios, se contaban con los dedos de una mano y sobraban dedos. La mayoría de los encargos eran cosas de poca monta, que se resolvían como espantar una mosca. La gente soltaba la guita o hacía mutis por el foro, con el rabo entre las piernas, cuando le mirabas fijo a la cara y le recordabas sus

obligaciones, enseñándole una navaja abierta o una pistola con el seguro quitado, sobre todo de noche, a altas horas y en un descampado, un monte perdido, donde Cristo dio las tres voces, o una calle solitaria, sin más luz que la del miedo.

En uno de sus frecuentes ataques de celos, que lo reconcomían y le hacían explotar en una violencia súbita y ciega, había golpeado a su mujer en la cabeza con el atizador de la chimenea, le había abierto una brecha en la frente, de la que brotó la sangre, y la había dejado sin conocimiento sobre la alfombra roja del salón, como una primorosa obra de arte que hubiera perdido pie. Se derrumbó sobre una butaca, con los ojos cerrados y la cabeza cogida entre las manos para que no le estallara de rabia y de dolor. Arrepentido de lo que había hecho. Cuando volvió a abrir los ojos, la vio tendida en el suelo, inmóvil, con la sangre de la herida oscureciéndole la cara, en negros regueros sinuosos, y una palidez mortal que agudizaba sus rasgos hasta el cadáver. Su horror iba en aumento, tratando de justificar su acción, como un acto de amor. La estuvo llorando durante horas, con un llanto compulsivo, que salía contra su voluntad, sin atender las llamadas del teléfono, que sonaron a lo largo de la mañana, ni abrir la puerta de la casa, que le reclamó en varias ocasiones. Cuando se recuperó, llevó a su mujer a la cama matrimonial y la depositó con un mimo insólito sobre las sábanas todavía revueltas de la noche, con las huellas lacerantes de su insomnio atormentado y el remordimiento sudoroso de sus sucios pensamientos. El querido cuerpo seguía vivo, no había perdido calor y su piel conservaba la tersura que hacía más de diez años le había vuelto loco. Nunca había llegado a tanto, limitándose a las escenas violentas, el brutal zarandeo por los hombros y el portazo final, como una conclusión definitiva.

Se sintió aliviado y le acarició la cara, con un gesto tímido y contenido, le arregló el pelo con su huesuda mano homicida y le besó la frente, como para pedirle perdón. Después, se sentó en la descalzadora y la estuvo contemplando con los ojos tiernos, encendidos por la memoria agradecida de su vida en común. La cabeza hundida en la almohada, los párpados caídos y las palmas de las manos vueltas hacia arriba, como si pidieran algo, la visión era patética y conmovedora. La luz de la mañana había ido creciendo, en una lenta colonización de las sombras, sobre aquel cuerpo inmóvil y exánime, que simulaba el descanso e insinuaba la muerte. No había perdido nada de su belleza y aquella postura horizontal permitía contemplar, en toda su extensión, el prodigio natural de su feminidad otoñal triunfante y su perfección formal de canon griego. Le cogió una mano, con delicadeza, y la oprimió contra su cara, humedecida por las lágrimas y el ardor de su furia pasada. La llamó por su nombre y la acunó con mimos de entomólogo, con miedo de hacerle daño. Pero ella no respondió a sus requerimientos. Respiraba despacio y él cayó en la tentación de darle un beso, para despertarla. Como si hubiera besado a una muerta, y tuvo la impresión de que ella había rechazado aquella efusión amorosa, con un mohín que estuvo a punto de

echarlo todo a perder.

Era una belleza antigua, de Dolorosa de Semana Santa. Ojos grandes, negros, de esos que queman, y siempre a punto de llorar, bajo las finas cejas, apenas dibujadas en su frente augusta. Había sido *miss* Salamanca hacía más de treinta años y conservaba los motivos de su elección, aunque había engordado un poco y su sonrisa había perdido la luz de otros tiempos; pero inundaba el universo cada vez que se abría. Sin embargo, la tristeza de su matrimonio ocultaba un ángel vencido en su cara redonda, con barbilla escindida. Llevaba el pelo largo, con moño antiguo que estiraba la piel de sus mejillas, como si las levantara el viento, y sus manos resistían la comparación de las metáforas renacentistas más logradas, blancas, finas, inmaculadas. La cintura juvenil de ánfora se había perdido y su rotundidad de matrona quitaba frescura a su melancolía de mujer frustrada. La cama parecía su destino y el sexo complaciente, su debilidad más inmediata. Siempre estaba en trance, con un adelanto de entrega. Y eso irritaba a su marido, que no lograba quitarle de la cara aquel ofrecimiento implícito, que decía sí, antes de que se lo preguntaran. Su sonrisa de zorra, como él solía decir en el calor de las broncas domésticas, no se le caía de la boca.

Él era un inválido, con una pierna ortopédica, una herida en la cabeza y una violencia fogosa en la mirada, que era incapaz de sonreír. Los disgustos domésticos y su irritación habitual habían ido quitándole carne de todas partes, sobre todo de la cara, que le había quedado surcada de deseos sin cumplir y de venganzas diferidas. El tiempo había despoblado su cabeza redonda, de una plenitud de geometría estelar. Tenía los ojos azules y la tez de su rostro era blanca, con una tintura amarilla que le traicionaba. Tenía un andar laborioso, con su pierna postiza a rastras, a la que no acababa de acostumbrarse. Sus voces de carretero indignado, cuando le gritaba a su mujer, anunciaban su larga experiencia de amargado. Por lo demás, era callado y servicial. Nadie se explicaba cómo podía estar casado con aquella mujer, tan maja, tan clamorosamente bella y tan resignadamente buena, y cómo se atrevía a levantarle la voz de aquella manera indecorosa, que todos los vecinos conocían con un «ya empezamos». Los amigos murmuraban que no había pareja peor hecha y tan mal soldada. Había sido militar profesional y sus heridas, en el cuerpo y en el alma, le venían de la guerra, que había arruinado su vida. Debía de echar de menos el cuartel y las trincheras y el ataque a la bayoneta calada. Y la verdad es que parecía estar siempre en plan de batalla, frente al enemigo, aunque fuera un enemigo tan dulce como su mujer.

Durante toda aquella larga espera, espionando su resurrección, tuvo tiempo de repasar su vida de hombre violento, de bruto sin remedio, de animal de bellota. Su niñez revuelta, frente a la autoridad del padre, al que, más de una vez, deseó la muerte, después de cada pelotera, de cada tortazo, de cada castigo sin remisión. Y, cuando al fin murió, se sintió aliviado, pensando que el destino le había proporcionado la felicidad, porque desde niño, educado en un colegio de frailes,

había perdido la fe católica y gozado de un ateísmo virulento y agresivo, reuniendo en su odio al Dios de la religión con el padre que le había tocado en suerte. El odio al padre había determinado su vida. De niño le había pegado a su maestro, en un arrebato de cólera contra su padre. De mayor, se hizo naturalmente ultramontano, cuya irracionalidad era lo que mejor le cuadraba. Creció montaraz y a los dieciséis años había formado parte de una banda de pistoleros que recorrió la provincia matando rojos, con fruición de especialista del tiro entre los ojos, que le producía un prurito gozoso de verdugo.

Participó en la guerra civil con exaltación patriótica y le concedieron varias medallas al valor. Se ganó la admiración de sus jefes por su arrojo temerario y su ciega obediencia de robot. Presumía de bruto íntegro. En la posguerra, ocupó cargos de responsabilidad política y se hizo notar por su intransigencia y la dureza de sus decisiones. Se casó con una compañera en las tareas de gobierno y el matrimonio duró cinco meses de disputas y desencuentros a punta de sangre. No hubo hijos y se separaron de común acuerdo, que fue lo primero y lo único en que coincidieron en su corta vida conyugal, que le dejó a ella un corte a perpetuidad en el labio superior, que la embellecía, a su pesar, y a él, un orgullo de hombre feliz, con su virilidad intonsa. Ya maduro, conoció a una mujer de una belleza de almanaque, de vuelta también de un matrimonio fracasado. Se quedó volado la primera vez que la vio. Le sacaba quince años y, después de la experiencia pasada, trató de convivir con ella en paz, tascando el freno y tragando quina. Hasta que un día reventó de celos.

Esperó en vela a que ella volviera en sí, durante una larga noche de sobresaltos, remordimientos y esperanzas diferidas. Le tocaba la frente, las mejillas, la boca para comprobar su respiración cálida y regular. La miraba y la remiraba, retirándole un mechón de pelo sobre los ojos, sonriéndole como si ella lo viera, ensimismado en la fría soledad del cuarto vacío. Contabilizaba sus cualidades. Bella de un modo sereno, de pocas palabras, pero enjundiosas; altiva sin ser orgullosa, amable sin empalagos, educada sin notarse. Le parecía mentira que hubiera podido convivir con ella. Y ahora yacía inmóvil sobre la cama, quizá recapitulando también su matrimonio, en su inconsciente herido. Quizá juzgándole a él, después de aquella agresión brutal. Temía y deseaba al mismo tiempo que despertara. ¿Con qué ojos lo vería? ¿Qué pensaría al verlo, con su aire de condolencia y su indeseable conmiseración? Pasó la noche y una claridad difusa de nubes, que amenazaban lluvia, no le trajo ningún alivio a sus temores. Insistió en sus remordimientos. Trató de recordar algún momento de su vida matrimonial que pudiera parecerse a la felicidad.

Preparó su defensa, para cuando saliera de su letargo. Hurgó en su corto y tosco vocabulario en busca de las mejores palabras, las pocas disculpas que había usado en su vida, los halagos que se le resistían. Su rudeza profesional podría ser una coartada. Su mala educación, una justificada salida. Hasta su mutilación podía ayudar a conmovérsela y a exonerarle a él de su culpa. Luego, tendría que decirle algo amable; pero no encontró nada que pudiera complacerla, después de tantos años de

convivencia. Por primera vez en su vida, lamentó las graves limitaciones de su expresión verbal, empedrada de blasfemias, insultos, groserías y vulgaridades cuarteleras. Angustiado de dolor, no encontró nada que decir, nada que pudiera traducir su sincero arrepentimiento. Nada que pudiera borrar la imagen de su animalidad reciente. Había sido un impulso irreprimible, mecagoendiós, y nunca más lo volvería a hacer. Por éstas, te lo juro, por Dios y que me caiga muerto si no es verdad.

No sabía qué hacer; temía el momento en que ella despertara, lo que empezaba a parecerle improbable. Se acostó a su lado, esperando su recuperación, vigilando la curva de su pecho que continuaba subiendo y bajando con dificultad. Notaba su calor. Se arrepentía de haberla golpeado de aquel modo bestial. Había sido la primera vez y sería la última. La luz de la mesilla la embellecía y se conmovió hasta las lágrimas ante aquella visión de feminidad herida. Comprobó que ninguna arruga, ningún grano interrumpía la secuencia de sus perfecciones. Un leve rubor aumentaba la sensación de vida debajo de la piel. La línea de sus labios no había perdido tersura y la carnosidad de su boca conservaba su color y su grosor. Si hubiera estado despierta y disponible le hubiera gustado hacerle el amor. La poca luz de la noche hacía más íntima aquella cálida proximidad. Le tocó los brazos, que se entregaron dóciles a su caricia. Le atusó levemente el pelo, que se dejó hacer con languidez cómplice. Le susurró su deseo y creyó ver la aurora de una sonrisa. Le besó la frente y su cuerpo se movió con sensual aquiescencia. Todo parecía haber pasado y era cuestión de que amaneciera.

Su cuerpo naufragaba en un lecho de sábanas revueltas y su cabeza de diosa de la clase media se hundía en la blancura de la almohada, con sus iniciales bordadas en rojo sobre la tela de los cobertores. Todo tenía el aire de la primera luz de cualquier día. Él tuvo la confianza de que no quedara nada de aquella noche. Como de un mal sueño. Su respiración normalizaba la vida. Ella había dado síntomas de iniciar su despertar y él la abrazó, con premuras de recién enamorado. La miraba sin pestañear, ansioso de verla recuperarse y prometiéndose no volver a empezar. Era un tesoro que tenía que conservar a toda costa. Ella, con pereza biológica, tardó en volver en sí, parecía una niña mimosa que se resistía a entrar en un universo que no le gustaba. Pero algo se movía en su interior, como un motor que lentamente se pusiera en marcha. Afloraba a la vida, ascendiendo poco a poco por una suave pendiente interminable. Él la observaba con la sorpresa preparada y las palabras más apropiadas de su memoria. Fue entonces cuando ella dijo, en un susurro, con todo el cansancio del mundo en la voz velada y grumosa y toda la ternura de su entrega consentida, entre sueños que parecían felices: «Ricardo». Él se llamaba Antonio.

Era una vieja casa de cuatro pisos, de aspecto vulgar, levantada a mediados del siglo pasado. La fachada tenía un zócalo de piedra de granito y el resto era de mampostería

revocada, con algunos desconchones lamentables; tres balcones en el entresuelo y cuatro balcones simétricos en los otros dos pisos, orlados de ladrillo visto. En el bajo, se veían dos ventanales alargados y enrejados a ambos lados de la puerta de madera, muy castigada por el paso del tiempo. Unos toscos dibujos infantiles, a tiza, ilustraban la parte baja de la fachada, que ofrecía además varias manchas indecorosas de humedad. El tejado a dos aguas mejoraba el aspecto general y daba lugar a una buhardilla con un ventanuco, como el ojo de un cíclope. Estaba en la zona de Sancti-Spíritus, a la trasera de la Gran Vía. Tenía una vivienda en cada piso, ocupada por sendas familias, que, en la mayoría de los casos, habían heredado de sus padres la propiedad de la vivienda o el derecho de alquiler.

Llevaban veinte años sin hablarse. Nada cambiaba con el paso de los años, como si la historia hubiera hecho costra y la herencia genética determinara las normas de la convivencia. Las heridas seguían abiertas como el primer día. Habían recibido con el piso el odio a sus vecinos, que habían heredado de sus abuelos, el enfado y la intransigencia, las miradas torvas como hachazos, los silencios como condenas, los malos modos y los rencores diferidos, reavivados por cualquier motivo. Nadie se acordaba de cómo había empezado aquella historia; pero el caso era continuar mirando a los vecinos de reojo, con gesto desabrido cada vez que se cruzaban con ellos. Todos estaban contra todos, en una guerra a la que no se le veía el final. Había ocasionales treguas, reconciliaciones ocasionales y pactos de silencio. Pero, aquellos paréntesis de paz duraban poco y enseguida las aguas volvían a su cauce, a las costumbres de las broncas a flor de piel, la mirada alevosa con intención de puñalada, la sonrisa a media asta despectiva, la descortesía a cabeza vuelta.

En el bajo vivía un viejo solitario, solterón y ladino, con fama de usurero, calva cuajada de granos impúdicos, manchas marrones y protuberancias irredentas, entre los cuatro pelos que coronaban su cabeza afechinada, de frente ancha, arada por media docena de arrugas irreverentes y escoltada por dos orejas descomunales, de caricatura, igual que todo él, sacado de un TBO, como la grotesca imagen del avaro típico, de mirar atravesado, cargado de hombros y una torcida sonrisa hipócrita. Su desasimiento general, incluido su abandono vestimentario, lo mismo podía ocultar un hombre de cincuenta años, mal llevados, que un anciano de ochenta, con perspectivas de cadáver. No se le conocía familia y las únicas visitas que recibía eran los presumibles clientes de sus préstamos. Era el más antiguo de la casa. Tenía un pésimo concepto del mundo en general, en el que incluía a sus vecinos, que le habían dado suficientes motivos de desprecio y de insolvencia.

Después, llegó la mujer del segundo, viuda y voluminosa, expansiva y rapaz, que redondeaba sus escasos ingresos de viuda con el alquiler de tres habitaciones a estudiantes, a los que trataba como a los hijos que no había tenido. No les cobraba mucho, pero no les perdonaba un real y tenía la manía de rebuscarles en los bolsillos de los pantalones y de los abrigos para rebanarles algunos céntimos despistados. Alguno, más generoso, le dejaba unas pocas monedas voluntariamente olvidadas.

Estaba en la plenitud de su humanidad exuberante, de mediana edad, frescachona y de buena dentadura, experta cocinera, lenguaraz temible y amable, si no se le llevaba la contraria, trabajadora hasta la extenuación, que le llegaba pronto por su exceso de kilos y sus hábitos sedentarios, aficionada al tinto y a la lotería, cultivaba una independencia logística, en medio de la guerra civil de la vecindad, y no se casaba con nadie, en el sentido metafórico, por supuesto. A su modo, se enamoraba platónicamente de sus inquilinos, sin pasar de besar con arrobamiento sus prendas interiores a la hora de la plancha.

Los terceros, en el tiempo, fueron una familia tradicional, padre, madre y tres hijos, dos varones y una hembra. Vivían en el entresuelo. Todos los hombres de apariencia robusta, altos y fuertes, mientras las mujeres, madre e hija, eran menudas y agraciadas, que creaban una especie de armonía doméstica, que compensaba el dominio varonil y el exceso de testosterona en la casa. El padre tenía voz aguardentosa de poderosa potencia pulmonar, actitud de mandón irreprimible, pronto a la pelea. Su cara de plétora sanguínea, a punto de reventar, completaba su identificación fisiognómico-política con un bigotillo recortado, como un guión sobre el agresivo labio superior. Ni que decir tiene que era de ideología fascista, con una irritante seguridad en su fuerza muscular y en la inquebrantable solidez de sus ideas, que no habían cambiado desde los años treinta, a pesar de tener más de ochenta. La madre era una santa mujer, que siempre se estaba secando las manos en un delantal impoluto, que no se atrevía a abrir la boca en el ámbito familiar, tímida, laboriosa y rezadora, con tendencia a hablar sola y a suspirar de continuo, en una queja lastimosa, que le había dejado secuelas en su agraciado rostro, en otro tiempo bello, a juzgar por las ruinas. La hija dudaba entre el modelo paterno y el espejo materno, más cerca de la madre.

En el primero vivía una mujer, viuda de un maestro, fusilado por los franquistas los primeros días de la guerra, y sus hijos, un chico y una chica. De lejanos antecedentes rurales, con algunas propiedades en su pueblo de origen que le rentaban ínfimos ingresos, que redondeaba con el sueldo de mecanógrafa de la niña. Era de una belleza insólita, entre tanta fealdad como degradaba la casa. Nadie sabía el color de su pelo espléndido, que cambiaba con las lunas y tan pronto era negro oriental, ala de cuervo, como rubio platino de vampiresa nórdica. Todos los hombres de la escalera estaban trastornados por su presencia y seguían el rastro de su perfume como perros sabuesos. Se rumoreaba que la madre asistía en algunas casas de ricos, en los alrededores de la Plaza Mayor, aunque de forma esporádica. A la niña no se le conocía ningún novio, pero siempre volvía a casa acompañada por algún joven que caminaba a su lado en un estado de ingravidez antinewtoniana.

En la buhardilla se escondía un tío chiflado, loco a fuerza de soledad y de miseria. Nadie sabía de qué malvivía, escuálido, hirsuto y permanentemente asustado. No tenía oficio ni beneficio. Sus trajes raídos databan de cuarenta o cincuenta años atrás. En el padrón municipal figuraba como artista. De su profesión oficial sólo le quedaba

una pelambreira electrificada y revuelta, castigada por el paso del tiempo, un vocabulario de vagas reminiscencias culturales, y un descuido vestimentario permanente, que le daba la apariencia de un demente pacífico.

Ni que decir tiene que el hombre del entresuelo, bigote recortado sobre el labio prominente y los ojos encendidos de patriotismo, fue el jefe político de la casa, durante la larga posguerra civil del 39, y vigiló el cumplimiento de las consignas oficiales. La memoria del fusilamiento del maestro del primero, que llovía sobre mojado, no se olvidaría nunca y pasaría de la viuda a los hijos, con la misma virulencia del primer día. La certeza de que la denuncia había salido del hombre del entresuelo hacía más violento el encuentro con él cada vez que se cruzaban en el portal. Como adrede, en las horas negras de los años cuarenta, se podían oír desde la calle los enardecidos himnos de los vencedores, a todo volumen, a cualquier hora y con cualquier disculpa oficial, sin que nadie se atreviera a rechistar. Cuando el hombre de hierro se murió, en el año 1982, en el primero lo celebraron con champán francés.

La niña del primero seguía siendo una preciosidad, que levantaba las piedras de la calle con su taconeo, que la hacía bambolearse, en permanente estado de incierta ingravidez, con su gabardina blanca impoluta y un bolso rojo en bandolera, en el que debía de llevar una bomba de relojería. Hija del maestro fusilado en la guerra, la niña era un producto exquisito en un estercolero. Todos los vecinos, a regañadientes, se habían rendido a la evidencia de su majeza excepcional. Hasta los muchachos del entresuelo, rudos y maleducados, que habían heredado las ideas y los modos, el bigote y la constitución sanguínea y colérica del padre, contenían el aliento al verla, y cuando por la noche, en su cuarto, se descalzaba y oían el ruido del zapato sobre el techo de su habitación, se quedaban esperando el otro zapato con impaciencia, imaginándose, con el resuello contenido, el resto de la escena, hasta que oían el quejido del jergón al recibir el sagrado cuerpo, que alentaba sus sueños y les dejaba frustrados.

Los estudiantes alquilados del segundo alborotaban la vecindad cada vez que la niña salía o entraba en la casa, delatada por el taconeo inmisericorde y sonoro, con el que humillaba el polvo de la escalera. Contaban los escalones que iba bajando y se lanzaban al balcón cuando la cuenta llegaba a su final. En alguna ocasión llegaron a tirar confeti, desde arriba, para festejar la aparición de la diosa en la puerta de la calle. Por supuesto que estas anécdotas gloriosas también eran motivo de riñas y malas palabras por parte de los vecinos, que siempre tenían a mano el nombre de las fiestas para nombrarla. «Ya está ahí esa puta, haciendo remilgos, cuando tiene más historia que la Chelito». Algunos, piadosamente, la reciclaban en «putón verbenero».

La compra del primer coche de la casa, por los años cincuenta, fue un acontecimiento entre el vecindario, que remejió los odios y sacó a pasear todas las envidias y los resentimientos, conservados en el formol de las frustraciones. Se lo compró, por supuesto de segunda mano, el viejo usurero. «¿Dónde irá a parar ese

vejestorio con ese cacharro?». «Sólo lo hace por chincharnos». Pero, al año siguiente, los del entresuelo también se compraron un coche, naturalmente de fabricación nacional, de mayor cilindrada, carrocería azul marengo. «Fanfarrones, que son unos fanfarrones, con el dinero que ha robado su padre». Las del primero tardaron unos años en comprarse su coche, un utilitario de segunda mano. «No sé adónde vamos a parar, hasta los rojos se compran coche». La matrona del segundo ya no tenía años para esas alegrías motorizadas y se quedó sin coche, lo que le permitió exacerbar su mordacidad contra los vecinos y sus presunciones automovilísticas, como gatos con botas.

Otro acontecimiento sonado fue la boda de la niña del primero, que la madre mantuvo en secreto hasta última hora. La noticia aseguró varios meses de maledicencias, suspicacias, codazos de connivencia crítica, parabienes con los dientes apretados y una sabrosa renovación del vocabulario denigratorio. La primera andanada, después de la conmoción del anuncio, fue el vestido blanco de la novia, que a todos les pareció un despropósito, tal como estaban los tiempos y la desastrosa situación de la economía familiar. «¡Como si no nos conociéramos todos y no supiéramos de qué pie cojean!». Y, después, el corolario obligado: «¿Cómo se atreve la muy puta a ir de blanco?». La llegada del novio excitó el sentido del humor de la comunidad, propiciado por su escaso pelo, su delgadez extrema, su larga nariz, y su presunta ancianidad. «¿Adónde irá con ese carcamal?». «Éste no le dura ni la primera noche», «Huele a alcanfor», «Si se cae, con esa nariz, saca petróleo». Su cuenta corriente, a juzgar por el coche que se presentó a recoger a la novia, con chófer uniformado y gallardetes immaculados, con auténticas flores de azahar, fue el colmo. También el discreto maquillaje de la muchacha y su buen gusto levantaron las iras del coro. Sólo los estudiantes del segundo aplaudieron la aparición de la novia en la puerta de la calle y le pidieron a voces uno de sus zapatos blancos, para sus futuros éxtasis eróticos.

También fue sonado el accidente de carretera del viejo usurero, con su coche que quedó aplastado contra un árbol de la cuneta. Los vecinos, piadosos, dijeron que se veía venir y que no se hizo la miel para la boca del asno. Los peor pensados, que eran casi todos, sentenciaron el caso con un escueto: «A todo cerdo le llega su San Martín». Acudieron al hospital caritativamente para acompañar al herido. Allí comprobaron la proximidad de su muerte, con la fehaciente prueba de su mal estado, inmóvil y envejecido, con la piel de la cara color hueso y una sonrisa beatífica, que nadie se explicaba de dónde la había sacado. Todos interpretaron los síntomas como que tenía los días contados. Cuando se supo que había abandonado el hospital, fuera de peligro, el comentario unánime fue de que «bicho malo nunca muere».

Cuando todavía quedaban algunos de los primitivos habitantes, habían entrado otros vecinos, algunos parientes de los muertos, como los de la familia de la patrona de pupilos, o desconocidos, como los del primero, y los de la buhardilla, que se hicieron pronto al ambiente y heredaron los viejos odios. Los antiguos vecinos

coincidieron en calificar a los nuevos como «muertos de hambre» y «piojos resucitados». Asistieron al desfile de la mudanza con los ojos impertinentes, la boca burlona y la lengua larga. La llegada de los intrusos sirvió para avivar y renovar el vocabulario colectivo de la mordacidad. Volvieron a oírse frases como: «Dime de qué presumes y te diré de qué careces», o «aunque la mona se vista de seda, mona es y mona se queda», o «puta la madre, puta la hija, puta la manta que las cobija». Después, el trato confirmaría las sospechas y los nuevos nunca se integrarían en la comunidad. La vieja casa amenazaba ruina, pero su capacidad de generar víboras permanecía intacta.

Su caso es de manual. Toda su biografía, su ideología y hasta su moral están condicionadas por su dependencia de clase, su influencia hormonal, familiar y regional. No es de extrañar que no creyera en la libertad y que encarnara la violencia extrema de la condición humana, la que niega al otro su derecho a ser distinto. Todos los testimonios coinciden en la misma dirección y establecen un perfil psicológico que lo explica todo. No estaba condenado a ser lo que fue; pero fue el producto de lo que era. Su trayectoria se desarrolló según una línea ejemplar, que cumplió con estricta fidelidad orgánica, casi con disciplina militar, como a él le hubiera gustado decir. Es de una transparencia de bochorno. Sus reacciones, sus palabras, sus actitudes se ven venir, como la salida del sol, con exactitud cronológica, con persistencia de calendario. Como una marioneta que se mueve al son de los hilos que la manejan, desde arriba. Esto no quiere decir que fuera un irresponsable y que no fuera culpable de sus decisiones. Fue libre, a pesar de su violenta negación de la libertad. Pero su libertad le llevó a ser él, tal como quiso.

Confirmó los prejuicios del típico segundón, excluido del paraíso por el hermano pequeño, que recibe la atención del último optimismo familiar y la condescendencia generosa de sus traiciones, y anulado por la prepotencia autorizada y fomentada del hermano mayor, el heredero que se beneficia de todas las expectativas del padre y de las primeras necesidades maternas de la madre. El segundón tiene que buscarse, por su cuenta y riesgo, su vida y encontrar con esfuerzo e imaginación su lugar al sol. No tiene nada hecho y lo tiene que hacer todo. Toda la atención se emplea en el primogénito, que asegura la continuidad de la estirpe, el mantenimiento del nombre y la posesión del futuro. El pequeño es la imaginación suelta, la gracia del adorno, la inesperada novedad alegre y redentora, que todo lo sublima, todo lo trastoca, todo lo rejuvenece, cuando el mundo aparecía acabado y ya de luto, pasado el equinoccio de la vida, como la esperanza del último germen. El del medio tiene que hacer su tarea, que no está prefijada y que siempre queda abierta al contratiempo del hermano menor.

Había pasado su infancia y su adolescencia en un puerto de mar y el horizonte infinito del agua oceánica era la tentación a la vista de cambiar de vida, para llenar

los sueños de su niñez desamparada con aventuras atrevidas e inverosímiles, heroicidades extraordinarias y hazañas belicosas de tebeos. Cuando iba y venía de la escuela, se paraba a ver los barcos, anclados en la ría, que eran como el preámbulo excitante de una existencia prodigiosa, llena de múltiples atractivos y de gozos inimaginables. Las quillas de las embarcaciones se movían rítmicamente con las olas, como una incitación, y el entramado de las arboladuras y las redes de pesca y los huecos oscuros de la cubierta, sugestivos y abismales, confirmaban la realidad de lo desconocido, que excitaba su imaginación, ávida de sensaciones nuevas, ahogadas en la frustración perpetua de criatura débil, en la frontera de la inutilidad. Estimulantes que le redimieran de sus carencias de niño feo, enfermizo, objeto de burlas y de comentarios hirientes y despiadados de sus compañeros. Pero pronto, dejó aquellas fantasías y se hizo mayor, con pocos años, todavía un niño y ya serio. La vida familiar, las primeras experiencias de la socialización comunitarias, lo endurecieron, lo secaron, lo enfriaron.

Tenía un hermano menor, distinto a él, fuerte, guapo, inteligente, imaginativo, simpático, que todo lo hacía bien, seguro de sí mismo y que recibía elogios allí donde estuviera. Soñaba con ser aviador, contra la tradición familiar, que estaba unida al mar. Tenía madera de héroe, de triunfador y de rebelde. Todo lo contrario de su hermano inmediatamente mayor, escuchimizado, birrioso, anodino, desnutrido e impresentable, al que nadie hacía caso, bueno para nada. Su padre, mandón y violento, prefería al hermano mayor y a él lo despreciaba, mientras él soñaba con resarcirse algún día de aquellas humillaciones y que todos, incluido su padre, en lugar de mirar y admirar a sus otros hermanos, lo miraran a él y gastaran en él los elogios que gastaban en los otros, entre la envidia y el desprecio resentido.

Fue acumulando complejos, como diviesos infectados, a lo largo del periodo de su conformación psicológica. Complejos por su corta talla, que no pasaría nunca del metro sesenta y cuatro centímetros de mayor, su desangelada apariencia, su ingrata cara. Hay una fotografía reveladora de su niñez (hacia 1906; él había nacido en 1892), en la que aparece, materialmente arrinconado, insignificante, discriminado, por su hermano y su hermana, menores que él, por su corpulencia y su prestancia. A su hermano se le ve grande, fuerte, equilibrado, seguro, y su hermana Pilar lo anula por su cuerpo y su belleza, adornada con los abundantes bucles de su larga cabellera oscura, como era moda entonces, con la sorpresa añadida de una gran flor blanca, en la deriva de su frente, en la sien izquierda. En la parte derecha de la foto, a punto de salirse del cuadro, sin adorno alguno, el futuro general aparece pequeño, enclenque, inseguro, atormentado, como preterido, en el último lugar de una escala descendente, dominada por la figura sólida de su hermano pequeño, medio oculto con sus grandes orejas de soplillo, la boca entreabierta, que delata una insuficiencia respiratoria por la nariz, los labios torpes, desdibujados, la mirada asustada, insegura, y el cuello delgado y desvalido, sin el gran lazo que florece en el cuello de su hermano menor. Toda una biografía infantil, resumida en una imagen, llena de sugerencias y

denuncias sobre la conformación psicológica de un niño, víctima de una situación, a primera vista familiar.

No puede haber dos niños más distintos. Todo lo que uno tiene de fuerte, sólido, agradable y extrovertido, lo tiene el otro de débil, oscuro, intranquilo e inestable. La posterior biografía de ambos corrobora esta primera impresión. Ramón pasó por la vida con una imagen de hombre fuerte, viril, arriesgado e inquieto. El general dio la impresión de un hombre astuto, escurridizo, reservado, obsequioso, turbio y ambiguo. Sus biografías también corrieron una especie de paralelismo divergente, que podemos suponer se gestaría durante los años de la convivencia en el hogar familiar, en los que ensayarían su disidencia y su diferenciación. Toda la vida de Ramón, brillante y triunfador, inquieto, parece buscar su propio lugar al sol diferenciándose de la sombra de su hermano mayor. Inicialmente, ambos se hicieron militares del Ejército de Tierra y buscaron en Marruecos la solidificación de su carrera. Pero Ramón pronto se pasó al Ejército del Aire, más acorde con su idiosincrasia, donde acabaría siendo un héroe multitudinario, con su arriesgado salto del Atlántico, en avión desde España a Buenos Aires, por primera vez en la historia. Después lucharía contra la monarquía, mientras su hermano seguía su oscura biografía castrense, de escalafón. Como notorio republicano, Ramón ocuparía cargos públicos y su izquierdismo llegó a tanto que fue destituido por su simpatía con la revuelta de Casas Viejas. Su hermano se alinearía contra la República y colaboraría con Gil Robles contra la democracia. Lo que para él sería un crimen histórico, la quema de algunas iglesias de Madrid por el pueblo exaltado, para su hermano serían unas «magníficas luminarias como expresión de un pueblo que anhelaba liberarse del oscurantismo clerical». También es mala suerte que, al igual que los rivales del general en su ambición política, el general Sanjurjo y el general Mola, que murieron en accidente de aviación, también su hermano Ramón murió en 1938 en un accidente aéreo.

Su padre, ya viejo, en los altos de la calle de Fuencarral, en Madrid, donde vivía, subido de alcohol y desesperado por la inercia de los años, marginado y silenciado, gritaba a quien quisiera oírle que nadie conocía a su hijo, el general, que era «un bicho de cuidado», un «inepto», «un cabrón y un chulo». Estos juicios sumarísimos ponen en evidencia no sólo una muy mala opinión del padre sobre el hijo, sino una muy deteriorada relación familiar, arrastrada desde hacía muchos años, desde la infancia y adolescencia del hijo, pues no se veían desde el 1907, cuando éste tenía quince años. Una opinión tan tajante sobre su hijo viene a demostrar un grave distanciamiento entre ambos, que va más allá de un mal entendimiento doméstico. Fruto de sus relaciones familiares, en las que se conoce que el padre le pegaba con frecuencia al hijo, que se refugiaba en la madre, a cuyo ejemplo se ampararía el niño, que acabaría siendo más cercano a su carácter, sumiso, conservador, católico, silencioso, precavido, sinuoso, que al del padre, atrabiliario, mujeriego, gritón y desatado.

Su biógrafo, el inglés Paul Preston, escribe, comentando la novela del general,

Raza, de la que luego se haría una película y que está inspirada en una visión idealizada de su familia, que «en ella, a través de su personaje principal, revelaba claramente las frustraciones de su propia vida». Debemos encontrar en sus relaciones familiares la trama esencial de estas frustraciones, nacidas durante sus primeros años. Su arriscada convivencia con un padre violento y autoritario, de la que tenemos numerosos testimonios; sus envidiosas perspectivas, según la óptica freudiana, sobre su hermano menor, su verdugo familiar, y su encardinamiento con la madre, despreciada y finalmente abandonada por el padre, en la bipolar lucha hogareña, nos pueden empezar a explicar su perfil psicológico, las ideas madres de su conducta y los ejes de su personalidad, constantes a lo largo de su vida.

Los testimonios sobre su personalidad, ya hombre, son bastante coincidentes y lo retratan tanto como precavido, sibilino, untuoso, maquiavélico, insincero, como duro, intransigente, terco, hipócrita, ambicioso. Otros testimonios hablan de su feminidad, entre ellos el embajador Roberto Cantalupo, que lo califica de «glacial y femenino», lo que se confirma por su genotipo, su voz aflautada y su escasa capacidad genesíaca. Debemos pensar que, biotipo aparte, todo se debió empezar durante su infeliz niñez y su atormentada adolescencia, hecho a sí mismo huyendo del modelo paterno, contra él, como su negativo. Oscurecido por sus hermanos, sobre todo por Ramón, aventurero y anarquista, republicano de corazón, tan distante de él y tan polarmente diferente. Paul Preston habla también de «una sorprendente mediocridad intelectual, que le indujo a creer en las ideas más banales».

Nacido en una familia de la clase media baja provinciana, entre un padre vividor, descontento e irritable, y una madre severa y resignada, con escasos medios económicos, optó o derivó hacia el ejemplo materno y abandonó la vía paterna, que no podría asumir. Su familia pertenecía a la burocracia de la intendencia de la Armada, socialmente degradada, en una ciudad pequeña y cerradamente clasista, todo ojos y habladurías, en la que la clase superior, objeto de la envidia colectiva, estaba formada por los miembros de la Armada, a la que aspiraron los tres hijos del matrimonio. Segundón (el primogénito era Nicolás, que se hizo marino y abandonó pronto el hogar), hijo de un matrimonio fracasado, de caracteres incompatibles, escuchimizado de cuerpo, engurruñado y con graves carencias físicas, con todos los condicionamientos de su incómoda situación, se buscaría su lugar al sol, en plena tormenta hogareña, aprendiendo pronto a defenderse y a sobrevivir. Frente a las iras paternas, al cobijo de las estoicas lamentaciones femeninas.

Su orfandad temprana, desaparecido el padre de casa, en su plena adolescencia, añadiría otra vuelta de tuerca a su desamparo y se endurecería, oscurecido por sus hermanos, mayor y menor, su necesidad de supervivencia, en aquel hogar roto, sin referencias paternas, con las perentorias vivencias de su insignificancia y de su marginación. Interiorizada la violencia doméstica y el hogar deshecho, debemos suponer que las dos obsesiones mayores de aquellos tiempos cruciales serían encontrar el modo de salir del agujero, ascendiendo de clase, y hacerse marino, para

lo cual necesitaba fortalecer su cuerpo enclenque, ganar peso, hombrear y ser todo lo que no era. Hacerse a sí mismo, voluntariosamente, imperiosamente, a vida o muerte.

Cuando era Comandante de la Legión Extranjera, en Marruecos, un día un soldado se rebeló indisciplinadamente por la bazofia de comida que les daban. Ante sus protestas, se presentó el comandante y escuchó sus airadas voces de crítica, que terminaron lanzando al aire la escudilla de la comida, que alcanzó al uniforme del jefe, que ni se inmutó, se retiró del comedor de la tropa, se cambió el uniforme manchado, volvió al comedor, sacó su pistola y de un tiro seco mató al protestón.

En 1923, cuando abandonó África, irritado porque no le nombraron Jefe de la Legión extranjera, los periodistas le preguntaron por qué había dejado Marruecos, a lo que contestó: «Porque allí no hay tiros».

Encargado de acabar con la huelga asturiana del 34, utilizó la máxima violencia posible. Afrontó «el problema que tenía delante, con gélida crueldad», en palabras del historiador inglés, Preston; «empleó efectivos militares contra civiles españoles, como si se tratara de un enemigo extranjero»; «envió a Asturias dos banderas de la Legión y dos tabores de Regulares (tropas de Marruecos)»; «las tropas africanas llevaron a cabo una salvaje represión»; «las bajas de mujeres y niños, junto con las atrocidades cometidas por las tropas marroquíes, contribuyeron a la desmoralización de los revolucionarios, prácticamente desarmados».

En los primeros días de la guerra civil, en julio del 36, todavía en Marruecos, su primo carnal el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, al que quería como a un hermano, según testimonios familiares, fue condenado a muerte, en Tetuán, por defender la República, y él no hizo nada por evitarlo.

El 27 de julio del 36, el periodista americano Jay Allen le preguntó, después de oír sus planes para invadir la península: «¿Significa eso que tendrá que matar a media España?», él contestó: «Le repito, a cualquier precio».

Ya en plena guerra civil, varios compañeros de armas del general, en el ejército de África, le pidieron insistentemente, como Jefe del Estado, el indulto para un compañero y amigo común, condenado a muerte por republicano. El general oyó la petición, preguntó la hora de la ejecución, se la dijeron y cogió el teléfono para ordenar que adelantaran la hora, con lo que dio por terminada la entrevista.

Se cuenta, y coincide con su forma de ser y de actuar, que durante la guerra civil, a primera hora, mientras desayunaba, con sobriedad castrense, ya en su puesto de campaña, preparando la táctica bélica de la jornada y observando con los prismáticos la situación del frente enemigo, a la vez que con la mano izquierda se acercaba la taza del café a los premiosos labios del ayuno nocturno, con la derecha despachaba, sin mirar, el rutinario trabajo diario de firmar las numerosas sentencias de muerte, que le tocaban cada mañana, sin un titubeo, ni una simple curiosidad por lo que estaba haciendo y sus inmediatas consecuencias.

Cuando su padre murió, en 1942, el general, que, desde 1907, no se hablaba con él, que no había asistido a su boda, en 1923, ordenó quitarle el cadáver a la mujer con

la que el muerto había vivido más de treinta y cinco años y que le había cuidado en su última enfermedad. La Guardia Civil, en una patética escena, le arrancó violentamente el cadáver de las manos de su viuda real y le prohibió asistir al funeral de *corpore insepulto*.

Pero no sólo él era violento. Vivió en un contexto de violencia que fortaleció la suya. Cuando los Presidentes norteamericanos Dwight D. Eisenhower y Richard Nixon fueron a Madrid a rendirle la pleitesía debida a un firme y viejo aliado, coronaron y sacralizaron de este modo la obra de la permanente gran violencia de su vida, en sendas visitas de confraternidad política y humana.

En vísperas de su muerte, en septiembre de 1975, debilitado y temeroso, decrepito, viendo fantasmas por todas partes, consciente de su final y del deterioro de su endeble construcción política, mandó fusilar a cinco muchachos inocentes, que ni lo amenazaban a él ni ponían en peligro su régimen, pero lo hizo para asegurarse una muerte tranquila en su cama, aterrorizando su entorno, ensangrentando más su imagen, sin oír las solicitudes de clemencia de nadie, incluido el Papa, movido por un ciego egoísmo biológico senil y acartonado.

Según algunos testimonios, su muerte fue horrible, víctima de la violencia definitiva. Murió desangrado, entre grandes bramidos de toro alanceado, que ponían pavor en el ánimo de las enfermeras del piso de la clínica donde agonizaba. Descanse en paz.

Habían estado haciendo el amor desde hacía casi un mes, día y noche, sin descanso, sin respiro y sin más limitaciones que las de su imaginación, que eran muy pocas. Habían encontrado el modo de dar rienda suelta a sus instintos, reprimidos en una larga abstinencia, después de habérselo estado pensando, entre dudas morales y prejuicios sociales, nacidos de la rígida educación religioso-puritana que habían recibido desde niños. Habían tardado más de diez años, desde que se lo pensaron y lo decidieron, novios castos, anclados en las buenas costumbres tradicionales, apremiados por un deseo incontrolable, invasor y poderoso, al que se rindieron, sin resistencia y sin remordimientos, entregándose a la nueva experiencia, sin dejar de lamentar el tiempo que habían perdido con el retraso de su decisión, demasiado prolongado y demasiado tenso. Llegó un momento en que temieron que se les iba a pasar la edad de poder agotar las delicias del sexo, que conocían de oídas y de algunos episodios frustrados que los habían dejado pesarosos y remordidos. Ahora en cada envite maldecían su demorada espera, los años perdidos, su cobardía, sus miramientos, frenados por las secuelas de su educación tradicional. Hasta que ya no pudieron más y echaron sus miedos a volar por la ventana y se entregaron a la voracidad de sus deseos refrenados.

La habitación tenía, con las contraventanas entornadas y el aire estancado, la grisura de un claustro monacal y la intimidad de un santuario de rezos. Las sábanas

revueltas, apartadas al principio de un manotazo sin pudor, como un incordio indeseable, formaban parte del ritual erótico, rechazadas, recuperadas, arrugadas y sudorosas, suaves y fieles, cubrían y descubrían los lugares secretos de su tenaz curiosidad, nunca saciada del todo, mientras sus cuerpos incansables se buscaban, se entrelazaban, se separaban, durante las cortas treguas de su lucha a brazo partido, dulcemente enemigos, que se perdían y se encontraban de nuevo con avidez y con la premura de un final que dichosamente no llegaba nunca, sin perder nada de su acuciante necesidad, renovándose desde el principio, reinventándose sobre las ruinas del último orgasmo, que se afanaban sin pausas en reproducir vertiginosamente, como si se hubieran equivocado y quisieran rectificar sobre la marcha o como si tuvieran prisa, con premuras de fin del mundo, por si no tenían tiempo de repetir, y les moviera el miedo a un agotamiento imprevisto o a una parálisis súbita o a la misma muerte y quisieran olvidarla, anularla, dándole la espalda.

La luz sucedía a la oscuridad y la oscuridad a la luz y vuelta a empezar. Las horas se consumían sobre su proyecto siempre inacabado, rehecho de nuevo. No sabían en qué día vivían, ni qué hora era, ni si era de día o de noche, con las ventanas cerradas, las cortinas echadas y la luz eléctrica apagada, como una intrusa inútil. Se asomaban a sí mismos, con las ojeras de un insomnio gustosamente prolongado y sólo interrumpido por breves momentos, entre jadeos continuos, obligados para saciar su sed y notar el estómago vacío, sin que nunca se decidieran a comer algo, inmunes a cualquier necesidad que no fuera la del sexo, impulsados por el deseo de seguir haciendo el amor, con una infinidad de recursos, que a ellos mismos les sorprendían, desconocidos antes de utilizarlos. Sacaban fuerzas de flaquezas, ajenos al cansancio e ignorantes del hastío. Al principio habían hablado; pero pronto prefirieron estarse callados, pues las palabras resultaban inútiles obstáculos, y los movimientos del cuerpo y las urgencias de las manos sueltas los guiaron a través del laberinto de sus oscuros propósitos y de sus sentidos sobreexcitados. Después, el sonido de las expresiones banales se perdió entre silencios y jadeos, como si la mente se les hubiera quedado en blanco y hablar fuera una pérdida de tiempo y de energías que no necesitaban para nada, sino para hacerles perder el tino y la intensidad de sus deseos. Porque siempre les quedaba algo por emprender y había que ahorrar fuerzas para llegar hasta el final que nunca llegaba, ni falta que hacía, demorado con intención de eternidad.

Si, por casualidad, uno de los dos intentaba hablar, el otro se apresuraba a taponarle la boca con la mano y a seguir la escalada inminente de su obsesión fija, que no permitía distracción ni demora, ni siquiera relajamiento, con un punto de exigencia, sin inflexión. No les hacía falta ni pensar ni hablar. Estaban ciegos y sus treinta años daban para mucho. Sólo tenían ojos para la carne, para la piel tentadora que tenían delante. Carne joven, enamorada, ofrecida, entusiasmada, sorprendida, sacralizada, enardecida, insaciable, saturada de sí misma. Y piel tersa, suave, extensa, dócil, renacida, glorificada, sin fondo ni fronteras. Con una parte siempre desconocida,

misteriosa, atrayente, excitante hasta el delirio, renovada en sus tentaciones, abierta a múltiples sugerencias, con zonas siempre por explorar, por penetrar, en los límites de la percepción normal, con un componente extrasensorial, activa y sumisa al mismo tiempo, propia y ajena hasta la confusión, virgen después de cada caricia, nueva después del recorrido apresurado, abierta después de cada entrega, incitante después de cada final diferido, recuperado y vuelto a abrir.

Y, por fin, como si hubieran llegado a un punto sin retorno, al unísono, cerraron los ojos y se quedaron dormidos, no de cansancio, sino de felicidad. Abrazados, como si temieran perderse, en los laberintos del sueño. Reposaron, uno junto al otro, con una sonrisa en los labios, florecida después del esfuerzo por conseguirla y por poblar su cabeza con las imágenes de su gozo. Durmieron durante cuarenta y ocho horas seguidas, ajenos a los cambios de luz y al paso del tiempo. Cuando, por fin, se despertaron, ojerosos y animados, y se dieron cuenta, de un modo confuso y orientativo, de lo que estaban haciendo y dónde estaban, corrieron al frigorífico a reponer fuerzas y, con los alimentos todavía en la boca, pan, queso, embutidos y galletas, todo a medio masticar, y una botella de agua fresca, continuaron haciendo el amor, de un modo frenético, desgarrado, como la primera vez, como si temieran perderse en el camino, con sorpresas de principiantes y con la experiencia recién adquirida de dueños del terreno. Con la vieja sabiduría de los conocimientos recientes, los primeros envites les supieron a poco y, como si se hubieran olvidado de algo esencial, imprescindible, se dedicaron a colmar aquel su vacío, que nunca llenaban, por mucho que se afanaran en lograrlo.

Aunque parezca mentira, encontraron el modo de adquirir más experiencia y se sorprendieron a sí mismos de las grandes lagunas sobre la materia, que continuaban descubriendo con asombro, que se apresuraron a desecar. Ascendieron al placer del descubrimiento, se entregaron generosos a la curiosidad del otro y convirtieron sus cuerpos, desde la nueva sabiduría, en altares de ritos insospechados; cada milímetro de sus pieles enardecidas fue una fuente de placeres erógenos que multiplicaron sus efectos liberadores. Aprendieron a gritar para completar sus logros, atropellaron todos los restos de los tabúes que les quedaban, se vaciaron incansablemente, con una armonía preestablecida consecuente, que ensayaron sin haberla aprendido. Hacía días que habían perdido la noción del tiempo, que sólo el hambre pautaba. Pero perdieron también la noción del espacio y volaron, remontando el vuelo en un viaje interestelar, en un mundo desconocido de abismos siderales, rodeados de constelaciones luminosas, ausentes de sus atlas infantiles.

La lluvia, fuera, había empezado a caer mansamente, a intervalos irregulares, sobre la ciudad lejana. Con las ventanas cerradas y los oídos sordos al mundo exterior, no se enteraron de que estaba lloviendo, ni notaron nada especial en la atmósfera que pudiera interrumpir la intensa atención que dedicaban a sus cuerpos, en estado de ebullición permanente. La suave penumbra que los envolvía era más que suficiente para favorecer sus movimientos inmediatos y el instinto guiaba en la

oscuridad la dirección de sus deseos, que encontraban siempre lo que buscaban. Tenían todos los sentidos abiertos y sobreexcitados, absorbentes, pero unilateralmente. La casa estaba silenciosa y sólo se oían sus jadeos intermitentes y, de cuando en cuando, un grito femenino de satisfacción y sorpresa. Los vecinos habían desaparecido, como si respetaran su decisión y no quisieran molestar, ni siquiera con sus pisadas. No se oía a nadie, no se sentía nada. Como si un respeto universal los acogiera. Tocaban sus cuerpos como si tocaran el mundo y no había más olor que el de sus sudores confundidos. La sed se limitaba a la boca del otro. El sentido común había desaparecido de su horizonte hacía tiempo y se agotaban en la exacerbación del resto de sus sentidos. Morir de placer no sólo no parecía preocuparles, sino que tenía todas las trazas de constituir el objetivo final de sus actos.

Pero seguía lloviendo y el aire de la habitación iba lentamente perdiendo aquella sensación de ahogo que lo había saturado. Por las rendijas de las ventanas penetraba un alivio templado e insistente, que cambiaba la atmósfera agobiante que estaban respirando desde hacía casi treinta días. Sus pulmones y sus pieles lo agradecían; pero ellos no se daban cuenta del cambio, aunque notaban sus efectos. Tenían algo más importante en que pensar y aquella diferencia térmica no les afectaba, aunque se beneficiaban de aquella bajada de temperatura, ajena a sus conciencias. En el exterior, el agua golpeaba los cristales de las ventanas; pero tampoco la oían y si la oían no se paraban a indagar las causas, caía lejana, desconocida, envuelta en un murmullo sordo, que podían confundir con los latidos de la sangre en sus oídos, cerrados para todo lo que no fueran los sonidos opacos del amor y los lamentos del jergón de la cama, que también los excitaba, sensibilizados a todas las sugerencias sensoriales de sus sentidos despiertos.

Pasase lo que pasase, no tenían intención de dejar de hacer lo que estaban haciendo. Aunque se hundiera el mundo y el universo saltara en pedazos, nada los apartaría de sus propósitos. ¿Por qué habían de hacerlo? Ni se lo planteaban.

Asomado a la aspillera de la garita, comprobó que la patria estaba en paz y en silencio. Podía rebajar su guardia y concederse un descanso. A intervalos regulares, las farolas del alumbrado público de la Avenida de Federico Anaya lucían con un cerco de sueño, en la oscuridad de la prima noche, y se prolongaban hacia el centro de la ciudad, como las paralelas de la geometría escolar de su pueblo. Para aliviarse del frío, se levantó el cuello del capote y pateó el suelo con sus grandes botas reglamentarias de goma, que le quedaban grandes como abarcas, a pesar de sus pies enormes. Amenazaba lluvia y era lo que le faltaba para estropear la guardia, que se presentaba dura. Desde donde estaba, veía la luz que salía del cuarto del teniente, que se derramaba sobre el empedrado del portalón, que comunicaba la calle con el patio del cuartel, vacío y oscuro a aquellas horas, y del que salía un aire helado, de tonel hueco, que empastaba las tinieblas. Más que nunca, aunque le venía a la cabeza con

frecuencia, echaba de menos su mundo rural, sus cabras, en aquel pueblo de la frontera portuguesa, al oeste de la provincia, que le traía lágrimas a los ojos y ahogos a la garganta. El rebaño de su padre y la cálida tibieza de los cuerpos animales, en los que encontraba calor los días fríos, que arrancaban ronchas y engarabitan los dedos sobre el cayado. Se acordaba de la *Galana*, una cabra esbelta, su preferida, con las grandes ubres colgantes, su pelo largo y sedoso y sus bonitos ojos, que parecían de mujer, capaces de expresar sentimientos y que le miraban.

Arreciaba la modorra, inmóvil en el incómodo asiento de la garita, en el que apenas le cabía el trasero, envuelto en el capotón áspero y en sus memorias felices. Se caía de sueño y tuvo que levantarse para espabilarse; pero incluso de pie tuvo la tentación de dejarse llevar con los ojos cerrados y el pesado fusil entre las manos que se le dormían. El teniente González le sorprendió perdido en un duermevela, imposible de disimular, ni de controlar. «¡No se me duerma, cabrón, que lo empapelo!». A los gritos, se despertó, como si volviera de ultratumba, con los ojos exaltados y la boca abierta, presto a responder, pero se comió las palabras. «Está usted sirviendo a la patria y se me duerme como un panoli. La próxima vez lo despierto a tiros. No me venga con pamplinas. Aguante como un hombre, coño». «Mi teniente...». Se mascaba el tortazo en la noche cómplice, a las puertas de la garita. Una ráfaga de viento frío y húmedo despeinó al teniente, que había salido a cuerpo gentil y a pelo de su cuarto de guardia y alejó el peligro inminente de la bronca. «Mi teniente, no me volverá a pasar, se lo juro». «Eso espero», y se dio la vuelta, correoso, compacto, altanero y matón. La caseta fue un recurso y un amparo para soltar la risa nerviosa y un resoplido de satisfacción, con un «mecagoentuputamadre», a punto de reventar, como un volcán de odio.

Pensó en su casa del pueblo, en la solanera plácida del otoño, en las retamas ardiendo en la chimenea de la cocina, en la escañeta del portal, donde le gustaba echarse la siesta en el verano, en la cómoda, cubierta con la colección de santos y vírgenes de su madre, y la candela encendida de sus devociones y los misterios de sus cajones insondables, que olían a hembra, en los retratos de los abuelos en la pared encalada y con manchas de humedad, con cara de paletos y tan serios y rígidos como si estuvieran muertos, la cama de dos colchones en el cuarto de arriba, donde él dormía, con cabecero de madera, adornado de flores pintadas en el centro, la colcha de flecos y el Santo Cristo de la ermita, debajo de las vigas del techo, que dejaban filtrar la luz del amanecer; la huerta de atrás, con sus bancales de lechugas y cebollas, sus tomates y sus pimientos verdes, su pozo artesiano y su largo zangaño enhiesto; sus ciruelos y los abejorros merodeando, su melocotonero de hojas alargadas y frutos tardíos y la higuera polvorienta y calurosa, con sus anchas hojas y sus brevas tentadoras, fuera de temporada, las moreras de la pared de la finca, medio ruinosas, con sus moras negras y grumosas, que nunca las había dejado madurar, el oscuro sobrao del trigo, con sus manzanas enterradas en el cereal, y los arcones de badana seca y cuarteada, con sus tesoros de antaño, trajes de charra, abalorios de otros

tiempos, zamarras de cuero tiesas como armaduras, plumeros pelados con polvo viejo, retratos rajados de gentes desconocidas, crucifijos descascarillados y rosarios rotos de cuentas enormes, como aceitunas, recortes de periódicos amarillos, que nadie leería.

El teniente volvió, como si hubiera olvidado algo, y gritó con las primeras gotas que cayeron: «¡¡Usted se me queda ahí quietecito, aunque caigan chuzos de punta!!». «Pero, mi teniente». «No hay peros que valgan, y si se me mueve, lo pongo quieto de verdad y para siempre». Después, el silencio tapó todos los agujeros y se dejó invadir de un tenue rumor de lluvia, que caía blandamente, como una caricia deseada, que alejaba el frío y los malos humores de la madrugada. Amanecía Dios y ¡qué gozada! Le venían a la memoria los despertares entre sus cabras, con los montes recién nacidos y los berrocales y la bruma entre las carrasqueras y los olivares de plata, movidos por la brisa de la mañana. El encuentro gozoso con el paisaje de toda la vida, que felizmente no cambiaba nunca y en el que ponía los pies sobre la buena tierra en sazón, sobre las yerbas del alba, verdinegras y rezumando rocío, que refrescaba los ojos. ¡Cuándo volvería! Aquí estaba el asfalto, la piedra, las casas de enfrente, el agua sucia de las cloacas, el teniente González y los ocho meses que le quedaban para licenciarse y volver a sus cabras, a los amaneceres jubilosos, a los árboles lejanos, a los montes azules, todavía dormidos, a la primera mariposa que despertaba el aire. «¡Otra vez dormido!». «No, mi teniente, estaba pensando en mi pueblo». «Pues, no pienses y espabila, que te voy a meter un paquete, si piensas tanto. Aquí no has venido a pensar. ¿Qué te has creído tú?». De nuevo la lluvia le trajo, a pesar de todo, el olor del campo, la llanura que se veía desde la ermita del Santo Cristo, hacia Portugal, brumoso y violeta. No lo podía remediar, casi lloraba.

Le venían memorias de otros días, de otros aguaceros. Allí, en su pueblo, llovía de otra manera. El agua caía con mansedumbre maternal y daba gusto recibirla, apetecía que le mojara el pelo, le empapara las abarcas y se escurriera por los pantalones abajo, que luego vendría el amor de la lumbre, en el chozo de piedra, el calor en los ojos y la ropa puesta a secar en el humero. Se asomó para espabilar la modorra que le iba ganando, con aquel agua sucia que seguía cayendo, a lo bestia, haciendo correr los arroyos municipales y anublar la puerta del cuartel que tenía delante y que apenas veía. La humedad iba ganando las paredes de la garita y encharcando el suelo. Llovía como una mala noticia. Oía pasar los coches, que salpicaban el aire y levantaban, en forma de abanico, olas de agua estercolada, que inundaba la acera y añadía más basura a la que ya tenía. La ciudad era así y él nunca se acostumbraría a aquel destierro. Se le revolvían las tripas sólo de pensarlo. Faltaba poco para licenciarse. Ya tenía ganas. Nunca más volvería a la ciudad. Ni por pienso.

Que se quedaran ellos con la ciudad, con sus coches, con sus ruidos, con sus casas de cuatro pisos, con sus calles estrechas y su aire encajonado. Que ni respirar se puede. Gentes desconocidas por todas partes, que ni te saludan al pasar. Guardias que no te dejan ni mear, señoritas haciendo el paripé, que no tienen ni media bofetada,

olor a gasolina quemada, a comida de perros, a pobres de pedir por las esquinas. Todo está lleno de tenientes González. ¿Qué se me ha perdido aquí a mí? Me iré en cuanto pueda y no volveré nunca. Allí, en el pueblo tengo de todo. Campo, silencio, cabras y comida, un cobijo para dormir, aire abondo para respirar, amigos para la borrachera del domingo y mujeres como Dios quiere, tetonas y culonas. Soy libre, nadie me manda, nadie me mira mal, y duermo a pata suelta el tiempo que quiero. Con Dios los domingos, que aquí no hay ni Dios. Que se queden con su ciudad, para ellos, mamarrachos, señoritingos, que se la metan por donde les quepa, que les aproveche.

Seguía lloviendo, añadiendo tristeza a las paredes del cuartel, que lloraban goterones, lagrimones de cal y cemento. El patio estaba vacío. Algunos soldados se asomaban a curiosear.

Finalmente, se había quedado dormido, ausente, acurrucado en la garita, tan guapamente, envuelto en el capote cuartelero, con los pies recogidos sobre el exiguo tablón que hacía de asiento, para evitar el frío inmisericorde que se colaba por el hueco de la puerta y soñaba con el séptimo cielo, donde lucía un calor de bochorno, olía a campo recién segado y estaba haciendo sexo con la *Galana*, aquella cabra pulida y preciosa de su rebaño, que, volviendo la cara, le devolvía su agradecimiento de hembra satisfecha, con sus grandes ojos, veladamente humanos, cuando se sobresaltó con una explosión de gritos locos, que el teniente González, plantado delante de él, a medio metro de distancia, escupía, mientras echaba lumbre por los ojos, con la boca desmesuradamente abierta y torcida y le apuntaba con la pistola, enfurecido, con la guerrera desabrochada, antirreglamentariamente, el cuello de la camisa suelto sobre la pelambrea del pecho, el agua por los tobillos de los leguis y la tez blanca de los que están decididos a matar, como una imperiosa necesidad ineludible, mientras seguía vociferando, sin aliento y sin tregua: «¡Cabrón! ¡Paleta de mierda! ¡Así cumples tus deberes con la Patria!».

¿Vamos a despiojar pobres, Mariano, que tú sabes mucho de eso?

Mejor descrismar negros.

Por estética.

Y, eso, ¿qué es? Me suena a tía buena.

Tú, calla y vete preparando los bates. Engrásalos bien. Que vamos a tener baile, del bueno.

¿Nos vamos?

No te impacientes; tenemos que esperar a Eladio, que, como siempre, llega tarde.

Hoy yo no puedo; voy de familia con el viejo y se pone como un basilisco si no estoy allí.

Pues tú te lo pierdes, con el aguachirle que está cayendo deben de estar a punto de caramelo los jodidos negros.

Me estás tentando, porque hace tiempo que no damos una buena batida y tengo el

mono.

Pues, no lo pienses más; vamos de bureo y no te olvides el bate, que echa chispas. Bueno, vámonos, que me muero de ganas. No me las puedo aguantar.

A mí me pasa lo mismo. Hay días que me ahogo de ganas.

Ayer mismo me crucé con un bípedo subsahariano por la calle Toro. No veas, qué tipo, qué aires, como si fuera un hombre normal. Si hubiera llevado una pistola encima, allí mismo le quito los humos. Como sigamos así esto va a oler a África.

¿Os acordáis de aquella historia de cuando Dios estaba creando el mundo y le salió un negro y gritó, contrariado: «¡Coño, otro que se me ha quemado!».

Eso no es nada, yo me acuerdo de otra historia que explica por qué los negros tienen la palma de las manos y la planta de los pies blancas.

¿Por qué?

Porque cuando los pintaron estaban a cuatro patas.

¡Qué bueno! ¡Qué tío! Pues yo sé otro mejor. ¿Por qué los ataúdes de los negros tienen agujeros? Para que los gusanos salgan a vomitar.

Bueno, ya está bien de cachondeo. Vamos a lo nuestro y dejaros de bobadas.

No te pongas así. Esto nos sirve de precalentamiento.

Es que el tiempo corre y se nos meten en sus agujeros y en sus covachas no hay quien entre. ¡Qué tufo! Peor que una cuadra.

¡Qué peste!

No se puede aguantar.

Vamos a peor. Cada día hay más. ¿Qué se habrán creído?

Y el tipo ese que toca el saxo en San Martín, me da asco. ¿Lo habéis visto?

Otro que pierde aceite.

Es verdad, qué tipejo. Le quitaba yo la coleta de un manotazo y dejaba de molestar.

Podemos ir a por él, hoy. A mí me dan arcadas cada vez que paso por allí y oigo su música de degenerado.

El Ayuntamiento debería echarlo. Es un borrón público. Es una vergüenza. Ya ni se puede ir a misa tranquilo.

Y, además, es maricón.

Como si lo viera. ¡Qué tiña de tío! Un remojón en el río no le vendría mal. Tiene mierda desde que nació, del año que quieras.

Y humos para parar un tren.

¿Nos vamos o no? Estoy de los nervios. Hay mucho percal para cortar, antes de que se haga tarde.

No tengas prisa, que hay muchos y siempre quedará un pobre que descristianar.

Tus huevos.

Cabruto.

Esto se pone bueno; ya estamos entrando en calor.

A mí no me hace falta aperitivo. Mecagoendiez. Vámonos ya, que se hace tarde.

Y los bichos son animales que huyen en la oscuridad.

¿Tenéis los palos? A guantazos me da repelús. Hay tíos que no se han lavado en su vida.

¿Dejas al viejo o te vienes con nosotros? Tú verás.

Me parece que me animo, ahora que es temporada de caza.

A tu padre que le den por culo.

Vamos muchachos, daros prisa, que los dedos se me hacen huéspedes.

Apurar que casi es de noche.

Ya me estoy corriendo de gusto, haciendo patria. Es nuestro deber. Se están perdiendo las esencias nacionales.

Hay que acabar con esa gentuza, que ensucian la ciudad, infectándola, como la peste.

¿Habéis traído las manoplas? Yo no quiero ni tocarlos, me dan asco. Mugre de tíos.

¿Quién me presta un bate? La última vez lo rompí con aquel grandullón, que gimplaba como un niño y hubo que callarlo. No soportaba sus gemidos de cobarde.

España no se merece estos indeseables. Estropean el paisaje y amenazan a las mujeres.

Tenemos que darnos prisa, antes de que empiece a llover y desaparezcan del mapa, y cueste Dios y ayuda encontrarlos.

Vamos a dar una buena batida.

Sí, que batida viene de bates.

¿Tenéis algo preparado?

No; pero ya saldrán. Vámonos al ojeo. Están por todas partes. No hay más que ver cómo huele la ciudad.

A perro muerto.

En el Barrio Blanco hay una buena nidada. Le han cambiado el nombre. Ahora le llaman el Barrio Negro.

¡Hala, vamos! Que *me se* está haciendo la boca agua.

A mí las manos me cosquillean.

A mí, el culo.

Ya salió el grosero. ¿Es que no puedes hablar bien?

¿Vienes o no?

¿Cuándo el mar dijo que no quería agua?

Así me gusta; esto es un tío bragado, con pelo en el pecho.

Y en otras partes.

Que se vea, que se vea.

No presumas.

Mariconazos.

Andando que es gerundio.

Hoy, me siento diez.

Pues a demostrarlo, que tú vales mucho, nena.

Y tienes tela cortada, para que puedas lucirte, a tu antojo.

Dejaros de pamplinas y vamos a lo nuestro. Todo lo demás son chorradas.

¿Es que lo que no se te ocurre a ti todo son chorradas?

Dejar de discutir como niños y vamos a comportarnos como hombres, como lo que somos.

Eso sí. Que nos espera por delante una buena tarea.

Tranqui, tronco. Que vamos a salvar Salamanca de esta peste negra.

Un momento, que voy a echar la última meada, como los toreros, antes de echarse al ruedo.

Abrevia, que el tiempo corre y nos coge el toro.

Te espera la gloria de la puerta grande, a hombros, con dos orejas y el rabo de algún negro.

¿Sabes aquel de cómo se hacían las carreteras en Sudáfrica? Pues se ponían un montón de negros en el suelo, por donde iba el trazado, y después, al pasar la apisonadora por encima, les iban diciendo: «Tú te ríes, tú no te ríes, tú te ríes, tú no...».

Sí, es más viejo que carracuca. Pero, tú no conoces éste. Estaba un negro perdido en el desierto, buscando un oasis, cuando se encontró una lámpara maravillosa y al frotarla salió un genio que le prometió concederle un deseo. Entonces el negro va y le pide que quiere ser blanco para ver muchos culos de mujer. Y entonces el genio va y lo convierte en una taza de váter.

¡Qué grosero! A mí me gusta más aquel que pregunta ¿en qué se diferencia un cubo de mierda del ataúd de un negro muerto? En el asa.

Está bueno; pero ya está bien de chistes malos. Moveros, vamos a hacer algo, que el tiempo apremia.

Tenemos la obligación patriótica de acabar con esa gentuza. Limpiar España.

Tenemos que darnos prisa, porque nos comen.

A este paso, todos vamos a ser negros y maricones.

Eso, eso, que también la mafia rosa es otra amenaza. Están en todas partes.

¿Es verdad que mean en cuclillas? Yo nunca los he visto.

Pues, debes de estar ciego. Están por todos los sitios.

No, si lo que yo digo...

Deberían ponérselo en el carnet de identidad. Para conocerlos y defendernos.

Hay dos poderes que nos asfixian. El poder rosa y el negro.

Hay que limpiar España de estos caníbales y acabar con estos degenerados.

A este paso, se va a acabar el mundo.

Antropófagos.

Africanos de África.

Peor. Subsaharianos.

Maricones de Inglaterra.

Sarasas de Cádiz.

¡Qué país, Miquelarena!

Menos hablar y vamos al tacho. Que se nos escapan.

Hay que darse prisa. Que por la noche no se ven.

No hay que dejar ni uno vivo.

Es un caso de conciencia, un deber patriótico. Por Dios y por España.

En tiempos de Franco esto no hubiera pasado.

Vamos a menos, cada vez más a menos. Tenemos que reaccionar pronto. Nos jugamos mucho en el envite.

Bueno, andando, muchachos. A por ellos. ¡A mí la Legión!

¡Santiago y cierra España!

Eso, eso. Me gusta esa música.

Menos música y más palos. Que nos estamos amariconando.

La lluvia seguía amagando sobre la ciudad; pero, de momento, era sólo una hosca amenaza, en un cielo aborascado y violento, como un mal presagio. Nazario miraba las nubes con temor, como si quisiera adivinar sus intenciones. No quería que lloviera, porque el agua arruinaría su negocio. Nazario era un músico ambulante, de chaqueta de alpaca raída, que alguna vez había sido nueva, pantalón tejano, con las rodilleras desgastadas, a punto de romperse, zapatillas deportivas y coleta hirsuta y claudicante, sucia y canosa, que un día apareció aquí, sin saber de dónde había venido. La lluvia para él no sería una bendición, como para nosotros. El mal tiempo disminuiría sus precarios ingresos, en la raya de la indigencia. No había más que verlo. Mendigaba con su saxofón brillante y abollado, que había sido dorado, en sus buenos tiempos, a las puertas de San Martín, en la embocadura entre la Plaza Mayor y la Plaza del Corriño, por donde la historia corre como en su casa y por donde media Salamanca cruza cada día como hormigas afanosas. Sobre todo estudiantes, camino de las Universidades, y turistas, en manada, en busca de postales, piedras transmutadas en oro y color local. Se había convertido ya en un punto fijo del mobiliario urbano, que nos encontrábamos a diario, como los cubos de la basura, las farolas de la Plaza o los autobuses municipales. Todos los salmantinos, a fuerza de verlo en el mismo sitio, dando la tabarra con su torpe instrumento musical, nos habíamos acostumbrado a ver su silueta desgarbada y mendicante, y a olvidarla al mismo tiempo.

Ése era su modo de ganarse la vida, tocando canciones tristes, que se conjugaban con el crepúsculo, para enternecer a la gente, con su saxo averiado y llorón, que conmovía a las amas del barrio, de vuelta de la compra, con un recuelo de melancolía intacta en el fondo de la memoria, y a los ociosos de cualquier hora y edad, desde por la mañana hasta el declive de la tarde, sin otra cosa que hacer que dejarse llenar, conmover, acariciar por aquella música triste. Era un saxo penoso, lánguido,

agonizante, humano en sus esfuerzos por seguir adelante, por su voluntad de resistir, a pesar de todo. Quizá la gente que pasaba por su lado, apresurada y distraída, no se merecía aquella música adolorida, que, a fuerza de torpeza, alcanzaba una especie de fulgor, oculto en aquellas notas, en aquel mensaje de belleza y hastío, claudicación y condolencia, que se alargaba como si se arrastrara, que renacía desde la conformidad de su impotencia. Sobre todo, al atardecer. Su hora buena era el crepúsculo vespertino, fronterizo a la puesta del sol detrás de las catedrales y de las augustas torres de la Clerecía, que dejaban caer sobre la ciudad las primeras sombras premonitorias de la noche. A esa hora, el sonido grave del saxo se crecía, alargaba las notas, pedía el llanto, la reflexión y el adiós, en un intento desesperado de hacerse oír, perpetuarse, sin perder amplitud ni densidad, más allá de lo que la música podía decir. Lloraba, suspiraba, imploraba, enmudecía, con la decisión de no acabar nunca. A veces, las notas se le extraviaban por un rincón de la boca, inoportuno. No era lo que se dice un virtuoso. Pero hacía lo que podía y lo que podía lo hacía bien, con fe en la necesidad de la compasión del género humano, mientras soplaba con las mejillas hinchadas, a punto de estallar, los ojos un poco saltones y la frente sudorosa por el esfuerzo.

Cerraba los ojos para interiorizar la música, para hacer más íntima su doliente inspiración del momento, y se movía doblándose por la cintura, como si quisiera hacer más diáfano su mensaje, con ayuda de sus gestos corporales, su lírica propuesta de una desolada ausencia de felicidad, transmitir con su figura distorsionada lo que su instrumento falible y a veces torpe no conseguía alcanzar. Parecía mentira que de una caja torácica tan estrecha pudiera salir tanta música y sólo su estatura llegaba a explicar el milagro. Su poderosa cabeza de emperador romano estaba coronada por un borrrón de pelo largo, escaso, veteado de gris canoso y sucio, que se recogía en una atrevida coleta descuidada y lacia, que se balanceaba al ritmo de su mensaje musical. Su ropa, con decrepitud de saldo y de intemperie, le sentaba mal, como si fuera de otro. Ofrecía el espectáculo de una especie de involuntaria originalidad, con su chaleco desusado, pantalón de tubo, al borde del descrédito, chaqueta suelta, llovida y soleada, de trabilla y pedo libre, y una camisa sin cuello, de pobre de la Beneficencia. Se ataba un pañuelo descolorido, con lujo de otros tiempos, en la garganta, que amparaba la fragilidad onerosa de su anatomía. De manos grandes, que atenazaban el instrumento, a punto de romperlo, era tieso y espigado, con dignidad y gesto vertical de rico venido a menos. Sus rasgos faciales no carecían de armonía, desmentida por unos ojos miopes y una gran nariz ancha y chata, que estropeaba la nobleza de su porte y la altanería genética de su osamenta de privilegiado.

Era patético y desgarrado, investido de una especie de unción religiosa, que sólo mantenía mientras tocaba y que le engrandecía sobre las antiguas piedras de la fachada de San Martín, a sus espaldas, como una invitación mística hacia el misterio. La luz menguante aureolaba sus esfuerzos. Unas nubes negras anticipaban el crepúsculo y hacían la música más íntima, más conmovedora. Su instrumento era

dorado, como es de ley, abollado y viejo, con brillos de casa de empeño y un abandono desamparado de charanga de ciegos. Era una forma de ejercer la mendicidad, como otra cualquiera. Quizá más digna que otras más habituales, porque daba a cambio, junto a la conmiseración obligada, una música elemental y resignada, que llenaba el aire de una feliz melancolía, que se extendía por los alrededores y que era de agradecer, como una brisa sobre la piel cansada de la ciudad, con una conmovedora sinceridad, que parecía insólita, en una ciudad tan vieja, de vuelta de todo.

Compartía con la gente paisaje y soledad. Algunos se lo agradecían y se llevaban su música en la memoria. Pero la mayoría le soltaban su indiferencia y sus prisas, ajenos a su mensaje de desolada tristeza, en conjunción con el color de la tarde en declive y el dorado secular de la ciudad. Sobre la funda abierta del saxo, indignamente expuesta a la caridad, de un negro ajado y cuarteado, caían algunas escasas monedas de poco valor. Algún día caía el milagro de un euro o dos, incluso excepcionalmente, después de un corto vuelo sobre la calderilla derramada, volaba un billete de cinco euros, que se depositaba, tenue y ligero, sobre el plebeyo caudal. En estos casos, Nazario, cogido de sorpresa, hacía una leve reverencia de gratitud, que apenas se le notaba, sin descomponer su figura, ni afectar a su música, que seguía diluyéndose en la indiferencia del crepúsculo, en el aire delgado del olvido prematuro.

De cuando en cuando, se alzaba la queja de una nota aguda, estridente, inesperada, que iba directa al corazón, sostenida, mantenida más allá de su capacidad pulmonar. Otras veces, se escapaban dos notas juguetonas, como el ratón y el gato, que se entrelazaban, se buscaban, se huían, se rozaban, se potenciaban, sin estorbarse, como un bordado sonoro, que se repitiera en el silencio del fondo, sin ser nunca igual, organizado en el espacio, con voluntad de surtidor en espiral, camino de una fuga de Bach. La música crecía en la tarde. Se extendía por los alrededores, como un mensaje gratuito. Era siempre la misma, una mezcla de *jazz* y de bolero sentimental, que alargaba los finales, con ademán de una mano extendida, con el ruego implícito de la complicidad y la degustación compartida. Evitaba el final, rehuía las conclusiones definitivas, no se resignaba a morir.

Nunca tocaba así por la mañana. Su tiempo era el crepúsculo vespertino, como si necesitara los cuerpos cansados y la luz menguante para que su música alcanzara el tono adecuado, la fuerza de la penetración deseada. Cuando alcanzaba el punto máximo de su expresividad era al anochecer, con los pulmones insuficientes, la cabeza hueca y los dedos engarabitados sobre las llaves del instrumento, después de una larga y dura jornada de trabajo, no siempre satisfactoria. Tocaba de una manera desatenta, mecánica, por el peso del cansancio. Las notas se alargaban, con dejadez de impotencia, como un adiós fatigoso, se retorcían en un intento de sobrevivir, de seguir adelante, pero se quebraban, incapaces de continuidad, y flotaban como cadáveres a la deriva, en el atardecer, que obedecía a la sugestión de la música.

Improvisaba más que nunca, ya no tenía fuerzas ni para pensar lo que hacía, ni para recordar lo que quería hacer. La luz iba disminuyendo, en una agonía lenta, de vibraciones epilépticas, se deslizaba como una serpiente que tratara de ocultarse y subía con un brillo mortecino de velatorio pudoroso, antes del último quiebro para enterrarse en el silencio. Como todos los milagros diarios, la gente no percibía el lado insólito de aquella música, que siempre volvía del más allá, sin que nadie se diera cuenta de aquel prodigio.

Poco a poco se ganó algunos gestos de complicidad, gentes que le sonreían y le dejaban un euro en la funda del saxo, patéticamente desplegada en el suelo, o alzaban las cejas con un gesto de simpatía y connivencia. Probablemente, almas gemelas de aquella música agonizante, llorona, titubeante y sentimental, al borde de su negación. El rincón de San Martín se llenaba de fantasmas, salidos de las catacumbas de la memoria de una Salamanca dolorida e insatisfecha. Adioses de manos olvidadas, amores de la desesperación y el hastío, sonrisas perdidas en los días de niebla, cuando el Tormes puebla la ciudad de humedad y misterio, esperanzas compartidas sin futuro, proyectos dichosos, abortados antes de tiempo, rostros irrecuperables en el sucederse de los días, en los largos insomnios de las noches invernales. El romanticismo vacío de la experiencia cotidiana de las ausencias, la cita de todas las sombras de los remordimientos tardíos y de los fracasos prematuros, como la ropa sucia de la historia. Aquella música crepuscular ponía un intenso sentimiento de finitud y de conclusión.

Algunos le agradecían que les ayudara a estar tristes, con aquella música evanescente, que cuadraba con su estado de ánimo y que se diluía en el primer aire frío de la noche. La funda del saxo se iba cuajando de monedas de calderilla, que brillaban como un relente prematuro. Querían explicarse el milagro. No sé. Se imaginaban que lloraba a través de la música sus sueños del Conservatorio arruinados. No parecía que fuera un hombre muy feliz, ni que su música le produjera más que una satisfacción utilitaria. Quizá la luz claudicante le afectaba a los nervios y reaccionaba con aquella respuesta musical, como un valladar frente a oscuras amenazas. Quizás estaba cansado y la insuficiencia de sus pulmones y los fallos de su garganta le obligaban a producir aquella música prodigiosa. Quizás el hastío de un día fallido le revolvía las tripas y sacaba, en un intento de redención, lo mejor que sabía hacer, lo poco que le quedaba de su posible antiguo esplendor. Quizá las primeras sombras de la noche le inspiraban el deseo de regalar lo mejor de sí mismo.

No se podía decir que el cielo, con su amenaza de lluvia, le echara una mano. Debía de ser un castigo por la osadía de su lucidez y la belleza de su música, que competían con el crepúsculo que se dormía sobre la ciudad.

Estaba soñando que su mujer había vuelto, que sus hijos le hablaban, que tenía una casa y una cama donde dormir, con sábanas limpias, que hacía calor y que las nubes

se apartaban para que el sol hiciera su trabajo, que todo era como antes, que no era feliz, pero podía llegar a serlo, que todas las mañanas se ponía una camisa limpia, después de ducharse, que comía caliente todos los días, que los domingos había una botella de cava encima de la mesa del comedor, que al despertar tenía los zapatos limpios a la puerta del dormitorio, que cambiaba de coche cada tres años, que cada semana venía el peluquero a arreglarle el pelo y la pedicura de su mujer le hacía las uñas una vez al mes. Tenían una casa en Ondarribia, en el País Vasco, su familia pasaba allí los tres meses del verano, él sólo podía estar el mes de sus vacaciones en agosto; pero cada semana cogía el avión para ir a verlos. Tenía un buen sueldo y un horario de trabajo flexible. En las reuniones semanales, del *staff* de la dirección, su voz se dejaba oír y sus opiniones y sus sugerencias se tenían en cuenta. Por diciembre, al final de año, recibía un sobre con una buena cantidad de dinero, que le entregaba el consejero delegado en mano, con un abrazo y una sonrisa que no se deterioraba con los años.

Se sentía feliz, porque la mala racha se había terminado. Las sólidas costumbres tradicionales volvían a cumplirse, sobre los pilares de la familia, Dios y la Patria. Ya no estaba solo, podía hablar con alguien de su condición, y dejar sus soliloquios degradantes, y recordar que era un hombre, con todos sus derechos ciudadanos, un hombre de carrera universitaria, de una situación social acomodada, con un árbol genealógico de médicos, abogados, notarios, terratenientes y algún cura, como todas las gentes honradas de este país. El Tormes, allí próximo, sonaba suave y corría con la tranquilidad de la geografía. Aunque era de noche, una luminosidad difusa dejaba ver, con la precisión de una memoria recién nacida, el decorado de sus veinte años, cuando iba a remar al río, con los amigos y algunas muchachas de la Facultad, que no podían ocultar el nerviosismo de ir en barca. Era el escenario de su juventud, donde había sido feliz por primera vez, con sus chocolatinas suizas a la hora de acostarse, sus revistas pornográficas francesas para sus masturbaciones rituales, en caso de apuro, sus trofeos de tenis del colegio, a la cabecera de la cama, su madre deseándole buenas noches, con un perfume excitante, mientras le arreglaba el embozo de las sábanas y le sonreía sin ningún motivo. Lo veía todo, como si lo estuviera viviendo de nuevo, y, aunque una leve sospecha le advertía de que aquello no era verdad, de que estaba soñando, no obstante, aquella vuelta del pasado, con todos los detalles puestos, le hacía sonreír.

Sintió frío y pensó, sin abrir los ojos, que era el amanecer; se arrebujó en las mantas, dobló las rodillas y respiró fuerte para seguir durmiendo, para recuperar el sueño perdido, con una cándida sonrisa, de la que no se daba cuenta, en la todavía densa oscuridad, cerró los ojos para no desvelarse y se abrazó a sí mismo para no perder el calor de la noche. Pero ya nada fue igual. El sueño se había ido. Se revolvió para ensayar otra postura que facilitara la vuelta a la situación anterior y se cubrió la cabeza con las mantas. Esperó. Los ruidos empezaban a despertarse, con la misma insolente agresividad de todos los días. Algún grito, algún coche lejano, los pasos de

la gente sobre el puente, el ladrido de un perro, un pájaro solitario, la risa de una mujer y, por encima de todo, el apacible bisbiseo del agua del río, como una confirmación de que seguía vivo. Empezó a sentir un desasosiego, parecido a la sed, que le recordaba que su sueño no era verdad. Que todo aquello había ocurrido hacía muchos años. Notó que la irritación le llenaba hasta la garganta, para desembocar en una blasfemia, que acabó despertándolo. Ya era de día, otro día de suburbios y desdenes, de limosnas podridas y de miradas escoradas. Otra vez el camino a ninguna parte, la soledad de la carretera. La lluvia a la intemperie. Los pueblos perdidos y las ciudades desconocidas.

El murmullo del río que antes le había adormecido, ahora le desveló. Notó el relente de la mañana. Su mujer no estaba allí. Veinte años sin hablar con sus hijos. Quizás era abuelo, sin saberlo. Hacía frío. No era feliz y ya no podría serlo nunca. Su camisa apestaba; hacía dos meses que no la había lavado. Tenía que esperar al verano para poder hacerlo. A no ser que pudiera robar alguna, en algún tendedero descuidado. También, en el buen tiempo, si venía la ocasión, se bañaría en el río, para devolverle a la piel su color natural, debajo de aquella costra de polvo y mugre. Quizás en algún pueblo del camino le darían una sopa caliente, a la que añadiría los mendrugos de la faltriquera, quizá le cayera un plato decente, en la trasera de algún restaurante, mientras tanto tendría que conformarse con el pan desmigajado y la fruta pasada de los contenedores de la calle. Seguiría teniendo calor en verano y frío en invierno, como los perros vagabundos. Robaría uvas de las huertas, a la salida de los pueblos, y se afeitaría en las fuentes públicas, cuando tuviera jabón encontrado en algún vaciadero de escombros. Las necesidades perentorias al aire detrás de una tapia o a la vera de un camino, entre los árboles de la cuneta. Dormir al sereno y cambiar de harapos, cuando se pudiera, y no olvidar darle las gracias a Dios por la vida, que menos da una piedra.

Eran ya muchos años de peregrino de la nada. Desde que su mujer y sus hijos lo echaron de casa, culpándolo de todos los males de la familia. Había recorrido media España a pie, con su fardo de remordimientos y sus preguntas sin contestar. Con una refinada cultura que no le servía para nada. Los paisajes diferentes no conseguían quitarle los recuerdos. El polvo de todos los caminos se le depositaba en el alma para que nunca pudiera ver claro. Desde que su mujer le puso los cuernos la primera vez, todo había ido de mal en peor. Abandonó el trabajo, perdió el empleo, la casa se convirtió en un infierno, los gritos precipitaron la tragedia, pensó quitarse de en medio y acabar de una vez, mientras su mujer emprendía una nueva aventura y encontraba el modo de culpabilizarlo a él. Estaba harta de su vida matrimonial y le echaba en cara su obsesiva dependencia del trabajo, como si no hubiera nada más que hacer en el mundo. Y lo que más le dolió fue que los hijos se pusieron de parte de la madre, contra él. Lo mejor que lo llamaron fue calzonazos. Abandonado de todos y sin agallas para matarse se largó de casa, con la idea de que, una vez desaparecido él, todo volvería a ser como antes. Cuando contó su proyecto, todos estuvieron de

acuerdo. Un amanecer de verano, sin más equipaje que lo puesto y la tarjeta de crédito, se echó al camino. A sus espaldas, Salamanca despertaba el oro secular de sus piedras, como otra nostalgia más que añadir, mientras se alejaba por el puente romano. De la tercera aventura de su mujer ya no se pudo enterar. Cuando fue a sacar dinero, se encontró con la cuenta a cero.

Estaba cansado, viejo y enfermo de odio. No quería darse a ninguna venganza. Había vuelto para ver la ciudad antes de morir. Desde lejos, se le alegró el corazón y pensó que había cerrado el ciclo de su vida. Las torres, a kilómetros de distancia, aceleraron su paso de pordiosero, con veinte años de andrajos encima, la tez de la cara comida del sol y sereno por dentro, como un cántaro vacío. En un hueco debajo del puente había encontrado un acomodo para esperar el final. Allí se movía por las orillas del Tormes, entre chopos ahilados y sombras felices. No había peligro de que nadie lo reconociera. El pelo largo y la barba crecida le daban la estampa de un trotamundos. Pedía limosna a las puertas de San Esteban y las Dueñas le daban algo de comer y palabras de compasión, que le enfurecían, mientras baboseaba de agradecimiento. De allí no pasaba y se volvía pronto a su refugio. Cuando empezó el frío, se dio cuenta de que iba a morir. Sus mantas pringosas le mantendrían vivo hasta noviembre. Después, cualquier día los barrenderos municipales recibirían un aviso de que había un hombre muerto debajo del Puente, como una basura, que había que evitar a la vista.

Lloró su muerte de antemano. Hizo su responso para morir en paz. Reconoció que no quería morir, pero no tenía más remedio. No estaba hecho para ser pobre. Cada noche se despedía de las torres de la catedral. Cada mañana hacía la misma ronda de su menesterosidad. Pedía limosna para comprarse una frasca de vino tinto, extendía su mano cadavérica para recibir un mendrugo, lagrimeaba sin querer, reconociendo a antiguos compañeros de colegio, a mujeres que le habían desvelado en su juventud. Arrastraba sus pies, medio descalzos, con lo que quedaba de los zapatos con los que se había ido de casa, veinte años antes. No era tan viejo para andar tan encorvado, ni estaba tan débil para que las manos le temblaran tanto, no estaba tan perdido como para tener aquellos ojos asustados. Su voz se perdía en una melopea de pedigüeño, que nadie se preocupaba de entender, aunque todos entenderían lo que quería decir. Con dificultad llegaba hasta el Puente, con las primeras sombras crepusculares, y luego bajaba hasta la orilla, donde desaguaba y se disponía a pasar la última noche.

No había cerrado todavía los ojos, haciendo el recuento de sus parcas ganancias del día, cuando cuatro sombras salieron de la noche y se le plantaron delante. Se abalanzaron sobre él. Vislumbró cuatro muchachos, con unos palos en la mano y una sonrisa en los labios. Se quedaron quietos escudriñando la oscuridad creciente, incluso le saludaron con buenas maneras de colegio de pago, como hubiera hecho él. No hablaban y le seguían mirando; empezó a tener miedo. Aquellos palos desmentían la cordialidad de las sonrisas. Entonces, se codearon entre sí y empezaron a golpearle con los bates, en todas las partes del cuerpo, sin perdonar la cabeza ni el bajo vientre,

sin dejar aquellas risas nerviosas que les deformaban los rasgos de la cara. Con el primer golpe en la cabeza perdió el sentido, pero el dolor le devolvió el conocimiento. Le rompieron los dientes, le saltaron un ojo, le tundieron el estómago, sintió el desgarrón de una oreja y la sangre caliente borboteando en su boca, atragantándose, tosiendo, mientras seguían golpeándolo. Trató de defenderse, con los brazos y encogiéndose sobre sí mismo. Pero continuaron los golpes, complementándolos con patadas furiosas. Todavía pudo oír el crujido de la ternilla de la nariz al romperse.

Cuando despertó, con el relente del amanecer, se habían ido y estaba rodeado de agua, en el fin del mundo, mitad pozo, mitad estercolero. No sabía dónde estaba, pero oía el murmullo del río cerca, como un ruido familiar y lo tanteó a ciegas, con una mano extendida, premiosa y precavida. Fue tomando conciencia de lo que había ocurrido, por los dolores que le recorrían el cuerpo y el abandono de la cabeza, vacía y machacada, que no le parecía la suya. No podía moverse, respiraba con dificultad, no veía de un ojo, tenía rotos los dedos de la mano derecha, la sangre de las heridas de la cabeza fluía sobre su cara y la sorbía con avidez de sediento. De tan baldado como estaba ni podía beber el agua, pero la sentía, fresca y rumorosa, a su lado.

Al principio, los vecinos se asustaban porque creían que se estaban matando, que la cosa iba en serio, a juzgar por la intensidad de los gritos, los dramáticos ruidos en el ardor de la pelea y el tono alto y desgarrado del vocabulario, en el silencio de la curiosidad y de la espera. Entre semana era ella la que empezaba la gresca, sus chillidos de mujer ofendida explotaban, como tijeretazos en el cerebro, como barrenos entre rocas y el estampido de los objetos rotos, sillas, vasijas, platos, cristales o cajones maltratados, completaba la tragedia de las voces y el presentimiento de la sangre, que parecía inevitable. Por contra, los fines de semana era él el que iniciaba la zarabanda, mientras subía las escaleras; venía borracho del trabajo y desde antes de entrar en la vivienda arrancaban las amenazas y los improperios soeces, y seguían tras el portazo de rigor y el estallido del primer golpe. Después se oían las carreras por el pasillo, con el añadido de los agudos ladridos de un gozquecillo, que también participaba en la fiesta. Aplicando la oreja a la pared medianera se llegaban a oír los tortazos sonoros y los golpes contundentes sobre las espaldas y la cabeza, acompañados de los insultos de zorra para arriba y las contestaciones aguerridas de la mujer acorralada, de una riqueza floral sorprendente. Un llanto de fin del mundo, sobre un calderón de silencio, cerraba la sesión. Al día siguiente, el rostro tumefacto de ella, con un ojo a la virulé, y arañazos, heridas en el cuello y una mano sanguinolenta, vendada con torpeza, confirmaban que el espectáculo de la noche anterior no había sido una fantasía de vecinos malpensados, tras los tabiques de panderete. Todos esperaban la próxima bronca, que llegaría con puntualidad.

Vivían en la «Prospe», en una casa antigua de más de cien metros, destartada y lastimosa, necesitada de pintura, de una limpieza a fondo y del derribo total para devolverle la dignidad. Las miserias de sus sucesivos habitantes estaban agarradas a los muros y a los techos y rezumaban en el ambiente decrepito, hasta de la fachada, degradada con oprobio. La luz, que entraba hasta los últimos rincones, hacía más visible la pobreza del aire. Los actuales ocupantes eran un matrimonio sin hijos. De unos cuarenta o cuarenta y tantos años mal llevados. Ella, gorda y desastrada, con una cara de luna llena, que debía de haber sido mona en su juventud; de sus tiempos de soltera, le quedaban unos bonitos ojos azules, cálidos y grandes, de muñeca asustada, desprestigiados por las pestañas lacias y legañosas, con una misteriosa belleza de miope, sobre una generosa espetera, que tensaba sus blusas hasta un límite inverosímil, que hacía peligrar su resistencia. Era una ruina, como para mirar a otro lado. Él, más bien alto, delgado, de carnes prietas, fibroso, mal encarado, con las mejillas aradas por años de privaciones y disgustos, siempre a medio afeitar y a medio vestir y a medio hacer, con la boca desdeñosa, sin labios y los pies planos. No se hablaba con ningún vecino y no contestaba a los saludos de la buena educación más elemental. Daba grima pensar que habían sido jóvenes novios, con todo el porvenir por delante y el mundo por hacer.

Camarero, en uno de los cafés de la Plaza Mayor, se guardaba la mala leche para su casa y en el curro era obsequioso, servicial, rastrero, con babosería y tenacidad vermiculares. Muequeaba con una sonrisa siniestra, que alargaba hasta la incandescencia en busca de la propina. Oriundo de un pueblo del partido de Ledesma, tenía algo de patán reciclado. Su piel oscura, procedente de sus ancestros campesinos, mentía una salud que por dentro estaba lejos de tener; paciente de un mal de hígado, que le estropeaba las digestiones. Ella asistía en algunas casas de la burguesía del centro, sobre todo de las calles Toro, de la Rúa y del Azafranal, que le solían durar poco, y se deslomaba en el trabajo, como un animal de carga, lo que hacía que se le perdonara su carácter hosco y bravío, que le daba un aire de respondona incontinente. Prolongaba sus horarios de trabajo más allá de lo establecido y siempre estaba dispuesta a sacrificar sus días de descanso para complacer a sus señores. Dormía bien, digería bien e incluso se le oía reír, con su gozquecillo que ponía un poco de alegría en aquella casa desolada.

Los veranos, de ventanas abiertas y tertulias vecinales, al sereno, prolongadas hasta altas horas de la noche, eran la estación propicia para mejorar los números del espectáculo y desarrollar todas sus posibilidades dramáticas. El aumento del turismo estival, con el probable incremento de las propinas al sector servicios, repercutía en el humor del camarero, que se sentía más fuerte para medirle las costillas a su mujer, disminuida por la escasez de asistencias a domicilio, debido a las vacaciones de sus patronas habituales. Esta desigualdad de fuerzas introducía algunas variantes en el desarrollo de la acción y en la paciente recepción de los espectadores, que se regodeaban con las primeras voces que abrían la representación. Se oía todo, en el

silencio de la noche estival, y se podía seguir el desarrollo de la tragedia, minuto a minuto, pues se oía hasta el jadeo de las respiraciones y el chasquido de las bofetadas, que hacían masa. Incluso se podían identificar, más fácilmente, los objetos rotos y la distancia a que habían sido lanzados hacia su destino. Se podía prever incluso el momento del clímax, siguiendo la curva de los diálogos y los cambios en el furor fonético de las riñas. Era igual que siempre, pero más claro, con todo, si no a la vista, por lo menos al oído.

Un día los vecinos vieron llegar al camarero con una tarta, haciendo juegos malabares con el paquete y sonriendo de su habilidad profesional para no estrellarlo contra el suelo. Todos pudieron oír la alegría con que entró en su casa, exhibiendo su regalo y valorando su gesto de marido complaciente, que sorprendieron por su novedad. Hubo un largo y denso silencio, que los espectadores amueblaron a su manera, expectantes ante el resultado de aquel insólito comportamiento marital. El silencio se prolongó más de lo debido y los vecinos aguzaron la oreja para no perderse la reacción de la mujer, que prometía y que finalmente no llegó. Y cuando el silencio empezaba a ser sospechoso, preñado de incógnitas, todos pudieron ver salir por el aire, a través del balcón, la tarta, tal y como se la habían visto entrar al camarero, con su envoltorio de papel florido, con un ímpetu volador inesperado que la hizo llegar, salvando la anchura de la calle, hasta la casa de enfrente, en cuya fachada se despanzurró con un impacto sonoro y una violencia visual policromada, dejando unos caprichosos churretones de nata y hojaldre sobre el ladrillo visto de la pared, que tardaron en desaparecer varios días, al sol sediento del verano. En aquel envite, que abrió el último acto del espectáculo, ella precisó asistencia médica de múltiples contusiones de variable intensidad y tamaño.

Todo el mundo pensaba que cualquier día saldrían en los periódicos, con un muerto por delante o un parte médico de urgencias con heridas graves, tanto de él como de ella, como consecuencia de aquellas peloterías de todas las noches, que se sucedían con caracteres de novela por entregas. Era la salsa de todos los comentarios de la vecindad, que se intercambiaban información y detalles de sabrosa degustación, accesibles sólo a los más próximos, pero apetitosos para todos. En alguna ocasión, las batallas matrimoniales habían terminado en la Casa de Socorro, de la Avenida de Mirat, con una hemorragia nasal incontenible o un escandaloso corte en el antebrazo de la mujer, que buscaba el hueso y amagaba la invalidez. En otra ocasión acabaron también en la Casa de Socorro, por un mordisco que la mujer le había propinado al marido, con intención de arrancarle la nariz, lo que no consiguió del todo, pero estuvo a punto y necesitó seis puntos de sutura, que averiaron el apéndice nasal hasta una deformación caricaturesca que añadir a la fealdad de su rostro.

Sólo una vez los vecinos se alarmaron tanto por el nivel de la escandalera, la profusión de golpes y el estruendo de una silla rota contra lo que se presumía un cuerpo humano, de limitada resistencia, con un ruido sordo y contundente, seguido de un silencio mortal, que los alarmó, y, después de una hora, entraron por el balcón a

comprobar los cadáveres o a auxiliar al que quedara. Y se los encontraron, en el suelo de la cocina, entregados a una furiosa contienda sexual, de ropas deshechas, heridas ensangrentadas, voracidad de besos y pasión desenfrenada de adolescentes primerizos. Estaban tan embebidos en aquel frenético combate que no se percataron de la presencia de los vecinos, y si se dieron cuenta, no les importó el allanamiento de la morada, continuando su frenesí erótico, hasta su agotamiento feliz. Desencantados, divertidos y horrorizados por el vuelco del espectáculo, los vecinos se retiraron, en espera de que los contendientes se mataran de aquella otra singular forma de embestirse y de aniquilarse, cuya finalidad parecía ser, sin duda, la muerte.

Desde entonces los dejaron matarse, en noches locas de gargantas vehementes, insultos de una procacidad imperial y lamentos agonizantes de fieras salvajes, que se presumía estarían despedazándose. Lo único que cambiaba de un día para otro era el punto de partida de la riña, la chispa que encendía la hoguera. Pero el resto había llegado a un punto de decepcionante monotonía, que desmerecía de otros tiempos. Los vecinos, cuando la lucha llegaba a su plenitud sonora, se limitaban, en algunos casos, a golpear las paredes o el techo, para hacerles saber que estaban molestando y de paso tratar de apaciguar sus ánimos encrespados, con la esperanza de gozar del silencio que seguía a las batallas y que ya se imaginaban a qué se debía. Lo habitual es que no hicieran caso a los avisos y siguieran la zurra hasta sus últimas consecuencias. Pero a veces los vecinos lograban hacerse oír, por encima del fragor de la guerra, antes de que la sangre llegara al río. Pero, de nuevo, ellos volvían a su historia, siempre abierta a nuevos episodios, que habían perdido el interés de los oyentes.

Nada cambiaba con el tiempo. Las escenas repetían el dramatismo de otras veces, con el detalle añadido de alguna patada al gozque, que debía estrellarse contra la pared, por los gañidos de dolor y de reproche servil, que todos los vecinos pudieron oír. Las voces de la mujer, cariñosas y conmovedoras, completaron a través de los tabiques el sentido de lo ocurrido. Se pudieron oír los apelativos más tiernos, las caricias más ruidosas, los gritos de acusación más soeces, mientras el marido arreciaba en sus insultos, en su irritación de jeque ofendido. El concierto diario tuvo las variantes de los débiles gruñidos del gozque, que se fueron acallando a medida que sus fuerzas se debilitaban y crecían los abrazos maternos de la mujer, que debía ampararlo en su regazo, a juzgar por sus apasionados piropos ahogados. No hubo alteración en el horario y la escena duró más o menos como todas las noches. Pero, los restos de la bronca se fueron desflecando, a lo largo de las horas, por lo que los vecinos dedujeron que esta vez no había habido reconciliación en el suelo de la cocina. Llegaron a creer que el gozque habría muerto y que esta tragedia separaba al matrimonio más que los peores improperios del consumo diario.

Entre el polvo invisible y las paredes carcelarias de su habitación se ahogaba, en la

cama nocturna de sus ataques de asma, en medio de un mundo tranquilo y ajeno, que ignoraba su dolor. Tardaba en dormirse y, cuando la tortura del insomnio se terminaba, ya de madrugada, con un breve sueño, que apenas era una cabezada, una tos violenta lo despertaba y lo devolvía a la vida perra de su enfermedad crónica. Cada vez se veía morir en la cerrada soledad de su cuarto, con la ventana abierta hacia la noche, hacia una liberación que se le negaba desde hacía años. Se le saltaban las lágrimas; se le salían los ojos de las órbitas; se le hinchaban las venas del cuello y tosía sin parar y sin remedio, durante una eternidad de ahogos, que lo ponían al borde de la asfixia, con un aire que se negaba a entrar en sus pulmones. Se hundía en un escenario lóbrego, de paredes oscuras y altas, sin fondo. Sus manos buscaban con afán el asidero de las sábanas, como el anclaje de una perentoria salvación, que le encandilaba. Pero el bloqueo de los bronquios no le daba respiro y el mundo se le cerraba con intermitencias de semáforo, hasta los umbrales de la madrugada, que nunca acababa de llegar. Por consejo de una vieja curandera, fumaba unos cigarros de gordilobos, que le producían un alivio momentáneo, como el receso de una condena diferida. Aspiraba el humo con avidez. Se desesperaba, sobre todo cuando el alba tardaba tanto y las tinieblas se prolongaban más allá de los relojes. Y de pronto volvía otro ataque y creía morir de nuevo, falto de aire, sin fuerzas para resistir.

Sus largos insomnios le permitían volver a su niñez feliz y encantada, cuando respirar era una función natural, que no exigía atención. Había sido un niño listo, travieso, expansivo y estudioso. En su casa, se recordaban sus anécdotas. Había sido el primero de su clase ya en la escuela parvular, había figurado en el cuadro de honor del colegio desde que tuvo edad para merecerlo; era tan bueno en letras como en ciencias, tenía una letra equilibrada y elegante, que parecía de máquina, sin un rasgo fuera de lugar; en todas sus primeras fotos del álbum familiar estaba sonriendo, habitante de un mundo luminoso y abierto, donde no entraba la sombra. Pero lo más sorprendente es que iba para campeón de fútbol, hábil, incansable, con una pegada dura y un ojo certero en los remates, era el delantero centro ideal, le ponían el mote de todos los grandes jugadores del momento, fue sucesivamente Kubala, Torres y finalmente Messi. Sus compañeros no podían ni tenerle envidia, porque era el camarada ideal, generoso, cordial, humilde y campechano.

Y guapo de concurso de casino. Era rubio, con el pelo abundante, como los ángeles buenos. Tenía una piel limpia y transparente, sin un error en toda su extensión, sin una mancha que alertara un defecto. Su barbilla redonda y fuerte virilizaba el conjunto y evitaba cualquier equívoco de la delicadeza de su expresión, de sus celestes ojos, de su boca frutal y de la armoniosa configuración del conjunto. Hasta los quince años fue un niño de exposición. Pero, como siempre, también fue expulsado del paraíso. Todo empezó por un picor en las corvas, que le impulsaba a rascarse hasta la sangre; después, se le pasó a los labios, a las cejas y entre los dedos de las manos. Estaba en su primera adolescencia y el mundo se le vino abajo. Le diagnosticaron una alergia, que trataron de combatir por todos los medios. Las

primaveras del polen fueron penosas, su piel acusaba la llegada del buen tiempo, antes que los partes meteorológicos. Abril dejó de ser benigno y se convirtió en el mes que inauguraba el calvario. El mayo florido fue una maldición del cielo, que se ensañaba con sus bronquios.

Ya nunca más tuvo sosiego, dejó de sonreír a todas horas para adquirir un gesto trágico, de desesperación cotidiana, que se le quedó en la cara para siempre. Dejó de vivir la vida, para soñarla. Desde entonces, su adolescencia había sido una sucesión de renunciadas. Tuvo que dejar de jugar al fútbol. Mientras sus compañeros de colegio se iban de excursión, él se quedaba en casa, rumiando su incapacidad, sintiendo en el alma las duras consecuencia de su exclusión, el mal sabor de los medicamentos, que pautaron sus horarios y regularon su vida. Después del polen de la primavera venían el calor y la sequedad del verano, para acabar de arreglarlo, taponándole los pulmones como un cerrojo. Probaron con él todas las terapias tradicionales y todos los tratamientos modernos. Ni los homeópatas ni los naturistas le sirvieron para nada, salvo para excitar su dormido espíritu rebelde, su inconformismo violento, que siempre encontraba motivo de justificación.

Sentía la eternidad de una condena. Se hizo reflexivo; se sabía de memoria las vigas del techo de su habitación; espiaba los primeros rayos de sol en la ventana y seguía, milímetro a milímetro, su progresión por la pared blanca; medía las horas por la marcha de la sombra en los muebles. Le entró un gusto por la lectura, que agotó pronto la parva biblioteca familiar y le dio un segundo repaso a todos los libros que ya había leído y pidió más, lo que obligó a su madre a rastrear en las bibliotecas de los amigos, de los conocidos, de los vecinos y de las instituciones públicas culturales de la ciudad. Aquellos largos días de reposo no le aliviaron la enfermedad y lo devolvieron a la vida cotidiana normal, disminuido y apocado, como la sombra de lo que había sido. Su palidez de claustro aumentaba su marginación. No podía participar en ninguna actividad colectiva, su orgullo crecía con el distanciamiento al que lo sometían. Se rebelaba contra la caridad y las buenas palabras. La resignación cristiana le sacaba de quicio. Tardó tiempo en asumir su condición de enfermo a perpetuidad.

Cuando lograba dormir, exhausto y deprimido, con la cabeza en ebullición y la boca abierta del naufragio, como un pez fuera del agua, le agitaban unos sueños espantosos y recalcitrantes, habitados de monstruos, animales prehistóricos de extrañas anatomías y bárbaras costumbres homicidas, humanoides de aspecto repugnante, empeñados en rodearle, tocarle, acariciarle, susurrarle obscenidades al oído, retos imposibles, transportarle por el espacio sideral, sobre campos áridos en los que pululaban criaturas deformes, injertos de seres humanos y de bichos asquerosos, que intentaban cogerlo para hundirlo en una laguna hedionda, viscosa y gelatinosa, después de torturarlo y fustigarlo con sus manos largas, de uñas enormes que rasgaban sus carnes con resonancias metálicas, mientras en las orillas los monstruos humanoides extendían sus brazos para alcanzarlo y someterlo a nuevas torturas, como

taparle la boca hasta que reventaba, sin poder respirar, y se reían de los trozos de pulmón que saltaban de la boca, como si fueran la erupción de un volcán que amenazaba con devorarlo.

Con estos sueños reincidentes se le quitaban las ganas de dormir, porque sabía que aquellas horribles pesadillas volverían en cuanto cerrara los ojos. Se resistía a dejarse llevar de las imperiosas necesidades del sueño. Pero su cuerpo, sobre todo al salir del pozo de aquella angustia fisiológica, se vencía y se defendía relajando los músculos, apagándole los sentidos, nublándole los ojos y regularizando su respiración, para entregarlo desvalido y cansado a la noche, que le devolvía al poder de aquellas feas criaturas infrahumanas, de babeantes cataduras y malas intenciones obsesivas. Sin despertar, se defendía moviéndose, tratando de escapar, bamboleando la cabeza, como para esquivar las agresiones de aquella turba infame de perseguidores enloquecidos. Pero su agotamiento era tan grande que no lograba despertar y tenía que aguantar aquella lucha, hasta que un nuevo ataque le devolvía a la realidad del dolor y de la desesperación, con las ventanas abiertas negadas al aire.

Le faltaba el aire, el aire que era de todos, menos de él. El aire libre, disponible en proporciones infinitas, llenándolo todo, sin fronteras, ni cortapisas, necesario para la vida, invisible como el espíritu, abundante con generosidad de dádiva, un bien comunitario que no exigía contrapartidas, inasible por esencia, que podía ser suave como una caricia o fuerte como un golpe, un bien universal a merced de las singularidades humanas, del que se sentía excluido, con visos de apestado, no estaba invitado a la fiesta del aire, se le escamoteaba, se le racionaba, se le concedía a cuentagotas, como una limosna, como una condescendencia, lo que le hacía distinto, extraño, raro, marginado del banquete de la vida, condenado a las afueras, a los límites, a la tragedia de la alteridad más absoluta.

Pero aquel día, con las primeras gotas de la madrugada, se despertó como nuevo, como si hubiera vuelto a su infancia, y vio el cielo abierto, como una resurrección, como si la nueva luz temprana le hubiera penetrado en los bronquios cerrados para abrírselos y llenárselos de aire fresco. Como si hubiera roto un cerco, después de tantos días de ahogos, de toses, de flemas, de *sprays* y de sentirse morir, con los ojos salidos, las mejillas rojas y las manos buscando un agarradero para salir a flote. Como si el agua se transformara en sol y en aire y le entrara a raudales en los pulmones. Aquella agua bendita, que venía directamente de la mano de algún dios lejano. Aquella creciente humedad le hizo pensar en un día de primavera, sin polen y sin calor y sin polvo, con las ventanas abiertas y las airosas torres de la Clerecía al alcance de la mano. Soñar con un campo infinito, en el que poder correr sin cansarse. En un paisaje limpio, como un papel secante sin usar, en el que atravesar el horizonte y ganar distancias sin obstáculos, con montañas estimulantes al fondo y un río generoso y manso, que corría a su paso y se demoraba en meandros tranquilos, que le aliviaba nada más verlo, nada más oírlo en su pausada marcha transparente. El aire era azul.

Creyó en los milagros y no se lo podía creer. Respiraba sin dificultad, inspiraba y espiraba a ritmo lento. Veía todo con claridad, el dormitorio se le había agrandado, el techo se había alejado, las ventanas de par en par eran las puertas del cielo, por las que penetraba un aura seráfica, que era al mismo tiempo luz y serenidad. Se asomó a la calle y vio los arroyos correr, la ciudad brillante, investida de una placidez solemne y bautismal. Todo le parecía nuevo, desconocido, como recién hecho. Lloró de agradecimiento, rio de sorpresa, gritó con todas las fuerzas recobradas de su vuelta a la vida. Sus pulmones eran insuficientes para la cantidad de aire frío que le quería meter. La noche, como siempre, era interminable. Pero esta vez no le importaba; hubiera querido que no amaneciera nunca y que aquella lluvia prodigiosa se prolongara horas y horas, hasta inundar el mundo. Cuando, poco a poco, cesó la lluvia se asustó y temió volver a su estado anterior. Pero la humedad del ambiente mantuvo el éxtasis de su felicidad durante un rato.

Sintió un alivio agradecido. Volvió a ser un hombre como todos los demás, con derecho a sonreír, a descansar, a dormir, a respirar. Se reconcilió con la vida, se libró de sus fantasmas interiores. Abrió todas las ventanas, como si fueran las puertas del paraíso, por las que entraba a raudales un agua milagrosa. Se sintió fuerte, joven, esperanzado. Capaz de ser feliz, capaz de olvidar, de perdonar y de soñar con un mundo mejor, con una humanidad en armonía. De cuando en cuando, una ráfaga de viento aumentaba el caudal de agua, de su recuperación, como una rociada de entusiasmo inaugural. La noche le ofrecía la posibilidad de todas las tentaciones. Dudaba. Respiraba a pleno pulmón, inhalaba el aire frío de la oscuridad como un regalo de sorpresas. Se sentía libre, ligero y completo. Volvía a las sensaciones de su niñez, a una plenitud recordada, sin sombras ni amenazas, sin pasado ni futuro. Quería que aquello no se acabara nunca. Que todo se prolongara hasta el infinito. El agua que le cubría los pies era un mal menor, a cambio del alivio que le proporcionaba. Ni se daba cuenta. Respiraba, que de momento era lo que quería, lo que había estado esperando, desde siempre. Era feliz, en un estado de ingravidez, después de muchos años de enfermedad. Cerraba los ojos para que la felicidad no se le escapara, para no perderla, ni un ápice, para paladearla, como nunca lo había hecho, como nunca había esperado poder hacerlo, como ya ni se acordaba de que podía hacerlo.

Había aguardado aquel momento y por nada del mundo quería perderselo, cambiarlo por otro. Con el agua por las rodillas, se inundaba de felicidad. Era un hombre, como todos, y sus pulmones abiertos, liberados, le garantizaban el ser, la plenitud de su ser de hombre normal, como todos. Se llenaba de aire, como de futuro, con miedo de perderlo, horrorizado de que se acabara. Quería que aquel tiempo nuevo se prolongara hasta el infinito. Nada podía ser peor que el infierno angustioso del que había salido. Nunca más ahogarse, nunca más ensayar la muerte lenta, que tantas veces le había rondado y de la que pensaba que no podía salir. Estaba tan a gusto, que no se conocía, que le parecía mentira. No acababa de creerse que pudiera

respirar bien, que un flujo de aire entrara en sus pulmones, como si tal cosa, como lo más natural del mundo. Era lo único que le importaba, después de tanta abstinencia, de tantos años a medio pulmón. Se sentía inmortal, aunque el agua siguiera creciendo a su alrededor. Era como un mal menor, después de todo lo que había sufrido. El aire le sabía a gloria, como una golosina. Aspiraba a fondo, para alentar su capacidad pulmonar, para tratar de llegar a sus límites y mantenerlos abiertos, como un universo sin fronteras. Que por él no fuera.

Respiraba, como si le fuera en ello la vida. Como si estuviera aprendiendo a hacerlo y no acabara de aprender.

Albañil de profesión, especialista en chapuzas, sin habilidad definida para nada, poco más que un peón, se llamaba Celestino y era feo, flaco, alto y desgarbado. Remugón, disminuido de fuerzas y encismador penitente, la gente temía sus líos. Su nombre excitaba la imaginación verbal de sus amigos y conocidos, que le dedicaban, en cuanto lo veían, una sarta de bromas, chistes de mal gusto y dichos arrefranados, que no le hacían ninguna gracia y le enfurecían a veces, hasta la bronca. «Celestino, pan y tocino y jarra de vino», «Celestino, alto como un pino y tonto como un pepino», «A Celestino, no lo quiero ni de vecino», «Celestino, largo como un camino y guarro como un cochino». En realidad, era lo que se dice un pobre hombre enteco, con unos ojillos vivos y humillados, hundidos en las covachas de sus órbitas, en una cara historiada por las carencias y las humillaciones y adornada por una gran nariz de alcuza, que le ensombrecía la boca buida y recta, como un buzón de Correos, las manos sarmentosas y negras como palas, desproporcionadas al final de unos brazos de palillo y un tórax de muñeco roto de feria. Tenía pies de apóstol, ligeramente zambo; siempre andaba con prisas, como si no tuviera tiempo de nada, entre exceso de trabajo, disgustos familiares, trastornos gástricos y un mal dormir, desde que tenía uso de razón, de la que no gastaba mucho. Vestía ropas viejas, de segunda o tercera mano, pantalones zurcidos, que le caían arrugados, como un acordeón, sobre las zapatillas de esparto, con barbas sin afeitar. Le gustaba el vino tinto de los domingos y para celebrarlo se ponía un sombrero negro, que le estaba grande y le llegaba hasta las orejas de soplillo, y se emborrachaba en cuanto entraba en la taberna y olía el mosto. Apeataba a ajo a la media legua, y a sobaco, que echaba para atrás. Una mujer pecosa, sucia, gorda y respondona completaba la relación de sus desgracias.

Después de más de cuarenta años viviendo en una casa vieja, baja de techo y escasa de ventilación, compartida con otra familia, tan florida como la suya, en lo alto de Los Pizarrales, había echado sus cuentas y podía hacerse una casa para él solo, a su gusto. Soñaba con una vivienda nueva, con olor a pintura reciente, su mujer y sus tres hijos. En el terreno que le había robado a su hermano, birlándoselo, con engaños y trapacerías, a su viuda y quedándose con la tierra, en el camino de Villamayor, en los límites de la ciudad. Gastaría en el proyecto el dinero ahorrado durante toda su

vida, construiría con sus manos una casa de dos pisos, para sentirse dueño de algo y donde esperar la vejez, que, a los cuarenta años, cuando tuvo la idea, estaba todavía muy lejos. Sentía en aquella obra la afirmación de su persona y confusamente, en los intervalos lúcidos de la borrachera de los domingos, la justificación de su vida. La idea le permitió aguantar las contrariedades del oficio, los dolores de la rabadilla en lo alto de los andamios y la resaca de los dos o tres accidentes que había sufrido en su desgraciada existencia de obrero de la construcción. Cuando, después de una agotadora jornada laboral, bajo los gritos del encargado y la furia de la intemperie contra los riñones desvalidos, recogía la llana y la plomada con sus manos callosas de cal y cemento y se aliviaba, junto a una tapia, pensaba en aquella casa, que le esperaba al final de su aperreada vida de trabajador.

El largo periodo de espera no hizo mella en sus propósitos y, real a real, peseta a peseta y después euro a euro, fue reuniendo el caudal de dinero necesario, depositado, semana a semana, en la Caja de Ahorros y Monte de Piedad. A los cuarenta y cinco años, después de bregar, duro y parejo, por cuatro perras mal contadas, con sol y con lluvia, sano y enfermo, invierno y verano, desde el amanecer hasta el anochecer, podía levantar, con apuros y escatimando la peseta, la casa de sus sueños. Si faltaba algo, tendría que apañarse con lo que hubiera, y no contaba con más ayuda que el sudor de su frente, la fuerza de sus brazos y los conocimientos de su desgarrada vida de pobre, hijo de pobres y nieto de pobres, que no habían levantado cabeza, ni conocido día de descanso en los cientos de años de la historia familiar. En el corral de un amigo, más allá del teso de la Chinchibarra, había ido almacenando el material que robaba de las obras donde daba el jornal, sacos de cemento, yeso, ladrillos y cal, que le servirían para arrancar. Era poco; pero algo es algo y menos es nada. El caso era empezar y Dios proveería. Se las prometía muy felices.

Pasados los cincuenta, pensó que era ya tiempo de ponerse en marcha. Acotó la parcela con alambres, por supuesto robados, y cavó con denuedo los cimientos de la casa. Porque de los cimientos depende la salud del edificio, como había oído decir muchas veces a los encargados y a los peritos. Lo hizo, aprovechando los domingos y las fiestas de guardar, y algunas jornadas acababa la tarea a la luz de la luna, que iluminaba débilmente las zanjas abiertas, donde se iba hundiendo, a medida que profundizaba en la tierra que se resistía a sus esfuerzos, con bancos de pizarra negra y vetas de granito. Cavaba con la obsesión de un poseso y no paraba ni cuando la fatiga, al final del día, le mermaba las fuerzas, que ya no podía ni levantar el pico y menos palear la tierra. Cuando consideró adecuada la profundidad, a ojo de buen cubero, la emprendió con los cimientos, con piedras cogidas de aquí y de allá, transportadas a peso y acondicionadas a golpes. La cosa no tenía ningún secreto para él, después de más de treinta años de curro, y los cimientos fueron creciendo con la lentitud de la hierba y la solidez de las murallas medievales, que duran todavía. En aquella empresa se fue dejando los años, la salud, y los amigos, a los que no volvió a ver desde que empezó la obra. Pero el que algo quiere, algo le cuesta.

De algo habría de servirle su experiencia y la torpe habilidad, heredada de su padre y de su abuelo, que le habían enseñado todo lo que sabían, y rehogada después de tantos años dando el callo. Hilera a hilera de ladrillos, fue saliendo la casa de la tierra, creciendo como un hongo después de la lluvia, a ritmo biológico con primor de artesanía. Llevaba las trazas de convertirse en una construcción, a medio camino entre una chabola y el Palacio del Obispo. Allí puso a prueba sus conocimientos de albañilería, cuidando los detalles, mezclando con ojo de boticario la cal y el cemento, en la justa proporción de arena, que acarreaba desde el río, en serones al hombro o en pollinos pedidos prestados a los amigos. Los ladrillos encajaban con la precisión de un relojero y las paredes conformaban el espacio, según los planos, imitados de acá y de allá. Había diseñado los huecos, el lugar de la escalera, con escalones bajos para sus previsibles pies cansados de viejo, y la altura de las habitaciones para el sosiego de su mirada y el bienestar de sus pulmones. Tendría dos pisos y una buhardilla que sirviera de trastero. Le gustó poner tres peldaños a la entrada para ennoblecer el conjunto de la fachada, recorrida de parte a parte por un balcón mirador de casa grande, con barandilla de hierro colado, adornada con sendos pirindolos de lujo en sus extremos.

Pero por ahora las paredes apenas levantaban medio metro. El resto eran ganas de soñar. Las fuerzas le fallaban más de lo previsto; los fríos del invierno paralizaban la obra, porque con las heladas el cemento no fraguaba; las lluvias le hacían perder algunas jornadas de trabajo y los catarros intempestivos, dichosamente pocos, retrasaban el avance, que se empantanaba en demoras ridículas, como la inesperada falta de ladrillos, robados por la noche, las visitas de los colegas, que le hacían perder el tiempo en chácharas sin provecho y consejos inverosímiles, y algunas incontroladas borracheras accidentales, que lo dejaban varado, como un guiñapo, durante un día, recorrido de náuseas y abandonado a un sopor profundo, del que sólo se libraba por la noche y del que despertaba, aterido y brumoso, con el estómago en la boca y la cabeza vacía, que aquel día no daba pie con bola ni podía poner un solo ladrillo bien puesto. En verano, decidió dormir al pie de la obra, para que no le robaran los materiales, como ya había ocurrido en más de una ocasión. Su afán de hacerlo todo él, sin ayuda de nadie, que sería un engorro más que una colaboración, retrasaba todavía más el progreso de la obra, que avanzaba con lentitud de escarabajo.

Una noche, mientras dormía, tuvo una visita inesperada. Unos desconocidos, embozados, le arrearon una paliza, que lo dejaron baldado. No les pudo ver las caras, tapadas con unos grandes pañuelos de hierbas y unas boinas encasquetadas hasta las orejas. Había intentado defenderse; pero eran tres y todo fue inútil. Lo molieron a palos y desaparecieron. Desde el suelo de su humillación, con los ojos tumefactos y las espaldas al rojo vivo, siguió las siluetas de su huida, hasta perderlos de vista en la oscura distancia de la noche cerrada. No los oyó hablar ni pudo reconocer a ninguno. Con grandes dificultades logró incorporarse y fue tanteando las paredes de su obra, en las que apoyaba su dignidad herida. Recorrió, arrastrando los pies doloridos,

contra cuyas plantas los asaltantes se habían ensañado, el contorno de la casa. Con sus labios heridos, rajados y sanguinolentos trató de gritar, de blasfemar, al término de su inspección, al confirmar, como se sospechaba, que habían destruido gran parte de la obra a martillazos, que en el furor de la pelea no había oído. Le habían machacado los dedos de las manos, como si quisieran mutilarlo, y le habían echado abajo lo que había levantado en un año de esfuerzos. Se preguntaba, una y otra vez, por qué, por qué, por qué y quién, quién y quién.

Nunca supo quién había sido, ni pudo encontrar los motivos. Desconfió de sus amigos, sospechó de algunos conocidos y buscó las causas que hubieran podido provocar aquella acción salvaje. Renegó de la condición humana, hecha a base de mierda y sangre violenta. Pero se rehízo de la paliza. Con dificultades y dolor, forzó el movimiento de los dedos. La noche amparaba su recuperación. Estaba recostado contra la rugosidad del muro y tocaba las piedras, como si fueran rocas mágicas que pudieran devolverle la energía. El aire se enfriaba; pero las paredes conservaban todavía algo del calor del sol. Lloraba y gritaba de rabia, con los huesos rotos y el ánimo incapaz de rehacerse. Buscaba consuelo en la memoria de su proyecto. Pero no consiguió mantenerse en pie y cayó rodando al camino, donde lo encontraron los primeros madrugadores de la carretera y lo llevaron al hospital de la Santísima Trinidad, allí cerca. Cuando se despertó estaba en una cama blanca, todo vendado y dolorido, lleno de sueño, bajo la preocupada sonrisa de una monja de la Caridad, que le aconsejó reposo y paciencia hasta que se curara de sus heridas. Trató de contestarle; pero un mareo le cortó las ganas. Volvió a abrir los ojos y se encontró con los globos de luz de la sala encendidos en el techo y las ventanas negras de la noche.

Se notaba todo el cuerpo estriado de llagas, la vista muy débil y las piernas desobedientes a sus órdenes. Con dedos impacientes se recorrió el vendaje de la cara y del pecho. La sala estaba en silencio. Nada se movía. Se incorporó a medias y vio dos filas de camas ocupadas por enfermos inmóviles. Algunos se quejaban, en un susurro. Olía raro y, sin hacer ruido, echó las sábanas fuera y saltó de la cama. Sus ropas estaban hechas un burullo en una silla, junto a la cabecera, las cogió y se largó de allí, procurando que nadie lo viera, ocultándose en el quicio de las puertas, detrás de las mamparas, contra los armarios blancos de las galerías. Bajó las escaleras con sigilo, saltó por una ventana, que daba al camino de Villamayor, y corrió hacia su casa, impedido por el dolor, los vahídos y una debilidad generalizada, que estimulaba su voluntad reconstruida. Iba descalzo, pero ni siquiera notó los guijarros del camino ni el frío de la noche. Estaba vivo y eso era suficiente. La oscuridad amparaba su debilidad inerme y los destellos de su locura.

Las dentelladas ruinas de su casa, a la luz de la luna, estaban allí, aguardándolo. Desguarnecidas, en un precario desequilibrio, al borde del desmoronamiento, convertidas en escombros, en montones de piedras y ladrillos rotos, como si hubiera pasado por allí la guerra. Lo poco que había quedado en pie la noche del asalto estaba por los suelos. Se dio cuenta de que también le habían robado las herramientas, que

tanto le había costado reunir, distrayéndolas de las obras. Era la imagen de la desolación y el fracaso. Se identificó con aquella informe montonera de tristeza y se lloró a sí mismo, destrozado, sin ánimo de levantar de nuevo las paredes, de volver a cubrir su necesidad de ser algo. Se dejó ir en un llanto de funeral y despedida, que le dolía. Las lágrimas no le dejaban ver, todo estaba borroso, agrietado, deshecho. Se reconoció en el sufrimiento de su cuerpo, en el frío que seguía creciendo sobre su desnudez de pobre, en las tinieblas del universo, en el viento que venía de lejos para advertirle que las desgracias no habían terminado, que el horizonte guardaba más miserias que podían caer sobre él y que nunca acabaría aquella obra, que había nacido maldita. Como él. No se puede ir contra el destino. Lo que es, seguirá siendo. Al que se rebela, Dios lo brea. Una blasfemia redonda y altiva se le escapó, vertical y en punta, antes de caer desvanecido entre los restos de lo que hubiera sido su casa.

No se resignaba a morir. Había llegado a los noventa y seis años trampeando con la vida. Con goteras por todas partes; pero vivo. Le costaba andar y respirar; tenía unas digestiones penosas, perdía vista de un día para otro, padecía de lumbago y tenía artritis en los dedos de las manos y en las cervicales, lo que le producía unos mareos que le hacían vacilar y temer por su estabilidad vertical. Sufría fallos de la voluntad y de la memoria, con intermitencias de caño roto. Pero conservaba, a pesar de todo, un decrepito esplendor de su juventud de mozo guapo, alto, erguido, como un chopo, de casi metro ochenta, que se le había quedado en metro setenta; cabello negro, moteado por las canas, con la piel ajada, la papada flácida, los ojos apagados, la barba descuidada, blanca y tupida, y manchas marrones en la entera geografía de su cuerpo. Su sonrisa ya no era lo que había sido. Se miraba en el espejo y veía un viejo en el que no se reconocía y del que incluso a veces se asustaba, como si fuera el rostro de un enemigo, del que desconfiar. Vestía con desaliño, lejos del pincel, capricho de las damas cuarentonas, en la rueda protocolaria de la Plaza Mayor, de otros tiempos. Su chaqueta anticuada casaba mal con sus pantalones usados hasta el oprobio, con tacañería senil. Sólo las camisas se salvaban de aquel naufragio, sin una falla en sus cuellos impolutos, siempre recién planchados, de cortes pasados de moda, colores imposibles y puntas de cadáveres centenarios.

Su memoria guardaba las múltiples anécdotas de sus buenos años. Amigo del buen comer y del mejor follar, alternaban, en sus tenaces recuerdos, las imágenes de los platos de sus comilonas con los punzantes detalles de las mujeres, que habían pasado por su cuerpo, en su cama de dimensiones adecuadas para facilitar las corridas del amor y los encantos del juego a tres bandas. Casado, a edad temprana, con una muñeca de ojos azules y nariz pintoresca y provocativa, que le salió respondona, se sucedían sus noches de amor conyugal con encuentros furtivos con hembras de variado origen y de aleatorios signos anatómicos, reclutadas donde podía, en su apretada biografía de garañón en celo, de buena boca, sin un desmayo en sus

numerosas aventuras de tapadillo. La carne era su tentación preferida y no le hacía ascos ni al condimento ni a la preparación. Asada o guisada, tierna o añeja, semicruda o demasiado hecha, devorada con ardor, no había pasado un solo día sin su correspondiente ración de proteínas, de mejor o peor calidad, según las ofertas del mercado. En su vejez se ufanaba de haber catado hembras de todas las edades, pelajes y condiciones y carnes de todos los guisos.

Como nunca había sido viejo, no sabía serlo, ni había aprendido cuando estaba aún a tiempo. Cada día le traía un nuevo fallo de su organismo, oía peor, controlaba mal los esfínteres, el vientre se le había vuelto caprichoso, frecuentaba los catarros, que le duraban más de la cuenta. Era una ruina en precario. Su débil corazón no lograba mover bien la sangre, que le encharcaba los tobillos. Su andar airoso se había vuelto lento y precavido. A los dos pasos se cansaba y, antes de comer, se rendía a la necesidad de la siesta del burro. Un dolor de espalda, súbito y traicionero, le llenaba de lúgubres aprensiones. Sus manos blancas, a las que había concedido tanta atención, fiel al dicho de que las manos son el reflejo de la clase social, se le habían deformado, con un pobre dedo índice retorcido y desviado en su última falange, y un pulgar agrandado, de vulgar artesano de lezna y martillo. La piel del cráneo se le había cuajado de granos, de verrugas, de islas policromáticas y polinésicas.

Dormía poco y mal y le volvían todos los fantasmas de su vida y todas sus malas acciones, que ahora le parecían inocentes y gratuitas. Padecía una fístula rectal sangrante, que le echaba a perder todos los calzoncillos. Sus lagrimales tendían a desbordarse con facilidad y, lo que era peor, su piel no sólo había perdido tersura, sino que se había vergonzosamente arrugado. Sus piernas, hinchadas en verano, le obligaban a moverse como un oso sin pizca de gracia. Debía andar despacio y pararse de cuando en cuando, con la disculpa de ver escaparates. No podía comer carne, ni ponerse azúcar al café, ni beber vino, ni subir las cuestas, ni mirar a las mujeres, que le despertaban unas memorias perdidas de gozos lejanos. Lo que más le molestaba es que alguien, a su paso, murmurara que era un viejo, que vivía con permiso del enterrador. Al principio, enarbolaba el bastón por encima de su cabeza e insultaba a los desaprensivos, que se reían de su reacción y le hacían un corro cruel; pero después, los dejó hacer, con oídos sordos. Empezaba a estar por encima de las miserias de este mundo.

Los recuerdos se le empapaban de lágrimas. El abandono de la mujer había sido un alivio. Pero el olvido de sus hijos le dolía en el alma. Eran tres y los tres le habían dado de lado. A veces les pedía ayuda, contra su soledad, y se la concedían de mala gana. Cuando, por fin, lo visitaban era para reprocharle su abandono, su desidia, su egoísmo. Con las nueras no se entendía. Su única hija era igual, agobiada de quehaceres, absorbida por sus ambiciones. Les había dado todo el dinero que había ahorrado. Les había comprado la casa donde habitaban y, durante años, les había dado espléndidos regalos y siempre que le pedían algo para sus caprichos no se lo había negado. Pero lo habían olvidado todo. Sólo quería que lo miraran, pero no

tenían ojos para él. Cada día se sentía más solo. Sobre todo, por las noches. Le asustaba cualquier sombra fortuita en los balcones, le sobresaltaba el quejido de la madera de un mueble, le producía pánico el ruido del ascensor, que se paraba en su rellano. Padecía de insomnio y se quedaba dormido esperando el amanecer, que nunca llegaba.

Se notaba envejecer, sobre todo en el trágico acto de desvestirse para ir a la cama. Por todas partes se le anunciaba el esqueleto. Perdía a veces la memoria inmediata; se enternecía con escenas insignificantes, y le irritaban las menudas anécdotas cotidianas de su torpeza, de su imprevisión y de su desmemoria. Le gustaba hacer el recuento de sus amigos muertos. La cabeza se le iba en débiles vahídos inoportunos, que le hacían pararse en la calle y arrimarse a una pared o al tronco de un árbol. Sus hombros desnudos delataban las clavículas exentas. Sus codos eran un zurcido de carne flácida. Su caja torácica era una lección de anatomía para pobres. Sus dedos parecían un manojo de nudos que dramatizaban sus falanges estilizadas y grumosas. Sus piernas se ahilaban alrededor del hueso. Tenía muchos motivos para entristecerse. Meterse en la cama equivalía a subir al Himalaya. No quería pensar en nada; pero los pensamientos le venían, engarzados como cerezas, tenaces como un remordimiento.

El viento traía aire de lluvia cuando fue a cerrar las ventanas para irse a dormir. Miró al cielo anubarrado y se alegró del agua presentida. Sería una novedad, después del largo verano. Refrescaría la atmósfera, se limpiarían las calles desamparadas del calor, mejoraría la respiración. También pensó en la buena otoñada que traería el cambio de tiempo. Las nubes parecían amontonarse, con formas caprichosas de cuentos de hadas. Había una luz rara en el ambiente, que podía pensarse que era bonita. Empezaría a llover de un momento a otro y esperó un rato para sentir alguna gota en la piel. La masa nubosa se le caía encima, se acumulaba como enormes catedrales erguidas en el oscuro azul del cielo, como islas fantásticas, en un mar insondable, como animales deformes, agazapados en el espacio. Algunas tenían perfiles humanos, con narices descomunales, que se estropeaban por momentos, para simular tigres al acecho, o arborescencias caprichosas de una vegetación imposible. La calle estaba vacía, como si la gente presintiera el chaparrón inminente. Se fue a la cama, a esperar las gotas llamando en los cristales. Se desveló, como todos los días, pero pensando que la lluvia favorecería su descanso, le traería un paréntesis de sosiego. Que falta le hacía.

Esperó en vano que descargara la lluvia. Estuvo atento al primer repiqueteo de las gotas en la ventana. Se dejó ir en un duermevela inquieto, lleno de amargos recuerdos. No le dejaban ni siquiera dormir. Las tinieblas estaban hechas de amenazas. Con la cabeza vacía y el alma en vilo, no hacía más que dar vueltas en la cama. Otro insomnio tenaz le agobiaba la necesidad de dormir. Se levantó al cuarto de baño y se asomó a la noche, que seguía enviando nubes negras sobre los tejados de las casas de enfrente. Se vistió y salió a la calle para buscar el sueño, como debía hacerse, según había leído en un libro. La ciudad parecía fantasmal. Se llegó hasta la

Plaza Mayor y, por primera vez en su vida, no había nadie. El cuadrado mágico ofrecía un desolador abandono. Hacía frío; creyó oír ruido de pisadas. Se sintió un inútil rey de la noche. Juraría que se había quedado dormido de pie y cuando despertó estaba lloviendo sobre la superficie enlosada del centro de la Plaza.

Pensó que ya era hora de volver a casa; pero temió la mojadura y se quedó viendo caer el agua sobre la nada. Olía a limpio, la habitual ensalada de olores había desaparecido con la lluvia. Se estaba bien allí, nada interrumpía la contemplación de aquel espacio sagrado. El hecho de estar sólo le parecía un privilegio. El lugar de las efemérides y de los fastos ciudadanos le pertenecía. Durante unas horas aquel monumento nacional le había pertenecido por derecho de posesión. Podía sentir la multitud ausente, oír el ruido de las cámaras fotográficas, el silencio de los discursos acumulados sobre las piedras doradas de la fachada del Ayuntamiento. Escuchaba las risas de las muchachas en flor y el aroma descafeinado de las terrazas de los cafés. La noche ennoblecía el conjunto, el silencio le añadía una dimensión nueva. Pensó que ya se podía morir, después de aquel instante vivido con la intensidad de un sueño. Cuando dejó de llover, aquella sensación de excepcionalidad se perdió y, entonces, dirigió los pasos hacia su casa, pensando que todo lo había imaginado, sin salir de la cama.

Se despertaba por las noches gritando como un loco, sofocado de terror, y agitaba los brazos en el aire, como si se defendiera de un enemigo imaginario. Se levantaba de la cama para atrancar la puerta del cuarto y recorría los rincones en busca de hombres escondidos. Su cantinela era siempre la misma, entre bramidos de pánico, ojos desencajados y golpes al vacío, defendiéndose: «¡Basta, ya basta, ya basta!», y se retorció, se incorporaba, encendía la luz, volvía a mirar debajo de la cama y respiraba entrecortadamente, al borde del agotamiento y de la asfixia. El amanecer estaba lejos y aquellas pesadillas solían acompañarle hasta que la luz del día ahuyentaba los fantasmas de sus terrores. Por la mañana, recuperaba parcialmente la seguridad en sí mismo y mantenía su tipo pendenciero y bravucón, como si se levantara de un lecho de delicias. Y así toda la vida de octogenario, retaco y macizo y ya con poco pelo, antiguo funcionario de la Administración Pública, conserje de pasillo para más señas, servicial y oficioso, hombre de confianza de todos sus jefes, espía confidencial y viejo soplón sin escrúpulos, capaz de retorcerle el cuello a su padre, pero sumiso y complaciente con los sátrapas de turno y con cualquier persona de corbata, cuello blanco, chaqueta de solapas cruzadas, zapatos limpios, mejor si eran negros, y olor a lavanda inglesa.

Era un pobre hombre, con el cuerpo cansado y el alma en virutas, con la memoria llena de crímenes. No había sido capaz de terminar la escuela primaria. Holgazaneó con los golfos de los Pizarrales y la Chopera del río y, cuando la guerra, se presentó voluntario a los dieciséis años, mintiendo la edad para poder alistarse en el ejército de

los sublevados, y salir de la miseria familiar. Pasó toda la contienda en primera línea, se entusiasmó con los discursos castrenses y patrióticos, que le enardecían hasta el furor y le señalaban los enemigos que debía matar. Adquirió la costra de una ideología medieval intransigente, que le sirvió para suplir el pensamiento propio que le faltaba y exponerse a las balas, como un deber de su moral combatiente, y ser grato a sus superiores, lo que buscaba con ahínco. Obtuvo distinciones oficiales y recompensas, citado varias veces en los partes de guerra por su probado valor y su sentido de la camaradería, que le había arrastrado a realizar temerarios actos heroicos, con peligro de su propia vida. No había recibido ninguna herida grave; pero le adornaban el cuerpo costurones y cicatrices como una biografía en la piel, que le gustaba exhibir como si formaran parte de su naturaleza. Al acabar la guerra, no se apeó de aquel impulso de exaltación y sectarismo, que le mantuvo el aprecio de sus superiores, que finalmente le proporcionaron un puesto de portero del Gobierno Civil, a medio camino entre el guardaespaldas fiel y el recadero para todo, incluidos asuntos de faldas y trapicheos del estraperlo. Estaba a gusto, como si toda su vida hubiera tendido hacia aquel trono, en el pasillo del gobernador, que satisfacía todas sus aspiraciones de pobre diablo de suburbio, piojoso y adulator.

Todo había empezado con la República, a los catorce años, que, por su talla y su caradura, mentían los dieciocho o diecinueve. Golfillo arrabalero, sin oficio ni beneficio, huérfano de padre, bregado en la lucha callejera por la supervivencia, en su barrio de Los Pizarrales, se dejó tentar por unos amigos de las Juventudes Socialistas y se curtió, enfrentándose a los falangistas, cuando se lo mandaban. Pronto adquirió fama de matón y, al poco tiempo, se pasó al bando contrario, que pagaba mejor y tenía como única misión acabar con los republicanos, a palizas y a tiros. Nadie le preguntó qué pensaba, qué quería, qué esperaba. Le dieron un carnet y un fusil y aquel mismo día se subió a un desvencijado coche, de fabricación italiana, de los llamados «balillas», y empezó la cacería de los hombres del Frente Popular, con un fervor de catecúmeno, que llamó la atención de los cabecillas del grupo y lo convirtió en punto fijo en las batidas por la ciudad y la provincia. No dudó en disparar contra sus conocidos, gente obrera, como su familia. Porque el deber de la patria exigía sacrificios. Su frialdad, su buena puntería y su permanente disponibilidad le ganaron fama. Fueron sus días de gloria. Para hacer más consciente su crueldad le pusieron un maestro que le enseñó a leer y a escribir, lo que aureoló de agradecimiento su papel de verdugo.

En el 36, le aumentó el trabajo. Aquel verano lo tuvo muy ocupado, yendo y viniendo por los pueblos, en puntuales misiones de urgencia. Viajaban en un viejo Ford descapotable, con sus pistolas y sus fusiles. El campo estaba caliente y el sol quemaba sus frentes destocadas, que la brisa de la carretera aliviaba. Todos se animaban bebiendo un tinto rojo y peleón; pero él no necesitaba animarse. Había nacido animado. Llegaban a los pueblos, con la lista en la mano, y ayudaban al jefe local de la Falange a encontrar a las víctimas. Las sacaban de sus casas, a veces a

rastras, o las iban a buscar en el campo, donde andaban segando y, si se resistían, allí mismo las sacrificaban, con un tiro en la nuca, que manchaba de sangre el cereal recién cortado. Con frecuencia los muertos eran maestros, jóvenes idealistas, que no hacían ninguna resistencia y se dejaban matar, como si se lo esperaran. A él le hubiera gustado que intentaran escaparse antes de que les alcanzaran los disparos de los fusiles. Cuando se entregaban pacíficamente, con los ojos quebrados de miedo, él los insultaba para que se excitaran y se defendieran, para poder acabar con ellos, como si lucharan en combate.

Durante mucho tiempo recordaría algunos casos particularmente excitantes. El que más le complacía recordar era aquel muchacho, de la UGT, al que subieron, con las manos atadas a la espalda, a unas peñas en medio del campo y allí lo dejaron un buen rato, haciendo como que se marchaban, para volverse a los veinte metros, y jugar al chito con sus fusiles, como si fuera el blanco de un juego divertido y mortal. Pero, entre que eran malos tiradores y fallaban adrede, no le acertaban y las balas rebotaban en la roca, sacando esquirlas y nubecillas de polvo. El muchacho al principio no se movía; pero luego trató de evitar los tiros, hasta que le alcanzaron en el vientre y se quedó inmóvil, retorciéndose de dolor, como una culebra, acurrucándose para ofrecer menos blanco, pegándose a los saledizos de la piedra, para levantarse después penosamente y extender su cuerpo de diana, en el aire, ofrecido a la fusilada incesante y ensordecedora, que se fue aproximando para rematarlo a quemarropa. Murió con los ojos abiertos y el pelo manchado de sangre, todavía con el tamo del trigo entre el pelo negro. El encargado del tiro de gracia era él, sobre la sien palpitante y morena de soles.

Otro se les escapó de entre las manos, ya herido de muerte, y se echó al río de cabeza, desapareciendo bajo las aguas. Ellos corrieron y esperaron a que apareciera, para terminar su trabajo. Pero tardó más de lo que creían, sin dejar de apuntar con sus fusiles a la superficie del agua, cubriéndola de blasfemias y alaridos de decepción. Por fin, apareció flotando, aguas abajo, inerte, con los brazos extendidos. No obstante, lo acribillaron a balazos, por si les quedaba alguna duda, corriendo por la orilla, con premiosidad de pescadores que tratan de evitar que se les escape la pieza. No dejaron de disparar sobre el cuerpo yerto, como un tronco de árbol, a la deriva, alejándose lentamente, sobre el río tranquilo y majestuoso, con un tenue oleaje. Algunos propusieron rescatarlo, para llevar su cadáver a la plaza del pueblo y exhibirlo como un escarmiento. Pero, finalmente, desapareció bajo las aguas. Él se quedó frustrado por no haberle podido rematar con el tiro de gracia.

También se acordaba de otro caso insólito, un muchacho, como de unos veinte años, anarquista fogoso, al que prendieron en el pueblo, maniataron y metieron en el coche a empujones, y, al llegar a un campo de matorrales y monte bajo, junto a un bosquecillo de encinas, le desataron las manos y, con un atisbo de cordialidad, le dijeron que era libre, porque se habían equivocado, incluso uno del grupo le palmeó las espaldas pidiéndole perdón. El muchacho tenía tanto miedo que no se movió y

tuvieron que espabilarlo para que se enterara de lo que le estaban diciendo, animándole a que se fuera, y cuando echó a correr, lo abatieron a tiros, como a un conejo, entre risotadas soeces. Pero, herido y todo, alcanzó el bosquecillo. Lo persiguieron entre los árboles, a tiros, hasta que no pudo más y cayó redondo, revolcándose en el polvo ensangrentado y moviendo todavía las piernas como si intentara seguir huyendo. El tiro de gracia entre los ojos paralizó aquel movimiento agónico, y se fueron dejándolo abandonado, en medio de la dura aspereza de las carrascas jóvenes.

Un caso parecido les ocurrió en un pueblo de la Sierra de Francia, donde cogieron a un maestro cincuentón, de tez blanca, pelo canoso y mal afeitado. Tenía fama de buena persona, algo fondón y doble papada, que le caía de la barbilla como un badajo. Una larga historia de actos de generosidad aureolaban su biografía de hombre entregado en cuerpo y alma al cultivo de la inteligencia y de la sensibilidad de los niños, que lo adoraban. Su único pecado es que no iba a misa los domingos. Cuando lo pescaron le obligaron a recitar las poesías que supiese y él eligió a Antonio Machado, que se conocía de memoria. Después, le hicieron quitarse la camisa y quedarse desnudo de medio cuerpo, con su carne fofa y lechosa al aire de la burla de sus verdugos. Luego, le dijeron soezmente que se despojara de sus veraniegos pantalones de dril, para apreciarle sus delgadas piernas de viejo, huesudas y torcidas, y aún le rogaron que se quitara sus zapatillas de cáñamo, para hacerle caminar un trecho sobre el camino polvoriento, lleno de gravilla suelta y piedras de granito. Finalmente, lo acribillaron a tiros sobre la tierra caliente. Al ir a rematarlo, le había mirado con serenidad y una bondad de santoral, que no pudo aguantar y se la borró con su pistolón expeditivo.

Se acabó la guerra y todo fue bien, sin contratiempos en su vida de modesto asalariado, en el último puesto de la escala social, punto fijo de manifestaciones patrióticas y de encendidos coros multitudinarios de afirmación nacional, hasta que una noche, sin explicación aparente, le empezaron aquellas alucinaciones nocturnas, que no le dejaban dormir. Creía ver a los muertos de su cosecha que venían a recordarle sus hazañas, su participación en aquellas cacerías humanas, el ensañamiento con que perseguía a sus víctimas, a las que, sin mediar palabra, despachaba a tiros. Le enseñaban en sueños sus cuerpos destrozados por los fusiles, le mostraban la sangre, que les brotaba a borbotones de sus pechos agujereados, le preguntaban al oído qué le habían hecho ellos para aquella saña, le cogían con fuerza las manos para que recorriera con los dedos sus pieles frías, sus cadáveres yertos, sus ojos vacíos, sus esqueletos descarnados. Y él gritaba y gritaba, pero no se los podía quitar de encima.

Pasaban delante de él y los reconocía, en una fila interminable, porque, cuando todas sus víctimas, con sus heridas mortales, habían pasado frente a él, iniciaban otra vez el desfile, en una noria sin fin. No hubo médico, ni medicina, ni droga que le quitara de la cabeza aquel siniestro aquelarre de cadáveres, deformados por la

sepultura, pero tan reconocibles como en vida, cuando temblaban delante de su pistola. No hubo remedio casero, ni reliquia de santo, ni exorcismo eclesiástico que le evitaran aquellas visitas fantasmales en su cerebro quemado de horror, agrietado de remordimientos acuciantes. Volvían en cuanto cerraba los ojos, agotado por el insomnio, en tromba y sin piedad. Les pedía perdón a gritos, pero no parecían oírle, al revés de sus vecinos, que le mandaban callar golpeando las paredes o el techo de su casa, a altas horas de la noche, pidiéndole que se encerrara en un manicomio y los dejara en paz. Cuando sus gritos eran más insoportables, alguien le gritó que se quitara de en medio, como había hecho con sus víctimas.

Aquella delirante tortura nocturna, con el paso de los años, se le había extendido a toda su vida cotidiana y empezó a ver a sus víctimas, de las que guardaba la imagen exacta de sus rasgos y la luz de sus ojos mirándole ya desde la otra orilla, encarnadas en la gente que se cruzaba con él por la calle, que, se temía, eran hijos o nietos o hermanos o parientes de los muertos de hacía más de cincuenta años. Se le hizo penoso salir de casa, sobre todo los días de cielos bajos y amenaza de lluvia, porque se le reproducía el calvario de su degradación moral, y la obsesión culminó cuando empezó a ver las caras de los moribundos, a sus manos, en las efigies de los cristos agonizantes, de las representaciones religiosas, que tanto abundan en la imaginería ciudadana. Creía ver reflejadas en aquel rostro contraído por el dolor, manchado de sangre y con las pupilas borrosas por la proximidad de la muerte, con el pelo revuelto y un sudor de última hora, en la frente mancillada por las heridas de las espinas ominosas, la legión de caras semejantes que había visto en sus días de guerra, de horror y pesadilla. Tenía que cerrar los ojos para no verlas, porque les ponía nombre y fecha, ahogado por una memoria fiel, que no había olvidado, después de tantos años, ningún detalle de aquellos días trágicos. Vivía en un continuo desasosiego y pensaba que cualquier día sería la víctima de una venganza, recelando hasta de su sombra.

Había terminado, por fin, la obra de su vida, en la que había puesto años de trabajo, sacrificio, viajes de estudio, sesiones de archivo, desvelos e insomnios, quiebras de la salud, enfados familiares y hasta la vista cansada de su miopía incipiente y de sus dolores de cabeza, mantenidos a raya a fuerza de pastillas y de voluntad. Después de veinte años de investigaciones y cientos de fichas, con su diminuta letra de ratón, había puesto el punto final a su monumental historia negra de la ciudad, que le había obsesionado compulsivamente y que venía arrastrando desde su lejana juventud universitaria, ocupando gran parte de su dilatada biografía profesional de catedrático de Historia en la Universidad de Salamanca. Al fin, ya podía disponer de la monumental obra que le hubiera gustado leer de joven y que se había visto obligado a suplir con vagas imaginaciones históricas, cuando estudiaba en la Facultad de Letras, en el Palacio de Anaya, por los años cuarenta.

Había rastreado en los Archivos de Simancas, en el Diocesano de Salamanca y en

los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid y en los viejos periódicos locales, los bajos fondos de la ciudad, los trapos sucios de la vida social, las traseras de la gloria, que nunca se leían en los textos oficiales, en las Historias al uso, motivado por la curiosidad y un pésimo concepto de la condición humana, que fue ratificando con creces en los documentos consultados, pruebas irrefutables de que la maldad de los hombres no tiene límites, de la que no estaban exentos los dignos profesores universitarios ni los soberbios representantes de la Iglesia. Cada vez que descubría alguna vesania, alguna cobardía, algún escándalo, traición, rijosidad, crimen, robo, atropello, injusticia, estupro o violencia sentía el gozo de la profecía autocumplida. Militares sanguinarios, obispos pederastas, políticos rapaces, mozas de la vida mezcladas con dignos mandatarios públicos, junto a oscuros eclesiásticos de misa de olla, felices casadas infieles, estudiantes espadachines y resentidos, funcionarios desalmados, curas intrigantes, recaudadores de impuestos ladrones, viudas lúbricas, menstrales crueles, adolescentes procaces, terratenientes avaros y explotadores, miserables alcahuetes, lacayos criminales, jueces incompetentes y venales, alguaciles vendidos al mejor postor. Una masa iridiscente y proteica, promiscua y numerosa.

Había consultado viejos documentos descoloridos por el tiempo, colecciones de cartas de arriscadas grafías, papeles de todas las épocas, con extrañas noticias, escritas con la hojarasca de la retórica antigua o con el parachoques piadoso del latín, había comprobado fechas, nombres, circunstancias y detalles. Se había quemado las pestañas en agotadoras sesiones nocturnas, luchando con el sueño y contra las protestas airadas de su mujer abandonada, «por aquel maldito libro», reclamándolo desde la cama. Había evaluado hipótesis en busca de un rigor incontestable, había escrito y reescrito páginas y páginas, limando el texto, puliendo adjetivos, desentrañando verbos, persiguiendo nombres sustantivos, en aras de la exactitud y la elegancia, perfumando adverbios sonoros, que añadían color y matizaban el estilo. Veinte años sacrificando horas, vacaciones, tranquilidad y relaciones humanas, paz familiar, arrebatado por aquel proyecto, camino de la gloria académica.

Más de seiscientos folios mecanografiados a un espacio, con limpieza tipográfica y escasos márgenes mezquinos, con sus correspondientes notas, a pie de página, de una rigurosa erudición, que llegaban a más de dos mil y pico, dando cuenta de las fuentes utilizadas, de los comentarios afines, de las variantes mencionables, de las fechas comprobadas, de las hipótesis no confirmadas. Todo ordenado en capítulos, bien estructurados, según un sólido plan de razonamientos y de un progresivo encadenamiento de conclusiones provisionales, para desembocar en el último capítulo, como la coronación dialéctica de un proceso intelectual. Todo repasado mil veces, corregido con minuciosidad de amanuense, releído con atención de gran inquisidor y luego consultado con otros especialistas, dejado reposar un tiempo, como el buen vino, para su sedimentación y maduración. El resultado de una ímproba labor de historiador riguroso, sin cabos sueltos y sin presumibles lagunas o contradicciones,

tamizado por la crítica profunda, sagaz y desconfiada de sus amigos, como abogados del diablo.

El día que lo terminó, exactamente a las ocho de la tarde, se sintió feliz; puso el punto final y acarició el montón de folios con una ternura patriarcal, como si acariciara a un hijo que hubiera cumplido todas sus expectativas. No estaba del todo satisfecho, se llenaba de temores por la posibilidad de algún error inadvertido, perdido en aquel mar de folios. Pero, en general, creía que no le faltaban motivos para estar satisfecho. Casi pensaba que su existencia quedaba justificada por aquel trabajo, en el que tanta ilusión y tantas horas había invertido. Miraba hacia atrás y se sorprendía de su enorme fuerza de voluntad, de su tenacidad historiográfica y de los buenos resultados obtenidos. Podría haberse equivocado muchas veces, podría haber recibido muchas críticas a sus publicaciones menores y a las tesis defendidas en sus escritos, incluso a sus clases diarias. Pero nadie podía dejar de reconocer, por muy retorcido que tuviera el colmillo, que su aportación a la ciencia histórica había sido altamente meritoria con aquel libro. Cuando le comunicó a su mujer el feliz final, le contestó con un escueto y aliviado: «Ya era hora», que le supo a poco, con su vanidad herida.

Para celebrarlo, orondo y satisfecho, salió a dar una vuelta por la ciudad, a tomar unas copas, con las señales del contento en su cara doctoral de profesor. Se llevó el paraguas, porque el cielo amagaba lluvia y no estaban las cosas para pescarse un resfriado con la cabeza destocada y el cuerpo destemplado por la mojadura. La ciudad le pareció más bonita que nunca, las mujeres más hermosas de lo habitual, las calles más limpias, la piedra dorada de sus monumentos más esplendorosa que en las ilustraciones clásicas de la Historia del Arte. Ni una sombra, ni siquiera el cielo anubarrado, ponía luto en su gozo de la vida, en el declive gris de la tarde, en las imágenes de la historia que le salían al paso y le confirmaban los motivos de su bienestar, acompañándole con fidelidad de amigas e incluso de amantes. La Plaza Mayor, a pesar de aquella luz escasa y de la gente que buscaba el cobijo de los soportales, era un cuadrado mágico de sugerencias subliminales, realmente el ombligo del mundo, como un milagro de racionalidad, de arte y de buen gusto.

La rinconada de San Martín, que siempre le parecía lóbrega, hoy le resultaba íntima y recoleta, y hasta aquel músico, ambulante, que tan mal tocaba el saxofón, hoy estaba inspirado y su música tolerable le ponía contento en los pies, serenidad en los oídos. La calle de la Rúa, que otros días le resultaba insoportable, funcional y desabrida, cruzada por estudiantes perezosos y muchachas anodinas, le resultaba hoy encantadora con el bullicio de sus bares y restaurantes, el trasiego de los muchachos vocingleros, la intimidad de los pequeños comercios, la riada de turistas simpáticos, con sus cámaras fotográficas incansables y sus extraños atuendos, el taconeo feliz de las muchachas salmantinas y el bamboleo feliz de sus traseros, los menesterosos barbudos y pedigüeños al ojeo de la limosna, la grandiosa perspectiva de la torre de la catedral, borrado el mal recuerdo de las prisas matinales para llegar a la hora de la

clase diaria en la Facultad. No cabía ninguna duda: el mundo estaba bien hecho.

A él no le pasaría, desde luego, lo que le pasó al pobre don Manuel Villar y Macías, el gran historiador decimonónico de la ciudad, que se suicidó porque alguien encontró en su obra monumental, en tres tomos, de más de quinientas páginas cada uno, tamaño folio, que le había costado veinte años de trabajo, un insignificante error de fechas, entre los miles de fechas manejadas, y no aguantó el supuesto desprestigio social de aquella nimia equivocación, la vergüenza de aquel fallo, con un excesivo prurito de pundonor profesional, un alto concepto de su trabajo y, por supuesto, un frágil estado de su sistema nervioso, después de aquella labor agotadora, que había llevado a cabo, sin la colaboración de nadie y con los escasos medios de su tiempo, sin ordenadores ni Internet, a base de esfuerzo, amor a la ciudad y una exigente necesidad del trabajo bien hecho. Él estaba seguro de no haber cometido ningún error y los posibles deslices siempre serían discutibles y opinables.

De vuelta a casa, le empezó a llover, una llovizna que no molestaba. Abrió su paraguas negro, con empuñadura de plata, y se alegró de su previsión. Porque nada podía estropearle el sabor de aquel paseo, ni aunque todos los angelitos del cielo hicieran aguas menores. La gente se apresuraba a su alrededor; algunos descuidados le rozaban al pasar, sin consideración, sin disculparse; los taxis salpicaban las aceras, la temperatura bajaba aceleradamente, las farolas municipales eran tan insuficientes como siempre para el cansancio de sus ojos, el estómago alerta y premioso le advertía de que era la hora de la cena. Pero nada podía estropearle el gozo que llevaba, nada podía afectarle en aquella hora cenital de su vida, aupado a la gloria por su propio esfuerzo, autor de un libro histórico, que daría que pensar, mientras volvía a atravesar la Plaza, para sentir el placer de su armonía, ensombrecida por los adelantos de la noche, antes de encerrarse en su casa, que nunca le había parecido tan bonita.

Al entrar en su cuarto de trabajo y encender la lámpara, notó que algo iba mal, algo había cambiado. Le dio un vuelco el corazón. Se quedó sin aliento. El manuscrito, con sus últimas anotaciones, no estaba encima de la mesa, donde lo había dejado, antes de salir a dar una vuelta. Revolvió todos sus papeles. Escudriñó todos los cajones. Revisó una y otra vez la estantería. Hizo memoria y sólo encontró el vacío y la desesperación. La lluvia empezaba a ser irreverente en los cristales. El frío del otoño se había adelantado y había cogido de improviso los cuerpos muelles del verano. No había nadie en casa y no podía indagar el paradero del manuscrito. La asistenta no se hubiera atrevido ni a mirarlo y nadie que él supiera había entrado en aquella habitación. Sus nietos no venían hasta el domingo y su mujer sabía que aquello no podía tocarse. Temió por su viejo corazón alterado, que no estaba para aquellos sustos. Trató de calmarse. Bebió un vaso de agua para su boca seca y observó en el cuarto de baño los progresos de su desazón en la desolación de su cara.

Recorrió la casa, la puso patas arriba, ansioso, ciego, miró hasta en el cubo de la basura, por un presentimiento, y, como su mujer no estaba, registró todos los cuartos, abrió todos los cajones, desveló todos los rincones, vació todos los armarios, se

asomó al balcón para esperar la vuelta de su mujer, se sentó a pensar, para hacer memoria, reconstruir sus últimos momentos en casa, antes de salir, calmar sus nervios desatados, su angustia creciente, volver a mirar donde ya había mirado, deshacerse en un llanto histérico, golpear las puertas, desfogarse gritando, para finalmente abrir el ordenador y resignarse a hacer otra copia. Creyó morir cuando descubrió que el original había desaparecido. Su tensión llegó a un punto tal que perdió el conocimiento, quedó doblado sobre el sillón articulado de la mesa de trabajo, como un muñeco desgoznado, con la cabeza caída sobre el pecho, como un Cristo agonizante. Tardó en volver en sí, con ojos de loco, la mirada obnubilada y las manos crispadas sobre los brazos del sillón, como un náufrago a punto de hundirse en el océano, acezante, con la respiración entrecortada y la boca intentando decir algo que no llegaba a expresarse. Así pasó mucho rato, hasta que el ruido de la lluvia, creciendo en los cristales, pareció despertarlo y devolverlo al estado de su tragedia. Con la conciencia de su situación, buscó el *pen drive*, con la copia de seguridad del libro. Y tampoco lo encontró. Volvió a marearse.

Su mujer no había vuelto. Toda la casa seguía en el desorden en que él la había dejado. Le dolía la cabeza, le pesaban los brazos, lloraba desconsolado, pensando en la obra de su vida misteriosamente sacada del mundo, no se lo creyó, confió que la vuelta de su mujer lo aclararía todo y el manuscrito y el *pen drive* aparecerían en algún sitio inverosímil, que todavía no había revisado. Otra preocupación, menos agresiva, desvió momentáneamente su fijación enferma en el manuscrito. Su mujer no había vuelto y eran ya las once de la noche. Cosa extraña y tampoco le encontró explicación a aquella ausencia, que le inquietó cuando a las doce seguía sin volver. Como las desgracias nunca vienen solas, imaginó que le había ocurrido algo, algún accidente, algún asalto callejero. Se le ocurrió llamar a su amiga del alma, pero tampoco sabía nada y llevaba varios días sin verla. Llamó a los servicios de urgencia de los hospitales y al teléfono de la policía municipal y del Estado, y nadie sabía nada. Se fue haciendo a la idea de que había desaparecido. Pero eso no sería lo peor.

La preocupación por su mujer se velaba con su sangrante inquietud por el manuscrito, que acabó desplazando a cualquier otra consideración, como el centro de sus angustias. Esperó una llamada telefónica de su mujer, dándole señales de vida y, seguramente, indicándole dónde se encontraba el original perdido. Pero esperó en vano toda la noche, incapaz de hacer nada ni de tomar una decisión. Desde luego, no iba a suicidarse, como don Manuel Villar y Macías, aunque tuvo la fugaz idea de hacerlo. Pero creyó que se volvería loco si aquellos papeles no aparecían o, por lo menos, su copia electrónica. Se sintió vacío, ridículo, desfondado, hundido, sin nada que hacer en la vida. Incluso imaginó los comentarios chuscos de sus colegas, sus miradas irónicas, sus hipócritas palmadas en la espalda, sus alusiones envenenadas, su condolencia profesional y su temida: «Y, ahora, ¿qué vas a hacer?». Pero lo peor no era eso, lo peor era su desgarró interior, el destrozo de sí mismo, que sentía creciéndole por dentro como una enfermedad incontrolable, devastadora, homicida.

No durmió en toda la noche, desvelado por la sospecha, que fue ganando cuerpo a medida que pasaban las horas, de que su mujer no volvería y que, como regalo de despedida, se había llevado el manuscrito y el *pen drive* y borrado el texto del ordenador. Y amaneció un nuevo día, que amenazaba con cerrarse en lluvia.

Adelaida y Constantina eran casi de la misma edad y de la misma estatura, aunque de condición muy distinta. Adelaida parecía una niña, rehogada en mimos y en muselinas, en tartas de postre y en ocios de chimeneas encendidas y lluvias tras los cristales. Era de una belleza frágil, risueña y sonriente. Como si acabara de salir de la convalecencia de una enfermedad y estuviera pidiendo perdón por seguir viviendo. Tenía miedo hasta de pisar el suelo. Constantina, por el contrario, tenía una belleza serena y fuerte, forjada en el páramo y soldada a la intemperie del cierzo indomable; no sabía sonreír y no parecía conocer ni la flaqueza física ni la inseguridad mental. Como si la hubieran hecho a base de bofetadas y exigencias. La gente pensaba que tenía diez años más de los que tenía, al revés que Adelaida, que parecía más niña. Andaba tiesa, con pasos firmes y el torso erguido, como si no tuviera ningún remordimiento ni nada que ocultar ni que temer. Viéndolas juntas, alguien podría suponer que eran madre e hija o, por lo menos, hermana mayor y hermana menor.

Adelaida tenía la cara redonda, la nariz disconforme y el pelo acaracolado de su natural, culibaja, callada y delicada, con algo brumoso en su continente recogido, como los montes del norte, de donde procedía. Constantina tenía la cara alargada, la nariz ecuánime y el pelo liso, como la llanura de su tierra castellana. La cintura en su sitio, las manos grandes y las piernas de una robustez rural, rotunda y desafiante. Y, sin embargo, eran amigas, aunque lo único que compartían era el gusto por el silencio y su vocación religiosa, que las había llevado al convento, casi al mismo tiempo. Como una premonición. Habían ingresado el mismo día, habían tomado el velo a la vez y, siguiendo las costumbres de la Orden, hicieron los votos solemnes en la misma ceremonia. Quizás estas múltiples coincidencias habían favorecido el nacimiento de aquella amistad que las unió, desde el primer momento.

Nada presuponía esta relación, que marcaría sus días conventuales. Hacían juntas las oraciones y los ritos comunitarios ayudaban a aproximarlas más todavía. Parecería que estaban destinadas a entenderse, aunque sus disparidades de origen y de carácter las distanciaban. Adelaida venía de un norte borrascoso, de cielos bajos y lluvias frecuentes, casa solariega, con chófer, cocinera, doncella y ama de llaves, que compartía con seis hermanos, una madre viuda y una abuela sonámbula. Su debilidad y su timidez, quizá su cobardía, la destinaban a la vida contemplativa. Constantina era castellana, del campo de Burgos, de padres labradores de media canga y tierras de pan llevar, que había trabajado como un hombre, en sus duras labores, hasta que sintió, con una mezcla de decepción y cansancio, la vocación religiosa, a la que se entregó con la misma fuerza de su tensa voluntad con que había segado, cargado

costales y partido leña. Pero la rudeza de su vida no había estropeado ni un ápice de su espléndida belleza montaraz. Para Adelaida, el convento tenía algo de capricho, de criatura mimosa, indecisa y dejada, con algo de refugio y misterio, de paraíso y cantos gregorianos. Todo lo que no tenía en el caserón de la montaña. Para Constantina el convento era la penumbra, después de tanta luz, la caridad, después de tantos egoísmos aldeanos, el sosiego, después de tanta inquietud. A Adelaida el convento le colmaba sus ilusiones de silencio y su necesidad de afecto.

Los maitines de madrugada, con los pies descalzos en las sandalias reglamentarias, ya las encontraban juntas, en la fila unánime, de dos en dos, que bajaba a la capilla, lenta, distendida y fervorosa, con los primeros cánticos en común, en un latín esotérico y maternal. Ni se miraban ni se rozaban, pero con el paso acompasado sentían el placer compartido de la luz difusa del amanecer, el frío de la oscuridad que huía, el mismo gozo de la sangre alborozada, después de tantas horas inmóviles. A la sombra de las grandes tocas, que cubrían sus rostros, las dos sonreían, como si se reconocieran después de una larga separación. Adelaida, a la que, al hacer los votos solemnes y convertirse en una mujer nueva, habían rebautizado con el nombre de sor María de la Purificación de la Virgen Santísima, sonreía con los ojos, con la boca y con el rubor de las mejillas; Constantina, que ahora se llamaba sor María del Santo Tránsito, sonreía con los músculos de la cara relajados y un fulgor inminente en la mirada sumisa, sin una sola arruga en sus pensamientos, contenida y gozosa. Las reglas de la Orden les prohibían hablar a aquellas horas, pero no hacía falta decir nada para reanudar los lazos de sus apasionados sentimientos, mientras el canto litúrgico, de un Salmo de David, que hablaba de gratitud, de felicidad y de amor, regalaba sus oídos paralelos y cómplices, como si cantaran la alegría matinal de estar vivas y juntas.

En la capilla, de un barroco exaltado, de columnas doradas y retorcidas, todavía a oscuras, se arrodillaban a la vez, haciendo coincidir la genuflexión de la humildad y la adoración, como dos autómatas programados por el destino. El altar, que se iluminaba débilmente por las dudosas velas sagradas, exigía su devota atención pareja, que se mantenía fija, sin un parpadeo, sabiendo que la otra miraba el mismo punto. Se levantaban a tomar la comunión con el mismo arrobamiento y caían de rodillas, después, con la misma solemnidad cronometrada. Cubrían su cara con las manos, para interiorizar su experiencia mística del instante, y musitaban sus oraciones con un movimiento de labios que se copiaban sin saberlo. La exaltación del hosanna glorioso las fundía en un alborozo, que mezclaba sus voces partícipes de la misma letra bíblica, que traducía sus entusiasmos de cuerpos jóvenes, ávidos de pasión. Como si el rey David hubiera pensado en ellas cuando escribió aquel Salmo.

En la huerta se las arreglaban para trabajar juntas en la misma tarea. Ahora ya podían hablar, reírse, mirarse a los ojos, compartir el sudor y el cansancio, tocarse al ir a coger el mismo tomate, ayudarse a transportar la fruta y hasta auparse para alcanzar las ramas altas de los melocotoneros. El aire las exaltaba y la luz las unía,

reían sin motivo, se adivinaban sin ponerse de acuerdo. Les sabía a poco aquel esfuerzo muscular. Para sor María del Santo Tránsito aquello era coser y cantar. Para sor María de la Purificación suponía un aprendizaje, un cansancio que vencer, unos rasguños que evitar. Cuando se recogían para la oración del mediodía, iban purificadas y limpias. El silencio de la capilla acababa de completar su unión. Cantaban sus rezos con la fuerza de encontrarse juntas, desafinando del mismo modo.

Los sabores de la comida les sabían a gloria. Se sentaban a la misma mesa, en el refectorio, y se intercambiaban los platos, y sor María de la Purificación se encargaba de rebañar las sobras de sor María del Santo Tránsito. Los postres de la huerta que sor María del Santo Tránsito dejaba de lado eran aprovechados por sor María de la Purificación, que se lo agradecía como una niña, que, por fin, podía hacer lo que quería. Durante la parva colación, escuchaban la lectura de un texto sagrado y, cuando alguna remota alusión se refería a ellas, se miraban, comulgando en el mismo gozo. También compartían la hora de las labores. Si en la huerta estaba a gusto sor María del Tránsito, en el claustro la maestra era sor Purificación. Colocaban los bastidores muy juntos, se aconsejaban, se ayudaban en las dudas, se complacían en los aciertos. Sor María del Santo Tránsito era más torpe con las manos, y sor María de la Purificación rectificaba sus errores, con la sabiduría de cien generaciones de mujeres sin más tarea que bordar, de la mañana a la noche. A veces se rozaban sus manos y un calor les encendía las mejillas.

Hasta que un día, la Madre Abadesa las llamó a su despacho, un cuartucho cerrado, escaso de luz y prisionero de olores medievales y de sombras inmóviles, y, después de una torpe plática sobre la moral, el mal ejemplo, los sacrificios de la vida monástica y el buen concepto que tenía de ellas, como las dos mejores Hermanas de la Comunidad, a las que apreciaba por sus muchas buenas cualidades, las amonestó con dulzura por su comportamiento público y les recordó los peligros de las amistades exclusivas y demasiado íntimas entre Hermanas y del escándalo que conllevaban, para terminar, con voz concisa y dura, hablándoles de la necesidad de la obediencia, que habían prometido el día que tomaron el velo de su condición de monjas de clausura. Antes de esta perorata, les había advertido maternalmente, a cada una por separado, de las habladurías que habían llegado a sus oídos, y del malestar colectivo que su imprudente conducta había creado y que ella había comprobado con sus ojos.

«Todas tenemos preferencias y afectos humanos, que en sí no son malos; pero los sacrificamos en nombre de Dios y le ofrecemos la renuncia de nuestros sentimientos, que sólo a Él le debemos dar, por lo mucho que se sacrificó por nosotras. Hemos dejado, en el mundo, la familia y la cómoda vida del hogar, para no tener más familia que Dios y ser sus hijas, sus esposas y sus devotas servidoras. Y todo lo demás es salirse del deber, que hemos elegido, gustosa y libremente. Sé, y lo digo por propia experiencia y por las confesiones dolorosas de algunas Hermanas, que esta determinación es muy dura y pesada de llevar; pero no imposible de cumplir. Para

eso, han tomado sus reverendas la decisión de consagrarse a Dios y por encima de cualquier otro afecto humano. Hacerse monjas de clausura no es entrar en un jardín, aunque sea la mejor forma de vivir, en espera de las compensaciones celestiales de nuestra fe. Meditad y observad si cumplís lo que habéis prometido. Y no os engaños».

Sor María de la Purificación bajó los párpados, como aceptando su culpabilidad inocente. Sor María del Tránsito, enfurecida, como descubierta en falta, levantó su orgullo campesino contra el rapapolvo jerárquico, con la altanería de su nariz preciosa. La Abadesa le aguantó la mirada y la amenazó con los castigos que las Reglas de la Orden preveían para disciplinar a las rebeldes y que no dudaría en poner en práctica. Sor María de la Purificación se deshizo en un llanto incontenible y, entre sollozos, murmuró: «No hemos hecho nada malo». Y sor María del Santo Tránsito repitió, como una ayuda para la muchacha que se estaba desgarrando en lágrimas, entre sus brazos: «No hemos hecho nada». La Abadesa le replicó, manteniendo la fiereza de su entrecejo airado y la lumbre de sus ojos encendidos. «Pero están en camino de hacerlo». Y, entonces, sor María del Santo Tránsito se revolvió, como herida por una descarga eléctrica: «Usted, ¿qué sabe?».

La bronca altanería de sor María del Santo Tránsito incendió la furia de la Abadesa, que levantó sus brazos, en señal de reina ofendida, invocando al cielo con los ojos en blanco, a punto de las violentas lágrimas de la ira, y el labio inferior tembloroso y desorientado, bajo las hebras canosas de la pelusilla de su bigote menopáusico. Habló de un modo eruptivo, para ordenar su confusión y, por fin, dijo algo coherente, sobre el voto de obediencia, la intervención del obispo y el tribunal eclesiástico y la expulsión de la Orden. Sor María de la Purificación, como una niña perdida en el bosque de los cuentos infantiles, se rompió en un llanto negro. De hija de papá a punto de morir en pecado. Sor María del Santo Tránsito, apasionadamente y sin rubor, la abrazó, apretándola contra su poderoso cuerpo de campesina. La Madre Abadesa se deslizó hacia la histeria del mando y hacia la tentación del sadismo y subió sus amenazas hasta el tribunal divino y la condenación eterna.

El viejo caserón del convento, medieval en sus trazas, rehecho en el siglo XVI, con postizos del XVIII, el ventanuco del cuarto y sobre todo el crucifijo sobre la mesa, de nogal, desnuda y oscura, castigada por los años, aumentaban el dramatismo de la escena sobre el llanto convulso de sor María de la Purificación, ahogado por el hábito generoso de sor María del Santo Tránsito. La Abadesa, con la fuerza de su carácter imperativo, trató de separarlas con violencia abacial. Pero no lo consiguió, a pesar de su insistencia enfurecida. Sor María del Santo Tránsito la había rechazado con un gesto expeditivo, que hizo tambalear a la vieja Superiora, que gritó sorprendida, como si hubiera sido víctima de un atrevimiento inaudito. Los gritos habían convocado a unas cuantas monjas, que asistían, curiosas y asustadas, a aquella bronca que aliviaba la monotonía conventual.

Pero los alaridos descompuestos de la Superiora las animaron a entrar en el

cuarto, para intervenir en el insólito suceso, que les quemaba las entrañas de asombro. Se asustaron al ver los conocidos rostros desencajados, los ademanes enloquecidos, las manos crispadas y los cuerpos fuera del control de sus reverendas, y trataron de apaciguar los ánimos y acallar las voces. Pero la Abadesa, confortada por la presencia de su grey, siguió gritando y exigiendo, con malos modos de arrabalera, la obediencia y la sumisión completa de las dos Hermanas: «¡Arrodíllense y pídanme perdón!». Las dos monjas callaban, con la sangre perdida de la cara y los ojos bajos. No había tregua ni silencio para la reflexión y la Abadesa, envalentonada, con un gesto teatral, ante la pasividad de las rebeldes, exigió de nuevo que se pusieran de rodillas y le besaran el anillo de su autoridad. Hubo una pausa de tensión y respiraciones contenidas que hubiera permitido oír los latidos de los corazones en contienda.

Hasta que sor María de la Purificación, confusa, asustada y muda, cayó de rodillas, pidiendo perdón, sin dejar de la mano a sor María del Santo Tránsito, que también se vio obligada a arrodillarse, serena y condolida, sin bajar la mirada ni humillar la cabeza, como un árbol otoñal que desafiara al viento huracanado de la llanura. La Abadesa las miró, con desprecio airado, y, delante de las otras monjas, dictaminó su sentencia con voz altanera, poseída de sí misma, de castigar a sor María del Santo Tránsito, por la disciplina y según las reglas de la Orden, por su propio bien y en bien de la Comunidad, sin dejar de reconocer su gran afecto por ella. La pena fue una semana a pan y agua sin salir de la celda, con la obligación de, al terminar el castigo, postrarse a los pies de la Superiora, besarle el anillo y pedirle perdón, en presencia de la Comunidad, con la prohibición de volver a estar con sor María de la Purificación, por su propio bien y para evitar su condenación eterna. A sor María de la Purificación la perdonó, por los signos de su arrepentimiento, alabando y valorando su decisión. Sobre las cabezas prosternadas de todas las Hermanas, volvió a insistir en su amor a las rebeldes y en el alto lugar de su corazón, donde las tenía colocadas. Sor María de la Purificación seguía hundida en sus sollozos desesperados, mientras sor María del Santo Tránsito, que había escuchado la sentencia sin inmutarse, se negó a besarle el anillo, en un aire enrarecido de cuerpos sofocados que agobiaban las paredes encaladas y las negras vigas del techo.

El cielo aborrascado, a través del ventanuco, ponía una losa de opresión y de angustia, de aire enrarecido y sombras tétricas sobre el convento. Las monjas se habían retirado a sus celdas, sobrecogidas todavía, mientras veían pasar, atemorizadas, las nubes cada vez más oscuras, como el decorado cuaresmal de un castigo colectivo, que iba devorando el paisaje y llenándolas de un terror creciente, que se les agarraba a las gargantas y se les insinuaba en los ojos húmedos, atónitos por la visión de aquellas nubes poderosas, amenazantes, casi diabólicas, que cada vez corrían más deprisa, más bajas y más negras, rasando el tejado del convento, amagando arrasarlo y destruirlo hasta el polvo. Como si aquella tempestad que se avecinaba hubiera sido provocada por la historia de la monja rebelde. Todas estaban

inquietas y asustadas, dadas a sus oraciones, a sus lamentos entrecortados de pobres mujeres desamparadas, condenadas a muerte. Algunas se cogían de la mano para no sentirse solas en aquel trance. Otras se encerraban en sus celdas y se metían en sus lechos penitenciales, cerrando los ojos, para esperar lo peor, con la confianza en un Dios lleno de misericordia.

Sor María del Santo Tránsito, con los ojos secos, el gesto altanero, la cabeza erguida y las manos recogidas bajo el manto aceptó el castigo con la dignidad de una vestal ofendida. Se retiró a su celda con la serenidad de la inocencia, no sin antes, casi como un desafío, abrazar a sor María de la Purificación, que le devolvió el abrazo, intensa y largamente, con un sentimiento más fuerte que el deber de la obediencia a las reglas de la Orden. No hubo ni una palabra, ni una mirada, en la puerta de la celda, que se cerró con la suavidad de una aquiescencia total y la opacidad de un muro carcelario. La lluvia seguía amagando sobre el tejado, sin que pareciera que fuera a acabar nunca.

Tenía que ser francés, porque si hubiera nacido en otro país, hubiera ido otro hombre. La racionalización de su situación y su consiguiente pensamiento sólo fueron posibles con toda la cultura francesa a su disposición, llegada a él, desde niño, a través de su familia y de su educación escolar. Los libros de literatura y filosofía, habitual ocupación de su familia materna, los Schweitzer, conformaron y determinaron su vida y le proporcionaron, directa o indirectamente, la técnica de su supervivencia y el logro final de sus satisfacciones vitales. Hasta los doce años fue atendido, educado e instruido por su madre, en el domicilio, a la sombra absorbente, enérgica y patriarcal del abuelo alsaciano Charles, que le proporcionaría al niño el primer estímulo de su violenta rebeldía y de su emancipación intelectual, buscando una alternativa a las imposiciones del patriarca.

Era un hombre pequeñajo, estrábico y feo. Él dijo una vez: «Para mí, la celebridad fue el odio», denunciando el cerco de violencia que le acompañó siempre, desde que empezó a ser conocido. Con razón, alguien dijo que fue «la conciencia más odiada de su tiempo». Los viejos fascistas y los nuevos «neocons» le dedicaron una atención continuada, llena de rencor y desprecio. El más piadoso insulto que le concedieron sus enemigos, que eran muchos, fue el de «rata viscosa». El periódico *Samedi Soir*, que le persiguió constantemente con una agresividad desmandada, le llamó «asesino». Pero los ataques que recibió no eran sólo verbales. En el 61, le pusieron una bomba en el domicilio de su revista, *Les Temps Modernes*, y, en el 62, en su propia casa. Había algo en él que levantaba ronchas, empezando por su físico. De joven, una muchacha le llamó «feo ceporro». Estaba acostumbrado, desde su infancia, a esta y a otras lindezas por el estilo. Sólo su inteligencia le preservó de estos ataques, que fueron constantes a lo largo de su vida. Porque había vivido permanentemente en la violencia, la violencia física, la social, la dialéctica, la

política, la filosófica. Esta situación de conflicto perpetuo, que marcó su vida, exacerbaba su originalidad de pensamiento, como un poderoso estímulo, como una reacción pavloviana.

Su fealdad se le hizo evidente y onerosa, desde que su madre le cortó los bucles de su peinado infantil, a los ocho años, a instancias de su abuelo, cuando él se vio «feo como un sapo». Esta experiencia tuvo una comprobación social más tarde, cuando la familia se trasladó a La Rochelle y los compañeros de liceo lo encontraron «parisino y amanerado», aparte de estrábico, quedando marcado por la mirada de los otros. Era tal su grado de desamparo, entonces, que llegó a robarle dinero a su madre —y lo pescaron y lo castigaron— para comprar caramelos con los que ganarse la amistad de sus detractores. Otro tipo de violencia se le hizo patente en el puerto de La Rochelle, al que llegaban prisioneros, heridos y desertores de la guerra del 14. A sus doce años, la madre se volvió a casar y esto significó otro trauma para él, pues no se entendió con su padrastro, lo que prolongó su contacto con la violencia. Entonces, lo llevaron interno al liceo Henri IV, de París, que, según confesión propia, «fueron unos de los peores años de mi vida», porque allí volvió a ser víctima de la violencia colegial, impregnada de «*une violence fuste et barbara*».

La violencia siguió siendo su signo personal más significativo, y podemos preguntarnos si una de sus célebres frases más afortunadas, de *Huis clos*: «el infierno son los otros», no se gestaría en los tiempos de aquella experiencia traumática, que recordaría pasados muchos años, en su madurez. A su muerte, uno de sus alumnos, en el Instituto de El Havre, donde trabajó de joven como profesor de Filosofía, escribió, en el *Boletín* de la Asociación de Antiguos Alumnos, que «era pequeño, con una cara grisácea y unos ojos cuyo estrabismo sorprendía inmediatamente. Yo pensaba que nunca podría mirarlo de frente, pues lo encontraba feo y, por otra parte, me decía que jamás sabría a quién de nosotros estaba mirando». Esta reacción de extrañeza sería normal en todos los que lo trataran, de la que él se daría cuenta, una y otra vez. No vamos a tratar de enfatizar esta anécdota, pero tampoco a obviarla, para conocer el proceso de su conformación psicológica. En *Les Mots*, 1963, escribió: «*J'ai fait l'apprentissage de la violence, découvert ma laideur —qui fut pendant longtemps mon principe négatif, la chaux vive où l'enfant merveilleux s'est dissous...*». Cuando, ya viejo, hablara de su niñez, con Simone de Beauvoir, recordaría aquella violencia, como una memoria tenaz.

Debemos pensar que la reiterada reacción ante su infortunado rostro acabaría provocando una inevitable respuesta y una imperativa necesidad de afirmación personal, que sustentaría el fortalecimiento de su yo y los orígenes de su poderosa personalidad. El odio que suscitaría, andando el tiempo, la originalidad de su pensamiento, y que sigue levantando, y su sorprendente posición política y moral, en constante reelaboración y rectificación, reactivarían las fuentes de la conformación de su yo y los fondos de los primeros rechazos de su entorno. Su agresividad intelectual, su obsesiva tendencia al rechazo de su medio natural y el esfuerzo continuado de su

magna obra de crítica social y política, mantenida contra viento y marea, fueron su signo más evidente. Se pasó toda la vida entre la violencia, y sus obras son sus mejores testigos. Encarnó la violencia de su tiempo, en sus muchas manifestaciones, y estuvo atento a denunciarla siempre. Hasta tal punto que el profesor Marc Crépon recuerda que su obsesión por la violencia le llevó a contraponer otra violencia dialéctica, que justificaría la respuesta a la violencia original, con motivo de la guerra de Argelia, en pro de la liberación, su guerra, como se la llamó.

Esta violencia inicial se continuaría, a lo largo de toda su vida, por otros motivos y en otros campos de actividad, a través de su violenta crítica social, sin pelos en la lengua. Puede decirse que vivió rodeado de una continua violencia, que le acompañaría hasta la muerte. La violencia intelectual fue el clima habitual de su existencia. Fue siempre el chivo expiatorio de todos los irracionalismos modernos y de la mala fe de todos sus enemigos. Después de la guerra de 1939-1945, fue víctima de los ataques de los comunistas franceses. Sus dos visitas a América en el 45 le llevaron al descubrimiento de la violencia social en la vida norteamericana, sobre todo la segregación racial. En el 46, en *La cuestión judía*, escribe sobre la violencia antijudía en Francia y llegó a decir: «ni un francés estará seguro, mientras un judío en Francia, o en el mundo entero, pueda temer por su vida». La animadversión contra él llegó a tanto que su *Diable et le Bon Dieux*, fue calificado por la derecha francesa como «una guerra contra Dios».

Sus textos estaban siempre rodeados de un aura de suspicacias y agresividad y, por supuesto, de descalificación. Había como un latente y permanente acoso frente a sus tesis y sus afirmaciones. Cuando en el 44 estrenó *Huis clos*, los ataques comunistas se exacerbaron, aunque luego se aplacarían, entre el 52 y el 56, con su participación en el Congreso por la Paz, para resurgir con fuerza, cuando la invasión soviética de Hungría, en el 56, fuertemente descalificada por él. De sus tiempos de concordia con el PCF, es el texto, del 52, *Los Comunistas y la Paz*, calificado por Cohen-Solal como «de gran violencia verbal». Allí escribió, «en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, le dedico a la burguesía un odio que no terminará más que conmigo». Da la impresión de que siempre se está defendiendo y, en consecuencia, atacando. No conoce la serenidad de la paz. Tuvo un buen noviciado durante la ocupación alemana, con el enemigo delante, visible y omnipresente. Y después abundarían las ocasiones de vivir la violencia, tanto histórica como personal. Su bibliografía es una continua referencia a una lucha «contra esto y aquello», como había dicho Unamuno.

Según Annie Cohen-Solal, su gran transformación tuvo lugar en el periodo de 1939-1945, es decir, durante el conflicto bélico mundial contra el fascismo. Entonces, nacieron las bases de su pensamiento sobre la violencia. En su colección de Ensayos, *Situations*, a partir de los cuarenta, finalizada la guerra, sus textos son una continuada referencia a la violencia. *Reflexiones sobre la cuestión judía*, *La militarización de la cultura*, *El fantasma de Stalin*, *Materialismo y Revolución*, *Colonialismo y*

neocolonialismo, *Tormenta sobre el azúcar*, en relación con Cuba, *El Genocidio*, sobre Vietnam. Su revista *Les Temps Modernes* está llena de análisis de la violencia, de condenas y denuncias, desde la violencia doméstica, «Las hermanas Papin», Cassius Clay, a la violencia política de los asuntos de Henri Martin, el matrimonio de los Rosenberg en EE. UU., la detención de Duclos o la de su amigo Jeanson, el caso Stalin y, por supuesto, todos los fascismos. Fue el gran testigo de la violencia contemporánea. Se interesó en el Movimiento de Mayo del 68, en el Black Power, por el Tercer Mundo, sobre todo en su prólogo al libro de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, y en el de *Aden Arabie*, de Paul Nizan. Estuvo atento a la violencia de América Latina, de raíces tradicionales, desde Bolívar a Cuba, con frecuentes episodios en la República Dominicana, Guatemala, Honduras, México, Haití, Nicaragua, la Cuba española, Chile, etc. Siguió la evolución de África Negra, el Congo, África del Sur, Rodesia, Biafra, Sudán, y la llamada recolonización africana.

El punto de inflexión, entre sus anteriores preocupaciones metafísicas y heiddegerianas y su nueva actitud política, ocurrió durante la guerra civil española, que tan intensamente vivió y que le afectó hasta el punto de sentirse culpable, *a posteriori*, por no haberse involucrado más en aquella guerra. Su interés se ve en la que sería una de las constantes referencias de sus primeros textos novelescos, como *Le mur* y la trilogía de *Los caminos de la libertad* (1945-1949), donde los perdedores de la guerra adquieren presencia y relieve, como héroes, como luchadores por la libertad. En el primero dedicó la narración inicial a la situación de unos presos políticos españoles, en vísperas de su fusilamiento. En *L'âge de raison*, como contraste con la pasividad política de su protagonista Mathieu y su falta de compromiso, hay una alusión sentimental a la guerra de España a través de un sello de Correos, de Madrid, pegado en una cartulina, que un mendigo le regala a Mathieu, y en la que se lee: «C.N.T. Diario Confederal. Ejemplares a. France. Comité anarchosindicaliste, 41, rue de Belleville, París, 19.^a». *La mort dans l'âme*, el tercero de la trilogía, se abre con la historia de Gómez, un exiliado español, trasunto del pintor español Gervasi, que él conocía y con cuyo hijo, escritor y profesor, tuvo una gran amistad.

Hubo violencia, a renglón seguido, en la ocupación alemana del suelo francés, que no escatimó brutalidad ni represalias ciegas. Hubo violencia generalizada y extendida en la segunda guerra mundial, con frentes en Europa, Asia y África. Hubo violencia en Hiroshima y Nagasaki, una de las mayores matanzas de la historia, resurrección de los viejos genocidios bárbaros de la antigüedad, llevada a cabo no contra Japón, sino contra Rusia. Hubo violencia en la larga guerra fría, para acabar con el socialismo real, con sus periódicos brotes de conflictos y sus focos dispersos de enfrentamientos bélicos. Hubo violencia en las guerras satélites, producidas por el enfrentamiento, americano-ruso, Corea, Vietnam, etc. Hubo violencia en la cuestión palestina, que no se acabaría nunca. Y en las guerras de descolonización, como

Egipto, Argelia. Hubo un estado de guerra permanente, que se prolongaría en el Oriente Próximo, en Irán, Iraq, después Siria, y en el Extremo Oriente, China, Paquistán, Afganistán, etc., en una rueda de nunca acabar. Todo el siglo XX, desde la guerra del 14, fue una pura violencia, que fue engarzando guerras, una tras otra, como una carrera de relevos. Y los principios del XXI iban por el mismo camino. Como si no hubiera bastante.

Sus últimos años, después de *Les Mots*, del Premio Nobel y de *El idiota de la familia*, sobre Flaubert, participó en todas las protestas sociales y políticas de París, en un activismo político indeclinable, reclamando constantemente el uso de la violencia. En unas declaraciones a la RTL, en Mayo del 68, dijo: «La violencia es la única cosa que les queda a los estudiantes, que no han entrado en el sistema que le han preparado sus padres y que no quieren entrar». Concedía frecuentes entrevistas a los periódicos, a los semanarios y a la radio. Colaboró en la publicación maoísta *La causa del pueblo* defendiendo los derechos del hombre, contra la URSS, contra Castro, contra la guerra de Vietnam, contra las condiciones del trabajo en las minas francesas, sobre la situación de las cárceles, sobre los despidos obreros, sobre los abusos del poder. Cuando en el 73, el corydrane le trajo la ceguera, continuó estando presente en todos los actos de reivindicaciones políticas y sociales.

Segunda parte

Por fin, rompió a llover, aunque de un modo tímido y discontinuo, como si fuera un ensayo, después de unas semanas de amagos sin consecuencias y de días grises sin solución, de un color indeciso que presagiaba el agua. Habíamos tenido un verano caluroso y seco y los cuerpos agradecieron aquella lluvia tardía. Recibimos con alivio las primeras gotas de un cielo benévolo de nubes unánimes y vientos frescos, que presagiaban el tempero de un buen otoño. Los primeros paraguas animaron el ambiente urbano y renovaron el espectáculo de las calles dormidas, en el marasmo del parón estival, agarrado al empedrado de las calles, a las fachadas de las casas y a la piel de la buena gente. Con el agua se templó la atmósfera y la ciudad recuperó el bienestar de sus mejores recuerdos, la luz tamizada de una felicidad avara, gozada a cuentagotas. Lo que alguien llamó una vez una mañana cariñosa, de luz tranquila y brisa sutil. La Plaza, con el oro apagado de los días nublados, ensayó otro modo de ser hermosa y completó la gama de sus crepúsculos estelares, con un aire reposado, que estimulaba el organismo y facilitaba la respiración agradecida.

Llovía. Volvía a llover. El eterno sueño de una meseta reseca y sedienta. El pan del año asegurado por una buena sementera. La lluvia oscurecía, con timidez de acuarela, el paisaje ciudadano, alentaba los sentimientos evanescentes, traía melancolía y pereza tras los visillos, promovía las medias tintas, las lejanías brumosas, levantaba las nostalgias de todos los años, los primeros días del colegio, resucitaba las nuevas penas antiguas, dramatizaba los adioses, aumentaba las depresiones. Daban ganas de pedir una ración de tristeza, con aquella luz que no se acababa de aclarar, que persistía en la difusa penumbra del decorado. Llovía como si el mundo hubiera dejado de hablar y promoviera el silencio.

A las primeras gotas, la Plaza se quedó vacía y desde los soportales nos pusimos a ver caer el agua, que limpiaba el aire, barría las losas del recinto y chispeaba sobre el suelo. Algunas ráfagas de viento empujaban la lluvia bajo las arcadas y alteraban la pacífica marcha del paseo a cobijo. Aparecieron las primeras gabardinas de temporada, como recién salidas de la fábrica, luminosas, atrevidas, con las novedades de la moda, y las chicas sacaron a relucir sus extravagantes gorros de última hora, con flores y bordados, según el buen gusto gregario de la sociedad de consumo, que embellecían el bonito espectáculo de la calle, sembrada de sonrisas de bienvenida, con el alivio térmico, que refrescaba la piel y oreaba los pulmones. Los estudiantes estaban estrenando curso, con las últimas anécdotas del verano, todavía coleando, y las chicas, con las primeras bufandas y las primeras sonrisas del otoño. También el amor podía caer del cielo.

Las piedras doradas de los monumentos, después de los iniciales churretones indecorosos, se fueron empapando de agua, que reavivó su oro viejo y acendró la extrañeza de su color. Las gotas de la lluvia se arremolinaban con el viento «matacanónigos», entre la catedral y la universidad. Las estatuas negras agradecían

aquel lavado generoso. Fray Luis lloraba su desconsuelo bíblico y su rabia académica en las Escuelas Menores. El Unamuno de Pablo Serrano goteaba soledad y rebeldía, frente al Torreón de las Úrsulas, pétreo y ornitológico, las gotas se le escurrían por la nariz y le cegaban los ojos ávidos e interrogantes frente al vacío. Lloraban los algarrobos del Campo de San Francisco y los setos extenuados agradecían aquel frescor, que aliviaba los estragos estivales y arrastraba el polvo del largo verano. Los arroyos del alcantarillado municipal corrían, arrastrando colillas, papeles, vasos de plástico, peladuras de patatas, paja rural y hojas secas de árbol, restos de agosto. Un entendido pronosticó, con experiencia secular: «Esto son cuatro gotas y después vendrá el otoño».

«Frío, tibio, caliente —todo al mismo tiempo—, el aire estaba equivocado en todas partes... El sonido de la lluvia disminuye como una voz de menos peso. El ruido de las calles ha disminuido angustiosamente. Una nueva luz, de un amarillento rápido, entolda la negrura sorda... Todo se ha parado de repente... El silencio aterra como si hubiera muerto. El sonido de la lluvia que aumenta, alivia como lágrimas de todo... Unas nubes oscuras y de contornos mal rotos rondaban a la ciudad oprimida... Estaba, o parecía, un poco más limpio el cielo por los lados del este... El azul del cielo estaba sucio de blanco transparente... Se ha parado el universo entero... La tiniebla se ha encarbonado de silencio... ¡Qué paisaje alegre la simple lluvia en la calle resucitada del abismo!... Llueve, llueve, llueve... Llueve constantemente, gemidoramente... Llueve mucho, más, cada vez más... Por donde quiera que aleje los ojos, todo es color de lluvia, negro pálido... ¡Cómo llueve! Los canalones vomitan torrentes mínimos de aguas siempre súbitas...

»Después de todos los días de lluvia, de nuevo el cielo trae el azul, que había escondido, a los grandes espacios de lo alto. Entre las calles, donde los charcos duermen como las charcas del campo, y la alegría clara que se enfría en lo alto, el cielo del invierno empañado... La lluvia caía todavía triste, pero más suave, como en un cansancio universal... Como de repente, la lluvia disminuyó todavía más... Ah, y de nuevo, como la protesta reanudada de quien no se ha convencido, oigo el alarido de la lluvia chapotear en el universo aclarado».

El día no estaba para muchas alegrías ni la gente, para músicas celestiales; pero necesitaba dinero para ir tirando, así es que cogió su viejo saxo abollado, sopló su embocadura, como una costumbre de comprobación, se endosó un jersey suplementario y se fue a su sitio, a las puertas de San Martín, hacia donde se le iban los pies sin tener que decírselo. Notó que había menos transeúntes de lo habitual y lo achacó a la hora temprana y al mal tiempo que se avecinaba y que traía una llovizna caediza, tibia y soportable, que se podía aguantar sin paraguas y sin prisas. Pero tuvo el mal fario de que las cosas no iban a ir bien. Pensó que no tenía el cuerpo para la música, que había dormido poco y mal, con un desasosiego premonitorio, que

desflecaba su organismo en desganas intermitentes. La garganta no estaba en condiciones y alguien, al pasar, le había mirado mal. La lluvia cesaba, mejoraba la luz y podía volver al trabajo. Cogió aire y las primeras notas le salieron a su gusto, como un buen presagio. Una muchacha bella, de fémur espléndido y hemisferios pletóricos, le sonrió, como si le prometiera algo. Se animó, pero el saxo le devolvió a la tierra con dos o tres pifias inesperadas, de principiante, que le recordaron su vulnerabilidad y le segaron la euforia.

Puso de su parte todo lo que sabía, se esmeró por acertar, pero la melancolía era menos conmovedora que otras veces, su exaltado lirismo se convertía en cursilería y sus lamentos matizados eran bramidos de reses bravas en un descampado. No encontraba el tono ni la inspiración. Le dio la impresión de que la gente era menos generosa. Hay ocasiones en que es mejor no hacer nada. Todo le salía mal. Sobre la funda del saxo, seguían las dos o tres monedas de reclamo que había puesto él. Las gentes pasaban sin verlo y sin oírlo, envueltas en la hosquedad de sus paraguas de luto. La lluvia, sin declararse abiertamente, soltaba algunas advertencias, que hacían ralea los paseantes, que miraban al cielo con un gesto de contrariedad. Tuvo la tentación de dejarlo; pero decidió quedarse un poco más, esperando que el día se aclarara y volviera la buena suerte. Quedaba mucha luz por delante. Y mucha música.

Su trabajo no acababa de alcanzar el milagro de otras veces, no cuajaba. Como si entorpeciera a los que pasaban y les trabara sus pasos apresurados. No era un miserable pedigüeño, daba, a cambio de la modesta dádiva que solicitaba, un poco de *jazz* para pobres, pero *jazz*, al fin de cuentas, en el que quedaba algo de la angustiada libertad del género, que tan bien cuadraba con la grisura del día, con las horas bajas de la gente. Con la lluvia a punto de estropearlo todo. No pedía mucho, unos euros, calderilla olvidada en el fondo de los bolsillos. Pero la suerte cruzaba de largo. Ni un simple céntimo. Y, para más inri, un golfillo, achulado y pobretón, con mugre y desaliño de tradición familiar, desde la escalinata de la iglesia, le contemplaba con sorna, sobre los restos de una colilla en los labios, con gesto de viejo fumador. También él, un marginal, a verlas venir. Pero no era un consuelo.

Y para colmo, no los vio hasta que estuvieron encima; pero se dio cuenta a tiempo de la violencia que traían consigo. Después, cuando oyó sus risas, y sus veladas alusiones y sus insultos soeces, se volvió y vio los bates, los gorros encasquetados hasta las orejas, sus voces agrias y ya desafiantes antes de empezar la fiesta. Conocía el paño. No era la primera vez. Eran cinco cuerpos bien alimentados, acostumbrados a comer bien desde por lo menos diez generaciones atrás, vestidos con prendas caras, de firma, maltratadas por el abuso y el desdén de clase. Dejó de tocar y se refugió apresuradamente en la iglesia de San Martín, como si fuera a rezar o a cobijarse de la lluvia. Lloviznaba y su huida podía tener una coartada. Aquellos muchachos le siguieron, como si husmearan un rastro de caza.

La iglesia estaba casi vacía. Unas cuantas beatas murmuraban sus oraciones, de rodillas, en los bancos de las primeras filas. Un candelabro parpadeaba en el altar

mayor y creaba sombras macabras en el espacio silencioso del templo. Él corrió a esconderse debajo del coro, donde la oscuridad se adensaba. Guardó el saxo en su estuche y se acurrucó detrás de la enorme pila bautismal. Entraron varias personas a guarecerse de la lluvia, que por momentos arreciaba. Los de los bates, debajo de la ropa, registraron por las capillas laterales, bajo el púlpito; le echaron un vistazo al coro y escudriñaron la pila bautismal, sin verlo en la penumbra cerrada, en la oscuridad, bajo las vidrieras empolvadas. Cuando se fueron, rastreándolo, hacia el altar mayor y la sacristía, salió de su escondite y se deslizó en busca del campanario. Respiró tranquilo, porque se había temido lo peor.

Desde allí vio que el agua empezaba a brillar el enlosado de la Plaza. Vio cómo unos cuantos salían de la iglesia, para no quedar atrapados, y corrían en todas las direcciones; los muchachos de los bates también se fueron. En la espadaña, oteó el horizonte de la lluvia, que caía sobre la calle de la Rúa, en la que los grupos se atropellaban, chapoteando en el agua, que amenazaba los bordillos de las aceras. Y se le ocurrió imprudentemente ponerse a tocar, en medio de la desbandada general. Se encontraba a salvo. Fue un impulso irreprimible, como una necesidad poética de afirmación. Como si estuviera solo en el mundo. Como si para seguir viviendo necesitara tocar su saxo, que recuperó sus virtudes mágicas. La música caía como un consuelo desde lo alto, sin que nadie supiera de dónde venía, cumpliendo su función de sedar la inquietud, la desorientación de la huida. Era suave, melancólica, parecía que a veces sollozaba, gemía, acariciaba, protestaba y acababa sintonizando con la tristeza del paisaje urbano, humillado por el agua. Aquel desvarío colectivo le inspiraba y su música lograba expresar la tensión del ambiente.

A lo lejos, al otro lado de la lluvia, hacia el oeste, se insinuó otra música, que se fue afirmando en el silencio, creciendo, en medio de la confusión que se estaba instalando en la ciudad. Podía pensarse que era una respuesta a su música, un diálogo de solidaridad. Era una trompeta que aspiraba a la totalidad del sonido, metálica, agresiva, hiriente, sin concesiones al sentimentalismo, pero impregnada de claroscuros, de matices, de susurros acompasados, que extendían un rastro de tristeza y de sosiego, humana en su resignación y en su protesta, levantándose de entre las ruinas, como una espiral de esperanza desesperada. Sus silencios parecían definitivos, inacabados, pero luego la música volvía a nacer, eufórica, creciendo contra la evidencia de la tragedia. Aquel dúo improvisado se enseñoreaba del cielo cerrado. Debía tocar desde alguna terraza próxima. Poco a poco instalaron, en el cielo de Salamanca, un diálogo de música encantada.

Y, de pronto, como contestando a un requerimiento inesperado, pero obligatorio, hacia el sur, se oyó otra música, que parecía una voz humana. En trance de llorar. Con fonética pulmonar, con resonancias guturales, profundas, sostenidas, como respiradas. Era un oboe, que alguien usaba como una confesión personal, añadiendo más pesadumbre a la de la caída del agua, que había amainado, pero que persistía, manteniendo el fervor de aquel concierto improvisado, como un mensaje de consuelo,

en la distancia. Era un trío de emociones compartidas, al que se entregó con el fervor de su mejor saxo resucitado. Y, cuando más entusiasmado estaba, aparecieron a sus espaldas los muchachos de los bates, que cayeron sobre él y lo molieron a palos, cayendo imprevistamente desde la espadaña sobre los tejados de la iglesia y, rebotando, contra la calle, encharcada y atravesada de ráfagas de agua.

Bajo la lluvia, la ciudad encontraba otro de sus momentos mágicos. El oro viejo de sus piedras, con la luz disminuida, adquiría nuevas tonalidades que lo dignificaban, lo ennoblecían con la pátina del tiempo más a la vista. La atmósfera brumosa entre las torres las distanciaba y las investía de un misterio nuevo. Salamanca accedía a otro nivel metafórico, que aumentaba sus significados, con aquella difusa claridad que velaba sus relieves y hacía crecer sus perspectivas, con insólitos añadidos. Llovía mansamente sobre los árboles de la plaza de Anaya, que recuperaban el verdor de sus orígenes campesinos, sobre la calzada de la cuesta de la calle Palominos, formando débiles arroyos, que buscaban el río; sobre el huerto de las Clarisas y sus adelfas lánguidas, sus rosales pletóricos, sus peonías evanescentes; sobre las losas del patio de la Casa de las Conchas y el brocal de su pozo; sin agua, sobre la calle de la Compañía, abrumada de soledad y de silencio, sin una voz humana que la animara; sobre las calles municipales, abiertas como arterias, y sobre el caballito loco de San Martín.

Llovía suavemente sobre la imaginación de los salmantinos que veían caer el agua, con regocijo infantil, desde sus casas, con nostalgia de recreo escolar y de antiguas citas de amor bajo el aguacero. Llovía sobre la precariedad y el sueño, sobre la fatiga del tiempo y la esperanza del sol, sobre los días perdidos y las horas muertas, sobre los deseos no cumplidos, sobre las infancias añoradas de la vieja memoria del paraíso olvidado. Llovía con la tranquilidad de una vida gastada tras los cristales de un mirador cómplice, con macetas de claveles y azucenas y revistas pasadas de moda, al abrigo de la intemperie, con las ganas contenidas de bajar a la calle a dejarse empapar por aquel suave chirimirí nórdico, inocente.

Llovía como si la lluvia ensayara el otoño, con timidez de principiante. El cielo no estaba cerrado del todo y se suponía que escamparía, después de aquel riego suave, que anunciaba el cambio de temporada. Era una lluvia tenue, como filtrada, como la lluvia calabobos que luego moja a todos. No parecía una lluvia de aquel tiempo, propicio para los aguaceros destemplados que se resolvían en molestos golpes de agua. La conciencia rural de la ciudad sabía que aquella lluvia pacífica era beneficiosa para el campo. Algunas amas de casa sacaban sus macetas de geranios para que se regaran. Los niños reían de gozo con el pelo húmedo, los zapatos encharcados y los jerséis en bandolera, dejándose mojar hasta la camiseta, con el éxtasis de la real gana. La ciudad respiraba, bajo la lluvia, como si fuera feliz.

Daba gusto bajar por la calle Zamora, a sabiendas de que ni el día gris, ni las

cuatro gotas que estaban cayendo, impedirían que se produjera el milagro dorado de la Plaza Mayor, al final de la calle. O encontrar en el Campo de San Francisco el buen olor húmedo del verde campesino, bajo los árboles. O guarecerse de la llovizna en el atrio de San Benito, a la vera de la prodigiosa Anunciación de piedra y oír el rumor de los pasos por la calle de la Compañía, para sentir el placer de compartir una ciudad viva, hecha de rumores muertos. A los cuatro días de llover las cloacas municipales, insuficientes, empezarían a devolver el agua de sus tragaderas atoradas, creando en sus bocas remansos de papeles, colillas, briznas de paja, flores muertas y plásticos desahuciados; pero, de momento, el agua encauzada, sumisa, cumplía su deber civilizado de líquido elemento funcional y obediente.

«El ruido de la lluvia se esfuma hacia más arriba en el exterior indefinido. Me siento más feliz... Luce un día de lluvia clara que me ahoga los ojos en luz empañada. Abro hasta las contraventanas de cristal. Y el aire fresco me humedece la piel caliente... Desde que cesó el calor, y la primera levedad de la lluvia creció hasta oírse, quedó en el aire una tranquilidad que el aire del calor no tenía, una nueva paz en que el agua ponía una brisa suya. Tan clara era la alegría de esta lluvia blanda, sin tempestad ni oscuridad, que aquellos mismos, que eran casi todos, que no tenían paraguas ni impermeables, estaban riéndose al hablar a su paso rápido por la calle lustrosa... Desde que las últimas gotas de la lluvia han empezado a espaciarse en la caída de los tejados... por el centro empedrado de la calle el azul del cielo ha empezado a reflejarse lentamente, el ruido de los vehículos ha adquirido otro canto, más alto y alegre... Todavía por la frescura abierta de mi única ventana se oía caer de los tejados las gotas gordas de la acumulación de la lluvia ida. Todavía, vagos, había frescores de haber llovido. El cielo, sin embargo, era de un azul conquistador, y las nubes que quedaban de la lluvia derrotada o cansada cedían, retirándose... El silencio que sale del ruido de la lluvia se extiende, en un crescendo de monotonía cenicienta, por la calle estrecha que miro... Cesa la lluvia, y de ella queda, un momento, una polvareda de diamantes mínimos, como si algo así como un mantel se sacudiese azulmente esas migajas...».

Pobre de espíritu, cincuentón empedernido, feo de padre y tontorrón de madre, escaso de pelo y abundante de barriga, rentista en bancarrota, Macario García, insuficiencia aórtica y artrosis galopante, había ido reduciendo sus necesidades a los mínimos, hasta llegar al mirador de su casa, un segundo piso de la calle de Valencia, antes Ronda de Labradores, a la que se asomaba, con fruición de espía, durante horas y horas, curioseando a la gente, que había acabado por reconocer, por esperar y por biografar, desde las limitaciones de sus cortas entendederas. Aburrido por naturaleza e inculto por decisión propia, no había trabajado en su vida, ni había pasado de las primeras letras, ni leído un libro, ni hojeado un periódico, llenaba su tiempo, vacío de inquietudes y de veleidades, mirando lo que ocurría delante de su mirador, un hombre

que iba a su trabajo, de andar apresurado, un ama de casa con la bolsa de la compra, unos novios excitados con pudor, un municipal con una lista de multas en la mano, buscando el número de una casa, unas chicas jóvenes felices con su ruidoso taconeo, una vieja arrastrando las decepciones de sus muchos años, un carrito de la compra y las dificultades de sus zapatos de desecho, funcionarios mesocráticos discutiendo, como si les fuera en ello la vida, un taxi que depositaba a una mujer en la acera, que se alisaba la falda por detrás y abría su bolso para consultar algo, una muchacha con varias perchas de ropa del tinte, envueltas en papel celofán, unos trabajadores del gremio de la construcción, con sus monos sucios, sus boinas manchadas y sus alpargatas llovidas de cal.

Pero lo que más le gustaba era ver pasar a los niños, camino del colegio, que estaba un poco más abajo, con sus botas de goma, sus bufandas despeinadas por el viento y sus cabases al hombro, de mano de sus madres, debajo de los paraguas, como escarabajos tenaces, doblados por el esfuerzo de luchar contra el viento revuelto y la lluvia sesgada, que inauguraba el otoño. Macario los esperaba todos los días, como una inocente distracción. No andaba muy católico el tiempo, pero los niños repetían la misma imagen de la alegría, como un signo de normalidad y de salud. Los dóciles regatos de la calle desembocaban en las cloacas municipales, arrastrando briznas de paja, papeles rotos, colillas muertas, hojas secas y detritus sin nombre. Los niños la gozaban pateando los charcos y, soltándose de las manos maternas, corrían a saltar por encima de los arroyuelos y caer con los pies juntillas sobre las débiles corrientes del agua, salpicando el contorno y riendo como cabritillos recién destetados. Algunos en el corto vuelo perdían el cabás o los guantes o los libros, que salían despedidos, contra el barro de la calle, lo que hacía crecer sus risas cristalinas, que estallaban en el aire.

Daba gusto verlos correr, empujarse, agarrarse de las ropas, reír sin tiento, gritar sin motivo. Sus chubasqueros multicolores convertían sus carreras, bajo la lluvia, en bandadas de mariposas polícromas, ingravidas, juguetonas y locas, que se perseguían volando, huyéndose, reencontrándose. Bajo sus capuchones se veían sus perfiles acalorados, sus graciosas muecas de sorpresa, de gozo, de burla. Macario seguía con la mirada encelada aquella grey desatada de enanos despendolados. El tiempo que tardaban en pasar bajo su mirador, empañado de vaho y salpicado de gotas extraviadas, era como una explosión de felicidad, ajena al mal día. Macario, tras los cristales, estaba encantado y se sorprendía imaginando los cuerpos de los niños, sus delicados miembros, sus pieles suaves y tersas, sus piernas finas, todavía sin vello, sus bocas frescas y jugosas, como fruta temprana. Se horrorizó de sus pensamientos y huyó de la ventana, para retornar enseguida y ver desencantado que la felicidad había pasado de largo y no quedaban más que charcos reflejando el cielo vacío y una lluvia oblicua, que añadía desolación al corto paisaje urbano delante del mirador.

Siguió lloviendo y los niños no volvieron. Ráfagas de viento barrieron las aceras, que se quedaron solitarias, ofreciendo su abrupta desolación. La espera fue inútil. La

consternación de Macario fue aumentando por horas y la tristeza le llenó los ojos, cuando la tarde clausuró su mirada. Tuvo tiempo para medir su desesperación. Hasta entonces, hasta que aquella lluvia, intermitente y débil, alteró el curso de su vida, no se había dado cuenta de la necesidad que tenía de ver pasar a aquella tropa. Con la lluvia se le oscureció la alegría, como si un nubarrón se le hubiera metido en la cabeza y le hubiera ensombrecido todos los rincones. Al día siguiente, la lluvia volvió de un modo más decidido y los niños siguieron sin aparecer. Los echó de menos y deseó que dejara de llover para volver a verlos. Pero no volvieron y tuvo que conformarse con las escenas del agua, que acabaron por interesarle, para matar el tiempo. Gente apresurada, mujeres preservando su peinado con los bolsos, hombres con gabardina, el cuello subido y el paso amplio, chicos de reparto haciendo equilibrios con sus bandejas empapeladas, un cura levantando su sotana para no mojarse los bajos. Calificó de ladrones a dos individuos que se refugiaron de la lluvia en un portal de enfrente. Los que cruzaban llevaban paraguas y no podía verles la cara para improvisar sus biografías. Ráfagas de viento limpiaban la calzada, por la que no cruzaban coches.

Todo lo que la lluvia tiene de sorpresa desagradable en las costumbres de la alta meseta castellana, la poesía terne de los aguaceros tras los cristales, el hosco horizonte, barrido por las nubes y borrado por las cortinas insistentes del agua tenaz. Todo lo que la luz escasa y lúgubre tiene de advertencia triste, de preludeo funeral y de nostalgias perdidas, se extendía por la calle, poblada de soledad, que recibía el agua con pasiva complacencia, con serena naturalidad otoñal. Llovía sin prisas, con una cadencia rítmica previsible. Llovía como si fuera el estado natural del mundo y nunca hubiera ocurrido nada que no fuera llover. A Macario también le gustaba ver llover, gozar de lo que había gozado otras veces, comprobar que todo se cumplía según los modos de siempre. La misma agua, los mismos arroyos, los mismos charcos, los mismos canalones goteando un líquido oscuro, como una sangría. Había algo sedante en aquella repetición sin sobresaltos.

Macario, para distraerse, le ponía nombre a las personas y se inventaba historias. Suponía por qué corrían, imaginaba por qué se acaloraban en sus discusiones, se inventaba conflictos a partir de detalles, sonreía con la alegría ajena y se entristecía con las desgracias de los transeúntes, prolongaba su interés por los casos que urdía y les daba término feliz o infeliz, según sus conclusiones gratuitas. Pasaba el rato frente a la lluvia, que hacía escasear el personal. A falta de historias, se empleó en los progresos del agua, en el tamaño de los charcos, en el tiempo que tardaban en atorarse las alcantarillas municipales. Se sorprendió de que el agua hubiera llegado a las aceras y empezado a cubrirlas. Al ritmo que caía en un par de horas se desbordaría por los umbrales de las puertas y, en una hora más, se colaría por los entresuelos, cuyos inquilinos saldrían pitando. Ya los veía correr llevándose las manos a la cabeza. A algunos los conocía y tuvo un gesto de conmiseración por lo que les esperaba. De pronto, pensó que aquello era una catástrofe y tembló por los niños.

No lo había imaginado y le cogió de sorpresa. Una vieja casa de la acera de enfrente, situada un poco a la derecha de la suya, se desplomó de repente con un estruendo de maderas, paredes, muebles y cristales, con algunas personas entre los escombros. Ya no apartó los ojos de la escena. Pudo ver toda la tragedia en primera fila. Su curiosidad se agudizó. Pensó en los niños que se habían salvado de aquel derrumbe. La casa se convirtió, en un santiamén, en un montón informe de vigas, ladrillos, mesas, camas, ventanas rotas, ropas revueltas, como banderas derrotadas, entre un inmenso lodazal que humillaba más el conjunto. Algunos cuerpos destrozados aparecían inmóviles entre las ruinas. Otros cuerpos se movían trabajosamente, tratando de salir de aquel caos, de aquel fango, con sangre por todas partes, cegados por la lluvia y el barro. De cuando en cuando, se desmoronaba otro lienzo de pared y caía con estrépito sobre las ruinas ensopadas. Algunas personas se habían acercado a ver y trataban de ayudar. Los tabiques que quedaban en pie amenazaban con desmoronarse. La lluvia añadía confusión al espectáculo. Un poco antes hubiera sepultado a los niños.

A la media hora llegaron los bomberos y organizaron el caos del salvamento. Acotaron el espacio del desastre y empezaron a desescombrar aquella masa de piedras, barro, enseres domésticos y vigas rotas. Recuperaron algunos cadáveres y trataron de encontrar nuevas víctimas. Poco después, Macario vio llegar dos ambulancias con las luces encendidas y las sirenas a tope. Todavía se desmoronaron más paredes y la escalera de la casa, derribada por los bomberos a mazazos. Algunos curiosos con paraguas convertían las tareas de rescate en aventura. Macario no se perdía detalle. Apareció una mujer viva, magullada y ensangrentada, atendida por el personal de las ambulancias. Apareció un niño, con los ojos cerrados y aspecto de cadáver, pero movía la cabeza. Una cortina de tela flameaba como un estandarte en un piso alto. Aumentaban los curiosos y se descubrían más víctimas. Los de las ambulancias no hacían más que correr de un lado para otro. Seguían cayendo trozos de pared. Macario gritaba, como si le oyeran, se cubría la cabeza, como si los cascotes le cayeran encima. El encuentro de un hombre vivo le hacía sonreír; un muerto, le entristecía.

La calle se había convertido en un barrizal y los curiosos fueron desapareciendo. Un río de lodo impedía desplazarse a los bomberos y a los sanitarios. La crecida de la lluvia obligó al abandono del rescate. Macario se quedó solo frente a aquel montón de escombros. En el último piso, al descolgarse una techumbre dejó al descubierto un hombre, cogido al alféizar de una ventana, visiblemente agotado y aterrado. Macario salió al balcón, con un paraguas, con la intención de darle ánimos y consejos. El hombre no le oía y Macario gesticulaba y manoteaba en el aire indicándole, a gritos, el camino de su salvación. Pero estaba demasiado lejos. Macario le señalaba un lienzo de tabique por el que podría discurrir hasta la bajada de una tubería, que le podría servir para descender. Se desesperaba por la inutilidad de sus esfuerzos. Se desgañitaba gritando, mimaba los pasos que el otro tenía que dar, movía los brazos

para ilustrar sus planes de emergencia. Llegó un momento en que la falta de luz interrumpió su comunicación. Macario, desalentado, se metió en casa, desde donde siguió vigilando al hombre colgado sobre aquella montonera de barro.

Durante horas se quedó mirando, hasta que el sueño lo rindió y se quedó dormido, junto a la ventana. Cuando al amanecer se despertó con el frío, el hombre había desaparecido y la calle canalizaba sucesivas trombas de agua, que se llevaban todo por delante.

Pero lo peor fueron las ratas, las malditas ratas, que nunca se veían en la superficie, exiliadas en la oscuridad de los sótanos, habitantes de un submundo ignorado y temido. Aparecieron a cientos, a miles, impulsadas por el pánico, afloraron a la luz, chillonas, despavoridas, histéricas, agresivas, disputándoles a las gentes horrorizadas los pocos espacios que se conservaban fuera del agua, repugnantes, hirsutas, infernales, aviesas y desafiantes, luchando por sobrevivir, amontonándose, arañando, mordiendo, saltando, escupiendo, encaramándose, como podían, a los tejados, a las azoteas, a los oscuros desvanes, a las torres, a los campanarios, invadiéndolo todo, corriendo enloquecidas, con los ojos saltones y los bigotes erizados, brincando sobre los cadáveres flotantes, sobre troncos de árboles a la deriva, sobre los hombros y las cabezas de los supervivientes, agarrándose a sus ropas, desgarrándolas, destrozándolas, luchando entre ellas, mordisqueándose, desesperándose como náufragos, pisoteadas con asco, golpeadas con furia, arrastradas por la corriente, con la mirada cristalina y un feo gesto de desafío, que se perdía en los remolinos del agua, que las arrastraba, pequeñas y asquerosas, a montones, a miles, hinchadas.

Habría sido inútil luchar contra ellas, porque seguían saliendo de las bodegas, de las alcantarillas, de las atarjeas, ansiosas, desbocadas, enloquecidas, trepando por los canalones, por las ventanas, por los relieves de las fachadas, por los adornos barrocos de los edificios, como un ejército invasor, que crecía por momentos, incontenibles, tenaces como hormigas, crueles como tigres, ágiles como gacelas, enfurecidas como toros, voraces como hienas, subiendo, corriendo, empujando con el hocico, atropellándose, agrediendo cualquier zona blanda, ágiles, incansables, impetuosas, hiriéndose, en oleadas sucesivas, que nunca se acababan, con los dientes fuera, en una sonrisa trágica y las uñas prontas, infinitas, en racimos que caían al agua y se iban calle abajo, entre convulsiones violentas y chillidos hirientes, de una agudeza metálica. Otras conseguían ganar suelo firme y se desparramaban entre las piernas de los hombres, que trataban de deshacerse de ellas, a patadas, a escobazos, a bastonazos, con palos y con sillas, con lo que podían, sin conseguir quitárselas de encima. Pero continuaban llegando, pululando en busca de salidas, de agujeros por donde huir, pero no los encontraban, a pesar de su instinto de supervivencia, agudizado por el pánico. Porque todas las salidas estaban cegadas por una marea reincidente de desechos, hierbas, maderas, papeles, trapos, todas borboteantes,

vomitando agua sucia. Y, cuando las ratas ya no podían más, se subían por las perneras de los pantalones de los hombres, por las faldas de las mujeres, en una ascensión imparabile, incontrolable, a la desbandada, acompañada de una algarabía de chillidos, que acuchillaban los nervios.

En el altozano de la parroquia de Ntra. Sra. del Carmen, en la Plaza de los Bandos, dos mendigos discutían a gritos el derecho a pedir limosna en aquella puerta, con la violencia de los derechos adquiridos y la mala fe del hambre. «Te vi endiñar una patada en los huevines, que te mando al cielo, a pedir». «¿Tú que vas a dar?, si tiés menos jijas que un muerto. Como me jartes, te doy de hostias hasta que me se caiga la mano a trozos». Se empujaban, se zarandeaban, se hacían muecas de burla y risas despectivas, sin llegar a mayores, con los ojos bizcos y la cara roja de una irritación encendida. Eran dos garabatos harapientos, con negrura de mugre y pelo revuelto. Olían que apestaban. Por debajo de los pantalones, remendados y andrajosos, se les veían las canillas estrechas y frágiles, a punto de quebrarse, bajo la costra de una mermelada seca y solidificada. Uno era feo como un adefesio, con un pañuelo sudado y pringoso atado a la cabeza, a modo de venda improvisada, y el otro simulaba una cojera, con una muleta, recompuesta de mala manera con palos y atasijos, en la que se apoyaba para moverse sin dificultad. Con la muleta en alto amagaba, sin descargar el golpe. Pero toda la fuerza se les iba por la boca, negra como una caverna.

La gente estaba en misa y la iglesia cerrada. El botín vendría a la salida. De momento, yacía en el fondo de los bolsillos, a buen recaudo, en espera de la caña y la limosna. No era mucho y si se compartía se quedaba en nada. Pero algo es algo y menos es nada para el buche de un pobre. De ahí la ferocidad de la bronca, a mano alzada y con los ojos salidos. Tras las puertas se oía la voz del cura, que sermoneaba al personal, con voz meliflua y silencios cargados de intención. No se oía más ruido que aquella voz poderosa, segura e intimidatoria. Los mendigos no reparaban en ella y la oían, lejos, como quien oye llover y espera que escampe. La tenían muy sabida y esperaban que los fieles aflojaran la guita, al salir, como buenos cristianos, conmovidos por las desgracias ajenas. Que era de lo que se trataba. Era la misa de doce, a la que acudía buen género, de primera mano, con generosidad asegurada, a tenor del perfume y de los cortes de traje. De un euro para arriba, como si aquella gente no dispusiera de calderilla. Además solía haber ganado femenino y siempre se rozaba algo o se entreveía el cielo, que estaba al alcance, ay, de la mano. Era un buen caladero y merecía la pena disputarlo, a vida o muerte. Cuando la sangre estaba a punto de saltar, se abrieron las puertas y empezó a salir el ganado, con cara de buenos, como si lo fueran.

Los mendigos, rápidamente, con la estrategia ensayada, la mirada lánguida y la temblorosa mano extendida, con los harapos de la camisa saliendo por la bocamanga, se colocaron a los dos lados de la salida, sin mirarse a la cara, apaciguados de

momento los ánimos de guerra. Con un gesto paralelo, se les dulcificó la expresión de la cara, en un intento de imitar a los ángeles, con una lamentable sonrisa, trufada de inocencia y sufrimiento y lastrada de caries y falta de dientes. El paralelismo se extendió a las manos, que con respetuosa timidez se levantaron en el aire, con las palmas hacia arriba, levemente encogidas y discretamente solícitas, acompañadas de una musitada melopea ininteligible, pero compungida, que se desleía en el aire, como el murmullo de un arroyo, en un campo de invierno, entre zarzales y escombreras. No acuciaban ni insistían ni molestaban la marcha de los cuerpos que cruzaban delante de ellos, ni rozarlos siquiera, atentos a mantener la distancia, al borde geométrico del río de gente, con el recuerdo todavía vivo de las exhortaciones a la caridad. Pero, así y todo, eran pocos los que aflojaban la pasta y, cuando lo hacían, no se estiraban mucho. A veces entre la multitud se escabullía un niño sonriente, con un euro en la mano. Ellos se lo agradecían con un ademán cariñoso, que descorchaba sus arrugas y se apagaba en cuanto el niño desaparecía, envuelto en una maldición de despedida.

Poco a poco, el gentío fue disminuyendo, como un neumático que se desinfla, y las limosnas fueron escaseando más todavía. Ellos estaban ahora, frente por frente, se veían las caras, se evaluaban las ganancias, se medían las fuerzas. Ninguno de los dos sonreía, pero los dos sabían que la cosecha no había sido buena. En el bolsillo las monedas les pesaban poco. Pero pensaban que una parte del dinero del otro les pertenecía, por derecho propio, y reanudaron la bronca, con el acero de las palabras más a la vista, de hijo de la Gran Bretaña para arriba. De las palabras pasaron a los hechos y de los hechos a una navaja, esgrimida con movimiento de experto matarife y ganas de tocar fondo a la primera. Aquello eran palabras mayores, pero el otro no se arredró, se le echó encima y trató de quitársela, tirándole la camisa a la cara, para cegararlo. Se engancharon como dos toros en lucha, con los cuernos trabados, dándose topetazos con la cabeza y las manos sujetando la navaja, que buscaba el bajo vientre del otro, que se retorció en el esfuerzo por huir del arma. Las venas del cuello a punto de reventar y los ojos saliéndose de las órbitas. Era una lucha feroz, que se enconaba a medida que los luchadores iban perdiendo fuerza. No tenían que insultarse para enardecerse y los bramidos feroces de los pulmones, puestos al límite, habían dejado de ser humanos. Después, cayeron al suelo y la navaja hizo carne en la pierna del otro, que rugió como un león herido y acogotó al agresor contra el suelo, golpeándole la cabeza con una mano, mientras mantenía la navaja lejos de su piel sangrante.

No había nadie mirando, porque la lluvia había vaciado la Plaza de los Bandos y, a sus espaldas, las puertas de la iglesia se habían cerrado, con un crujir de candados y una última oleada de incienso sagrado. Se habían desasido, mirándose con un furor de belfos babeantes y respiraciones ahogadas, como un fuelle roto, bajo una lluvia que arreciaba y parecía sosegarlos en el odio de su inmovilidad de estatuas, sudorosos, acezantes, esperando la ocasión de volver a atacar, en el punto más vulnerable del otro, a punto de desmoronarse. Pero el herido sintió calambres en su pierna y la movió para calmarla. Pero los calambres siguieron y se palpó con la mano el muslo

desgarrado y la miró y, con un alarido, salió huyendo, renqueando, levantando cortinas de agua sucia en su carrera despavorida. Dio la vuelta a la calle del Concejo, perseguido por el otro, con la navaja por delante, y enfiló la Plaza Mayor, azotada por la lluvia, como una balsa castigada por la tormenta. Al arrimo de la fachada de Petrineros, corrió hacia la calle del Prior, desangrándose, chapoteando en los remolinos del agua, que le subía casi hasta las rodillas, mientras oía a sus espaldas al otro, que se desgañitaba gritándole: «Ven paquí, chambón, no corras, que quiero platicarte una cosita al oído».

La gente, bajo los soportales, a cobijo, los seguía como un espectáculo divertido, añadido al del agua, que todavía era una novedad. Se reían de aquel hombre tiñoso, con una navaja en la mano, que perseguía a gritos a un cojo, bajo un telón de lluvia. Con la mirada los siguieron hasta que se perdieron, huracanados y enceguecidos, por la embocadura de la calle del Prior, desfondados, a punto de caerse, cada vez más cerca el uno del otro, gritando insultos inútiles, que se mellaban en el aire arrasado de la carrera. (Hijo de puta, sabandija, sabañón, salchichero, sanguijuela, sapo, sebota, te voy a secar, churro de mierda, sietemesino, menuda sobaquina, te vi a dar una solfa de bofetadas, que no te va a reconocer ni la puta de tu madre, te vi hacer un ojal en la panza, sonaca, soplapollas, que te voy a ventilar, zorrón...).

Monterrey se les apareció como la quilla de un barco, varado en tierra, entre nieblas. El hombre herido respiraba por la boca y lloraba con la desesperación de la impotencia, que le iba ganando el cuerpo, vaciándose de fuerzas. A la entrada de las Agustinas, a cubierto, una boda de postín, novia de blanco, tul ilusión, y novio de chaqué, recién cortado el pelo, con los invitados de día de fiesta, esperaba que escampara para seguir la celebración. La novia estaba descompuesta, con la cola del vestido nupcial salpicado de churretones de agua, recogida con la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía el ramo de flores, que prolongaba el optimismo de la ceremonia. El novio trataba de sonreír, poniendo buena cara al mal tiempo, con una alegría fingida de compromiso. Los invitados se lamentaban, mientras seguían la marcha de aquellos dos locos, que corrían penosamente empapados, gritando algo que parecía los restos de una pelea, al borde de la asfixia. Al pasar, tropezaron en el agua y fueron a caer contra la novia, que se puso histérica, con el ruedo del vestido manchado de sangre, mientras el novio amenazaba de muerte a los culpables, que se largaban a toda velocidad, rebozados de barro y de miseria, a la vista.

El agua, que bajaba impetuosa por la calle de Ramón y Cajal, desde el Paseo de San Bernardo, les llegaba por encima de los tobillos, mientras corrían, se tropezaban en trampas invisibles, resbalaban en declives imprevistos y se gritaban hasta desollarse los pulmones, tumbados por la corriente, una y otra vez, hasta que pudieron refugiarse en el Campo de San Francisco, acogidos a los setos, revolcándose, insultándose, tratando de alcanzarse con las garras abiertas y los dientes atentos. El parque, sobre el que se vertía una catarata impetuosa, desde el Paseo de las Carmelitas, era un lodazal inmenso, en el que se empantanaron,

detenidos en su persecución, embarrados y furiosos, amenazándose a pocos metros, sin lograr aproximarse por los remolinos de la corriente incesante, que los zarandeaba como muñecos de feria y los lanzaba contra los troncos de los árboles, a los que se agarraban para no ser arrastrados. Como pudieron se adosaron, temblorosos y agotados, al mismo tronco, después de varios intentos que los emporcaron más y les hicieron tragar agua sucia. Sujetos a la corteza de árbol, que se les deshacía entre las uñas, amagaban golpearse sin conseguirlo y sin dejar de insultarse un rosario de improperios y blasfemias. Bastante hacían con mantenerse de pie. El herido estaba blanco como el papel, al borde del desfallecimiento. El otro lo cogió por los hombros, en un remedo de abrazo, que se demoró en un gesto que parecía de amistad y lo mantuvo de pie. Pero una revolera del agua los separó y los desprendió del árbol y se los llevó, manoteando en el aire, tratando de sostener la cabeza fuera de la corriente y luchando para no dejarse arrastrar, uno como un pelele desfondado, el otro como un muñeco trágico que se resistía, hacia el Paseo de las Úrsulas, donde fueron golpeados contra los negrillos y se hundieron, entre un agitar de brazos y una danza macabra y ridícula, en el mar bravío de la calle de Bordadores, entre los encontrados afluentes de la calle de la Compañía y la calle del Prior, donde se levantaba, batida por las olas, la negra estatua de Unamuno, contra la que fueron a estrellarse.

Acababa de despachar a un periodista pijo, con un puñetazo en la boca del estómago y un par de tortazos bien dados en su sucia jeta de señorito consentido, que no tenía ni media bofetada. El motivo era lo de menos, pero en este caso se trataba de un suelto insidioso que había publicado contra una familia honorable, de abolengo en la ciudad. Aquel mismo día, le cayó el gran contrato de su vida, sin más riesgo que poner en juego un par de redaños y medírselas con un indeseable, de los que abundan. Al periodista no lo conocía, porque no leía los periódicos, si acaso alguna vez por necesidades del trabajo. Pero había espiado sus idas y venidas, había evaluado sus posibilidades de reacción, y había llegado a la conclusión de que era pan comido. La mejor hora, para quitarse testigos de encima y hacer un trabajo limpio, como Dios manda, era al salir de la redacción del periódico, a prima noche. Tenía la huida asegurada, en el cercano Campo de San Francisco, y la advertencia preparada: «Para que no hables de lo que no sabes». Con un par de mamporros habría bastante y, por si acaso, llevaría la quitapenas para ponérselos de corbata. El plan parecía bueno y la fecha la fijaría sobre la marcha, según vinieran las cosas. Pero, antes de terminar aquel asunto, lo contrataron para algo gordo. Como él decía «de palizas, lo que quieran, pero sangre es otra cosa. Si sale por las buenas, vale. Pero si tengo yo que abrir el juego, son palabras de cardenal primado y precios especiales, con prima de riesgo».

Después del gacetillero y antes del contrato del siglo, le vino un mal trago, cuando le encargaron liquidar a una mujer, que, para más inri, era guapa. Aquello sí

que le volvió a quitar el sueño, como cuando era novicio. Durante un mes estuvo haciendo cábalas, dilatando el encargo, con la esperanza de que los clientes se lo quitaran de la cabeza. Le parecía mentira que una mujer como aquélla pudiera merecer un castigo tan severo. La víctima tenía cara de ángel y cuerpazo de Marilyn Monroe, para entendernos. Era rubia y, para acabar de estropearlo todo, medía su buen metro ochenta, por lo menos. Un monumento nacional, con subvención en los Presupuestos Generales del Estado, como suele decirse, que cuando andaba por la calle levantaba los adoquines del suelo, con riesgo de catástrofe universal. Fue la única vez, como si lo necesitara para realizar la faena, que preguntó qué había hecho para condenarla con la máxima pena. No se lo dijeron y le apremiaron a ejecutar la orden, halagándole con la zalema de que era el mejor del oficio y que confiaban en él, como en un obispo, al tiempo que subían la oferta sustancialmente y acortaban los plazos del pago. No pudo resistirse y pensó qué clase de pécora sería aquélla.

No obstante, volvió a pensárselo y pidió otra demora, con cualquier disculpa, hasta que aquella mujer de ensueño, que le había impresionado como ninguna en toda su vida, desapareciera del mapa por su cuenta, como él anónimamente le aconsejó reiteradas veces. La había estado siguiendo durante un mes, para conocer sus costumbres y sus puntos débiles, como hacía siempre, con puntilliosidad de oficinista, para después actuar con todas las garantías de éxito. Entre unas cosas y otras, se le pasó el plazo concedido y, sin pedirlo, se le duplicó la cuantía de sus emolumentos. Se le saltaron las lágrimas cuando recibió el nuevo mensaje y se encontró en una ratonera, entre las exigencias de su buen nombre y el monto de la paga, además de que se había enamorado de la mujer. Llegó a cometer el primer y único error de su vida profesional, que pudo haberle costado caro, pues cualquier colega podía haberlo liquidado por aquella deslealtad con el cliente. Habló con la mujer y trató de sonsacarle los motivos de aquella drástica sentencia.

Sus conclusiones fueron que era de la clase bien, por su perfume caro, su manera de hablar, refinada, de la que se quedó a medias, y el color de su pelo, que no era natural ni rubio de bote. Por lo que pudo atisbar, su ropa interior era de seda y de un diseño espectacular. Él no estaba acostumbrado a esos abismos, pero se rendía a sus encantos. Entendió que no merecía morir y se mordió la lengua para no hablar. La verdad es que no logró descubrir los motivos de su dura condena. Lo único que sacó en claro es que de cerca era todavía más guapa y que su trato confirmó la impresión de su espléndida belleza de concurso. Ir más allá hubiera sido echar a perder su buen nombre y su carrera. No obstante, volvió a visitarla, imprudentemente, y le advirtió, con indirectas, apenas veladas, del peligro que corría, sin aclararle el desenlace ni informarle de que él sería el ejecutor. Y tampoco adelantó gran cosa. Ella, segura de sí misma, con las cartas en la mano, no tomó en serio sus palabras y, con imperdonable frivolidad, trató de seducirlo. Ni que decir tiene que esta estrategia aumentó los remordimientos de su verdugo. Porque, como él diría, «uno tiene su corazoncito y su alma en su almarico». Cuando ya no tuvo más remedio que dispararle

entre los ojos, grandes y azules, perplejos y embellecidos por el asombro, apenas la veía, ni quería verla, con la mirada nublada por las lágrimas y encenagada de rabia y de cobardía. Contra su costumbre y como medida de seguridad, no la remató.

Del otro pingüe negocio, que se traía entre manos, le habían dado los detalles por teléfono, con la contraseña convenida y con la disculpa de la compraventa de un coche de segunda mano, por si las moscas. Y una tarde se cruzó con su nueva víctima por la calle y el otro se le quedó mirando, como reconociéndole las malas intenciones, a flor de piel. Quiso adivinar una chispa de sorpresa en sus ojos y una sombra de desdén en su labio inferior adelantado e injurioso. Tuvo miedo, no por aquel desafío en la mirada, que era casi una provocación, sino por el remoto albur de que la sustanciosa operación se frustrara, porque el interfecto se saliera de naja o lo denunciara y el plan se fuera al carajo. El tipo, al que no conocía de nada, ni siquiera de vista, parecía saber lo que se traía entre manos. Imaginó que su plan se le había notado por un rubor, la caída de los ojos o algún titubeo sospechoso al verlo, que no había sabido evitar. Quizás el otro se lo había olfateado y él, sin darse cuenta, había levantado la liebre. Lo que era muy peligroso.

Se aterró ante la idea de que su fama fuera menos anónima de lo que convenía a la discreción de su trabajo y a la confianza de sus clientes. Pensó que se le acabaría el chollo de su vida. Él sabía que liquidarlo era fácil y que nadie se preocuparía de encontrar al culpable. Temió por su futuro y por su vida, como si lo hubieran descubierto, y se ocultó instintivamente detrás de las solapas de la gabardina, para preservar su secreto. Corrió a refugiarse en casa, después de dar un largo rodeo, mordido de vagos temores. Cerró la puerta con llave y amartilló la pistola que llevaba siempre consigo para sus necesidades laborales. Se vio desvalido y sin saber a quién acudir ni a quién llamar para recabar sus consejos. No tenía amigos, después de haberse pasado la vida haciendo favores a todo el mundo. Llegó a gritar, en el encierro de su dormitorio, acorralado. Creyó oír ruidos sospechosos en la calle; vio coches desconocidos rondando por allí, aparcados cerca de su casa; sintió pasos en la escalera y esperó a que descerrajaran la puerta de un tiro. Pero nadie intentó entrar en su domicilio. No se apartó del teléfono, por si acaso.

A la mañana siguiente, después de una noche en vela, decidió jugarse el todo por el todo y cumplir el encargo, a pecho descubierto, meterse de cabeza en la boca del lobo. También en esta ocasión tenía estudiado el plan, había memorizado los movimientos de la nueva víctima y conocía en cada momento del día dónde encontrarla. Al salir a la calle, una ligera llovizna impertinente estaba cayendo sobre la ciudad y pensó que el agua importunaría sus planes, porque el individuo cambiaría sus horarios y evitaría la intemperie de la calle. Carretera de Ledesma abajo, fue rumiando sus alternativas. Lo buscaría hasta debajo de las piedras y le daría su merecido allí donde se encontrara con su sucia jeta de mamón en nómina. No hizo otra cosa en toda la mañana. El dinero prometido era tanto que podría irse de Salamanca en el primer tren y no volver más. En el bolsillo llevaba la mitad de la

paga junto a la pistola, que no dejaba de palpar con fruición. Se sospechaba que era un ajuste de cuentas entre empresarios, que no tenía otra solución. A él ni le iba ni le venía, porque si la víctima se hubiera adelantado en contratarlo, el muerto sería el hombre que le pagaba para eliminar al otro. Así de sencillo. Como la vida misma.

La lluvia arreciaba y había barrido a la gente de la calle. Empezaban a formarse charcos en la calzada, que reflejaban un cielo tenebroso. A media tarde se habían encendido las luces de los escaparates, que echaban regueros de una pálida claridad sobre las aceras. Se había refugiado en un portal junto a otros transeúntes, que se lamentaban del mal tiempo. Su objetivo, del que no se olvidaba ni un momento, era un hombre conocido en la ciudad, que de cuando en cuando aparecía en los periódicos, como benefactor y caritativo, de unos cincuenta años, cuerpo robusto y ojos vivos, con perfil de rata y boca grande, con despiadados labios finos, que se le abrían en la cara abrupta como un tajo. Las fuertes mandíbulas completaban su fisonomía agresiva y terca, de personaje hecho a sí mismo. Malo para tenerlo de enemigo. Y lo vio delante de él, como si la providencia le ayudara. Se había cobijado en un portal de enfrente, con otros dos tipos, con los que hablaba como si fueran amigos. Reían y escrutaban las nubes. Cuando lo reconoció se dio cuenta de que lo estaba mirando, con fijeza, como si lo desnudara. Tampoco él pudo dejar de mirarlo, con la misma mala voluntad.

Todos esperaron inútilmente a que dejara de llover. Cada vez se hacía más arriesgado dejar el techo de los portales. Algunos se atrevieron con el agua salpicándoles los tobillos. Pero ni él ni el otro y sus acompañantes se movieron. Continuaron, espiándose, de portal a portal, adivinándose, esperándose. Por algunos detalles, dedujo que los dos hombres que estaban con su víctima eran dos guardaespaldas. La luz fue menguando poco a poco, anticipándose a los acontecimientos. Pasó un taxi regando las aceras, dejando una salva de indignaciones airadas. Durante un buen rato no cruzó nadie ante ellos, que se iban quedando cara a cara. Él tenía la mano en la pistola. La oscuridad llegó a ser oprimente y el otro se largó, acompañado de sus ángeles custodios, que no tenían ni mucho menos cara de ángel. Se fueron ofensivamente riendo, y él salió del portal y se fue tras ellos. Los siguió un trecho, bajando por Obispo Jarrín hacia la Gran Vía. Eran tres y se apresuraban en medio de la lluvia. Al día siguiente, los periódicos dirían que había muerto de un infarto de miocardio. Las calles estaban desiertas y el agua lo iba llenando todo. Al cruzar la Plaza de San Julián, el otro le gritó. «No tengas tantas prisas, que te vas a mojar», al tiempo que los otros dos se daban la vuelta con las pistolas en la mano y le vaciaban los cargadores encima. Él disparó, mientras caía al suelo, rebozándose en un charco de agua sucia.

El agua le cegó y no pudo ver si había alcanzado a alguno. La hemorragia múltiple fue tiñendo de rojo el gran charco donde se revolcaba de dolor. No distinguía nada, salvo la lluvia cayendo con furia sobre su cabeza. Intentó levantarse y no pudo. Maldijo su suerte y su torpeza. No había nadie a su alrededor. Consiguió ponerse de

rodillas. Sufrió un vahído, perdió el conocimiento y volvió a caer al suelo encharcado. Cuando pudo abrir los ojos vio confusamente que el agua le estaba empapando la ropa, ahogándolo. Pensó en la finca donde había pasado su niñez y su juventud, donde siempre hacía calor y lucía el sol y pensó en el error que había cometido y en que los errores se pagan caros. Intentó de nuevo ponerse en pie, pero no lo consiguió. Maldijo su suerte y se acordó de la puta madre de los que se habían adelantado a su pistola. Tuvo un temblor definitivo y se quedó inerte, bajo la riada creciente.

Se miraron, sonrientes y resignados, sin acabar de creérselo. «Otra vez será», pensaron a la vez y se midieron con los ojos, evaluando las posibilidades del otro y, como buenos chicos, se desearon suerte y, en un momento que el cielo amagó una claridad inesperada, se echaron a la calzada, gozosos y liberados, como hubieran hecho en la salida, si no se hubiera suspendido la carrera. Pedalearon con fuerza hasta coger el ritmo. Se les veía contentos, haciendo lo que querían, se intercambiaban bromas, se palmeaban las espaldas, como cachorros revoltosos, que estrenan espacio. Felices de poder moverse, de sentirse libres y fuertes y jóvenes. Tenían la misma potente pedalada y respiraban casi al unísono, con los músculos acordados de las piernas, la cabeza metida entre los hombros y los brazos tensos sobre el manillar dócil. Se enfrentaron a la cuesta del Paseo de Canalejas, que les pedía tomárselo en serio, como si tuvieran los motores sincronizados, cambiaron de piñón al mismo tiempo, obligados por el repecho pronunciado, poniendo a prueba su habilidad de escaladores. Se levantaron del sillín, más que unánimes, gemelos, con los músculos todavía fríos, pero obedientes a su voluntad de hierro. Respiraron a gusto, en la fría mañana.

Para ir a sus casas, en el extrarradio de la ciudad, debían seguir durante un buen trecho el itinerario de la carrera, pero al revés. Era un espectáculo verlos, subiendo la cuesta con aparente facilidad, sin esfuerzo, bajo la lluvia fina, que seguía cayendo y que los aureolaba con un nimbo de elegidos. Altos, aguerridos, con un ligero bamboleo de expertos sobre las bicicletas, cabeceando, ágiles e ingrátidos. El hecho de llevar el chubasquero del mismo color canela aumentaba el espejismo de la duplicidad. No se arredraron por el agua, faltaría más, que iba formando bajo las ruedas una ligera película resbaladiza y peligrosa. Volaban sobre los charcos del asfalto, que se escurrían hacia las cloacas del encintado, que empezaban a regurgitar el agua embalsada. Coronaron la subida a la par y se lanzaron a la bajada a tumba abierta, en un derroche de facultades, de niños traviosos, jugando a la locura y permitiéndose el lujo de ir haciendo eses locas, de anchas trayectorias semicirculares, desafiándose a montar más números de acrobacias circenses, sin manos en el manillar, con los pies fuera de los pedales. La gente los veía pasar y sólo tenían tiempo de oír sus risas y ver sus gorros mojados, pegados a la cabeza, eufóricos,

pletóricos de salud y de fortaleza muscular, como si el mundo fuera un decorado en el que plantar su yo, encorocado y desafiante.

Cruzaron delante de la Alamedilla y embocaron la Avenida de Mirat, ciegos y encandilados por la carrera, levantándose sobre los pedales para afrontar con éxito la cuesta arriba. Como si probaran el trazado de la frustrada carrera o quisieran reconocerlo. No se sabe cuál de los dos adelantó una rueda, lo que despertó una rápida reacción incontrolada en el otro, que no quería ir detrás, ni ceder un metro en la improvisada confrontación. Se picaron y se echaron hacia delante, como si estuvieran compitiendo de verdad, se pusieron las pilas y se olvidaron de la camaradería y de las sonrisas. La calle cada vez traía más agua y más arriscada. Las llantas salpicaban un arcoíris de gotas despendoladas. En la Puerta de Zamora tendrían que haberse separado para ir a sus casas, uno hacia Torres Villarroel, el otro hacia la carretera de Ledesma. Pero la pasaron de largo, embebidos, metidos en la furia ciega de la rivalidad encendida. Sin contemplaciones, sin razón. No había público ni aplausos; pero no hacía falta. Ellos los oían, los veían, estimulantes, salidos de una multitud invisible y enardecida. No se jugaban ni la honra. Encogidos sobre sí mismos, ligeramente encorvados, con la fuerza de la tensión, en una pura línea recta, con los ojos fijos en la carretera, que se había convertido en un arroyo, sin más objetivo que demostrarse a sí mismos su superioridad. Iban transportados, mudos, encerrados en los oscuros fondos de la ambición y el orgullo. Jueces de sí mismos, sin más recompensa que la humillación del otro. Como dos energúmenos, empeñados en demostrarlo. Dos locos queriendo enseñar su locura, dos líneas de fuego incontrolado.

Como si estuvieran programados para hacerlo, se metieron, sólidos y compactos, por el Paseo de las Carmelitas, llano, recto, amplio y vacío, sin obstáculos a su marcha loca. Se lo tragaron, de principio a fin, en un santiamén, con la suculencia de unos hambrientos. No había nadie que los animara, ni que los viera, ni meta que los esperara. Estaban solos, como en un desierto con árboles. A aquella velocidad y con la que estaba cayendo, apenas veían y desde luego ignoraban el suelo que pisaban con las ruedas, a tope. La falta de fluidez de las llantas, refrenadas por el agua, les servía de acicate para aumentar sus fuerzas y despreciar los peligros de una caída, que ni entraba en sus imaginaciones calientes y desdeñosas. De fuerzas parejas, ninguno conseguía despegarse del otro. Volaban a la par, con la sucia presencia del otro a su lado, odiosa, imbatible, fija como la propia sombra, constante como una pesadilla, de la que no podían escapar. Condenados a ir juntos. Había espacio suficiente por delante para desahogar la rabia. Porque ninguno de los dos se daba por vencido. Conocían, como la palma de la mano, hasta los baches de aquel recorrido y no esperaban ninguna sorpresa del trazado, que tanto habían frecuentado desde niños y donde habían soñado por primera vez ser campeones invencibles, sin nadie que les hiciera sombra, excelentes y únicos, gloriosos, extraordinarios, leyendo ya los grandes titulares de los periódicos del día siguiente y la foto de la primera página.

Pedaleaban con furia, como si estuvieran compitiendo por el triunfo, como si la carrera se estuviera celebrando y la meta esperara al final para coronarlos. En un instante se plantaron frente al Campo de San Francisco, que no vieron, ni olieron, y pasaron de largo, envueltos en el vaho de sus esfuerzos, en el sudor confundido con el agua, precipitándose hacia la Cuesta de San Vicente, sin frenos, como si cayeran al abismo. Los regueros de agua habían convertido aquella bajada en una pista resbaladiza. Ninguno de los dos se quería rebajar ni ceder un ápice de carretera a su rival, hasta el último aliento, y continuaron batiéndose, codo con codo, en aquella escarpadura asesina, que abocaba al río. Nadie pudo decir que se empujaron o se cortaran el paso o hicieran una maniobra mínimamente ilegal, sin perder ni un solo momento el dominio de sus bicicletas. Volaron, cuesta abajo, aceleraron en la recta final, como es de ley, disputándose los últimos centímetros. La amplia curva de la carretera los empujó hacia la tangente y chocaron en su frenético desvarío y se les trabaron las ruedas, los manillares, y cayeron en un trágico abrazo, que los arrastró durante un largo tramo, pendiente abajo, y, después de golpearse contra los árboles de la orilla, los precipitó sobre el río, que ya había rebasado en mucho su cauce habitual. Lucharon por desengancharse, se debatieron entre las aguas turbulentas, abrieron sus bocas, en un gesto desesperado de horror y de triunfo y muy pronto desaparecieron, en un revoltijo de brazos, piernas, llantas, chubasqueros, gorras y tubos de acero.

Contra lo esperado, contra lo deseado y contra la normalidad de las estadísticas, el tiempo se cerró en lluvias y no mostraba señales de cambiar. Los taxis seguían salpicando la mañana con sus carreras locas. En las calles, sobre el enlosado desigual o el asfalto cuarteado se empezaban a formar grandes charcos, con voluntad de lagunas, que reflejaban la poca luz que caía del cielo. Por la calzada se iban engrosando arroyuelos, como aprendices de ríos, que unían sus fuerzas, con ímpetu creciente, hasta desembocar en las cloacas municipales, que los acogían con delectación de sedientos. Como si fuera ya el pleno invierno y hubiera ocurrido la primera descarga del año. Pero era un octubre primerizo, que ensayaba el otoño. Sobre la veleta de San Martín, el caballito de hierro había perdido el norte y daba vueltas y vueltas en su busca. Los esquilonos de los conventos se dejaban oír en una lejanía de niebla y de misterio, como un mensaje de aquel lirismo dengue de la lluvia que envolvía la ciudad.

Por fin, el agua se tomó en serio y se dejó caer de un modo continuo, que fue recibido con alivio por el personal, para olvidar la sequedad del verano y afrontar la realidad del invierno. Llovía con la naturalidad del calendario. Había hecho algunos tímidos intentos fallidos, perdidos en chubascos de chicha y nabo y en revoleras de patio de vecindad. Aguaceros de aperitivo, que los árboles recibieron con alborozo y los niños con alegría. La gente sacó sus paraguas y oreó sus gabardinas olvidadas desde la lejana primavera. Los ritos meteorológicos se cumplían y los cuerpos

agradecían aquel lento enfriamiento otoñal, que devolvía la nostalgia del buen tiempo y confirmaba la hosquedad previsible del invierno, a la vuelta de la esquina. Salamanca estaba bonita con aquel ensayo temporal, que devolvía su lujo a la vieja metáfora del oro viejo de sus piedras. La veleta de San Martín se volvía loca buscando la dirección de la lluvia, a los cuatro vientos, sin encontrarla.

Empezó lloviendo melancolía y terminó lloviendo tristeza, que degeneró al poco tiempo en desesperación.

Ella era fea con avaricia, sobre un cuerpo espléndido de adolescente colmada, y él era bello como el san Miguel de los altares, injerto en un cuerpo más bien esmirriado, de asceta en ejercicio. Se encontraron en un terreno más o menos neutral, en una iglesia de las afueras de la ciudad; ella, apasionada, obnubilada por la religión, llena de curiosidad por la vida, con las primeras interrogaciones sin respuesta y los primeros enigmas de su organismo célibe despertándose, y él, nacido en una familia católica a machamartillo, con la ingenuidad de un celibato elegido libremente, sustentado por la fe y mantenido por la voluntad, sin una quiebra, ni menos una opción alternativa. Él era sacerdote y ella, feligresa de su parroquia. Compartieron, sin conocerse, misas, novenas, procesiones, rosarios, pláticas piadosas y un júbilo de palomas sueltas, sobre la claridad de la mañana de los domingos, como un buen augurio. Un día sintieron un súbito y avasallador deseo mutuo en sus cuerpos jóvenes y primaverales y, tras mucho pensárselo y venciendo muchas resistencias dolorosas, hicieron el amor, una noche de verano, llena de estrellas fugaces, reflejadas en el río, y sombras propicias entre chopos de la ribera, con olor a resina y a madera recién cortada. Todo hubiera quedado en un episodio fugaz, para el remordimiento, si ella no hubiera quedado preñada en el primer envite y él no fuera el coadjutor de su parroquia.

Los dos eran serios y responsables, demasiado. El mundo se les vino encima y no supieron qué hacer, desde que las pruebas del laboratorio confirmaron el embarazo. En el aturdimiento inicial, sin atreverse a mirarse a la cara, entre austeras penitencias y pánicos incontrolados, creyeron morir de vergüenza y de arrepentimiento. Él no se decidía a contarle su pecado a su confesor y ella no se lo decía a su familia. No les preocupaba tanto el pecado cometido, como el escándalo social y el delito penal, pues ella era menor de edad y él, su mentor, con el presunto abuso de confianza y autoridad. Ella, a pesar de todo, estaba muy contenta con su embrión, creciendo, en el vientre; pero él estaba desesperado y no comía, con un nudo permanente en el estómago, ni dormía, víctima de un insomnio pertinaz, ni sosegaba, con un hormigueo en la piel, que le impedía serenarse y ver alguna salida a su situación, que le desbordaba por todas partes, incluidos el temor a la jerarquía eclesiástica y a la simple justicia institucional, además del temor de Dios, que parecía implacable. Los dos eran inocentes y deseaban, como buenos amantes, aunque ocasionales, el bien del otro, en un reflejo de generosidades compartidas.

Se lo pensaron mucho y lo hablaron durante días. Ella quería repetir; pero él no quería volver a hacerlo, por nada del mundo, aunque se muriera de ganas por gozar de nuevo de las delicias de aquel cándido cuerpo, generosamente entregado, del que no le habían hablado los tratados de moral del Seminario. Antes de que fuera demasiado tarde, y después de encrespados conflictos de conciencia, él llegó a la conclusión de que lo mejor era que ella abortara, aunque al pecado del sexo añadieran el pecado de la interrupción del embarazo. Esta solución era buena para todos, aunque él cargara con la peor culpa. Bueno para ella, bueno para él, bueno para el nonato, bueno para el buen nombre de la Iglesia y bueno para la sociedad. Temía el escándalo, la reprobación social, el descrédito sacerdotal y el juicio de los tribunales. Condenado por Dios, preveía una vida de expiación para impetrar el perdón divino, que estaba dispuesto a solicitarlo día y noche, hasta el fin de su vida.

Pero ella no lo veía así. Quería su criatura y su concepto del pecado era más bien laxo, a pesar de sus creencias y de sus prácticas religiosas. Estaba enamorada del cura y le parecía lo más natural que ese amor total, sincero y avasallador hubiera dado su fruto. El hijo los redimía del pecado, dijeran lo que dijeran los tratados de moral. Se ciscaba en la sociedad y en sus prejuicios. Era más fuerte su sentimiento de la maternidad y su feminidad exaltada, como una resuelta afirmación de su cuerpo y una heroica aceptación de sí misma, con todas sus consecuencias. Estaba feliz imaginando su niño y pensando que el ideal sería que se pareciera a su amante, pues ella reconocía tanto la belleza de su hombre como su fealdad de museo. Se acariciaba el vientre con las manos, como si tocara el altar de sus nuevas devociones. Se encontraba con derecho a tener un hijo y a vivir para él, como un mandato de la naturaleza, sentido como un imperativo. Lo que le pasaba a él es que no la quería y hubiera querido que no hubiera pasado.

Él, cobarde y caviloso, vivía horrorizado, andaba ojeroso y no podía ni imaginar su paternidad, pensando que era un sacerdote, entregado al servicio de Dios, sin que nada hubiera cambiado en su vida, por aquel desgraciado accidente, del que se arrepintió nada más ocurrir, ni en sus creencias, ni en sus obligaciones sacerdotales, que continuó cumpliendo con ejemplaridad. Haber caído en aquella tentación había sido un episodio insignificante en su existencia de hombre piadoso y en la firmeza de sus compromisos, lo que no quitaba que amase a aquella muchacha con todo el amor de su corazón creyente, compartido con el amor a Dios. Aquel desliz insignificante no podía cambiar su destino ni influir en sus proyectos ni en sus ideas. Había sido víctima de múltiples contradicciones, y cuando veía a aquella muchacha, ingenua y confiada, que le había hecho conocer el placer prohibido, se llenaba de remordimientos y veía en los sufrimientos de aquella situación la señal de la condena divina y un castigo anticipado por la enormidad de su falta. Pero, si aquello ya no se podía remediar, el delito social se podía evitar, y, tras la enormidad de la transgresión de los mandamientos, el aborto le parecía un mal menor, porque redundaría en beneficio de la fe católica.

La resistencia de ella al aborto empezó a inquietarlo, después a irritarlo y finalmente a enloquecerlo. Porque, en vista de su negativa, llegó a la dolorosa conclusión de que tendría que obligarla a abortar, de un modo o de otro. Se veían poco, desde que se confirmó el embarazo, para no añadir más leña al fuego. Pero, cuando se veían, no podían dejar de discutir, cada vez de una manera más enrabiada y más desabrida, porque ninguno de los dos daba su brazo a torcer. Ella se cerraba a los razonamientos del cura y él se negaba a escucharla. Ella miraba al futuro, él, al presente inmediato. La violencia física empezó a insinuarse en sus relaciones. Ella no quería ni verlo, aunque siguiera amándolo. Él la perseguía, aunque cada vez la quisiera menos. Se encontraban en los sitios más inverosímiles, en la oscuridad de un cine, en el extrarradio de la ciudad al atardecer, en un rincón de la catedral, llena de turistas. Su comunicación se ensombreció por aquel cielo lluvioso, que favorecía el malhumor.

Un cura acorralado, que se descubrió una vena intransigente y brutal. Sus encuentros se convirtieron en un forcejeo despiadado, en el que el hombre se excedía en su papel de grosero mandón, que por nada del mundo se dejaría convencer. Pretendía que ella, quisiera o no, abortara, para lo que él pondría los medios y el dinero. Con el paso del tiempo arrancaron los insultos, de una refinada maldad. Él se sentía engañado por una mujer sin escrúpulos, que se había aprovechado de su debilidad y de su ignorancia, para conseguir un hijo. Ella lloraba su desconsuelo y reafirmaba su voluntad de defender al hijo contra viento y marea. Cuando él le puso las manos encima, ella saltó como una leona, inesperadamente recrecida. Dejó de llorar y se encerró en un mutismo trágico, en el que todo eran ojos y boca temblorosa. La respiración entrecortada ponía una espera dramática en la escena, que se desarrollaba a espaldas de las catedrales, en el Patio Chico, sin gente a aquellas horas.

No se habían dado cuenta de que lo que había empezado siendo una lluvia fina, que había vaciado las calles y los había aislado en aquel rincón, a trasmano de todo, se había ido convirtiendo en un aguacero torrencial, que resbalaba sobre el empedrado de la trascatedral. Cuando ya estaban empapados, se arrimaron al cobijo de las puertas de la iglesia mayor, a la vera de la Torre del Gallo. Ella tenía escalofríos y se cubría el vientre con las manos, como para preservar del agua sus entrañas maternas. Él veía escurrirse el agua entre las piedras, aumentando su disgusto, indiferente a todo lo que no fuera el difícil futuro que le esperaba y que no encontraba el modo de eludir. El agua seguía creciendo; delante de ellos se había formado una charca que se drenaba hacia el río. No había ni un alma. Intentaron marcharse, pero no pudieron. Ella golpeaba con sus puños de muñeca las enormes puertas de la Catedral Nueva, que recibían los golpes con la inerte indiferencia de la madera vieja, agrietada por el tiempo, perdida la pintura, sólida con los herrajes ornamentales, de muralla infranqueable. El Patio Chico era una torrentera.

Ella sentía frío y con su ternura a flor de piel, olvidándose de todo, se arrimó a él, que, al notar su contacto, dio un respingo y se apartó, sin siquiera mirarla,

enfurruñado hasta la grosería. Le hubiera gustado estar lejos, no haberla conocido y, por descontado, no haber caído en la tentación del sexo, empujado por el demonio. Aterida de frío y ensopada hasta la ropa interior, ella sintió un oscuro dolor en el bajo vientre y se asustó. Se lo dijo a él, que la miró, perplejo y, por un instante, le pasó por la cabeza la idea de un aborto natural, que turbiamente le agradó. Los dolores de ella aumentaron y se le escaparon algunos gritos. Él no hacía más que mirar hacia todos los lados de la Plaza, temiendo los testigos. La cobardía más negra le mordió las entrañas y de un salto echó a correr, bajo la lluvia avasalladora. A los pocos metros resbaló o tropezó con alguna piedra, cayendo al torrente. Ella lo vio y tuvo el impulso de socorrerlo, pero la cortina de agua que estaba cayendo y los dolores crecientes de su vientre la contuvieron y, al verlo levantarse, confió en que volviera a su lado. Pero no lo hizo, dudó un momento y se largó buscando la calle del Arcediano, a cuerpo limpio, con un gesto de determinación incommovible, sin embargo no llegó muy lejos, y ante la mirada angustiada de la muchacha, volvió a caer en la corriente que se precipitaba hacia el río. Y ya no se levantó. Ella gritó y la torrentera lo fue empujando por el declive de la Plaza, primero a cortos revolcones y después a impetuosos golpes de marea encrespada.

Ella sintió la invasión de la soledad. El mundo se le vino encima. Estaba sola. Por primera vez en su vida, no había un hombre que la amparara. Primero, su padre. Después aquel Dios Padre de su fe religiosa, que lo había sustituido con ventaja y, finalmente, el joven cura que los había mejorado a los dos. Y ahora era una muchacha desamparada. Estaba temblando, se acurrucó contra las jambas de las grandes puertas, adonde todavía no había llegado el agua. Se cogió las rodillas con los brazos y se acunó en un vaivén obsesivo de enajenada. La luz del día se iba perdiendo. Estaba rodeada de piedras gloriosas, que había aprendido a amar, desde niña, como signos de la divinidad. No podía hacer otra cosa que esperar a que escampara, mientras había empezado a desangrarse, por las piernas. Ni siquiera lloraba. Había dejado de gritar y el espanto de la muerte, rodeada de silencio y soledad, empezó a insinuársele. No tenía escapatoria. Hacía mucho tiempo que nadie pasaba por allí y no parecía que nadie fuera a aparecer, con la que estaba cayendo. Se negó las lágrimas y se apretó el vientre con las piernas abrazadas. Miró las hornacinas vacías de los santos de los arquivados de la fachada. Elevó sus ojos a la Torre del Gallo, que aguantaba el chaparrón con su indiferencia secular. Se fijó en las troneras del ábside de la Catedral Vieja, que tantas veces había visto desde el interior. Evocó, como una imagen grata, en medio de la desolación, las pinturas del retablo del altar mayor, que estaban de la otra parte del muro. Sintió unos fuertes retortijones en el bajo vientre y se asustó más. La escasa luz apenas le dejaba ver el lugar donde estaba. Se puso a llorar, oyendo las voces alteradas que le venían desde detrás de las enormes puertas de la catedral, que no se abrían a sus apremiantes demandas.

En un accidente de tráfico, en Estados Unidos, la policía científica estaba investigando un accidente, con un ocupante del vehículo muerto y el coche despanzurrado en la cuneta. La denuncia anónima hablaba de una víctima, que no aparecía por ninguna parte. Uno de los policías, nada más llegar al lugar del suceso, va y dice: «La víctima no aparece porque es un negro». Sorprendidos todos por su perspicacia, le preguntaron cómo había llegado a esa conclusión tan rápida, sin conocer las circunstancias ni haber oído las declaraciones de los testigos. «Porque si hubiera sido un blanco, habría marcas del frenazo».

Dejaros de pamplinas y vamos a lo nuestro, que me parece que, a este paso, hoy no nos estrenamos ni de coña.

Yo estoy harto de andar de acá para allá, sin provecho, mojándome a lo tonto. Me voy a mi casa, a secarme. No aguanto más. Ya tendremos más días. Por desgracia estos mamones no van a desaparecer de la noche a la mañana.

Espera un momento, no seas impaciente, la caza está al caer. No puedes dejarnos ahora, cuando viene lo mejor.

Llevamos toda la tarde sin provecho. Estoy cansado de esperar.

¿Dónde se han metido esos cabrones? En cuanto caen tres gotas se asustan y se meten en sus sucias madrigueras. Lo que pasa es que le tienen miedo al agua, por eso no se lavan nunca.

Pues, yo no me voy de vacío, aunque tenga que esperar a la noche y entrarles hasta la cocina o sacarles del camastro de su pocilga.

Como si los hubieran barrido. Se deben haber escondido.

A lo mejor nos han visto y se ha corrido la voz. Son unos cobardes. Negros de mierda tenían que ser. Están cagados de miedo y no se apartan del váter.

Mecagoendiez, esos hijos de puta. Son cobardes como conejos.

Al maricón del saxo le dimos su merecido, para que no vuelva a molestar con sus cursilerías de blando. Ya no hemos perdido el día del todo. El muy cabrón se nos iba a escapar. Hay que andar más ligeros. Era una buena pieza. Uno menos.

No te preocupes, ya vendrán más. Ninguno se irá de rositas.

Sabemos dónde encontrarlos. No se nos escapan.

¿Nos llegamos hasta el Arrabal, a ver si encontramos a algún pobre que cazar?

No podemos volvernos con las ganas. Estoy con el mono.

Se habrán escondido, por las cuatro gotas que están cayendo.

Le tienen miedo al agua; así huelen, los malditos.

Vamos deprisa, antes de que se haga de noche y no haya modo de verlos en la oscuridad.

No te preocupes, los descubrimos por los dientes.

Me cagüen la lluvia, nos ha estropeado el plan.

No hay que desesperar. Ya caerá alguno que se haya desmandado de la camada.

Con el agua estarán más blandos y los palos sonarán a gloria.

Según se mire.

Vamos marchando y en caso de apuro, para llevarnos algo a la boca, nos acercamos a ver si ha vuelto el músico de San Martín. Yo no me resigno a perder la tarde. Ya se le habrá pasado el susto y habrá vuelto a joder la marrana.

Si no apaleo a un pobre, esta noche tengo pesadillas. Palabra. Como si lo viera. Es automático.

Mejor ser un cabrón que un cobarde, sin agallas y sin lo que hay que tener.

¡Qué bien suena así! Ponle música, tío, y te forras. Menuda guita.

Dejaros de pamplinas y a lo que vamos. ¿Qué hacemos? No parece que vaya a escampar.

Seguir con lo pensado, a mí no me echa para atrás el agua.

Dejarlo ahora sería de mierda. A lo que estamos, pase lo que pase.

Así se habla, macho. Eres chiquito, pero matón.

¿Por dónde tiramos? ¿A la Prospe, al río, a los Pizarrales?

Me queman los palos en la mano, pidiendo guerra.

Yo me estoy empapando y no aguanto más. Me voy a casa.

No nos hagas esto, coño. La caza está al caer. Tengo un pálpito, que nunca me falla.

¿Cuándo ha dicho el mar que no quiere más agua? No nos vas a dejar ahora, que empieza lo bueno. No fastidies.

Me voy, otro día será. Con este tiempesito esos hijos de puta se han metido en sus podridas madrigueras.

Pues vamos a sus madrigueras. Yo no les tengo miedo.

Que si no, nos comen.

Y nos chafan el paisaje. Que dentro de poco ni lo conocemos. De llorar.

Ya teníamos bastante con los rojos, para que ahora vengan los negros...

... Y los moros y los amarillos. Y las dominicanas y las cholitas peruanas.

Algunas están buenas, para un favor.

No digas gilipolleces. Todas huelen a sobaco.

Todo es bosque, sabana y desierto subsaharianos.

Esto es una pena.

Esto empieza a oler a África.

Lo que nos faltaba. Que España se convierta en un país africano.

Lo último. Fijaros. El otro día vi una pareja de un negro y una blanca. Inaudito.

Siempre ha habido degeneradas. ¿Cómo se puede llegar tan bajo?

Norteamérica ha empezado su decadencia desde que a un medio negro lo han hecho presidente. Ya se ven las consecuencias.

El imperio declina. Ya se ríen de ellos hasta los chinos.

Además y, por si fuera poco, no te olvides. Son insolentes, groseros y maleducados.

Y ladrones compulsivos, en cuanto pueden.

Y violadores en potencia, en cuanto comen caliente y le dan confianza. Menudos son.

Habría que fumigarlos. Como una plaga.

Va a tener razón aquel escritor americano que decía que, con el tiempo, todos vamos a proceder del corazón de África.

Ya ha empezado.

Menos mal que he oído que aquí les van a quitar los derechos sociales.

Es lo menos que pueden hacer, para atajar la gangrena.

¡Que se jodan!

Que se vayan. Ya no vamos a poder ni salir a la calle.

Los tenían que poner de patitas en la frontera. Que se vayan por donde han venido.

Y no vuelvan más. ¡Qué peste!

Lo que tú decías antes. En un libro aburridísimo de mi primo Alberto, leí el final que decía, y el autor, un tipo norteamericano del Sur, que debe conocer bien el asunto y tener sus razones para decirlo: «Pienso que, a la larga, los Jim Bond (*un negro*), conquistarán el hemisferio occidental. Naturalmente, no lo veremos nosotros, y, a medida que avancen hacia los polos, ellos se blanquearán otra vez, como los conejos y las aves, para no destacar tanto en la nieve. Pero seguirán siendo siempre Jim Bond, y dentro de unos cuantos milenios yo, que te miro ahora, habré nacido también de las entrañas de los reyes africanos».

Menudo porvenir. Eso no puede ser.

Hay que hacer algo, antes de que sea tarde.

Pues, ahí tienes un Presidente americano negro.

Un error. Pero el pueblo norteamericano es un gran pueblo inteligente y no le volverán a meter otro gol igual.

Los cadáveres del río iniciaron su macabra ronda, antes del amanecer, como bultos oscuros y enigmáticos que flotaban en el agua, sobresaliendo apenas de la superficie encrespada y turbia, en aquella luz indecisa, como borrones a la deriva. Iban boca abajo, mirando al fondo abisal del río. Parecía que fueran escudriñando las profundidades acuáticas, en busca de su sombra. Sólo se les veía el colodrillo, la espalda, abombada por el agua, parte de las piernas y los calcañales desnudos, asomando sobre el tenue oleaje de la corriente rizada, que se demoraba, como en un espectáculo siniestro, con parsimonia de marcha fúnebre, en la débil claridad que empezaba a marcar los perfiles del mundo y dándole luz a la avidez de las miradas, con la perplejidad del despertar, todavía inacabado, todos atentos a ver bien y percatarse del tamaño de la tragedia, con la esperanza de que acabara pronto.

Junto a los cadáveres, se deslizaba, acompañándolos en un revoltijo tumultuoso,

una procesión funeral de animales ahogados, con las pieles erizadas y revueltas, troncos de árboles, con las ramas al aire, como jarcias vacías y caprichosas, con algo de cabelleras salvajes y tendederos de hierbas y de barro, zarzas y hojarasca, junto a cachivaches domésticos de desoladora intimidad, como una casa puesta en desbandada, mesas, colchones, cabezales de cama, vasares, sillas rotas, un lavabo con el espejo intacto y un sillón desventrado, con un gato atigrado agazapado en el fondo, hirsuto, con un inminente gesto de saltar en busca de la orilla, con los ojos inyectados de miedo y furor, las orejas tiesas y las uñas prontas para el ataque. Con sorpresa, un Cristo que navegaba, proa al horizonte, con la mirada doliente y hasta resignada, vuelta hacia el cielo, dejándose llevar hacia la noche, que velaba las lejanías y lo engullía todo con voracidad de océano.

Los cadáveres se fueron multiplicando por horas, anónimos y unánimes, navegando a la deriva, a veces chocándose, como barcas sin rumbo, hundiéndose y emergiendo unos metros más abajo, sin salirse de la inmensa espiral acuática, que aumentaba de diámetro a cada vuelta, obligándolos a volver, después de un largo recorrido de varios kilómetros, formando un siniestro circo de figuras humanas, que se movían con lentitud ritual y dramática terquedad de noria tétrica. Era de todo punto imposible identificar a los muertos, hinchados, demacrados, y ponerles rasgos y rostro vivo y condición social. Algunos debían de llevar horas y quizá días sujetos a aquel carrusel trágico, ya deformados y monstruosos, que se dejaban llevar con ingravidez de pesos muertos. Casi todos iban descamisados, medio desnudos, con jirones de tela sobre sus espaldas al aire. Otros conservaban la chaqueta puesta, con una seriedad ridícula. Las largas cabelleras femeninas se desparramaban sobre el agua, con aspecto de medusas.

Un golpe de sangre lo cegó, se olvidó de sus buenos propósitos, de sus planes de perdón y reconciliación, y zarandeó a su mujer, que estaba emergiendo, como una flor regada, del estado de semiinconsciencia en que sus golpes la habían sumido. Perdió los estribos otra vez y sin dejar de apremiarla le preguntó a gritos quién era ese Ricardo que había mencionado al despertar. Ella lo miró con perplejidad sin entender su pregunta y cerró los ojos, agotada por la reiteración de su violencia. Pero él no la dejó ir tan fácilmente y la cogió de la barbilla para obligarla a contestar, mirándole fijamente a los ojos. «¡Dilo, dilo! Zorra, malnacida, cretina, desgraciada». Ella estaba asustada, con cara de no comprender nada y eso acabó de exasperarlo. Le siguió agitando la cara durante un buen rato, hasta que estalló con una tanda de bofetadas, que la hicieron llorar, intentando librarse de las manos de aquel loco. Pero no lo consiguió, porque la tenía aferrada con un brazo de acero, que le aplastaba el antebrazo magullado con moratones y huellas de sangre.

La escena no parecía cambiar, petrificados en sus posturas. Ella yéndose en un llanto de silencio, con los ojos cerrados para no ver a su torturador, y él, babeando de

furor, golpeándola con el puño cerrado y volviendo una y otra vez a su angustiada pregunta inquisitiva, que se perdía en su furor y en el ahogo de su voz desesperada. Ella seguía llorando y él seguía pegándole, sin tregua. Nadie podía poner término a la paliza, porque si algún vecino los oyera pensaría que hacía tiempo que no habían discutido tanto, acostumbrados a la brutalidad de él y a los silencios dramáticos de ella, que ponían un fleco de resignación a los golpes de su marido. «Que se maten de una vez. La culpa es de ella que lo aguanta». Los más benévoloos se contentaban con pensar en llamar a la policía, sin pasar de un gesto de conmiseración. Al día siguiente, la verían con algún moratón, quizás el labio partido o un ojo a la virulé, como otras veces, compartiendo con ella un gesto de solidaridad y de compasión.

Nada se apartaba de la rutina y la lluvia que estaba cayendo ponía un tenue distanciamiento a la tragedia doméstica. La luz torcida añadía dramatismo a la escena, que se repetía, sin salida. Lo único nuevo era el sudor y la sangre que regaba la violencia. A ella le sangraba la nariz de diosa griega; a él le había crecido una espuma blanca en los labios, orlados de sudor. Cuando ella pareció salir de su marasmo resignado, intentó zafarse de la tenazón de las manos de su marido y logró apartarse unos metros. Él se abalanzó hacia delante, para impedirle la huida y, con su pierna ortopédica tesa y atravesada, perdió el equilibrio y cayó al suelo, con estrépito de hierros y blasfemias. Ella lo contempló, sin moverse, con el asco en la cara de todas las decepciones de su vida conyugal, ida en un llanto cálido de ira y de desprecio, que no hacía nada por ocultar. Él trataba de levantarse, falto de apoyos, en medio del salón, enfurecido por su impotencia, arañando la alfombra para ganar unos centímetros a su reptar de inválido, acercándose a un sillón para poder incorporarse, sin dejar de insultarla y de amenazarla, con su brazo airado.

Entonces ella, saliendo de su asombro y de su derrota, emergiendo de su inmovilidad y de su humillación, despertándose, cogió el atizador con el que él la había agredido y le rompió el cráneo con todas sus reivindicaciones femeninas en la furia de su brazo, con toda la fuerza de sus cuarenta años y la liberación de sus energías dormidas. Él trató de defenderse, asombrado, incrédulo, con el rostro sangrando y los ojos obnubilados por la locura, hasta que volvió a caer, gritando, quejándose, moviendo la pierna sana en un intento de ponerse de pie, derribando una mesita auxiliar, llena de cachivaches y fruslerías, que rodaron por el suelo. Ella le dejó hacer y vio cómo agarraba un bibelot de cerámica, esforzándose por levantar el brazo para lanzárselo. Después de unos estertores súbitos, se quedó inmóvil, bajo la mirada petrificada de ella, que se mantuvo erguida y despectiva, asustada, sin saber lo que había hecho, sin sentir el tiempo que fue pasando sobre el cadáver, sobre los muebles de la habitación, sobre la luz que se fue empalideciendo, sobre las palabras de la violencia, que se habían quedado en el aire, sobre la tragedia de aquel piso del barrio del Conejal, convertido en el escenario de un drama.

El día se había cerrado en lluvia y ella veló el cadáver toda la noche, sentada en una butaca, salpicada de sangre del muerto. En aquel largo velatorio, no dijo nada, ni

una oración piadosa, ni un desahogo sentimental, ni siquiera una recriminación reivindicativa. Tampoco le concedió una mirada al cuerpo, tendido en el suelo, con los brazos abiertos y las piernas en ademán de huida. Dejó que pasaran las horas sobre el silencio de la casa, y, cuando dio por finalizado aquel extraño duelo, se asomó a la calle y comprobó la crecida del agua, que no se la esperaba ni suponía su nivel. La casa estaba silenciosa y sólo la lluvia movía el silencio. Como tenía hambre comió algo del frigorífico y volvió a sentarse en la butaca, con ojos cerrados, las piernas recogidas y la cabeza apoyada en el respaldo. Se quedó dormida, se agitó en el sueño, sin abrir los ojos. Cuando despertó volvía a ser de día y comprobó que el nivel del agua en la calle había subido un par de metros. Se asustó y descubrió una ciudad vacía, fantasmal, por la que no andaban coches, ni se veía gente. Estuvo largo rato viendo llover, con inquietud de náufraga en una isla solitaria. Se acordó del teléfono y lo descolgó, pero no daba señal. Tuvo pánico con aquel muerto encima, que empezaba a estorbarle.

Esperó a la llegada de la noche y arrastró el cadáver hasta el balcón. Abrió las puertas y sintió la lluvia helada que le azotaba el cuerpo. Con gran trabajo arrimó el muerto a la barandilla, lo izó, empujándolo con los hombros, y lo dejó caer a la calle convertida en un río impetuoso. Lo vio hundirse en el agua y salir a flote, calle abajo, hasta perderse en la riada, camino de la calle Toro. Había sudado, durante la operación, y se metió en casa, temblando de frío. Fue entonces cuando se vio las ropas arrugadas, destrozadas y rotas, manchadas de sangre. Con asco, se las fue arrancando del cuerpo, con manos nerviosas, que terminaron de desgarrarlas. El vestido de crespón de lana naranja, que llevaba puesto hacía dos días. Después cogió otro vestido de algodón, listado en blanco, verde, pistacho, rosa y rojo, la combinación de seda, de largos tirantes y cenefa de encaje, el sujetador negro, que tanto enloquecía a su difunto marido, y las bragas del mismo color, que producían el mismo efecto en su amante. Con lentitud ceremonial se quitó las medias manchadas de sangre. Los zapatos los había perdido.

Con toda la ropa hizo un reburujo y lo tiró también por el balcón. Y se encontró desnuda, con un delicioso regusto de intimidad y plenitud. Le parecía que era más libre, con una mezcla de desafío y autocomplacencia, notando el aire circular sobre su piel, como recién nacida. Se palpó el vientre, se irguió los pechos con las manos y estiró el cuello levantando la barbilla. Sintió la tentación de verse y corrió al cuarto de baño, donde se contempló en el espejo de cuerpo entero. Se puso de perfil, de espaldas, de frente. Se recogió el pelo, en un moño improvisado, sobre la cabeza. Levantó los brazos, dejando al descubierto sus axilas, matizadas por un corto vello oscuro, que se acarició con gusto. Después se sacó la lengua y se aplastó la punta de la nariz con un dedo, sobre una sonrisa de burla. A sus espaldas seguía lloviendo con ganas, a mares. Pero la lluvia no le preocupaba. Se dejó ir por la molicie de su piel al aire, por el cansancio acumulado de tanto trajín, por una sensación de libertad que desconocía hasta entonces.

Cogió toda la ropa de su marido, las camisas blancas y a rayas y otras de color caqui, con sus correajes reglamentarios, de cuero oscuro, las corbatas civiles, casi sin usar, los zapatos del uniforme, los pañuelos, los calcetines, un chándal azul viejo, con los puños descosidos, una gorra de béisbol con las iniciales NY, una antigua sahariana con olor a desierto, conservada en naftalina, que casi le hizo llorar, con su gorro reglamentario, con huellas de sudor y borla bamboleante, unos leguis y unas botas altas de montar, con una espuela incorporada, un reloj de pulsera, parado a las cinco y veinte, un sombrero de fieltro con cinta marrón, una cartera de documentos vacía y ligeramente mugrienta, una pluma estilográfica de marca, unos cuadernos de apuntes, una medalla de honor, presuntamente de oro, concedida al valor, una biografía del general Franco, profusamente ilustrada, un libro de táctica y estrategia, unas fotos de familia, la jura de la bandera, jovencito, con uniforme del ejército español, con un fiero bigote y una sonrisa de oreja a oreja, que había desaparecido en las otras fotos, unos recortes de periódicos amarillos, con noticias de la guerra civil y de la posguerra, de un exaltado patriotismo, un atadizo de cartas y unas hojas de servicio en reconocimiento de sus altas virtudes castrenses.

Todo lo recogió, sin mirarlo, y lo fue tirando ceremoniosamente al río de la calle, con un gesto de alivio. Como si lo hubiera estado deseando durante mucho tiempo y no hubiera tenido oportunidad. Ni siquiera se preocupó de seguir con la mirada la azarosa navegación de aquel material de desecho. Cerró el balcón con cuidado de ama de casa hacendosa, corrió las cortinas, como el telón último de un drama, y recolocó los muebles en su sitio. Después se tumbó en la cama, con un suspiro de gozo, porque todo estaba ya en orden, y se quedó dormida, distendida y aparentemente feliz. Cuando al cabo de ocho horas se despertó con frío, se dio cuenta de que el agua había entrado en el dormitorio y lo había anegado todo. Con disgusto vio que sus preciosas zapatillas de noche, con pompón verde, sobrenadaban en el diminuto mar de la habitación. Se dio la vuelta y trató de seguir durmiendo.

Tenía sed, pero no podía beber, porque estaba boca arriba, no podía darse la vuelta y las piernas dormidas no le obedecían. Abrió los ojos con trabajo y la oscuridad apenas le dejó ver el techo de piedras que le cerraba la vista. Pensó en una sepultura. Como si estuviera en la cárcel. Se notó sangre en la cara y un gusto ácido en la boca. Intentó moverse, para levantarse, pero el fango del lecho del río lo tenía atrapado con una masa pastosa de barro. Estaba envuelto en un amasijo de mantas, harapos y dolores, que le impedían pensar, hacer algo. Notó un cambio en el ruido de la corriente, como si fluyera más deprisa. Un mareo le impidió seguir pensando. Todo se le nubló y la oscuridad se le hizo más densa, más macabra. Cuando volvió en sí, ya no veía nada, las lágrimas se le mezclaban con un extraño sudor y con los regueros de sangre que fluían de su nariz y de las heridas de su cabeza. Creyó oír voces próximas y agitó, con gran esfuerzo, una mano de advertencia, de derrota. Pensó que aquellos

jóvenes brutales volvían. ¿Quién los había educado así? Se resignó al dolor, como a una vieja costumbre de su organismo. El silencio lo llenó todo, menos el murmullo del río, que le seguía sonando en los oídos como un taladro mecánico, que le raspaba el sufrimiento. Pensó que empezaba a morir y que esta vez no tenía escapatoria. Le dolían los golpes, como si se los estuvieran dando. Se quejaba, pedía perdón, lloraba, aliviado. ¿Por qué le habían pegado?

Quiso olvidarse de todo, pensando en su pasado. Su niñez desamparada, en aquel pueblo del oeste; su adolescencia conflictiva, con peleas con sus compañeros de clase, con sus convecinos, por una necesidad de afirmación; su juventud difícil en el ambiente hostil de la ciudad y del colegio de religiosos, que le hicieron la vida imposible, con violencias de reformatorio; la universidad y sus primeras satisfacciones intelectuales, los primeros amores turbulentos, los primeros éxitos académicos; los ecos desflecados del *Gaudeamus, igitur*, su título universitario de Doctor *cum laude*, y el gran error de su boda con una mujer insoportable, que le fue agriando la vida, limando sus opciones, hasta destrozársela; los hijos y su incompreensión; su aislamiento profesional, su degradación moral, sus cobardías; la pérdida de sus amigos muertos, sus dificultades de relación social, el trago de los cuarenta años, su abandono laboral, su pérdida del empleo, su declive físico, su desgana vital, la rémora de sus fracasos, el remordimiento de sus errores, la ruina familiar, su vida marginal y vagabunda, su pusilánime aceptación del destino, su experiencia de la crueldad humana, el sol y el polvo de los caminos, la perversidad sañuda de los jóvenes, sus terrores nocturnos, la creciente nostalgia de la niñez, la espera de la muerte y la esperanza ya sin horizonte.

Recordó que una vez, cuando iban a operarle de los ojos, el médico le dio un buen consejo: «Piense en algo agradable». Intentó encontrar en el pasado alguna imagen luminosa que le trajera la idea de la felicidad, de la plenitud. Le dio vueltas en su cabeza, ya en el quirófano. Repasó apresuradamente el desarrollo de su vida, las situaciones agradables que le pudieran conducir a algo parecido a la satisfacción, que le relajaran la tensión ocular, y no encontró nada. Le resultó horrible, el descubrimiento; pero aquella sensación relajante no existía en su vida. Pasados los años de la inconsciencia infantil, no encontraba nada que fuera suficientemente agradable como para sedar sus ojos heridos, para aflojar sus tensiones, para inundarlos de luz por dentro. No encontró nada en su vida adulta, en los años de su trabajo profesional, en su experiencia matrimonial, en su papel de padre, y quizá por eso la operación no dio resultado y arrastró toda su vida sus ojos lastrados. Pero tampoco en la soledad de su vagabundaje final había encontrado la liberación que se prometía.

El nivel del agua subió unos centímetros y lo notó en sus ropas empapadas, en la humedad que renovó el frío de su piel. Tuvo que retroceder, con un gran trabajo de todo su cuerpo, arrastrándose unos metros para que el agua no le alcanzara de lleno. Aquel movimiento penoso lo despertó y se dio cuenta, de un modo confuso, de su

situación desesperada. Por fin, todo se terminaba, lo que había estado queriendo y deseando durante años iba a suceder. Pero esta idea no le causó ninguna alegría. Se echó encima la culpa de todo. Los otros, los amigos, los conocidos, los vecinos habían hecho lo que él no se había atrevido. Pensó que era un cobarde y que siempre lo había sido. Sintió la soledad del frío y estuvo mirando de reojo el agua revuelta y arremolinada que le rodeaba, para comprobar que efectivamente estaba subiendo, pero poco a poco. Lloró por él mismo un llanto convulso y purificador.

Descubrió, de casualidad, que había perdido la visión de un ojo. Se palpó los chichones de la cabeza que le dolían y sangraban. Tenía la nariz rota y se tocó la ternilla destrozada, como la de un boxeador. Respiró hondo, con un ruido nasal desagradable, y deseó morir antes de que el agua lo cubriera. Tuvo miedo de ahogarse, de tardar en morir, con un último dolor añadido. No podía dejar de ser un cobarde. Siempre había tenido miedo de algo. La vida, el trabajo, la gente, las decisiones, las renunciadas, los proyectos, las enfermedades. El mundo había sido su gran enemigo. También tenía miedo del agua. Notó que estaba vaciando su vejiga y sintió un alivio. Movié los pies para acelerar el final. Se volvió a desmayar y gritó con todas sus fuerzas, que eran pocas, hasta desgañitarse, en confusos combates consigo mismo. Insultó al vacío. Volvió a perder el conocimiento. Cayó en un precipicio sin fondo, que se prolongaba, según él iba cayendo, sin perder la conciencia de su caída.

Probablemente lo que era ahora, un guiñapo a merced del agua del río, lo había sido siempre. Los años de vagabundo lo habían convertido en un largo y penoso noviciado en sí mismo. Su error había sido querer ser otra cosa, movido por una falsa ilusión de redención y mejora. Despreciado, marginado, apedreado, escupido, apaleado, negado y envilecido, había sido lo que era. Su último episodio lo había encajado en su ser. Si se hubiera dado cuenta antes, a lo mejor su vida hubiera sido otra y hubiera alcanzado la felicidad, de la que todos hablaban. Había estado condenado desde el principio. Como Caín, que llevaba el estigma de su destino en la frente. Estaba prisionero, sentenciado. Y aquella muerte próxima era la consecuencia lógica de toda su existencia y resignarse era el final de su última e inútil lucidez.

Cuando se despertó, el agua empezaba a cubrirlo, en mansos lametones repetidos, casi acariciándolo, con suavidad de mimo. Tenía el cuerpo yerto, respiraba. Notó que el aire le seguía entrando por la boca. Tosió con la garganta seca. Estaba agotado de sus esfuerzos por escapar de la amenaza del agua. Quería morir, pero no se daba por vencido. Creyó entrever que la luz volvía, pero no supo si era el buen sol del amanecer o una linterna que iluminaba el rincón de su agonía. ¿Le estaba mirando alguien? ¿Merecía la pena pedir auxilio? Decidió que era el sol, por la intensidad de la luz y el calor extendido sobre la piel de su cara, que el agua todavía respetaba. No le parecía estar del todo mal. Aquella claridad era de esperanza. Alguien le sacaría de allí. Estaba en Salamanca, en el lugar de su nacimiento, donde había vivido la mayor parte de su vida. Alguien lo conocería. Un golpe de agua afortunado o unas manos

piadosas —no supo discernir bien— lo arrancaron de un tirón del lecho del río, donde yacía enfangado, y fue arrastrado, aguas abajo, hecho una piltrafa inerte, mirando al cielo, flotando, ya cadáver, Puente Romano abajo, entre árboles otoñales y hojas secas a la deriva.

Los que se habían asomado a los restos de la muralla, repitiendo el gesto tradicional de otear el horizonte, para advertir la llegada del peligro enemigo, asistieron a una trágica secuencia de desechos, que no dejaba de cruzar delante de la ciudad, que se ocultaba como detrás de un llanto, en el límite de sus últimas lágrimas. La luz solar estaba tamizada por una cortina de neblinosa humedad, que apenas iluminaba aquel cuadro de ruina y desolación, que estaba cercando Salamanca, con la tensa decisión de un cruel ejército de bárbaros ciegos, que viniera a cobrarse sus víctimas y sus tributos de sangre, con obsesiva tenacidad de asesinos. Aquel torpe ensayo de piélagos inabarcable había convertido la llanura de la Armuña en una lámina de acero gris, de la que apenas sobresalían unas siluetas, vagamente reconocibles, de tejados, espadañas y postes del tendido eléctrico. Aquel lago era un espejo que reflejaba un cielo uniformemente anubarrado, sostenido por una claridad difusa, que impedía notar el paso de las horas. Una brisa, apenas perezosa, señalaba la frontera entre el aire y el agua. La tierra no se veía.

Alguien, absurdamente, se entretenía, con voz chillona, en contar en voz alta los cadáveres, con un tono infantil de escuela parvular, lo que levantó gritos de protesta y algunos insultos contra el malhadado contable. «Ciento cincuenta y cuatro, ciento cincuenta y cinco, ciento cincuenta y seis...». A veces se equivocaba y se paraba a comprobar sus cuentas y, cuando reanudaba su macabra contabilidad, se redoblaban las críticas y las órdenes de que se callara. Un hombre, irritado, le amenazó con tirarlo al río si no se callaba, para que hubiera otro ahogado más que sumar, a ver qué gracia le hacía. La voz enmudeció y todos sentimos, mientras veíamos caer el agua, el alivio del silencio y el horror de los cadáveres en hileras discontinuas, que seguían pasando, a veces trabados en racimos. Cuando cruzaba una mujer, presumiblemente joven y probablemente hermosa, se levantaba un murmullo de lástima y una protesta implícita, contra nadie sabía quién. El sol, que había conseguido taladrar las tinieblas, no había logrado detener la lluvia, como algunos habían vaticinado.

Los perros abandonados, enrejados en los balcones de los pisos altos, ladraban, aullaban, se revolvían impotentes, ante el peligro, con los ojos inyectados en sangre, sin atreverse a saltar al vacío, sin saber qué hacer, sin amos ni obligaciones, pura bestialidad recuperada, furiosos, babeando de rabia, saliendo y entrando en las viviendas, en busca de una salvación, de un hueco imposible para escapar, ensopados, con el pelo dorsal erizado, los dientes al aire agresivo, la mirada fija en la corriente, las uñas sangrantes de arañar las puertas, respondiendo a los lejanos ladridos de otros perros, comunicándose su desesperación de víctimas traicionadas, con siglos inútiles

de sumisión doméstica, volviendo al estado salvaje de sus orígenes, arrojados de nuevo a la naturaleza hostil, metiendo el hocico tembloroso entre los barrotes de las barandillas inamovibles, con el instinto del peligro a flor de piel, roncos de gritar su desamparo, ululando, como lobos carniceros, levantando las orejas de su atención sobrecargada, corriendo alocados de un lado a otro, para volver al mismo sitio, presintiendo la muerte.

Algunos, como pudieron, habían tratado de acercarse al río, a comprobar el nivel alcanzado por el agua, que había seguido cayendo con imperturbabilidad de condena. Al final de la calle de San Pablo no pudieron pasar porque estaba cortada y los portales estaban inundados. La gente había abandonado sus casas, buscando la seguridad de los barrios altos. Otros habían preferido subirse a las azoteas y a los tejados, adonde era impensable que el agua pudiera llegar. La mayoría buscaba el arrimo de la Plaza Mayor, como si allí estuviera la solución municipal de todos los problemas. Dios y el santo Ayuntamiento proveerían. Se hacían cruces de lo que estaba pasando, de lo que nadie les había advertido. Sólo la radio transmitía ganas de vivir, con lo del frente atlántico, que era irritante, y lo de la gota fría, que llegaba a ser sarcástico.

Todos habían esperado que la crecida se retirara y todo volviera a ser como antes, con la tierra seca, el río en su cauce y la gente eligiendo la felicidad de cada día. Confiaban en que todo hubiera sido una pesadilla, que se olvidaría en cuanto saliera el sol y la ciudad dejara de oler a cieno y a trasera de casa pobre. Pero había pasado la noche sin una señal de alivio. Asomados a las casas de la ribera del río, habían asistido a la lenta subida de la luz, nublada por la lluvia, que no había cesado ni un momento. Cuando quisieron darse cuenta, sin dejar de mirar el agua y sus sorpresas, estaba amaneciendo, y con la claridad vino el silencio, que fue haciendo más cruel el agobio de las tinieblas, que todavía los rodeaban. Había seguido lloviendo sobre sus frentes desnudas, sobre los precarios refugios de sus esperanzas. A veces se oía en el silente hueco del día, que estaba naciendo, el chapotear de un animal, caballo, mulo o vaca, o quizás un perro desesperado, que trataba de ganar la orilla; después, un alarido, una catarata de piedras desprendidas, anunciaba el desmoronamiento de una casa, que se hundía con estrépito en el horizonte de la ansiedad común.

Después, habían pasado unas horas sobre la expectante quietud de las víctimas, hasta que otros gritos guturales y desgarrados, hasta el límite, confirmaban la continuidad del destino y los terrores que los sobrecogían a todos: Era como un violento golpe que les recordara su debilidad y su fragilidad. Las horas no trajeron ninguna novedad y la falta de visibilidad aumentaba la angustia. Con la conciencia de lo irremediable, habían visto que la marcha de los cadáveres cambiaba de dirección y, en lugar de navegar hacia el oeste, que era lo suyo, dóciles e ingrátidos, se dirigían hacia el este, como un ensayo del eterno retorno. Volvían como impulsados por un

gigantesco remolino, que remansara las aguas y los hiciera volver atrás. Como si, en algún misterioso lugar, se hubieran visto obligados a detenerse y a volver a sus orígenes.

El cambio de temperatura los despertó y les hizo salir de aquella somnolencia perezosa en la que navegaban desde hacía semanas, sin norte ni horario, sin conciencia del lugar donde se encontraban y sin voluntad para averiguarlo ni para cambiarlo. Porque les daba igual, con tal de seguir haciendo el amor. Estaban saturados de sí mismos. Era posible esa felicidad duradera de la que hablan los libros. Pensaron que era domingo y que tendrían que levantarse para ir a misa, como creyentes practicantes. Pero no lo hicieron, acurrucados en la cama, fieles a la piel del otro, como al aire para respirar. El largo duermevela, la sutil modorra, después de aquel desenfreno del sexo, como una larga noche de la que no podían ni querían salir, los anclaba en los recuerdos inmediatos, apenas acabados de gozar, difusamente exultantes, que devolvían sus cuerpos a una realidad pastosamente encantada. Medio dormidos, sus miembros se movían con laxitud sobre el arrugado calor de la cama en busca del otro y gozaban de la grata sensación de no estar despiertos del todo ni dormidos, pero fuera de las tinieblas del sueño, del que iban emergiendo, con lentitud de ensayo, titubeantes, dudosos, perdidos y contentos, sin decidirse a tomar conciencia de que eran dos seres vivos, unidos por la piel y por la memoria común de una arrebatada pasión corporal, descontrolada, hasta que se dieron cuenta, por un leve rumor reconocido y un frescor grato en sus cuerpos sudorosos, de que estaba lloviendo sosegadamente, como una advertencia cariñosa para que se despertasen sin sobresaltos y ocuparan su lugar en el mundo de los mortales, allende las ventanas cerradas, en una calle que siseaba con el sonido de la lluvia y el paso de los coches.

Una lluvia suave, mansa, mimosa y lírica, que invitaba a penetrar en su blanda mansedumbre, a mojarse, a dejarse empapar por su bondadosa caricia familiar, que se presumía ligeramente cálida, someramente fría, tímidamente respetuosa. Y, por fin, se despertaron, se besaron con reconocimiento agradecido, por la noche pasada, por los días pasados, con el dramatismo arrebatado de un encuentro, después de mucho tiempo, y con el desgarramiento de una despedida, como el final de un acto teatral, recuperaron las huellas de las batallas vividas, los restos de sus fervorosos entusiasmos, y volvieron a hacer el amor, con la urgencia de una necesidad, empujados por un vacío que no podían llenar, por un deseo irreprimible, por una perentoria ansiedad, quemados por un fuego que se reavivaba, por el simple roce de una mano, desde el rescoldo de las cenizas calientes, desde las brasas no apagadas del todo, prontas a encenderse al más leve, mínimo soplo de la memoria, de las urgencias de una sed inacabable. Con la atmósfera renovada por la lluvia, el amor encontró nuevos estímulos, nuevos misterios que desvelar. Les supo a poco y, sin ponerse de acuerdo, se propusieron volver a empezar. Él se levantó de la cama revuelta más por

curiosidad que por un prurito biológico.

Se asomó a la ventana y comprobó la humedad del aire, la lluvia fina que seguía cayendo, con mansedumbre de olvido, el horizonte anubarrado, por encima de las casas, las cloacas municipales que no daban abasto y los charcos que crecían en medio de la calle, como remansos de cielo espejeando la luz. Todo hacía más deseable el refugio entrañable de la cama, que olía a sudor, a humanidad desnuda, con calor de naturaleza montaraz. Se volvió a meter entre las sábanas del amor, friolero, ansioso y arrepentido de haberse levantado. Ella le pidió un vaso de agua y él fue a atenderla de mala gana, dando saltos grotescos sobre las baldosas heladas y otra vez corriendo volvió a la cama, para recuperar el tiempo perdido. Después del vaso de agua, como un estímulo, volvieron a hacer el amor, con el frenesí del primer día, desbocados, locos, ansiosos, desatados, sin pérdida de tiempo, con la reciente sabiduría de la experiencia adquirida, sin un respiro, en un aprendizaje acelerado, en la cama convulsionada, ardiente, a pesar del frío.

Habían agotado su tiempo y su imaginación. No estaban tristes, sino tan sólo exhaustos. En un descanso, él recorrió el cuerpo de ella con la punta del dedo corazón, enamorado, que se movió con cautela de entendido, con lentitud de rito, con curiosidad nunca satisfecha de explorador de continentes ignotos y vírgenes. Empezó por la frente, amplia, sin una sola arruga, como el mar en calma, el dedo se deslizó con suavidad de caricia por toda aquella superficie tersa y cálida, consabida, atravesó sin sentirlo el entrecejo, después bajó por la nariz, con mimo de requiebro, recta, alta, grande, estilizada, como un regalo de los dioses, desamparada en su tersura, en su inocente entrega de objeto de culto, sin un desvío, sin un obstáculo, sin la tentación del abandono, cruzó después por la pelusilla deliciosa del bigote invisible, ligera, sutil, delicada como una brisa, extendida como un prado, tentadora como un pecado venial, para caer en la animada humedad de los labios, entreabiertos, como una invitación, blandos, jugosos, provocadores al tacto, frontera y abismo, fisiología hecha espíritu, color hecho palabra, silencio hecho dibujo, oasis, buzón de entrega, grosor de vida, puerta de servicio y entrada real, allí el dedo se demoró, insistió, solicitó, esperó, briboneó, se olvidó, recorrió el camino de ida y vuelta, de arriba abajo, de derecha a izquierda, dejó de pensar, de soñar, de idealizar y siguió su marcha descendente, con impaciencia de hambriento, se encontró con la sorpresa de la barbilla frutal, la rodeó, la escaló, plantó en su cumbre sus deseos, volvió a bajar y subir, contorneó su pulpa madura y su resistencia vegetal, se perdió en los meandros de la ascensión, retomó el gusto de buscar el hueso, escondido en la pleamar del placer, y se deslizó, como por un tobogán de locura, hacia el cuello, a mitad de camino del mundo mineral, como un precipicio de la misma gloria, atravesado a tumba abierta, para caer en el valle de las delicias, perdido como una brújula desnortada, dudoso como quien se enfrenta a un examen, ciego, titubeante, sin saber qué dirección tomar, si meterse en las honduras del valle o continuar por las alturas gemelas, como el fin del mundo, el no va más, haciendo alpinismo a lo divino, monte

Sinaí arriba, hacia la revelación de una nueva ley, como quien pone una pica en Flandes, un banderín en la luna, una hoguera en el Polo Norte, perplejo, tímido, incansable sobre las montañas blancas, immaculadas, erizadas en el último vórtice, dadivosas en su generosidad derramada, opulentas e infantiles, inabarcables en la plenitud de su poder, para caer con pena, agotadas todas las posibilidades de la desorientación, en la llanura cereal del vientre, presentido, misterioso, como un desierto habitado, como un submundo prometedor, ajeno, escondido, y después entrar, sin preámbulos, en el bosque público, embrollo de delicias, en el que enredarse y desenredarse, en un juego peligroso, orillando lo inevitable, maraña de sorpresas y de extravíos, cañaveral de urgencias, paréntesis de sombras, tras el deslumbramiento de la planicie recién atravesada, preámbulo, víspera, prólogo, frontera, anticipo de la comunión, alba de incitaciones, aperitivo del gusto, y luego el pozo de la vida que el dedo sobrevoló con una inocente caricia de reconocimiento, y siguió su marcha inagotable por la trocha de los muslos, el promontorio de las rodillas, la turgencia de las mallas y el remanso apasionado de los pies, como peces blancos, una postrera acumulación de tentaciones, florecidas sobre todo entre los dedos del paraíso, como adjetivos de lujo, perlas sin clasificar, repostero de encantos, delicados, sutiles, desamparados, incitantes, obligadamente pecaminosos, como diminutas frutas prohibidas, directamente a la imaginación, sin pasar por la boca, ligeros pecados de cardenal, aureolados por un prestigio secular de entendidos, de técnicos del erotismo, salidos del dietario de una sabiduría ancestral, relicario de degustaciones mínimas, y los fue recorriendo, uno a uno, dóciles, tiernos, flexibles, encantadores en su maleabilidad, sabrosos en su suavidad vertebrada, en su ingenua entrega de manjares imprudentes, hurgó en su haz y en su envés, se introdujo en sus diminutas aberturas, y despertaron su apetito no saciado de los manjares de los dioses. Y volvieron a hacer el amor, como la culminación de aquel recorrido glorioso.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de que el agua estaba entrando por la ventana del semisótano donde vivían y que ya había cubierto el suelo del dormitorio. Tardaron en saber de verdad lo que estaba ocurriendo y, sin dudarlo, se negaron de plano a aceptar las evidencias, aunque vieron flotando en el cuarto sus zapatillas de andar por casa y, desde la cama, que corría el peligro de convertirse en barca de recreo, podían alcanzar con los dedos la superficie del agua, que no cesaba de subir de nivel. Con una súbita inspiración testaruda pensaron que lo mejor que podían hacer era volver a hacer el amor, que tanto les apetecía, ahora con un cosquilleo de inquietud añadida, con los ritos eróticos, que tantas veces habían ensayado, amenazados por la inundación, y entregarse en cuerpo y alma al sexo, como el mejor modo de responder a aquella inclemencia del tiempo tan impertinente que se empeñaba en estropearles el día. Y ascendieron, presurosos y tenaces, hacia el orgasmo, indiferentes al destino, sin preocuparse de salir a buscar un refugio, hasta que aquello pasara, con la sensación de que las siete semanas de encerrona les habían sabido a poco.

Tarín tardó en dormirse y pasó una noche de sobresaltos y pesadillas. Su frágil sistema nervioso extrañó el lecho improvisado de hojas de árbol y mantas insuficientes. Amaneció engurruñado y hambriento. Aterido de frío, con los ojos hinchados y con un desamparo ciego, como una pared de enfrente. La proximidad del río había cubierto de niebla el parco refugio al que se habían arrimado. Una lluvia meona había empapado las paredes de su dormitorio de urgencia. A su lado, Pedro dormía obscenamente satisfecho. El sol era una mancha clara, de difusos contornos, en medio de un cielo anubarrado. Empezaba mal el primer día de su libertad. Tarín se resistía a conceder que echaba de menos su casa, el calor de su cama y las ventanas entornadas de su duermevela. Respiró hondo para vivir a plena conciencia su rebeldía, que también hacía aguas. Sus músculos entumecidos se alegraron de los primeros movimientos de la mañana. Su madre estaría preparando los desayunos. El olor a café estaría invadiendo las habitaciones dormidas, que irían despertando, con los primeros ruidos de la costumbre. La nueva luz iría instalándose sobre los muebles de la cocina, del comedor, del pasillo y del recibidor. La desagradable voz de su padre, quebrada, gutural, impositiva y fuerte se oiría en todos los rincones, inaugurando la violencia hogareña de todos los días.

Felizmente, estaba lejos de todo aquello. Lejos de Salamanca. Lejos del colegio aburrido y de los profesores, brutales, ensayando a ciegas el camino de la libertad. No obstante, estaba a disgusto. Algo no cuadraba en las expectativas de la escapada. Hacía frío, había empezado a llover, tenía sueño, le sonaban las tripas de hambre, estaba perdido sin saber qué hacer, en un paisaje desconocido. Sentía algo parecido a la decepción, al desconsuelo, a la rabia, sin nada a cambio. La niebla no levantaba. Se complacía pensando que sus compañeros de clase estarían llegando al colegio, cargados con sus carteras de libros, con su miedo a los profesores, con la destemplanza del madrugón y la perspectiva de una larga jornada, encerrados entre cuatro paredes, sin nada que hacer, salvo mirar cómo pasaban las nubes más allá de las ventanas. Los estaba viendo, entrando en el aula, malhumorados, como presos en la cárcel. No tenía nada que envidiarles. Pero tampoco estaba a gusto aquí, al aire libre, sin deberes de los que responsabilizarse, sin miedos que eludir, sin maestros a quienes odiar. Por primera vez en su vida, el día se abría para no hacer nada, sin depender de nadie, sin saber lo que iba a venir. Incómodo, inseguro, frente al albur.

Pedro roncaba ligeramente, como para demostrar su inocencia, que era ofensiva. Debajo de los párpados, sus ojos no se movían, señal de la profundidad de su sueño. Ninguna inquietud parecía incomodarle. Ni siquiera tenía frío, cuando Tarín estaba tiritando. Porque la lluvia seguía cayendo, empapándolo todo, encharcando la tierra, haciendo regueros entre la hierba. La niebla de la primera hora se levantaba con lentitud de amanecer. El paisaje cercano se insinuaba en la oscuridad en retirada. Una roca, un matojo, una yerba amarilla anunciaban el día. Todo era extraño para su atención urbana. Como en tiempo de vacaciones, la naturaleza volvía a existir, al

margen de las ilustraciones de los libros. Había tierra debajo de los pies, insectos inquietos que vivificaban el suelo, un aire nuevo que extrañaban los pulmones. Esperaba que escampara para ampliar el horizonte. Era el primer día de unas vacaciones de verdad, sin término. ¿Por qué, coño, no estaba más contento? Debería saltar de júbilo. Por primera vez en su vida había hecho lo que quería, ni colchón de muelles, ni ventana al callejón, ni aire envilecido, sin saber lo que había en el valle de al lado.

A pesar de todo, estaba cansado. Le dolían los pies. Tenía la cabeza embotada. También sentía sed. Cuando empezó a jarrear en serio, a Tarín se le fundieron las resistencias de su rebeldía. Se quedó mirando al vacío, que se le fue poblando de árboles, de tendidos eléctricos, de hojarasca sucia por el suelo, de montes lejanos en la bruma de la luz escasa, color de rata. Una congoja le apretó los pulmones. Las lágrimas le enturbiaron el paisaje y supo que no aguantaba más. Lo que verdaderamente quería era despertar a Pedro de su tranquila indiferencia y emprenderla a mamporros con él. Dio un grito desesperado, para no aceptar su cobardía. Seguía lloviendo a cántaros y Pedro se despertó sobresaltado, arrancado del sueño por aquel grito destemplado como una señal de alarma. Como si alguien pidiera socorro. «Estás loco. Qué susto me has dado». «No aguanto más. Me vuelvo a casa». La lluvia ponía una cortina de silencio alrededor de sus palabras, que sonaron como la enunciación de una desgracia. Pedro lo miró, con el enfado creciéndole: «Lo que te pasa es que eres un cagón».

Se fueron a las manos y los primeros golpes acabaron de despertarlos. Se cogieron con una furia homicida, con voluntad de sangre. Era la primera vez que se peleaban, asustados ellos mismos de su decisión de violencia. Al principio gritaron, para excitarse. Pero, después, se golpearon con saña, con ceguera de enemigos, en un silencio de carne magullada, de piel agredida, de respiraciones cortas. Tarín llevaba las de perder, menos corpulento y menguado de fuerzas, golpeaba atropelladamente, sin darle cuartel al otro, se defendía a patadas, a cabezazos, a zancadillas. Pedro reaccionaba con tranquilidad y con la confianza en su poder. Se revolcaron por el suelo encenagado y Tarín le lanzó una pella de barro a la cara, que enloqueció a Pedro, que, embrutecido por el dolor, se tiró a matar, pero Tarín lo esquivó y lo recibió con un rodillazo en los pulmones, que lo dejó fuera de combate.

La lluvia se había vuelto torrencial, con tenacidad de mazo. El agua y la sangre les daban una apariencia de combatientes destinados a matarse. Los ojos desorbitados, el pelo pegado al cráneo, las ropas desgarradas y chorreantes, las bocas babeantes y abiertas, los habían transformado en dos bestias, perdida su condición humana. La violencia los había hecho crecer cien años y ya no eran dos niños que se zurraban a la salida del colegio. Eran dos monstruos que luchaban hasta el exterminio. Se habían roto mutuamente la nariz, Pedro llevaba una oreja colgando y Tarín tenía un ojo reventado. Enseñaban los dientes, como dos perros rabiosos. Los labios no eran más que dos manchas de sangre, con aspecto de hocicos animales. Las

uñas trabajaban como puñales y los brazos eran dos maromas rotas, erizadas de desgarrones y cuajarones de sangre incontenible, que el agua arrastraba.

No se dieron cuenta de que el agua había dejado de fluir y había empezado a estancarse alrededor de sus piernas desnudas, en círculos concéntricos que les llegaban hasta las rodillas. En sus encontronazos perdían pie y caían una y otra vez en el mar que estaba anegando la tierra. Encontraron otro modo de acabar con su enemigo, tratando de ahogarlo, metiéndole la cabeza debajo del agua. Era una lucha pareja, en la que los dos llevaban las de perder. Sus puñetazos se perdían en el vacío. Empezaban a flaquear. Sus empujones ya no tenían fuerza. Pero no habían perdido el furor del principio. Sus cabezazos fallaban siempre el objetivo. Estaban medio desnudos, con las ropas hechas jirones, y se abrazaban para pegarse mejor, para odiarse desde más cerca. Cuando caían al charco, tardaban en levantarse cada vez más tiempo y se erguían jadeando, chorreando agua, sin dejar de mirarse con un odio renovado.

Tarín perdió pie y cayó al agua, que lo cubrió totalmente. Pedro lo buscó a tientas, inclinado sobre la superficie, y recibió un fuerte golpe que Tarín le dio con una piedra, emergiendo, medio ahogado. Mientras Pedro caía, con la sangre manchándole el rostro, se abrazó a Tarín y juntos rodaron por el precipicio que se abría a sus pies y se recuperaron en un nuevo talud, que detuvo su caída. Se irguieron mirándose de cerca, sosteniéndose mutuamente, con las manos crispadas sobre sus espaldas. Durante un rato, jadeantes, no pudieron hacer nada, sin fuerzas para continuar, los sudores se les confundieron en un mismo río de desagüe, sus dedos perdieron la consistencia de garfios, se suavizaron, separándose del otro cuerpo, a la vez que los ojos tumefactos y parpadeantes iniciaron una distensión, parecida a un reconocimiento, que creció hasta provocar una arruga en la cara que podía ser una sonrisa.

Se separaron y se apoyaron en sendos troncos de encina. Lentamente, sin dejar de mirarse fueron rehaciendo la normalidad de sus respiraciones entrecortadas. Repasaron el paisaje, oculto por la niebla, chapotearon en el agua con las botas hechas polvo, deformadas, chorreantes. Los dos tenían sangre en la cara, en los brazos, en las piernas. Tenían frío. Trataron de quitárselo dándose manotazos en los costados, patearon los troncos de los árboles. Volvieron a mirarse, ya menos tensos. Se hicieron mayores, mientras la lluvia seguía empapándolos, aplastándoles el pelo sobre la cara, azotándoles las piernas desnudas, que habían dejado de ser infantiles. Acabaron riéndose y se tendieron la mano, como dos adultos, que se reconciliaran, después de un largo enfado, con un punto de desconfianza.

La corriente se despeñaba ladera abajo, camino del río. Estaban aislados, asustados, respirando los últimos resoplidos de la pelea. Tarín se aguantaba las ganas de llorar, como una regresión a la niñez. Pedro lo miraba, sin atreverse a hablar, con respeto a la tentación del llanto. Pero Tarín se rehízo enseguida y dijo, con una voz segura y plena de persona mayor, que midiera las consecuencias de lo que iba a decir:

«Tenemos que seguir. Ahora no nos vamos a rajár. A lo hecho, pecho». Pedro asintió, sin decir nada, y los dos se quedaron, ensimismados, fijos en el agua, que amenazaba con arrastrarlos. El agua seguía fluyendo, inacabable, aislándolos en un camino sin retorno. Sobre un suelo cenagoso, que se hundía a sus pies, abrupto, resbaladizo, traicionero, como una trampa.

Él no dijo nada y la estrechó en un abrazo torpe, improvisado, mientras los compañeros de la Facultad se desparramaban a su alrededor, sin hacerles caso. No hubo ni una palabra, ni una sonrisa de complicidad, ni siquiera un gesto de sorpresa por ninguna de las dos partes. Era el final de una historia quizá gestada desde mucho antes de que ellos empezaran a vivirla. Una paloma, planeando, voló sobre el Campo de San Francisco, como un buen augurio, de derecha a izquierda. Felizmente había dejado de llover y las cúpulas de las torres que se veían desde allí ofrecían un conjunto urbano, investido de una gloria monumental al alcance de la mano. Un buen decorado para cualquier locura. La fantasía, por lo menos, disponía del escenario adecuado, con los forillos esperando la llegada de los protagonistas, para que la acción se pusiera en marcha.

Ahora, otra vez, la lluvia la tenía bloqueada en los soportales del Corrillo, viendo crecer los arroyos y sufriendo las insuficiencias de las cloacas municipales, que creaban unos grandes charcos en sus bocas atoradas y borboteantes, que extendían el agua sobre las losas de la plazuela e impedían el paso. La hora de la cita era inminente y no había modo de llegar a tiempo ni de avisar al estudiante, que ya habría salido de casa. La desesperación aceleraba su respiración, bajo el tres cuartos amarillo, con botonadura doble y un atrevido ribete negro, que se había puesto para el acontecimiento, y las miradas obscenas de sus compañeros de bloqueo, fijas en sus piernas, le producían la intranquilidad de su necesidad de anonimato. Pensaba que la conocían y que pensaban mal. Incluso le pareció oír o adivinar algunos comentarios irónicos sobre su presencia insólita en aquel lugar y a aquella hora, impropio de una mujer tan bella. Se hubiera vuelto a casa, si no hubiera estado esperando aquella cita durante años. Estaba a merced de todas las sospechas y de todas las inquietudes. Pensó que se le notaba en la cara. A sus espaldas, la Plaza Mayor estaba también inundada, pero todavía se podía atravesar, arriesgándose. Lo más sensato sería dejarlo para otra ocasión.

En la Puerta del Nacimiento, de la Catedral Nueva, el estudiante esperaba con impaciencia, mientras llovía a cántaros, como en una película de Akira Kurosawa, entre mendigos sucios, con turbantes de harapos y zapatos rotos, turistas ingleses, con impermeables de plexiglás, ráfagas del viento matacanónigos y tres nativos remugones, por la contrariedad del agua y el día echado a perder. Una densa cortina de lluvia enturbiaba la atmósfera y borroneaba la fachada del Palacio de Anaya, al otro lado de la Plaza, bajo cuyo pórtico se había cobijado un grupo de estudiantes,

que reían, cantaban y bromeaban, entre chuscas invocaciones a dioses griegos, pedantes citas latinas y duras acusaciones al Gobierno por aquella catástrofe natural.

Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva,
los angelitos cantan,
las nubes se levantan,
que sí, que no,
que caiga un chaparrón...

Los árboles de la Plaza se difuminaban en una neblina brillante y fantasmagórica, que embellecía las distancias y ponía misterio en las evidencias. No parecía que iba a dejar de llover nunca, los turistas hacían planes de supervivencia, en inglés, y el estudiante dibujaba en su mente el adorado rostro de Carlota, ajeno a las contrariedades meteorológicas que le tenían varado, a las puertas de la Catedral. La Plaza, frente a él, y la calle de la Rúa estaban desiertas. Un taxi solitario cruzó, dejando una estela de agua levantada, en el horizonte urbano, barrido por ráfagas de viento, que encrespaban la lluvia y ponían un velo de desolación en la calle, que se oscurecía más y más, por momentos, a pesar de la hora temprana. No había salida. Llamó a un taxi que pasaba, pero no le hizo caso.

Ya no aguantó más y se echó a la lluvia, como quien se tira al mar. Empezó a correr, hostigado por el agua, y tuvo una corazonada y oyó que le llamaban por su nombre, desde lejos, con insistencia desesperada, con desgarró de naufragio. Y, fiel a la memoria del poema de Pedro Salinas: «Si me llamaras, sí, si me llamaras. Lo dejaría todo, todo lo tiraría», siguió corriendo bajo la lluvia, con el agua llegándole casi a media pierna, cayéndole encima, con la furia de un desafío, con la violencia de una catástrofe, empapándolo, cegándolo, trabando su marcha hasta hacerle zozobrar y casi caer, desafiando el ímpetu de su carrera, lavando su cara y revolviendo su pelo, calándole la ropa, excitando su carrera. A veces perdía pie, al tropezar con el bordillo de alguna acera invisible o con algún objeto escondido, pero se rehacía enseguida, impulsado por el deseo, que crecía debajo del agua y encendía su sangre tranquila, como en un día tórrido de verano. Como el viento, como un torrente, atravesó la calle de la Rúa, con la confusa conciencia de que la estaba atravesando, sin sentir la lluvia que lo llenaba todo, sin espacio para nada, como un ser nuevo, surgido del océano.

Y vio a la mujer, que corría hacia él, desde la otra punta de la calle, con la misma premura y la misma alocada presunción de amor, que levantaba los brazos al verlo, al reconocerlo, que luchaba contra el agua, que angustiaba sus movimientos, ralentizándolos, dificultándolos y haciéndola caer, bajo el agua, para salir empapada, sonriente, cada vez más precisa a medida que se aproximaba, feliz con su desastrada apariencia, sus ropas humedecidas, con su pelo pegoteado en la cara, con una sonrisa lavada y triunfante, abandonada a la inconsciencia de sus instintos, sometida al delirio de la felicidad, que le estallaba por todos los poros de su piel y todos los

resquicios de su alma, como si estuviera sola en el mundo y fuera la primera mujer que iba a estrenar el amor, a medio camino entre la imperiosa llamada del sexo y la sublimidad de un sentimiento refinado por siglos de cultura y de pudor. Corría desalada, frenada por el agua, más rápida que su pesado cuerpo, creando su propia realidad, ajena a todo lo que no fuera ella y el hombre que venía a su encuentro con los brazos abiertos y en ascuas de sonrisas jubilosas.

Y, después de una infinidad de tiempo, robado por la lentitud de los relojes, se encontraron, se chocaron, se abrazaron, se fundieron, se inmovilizaron como una estatua caliente en medio de un río de agua, que los cercaba y seguía ascendiendo hasta las rodillas, hasta los muslos desnudos, como una colonización imparable; pero ellos seguían inmóviles, ajenos a todo, a la luz, al agua, al viento, solos en el universo, con los ojos cerrados, para aumentar su aislamiento, para quedarse consigo mismos, para crear su propia isla solitaria, con sus rostros recorridos por la lluvia y por las lágrimas de felicidad, persistiendo en su negación del mundo, apretados uno contra el otro, sintiendo el corazón propio como si fuera el corazón del otro, uniendo sus latidos, equivocando sus fronteras, tratando de ser el otro y lamentando no poder serlo, abdicando de su persona para ser la otra, sin darse cuenta ni de que el agua les estaba llegando al vientre ni de que a su lado estaba pasando una multitud desorbitada, ferozmente ciega, que corría enloquecida hacia la Catedral, como la estampida de una manada de búfalos americanos, encolerizados y testarudos.

Los empujaban, los golpeaban, les gritaban y les maldecían. Pero no lograban separarlos, ni hacerles abrir los ojos, ni despertarles la conciencia de lo que estaba ocurriendo. Como si no hubieran terminado de hacer lo que tenían que hacer, seguían unidos, rodeados de agua y de gentes vociferantes, creando el silencio para ellos solos, escuchándose las palabras que no se decían, gozando las caricias que no se hacían, comunicándose el amor del que nunca habían hablado, sufriendo a la desesperada, al mismo tiempo, la trágica brevedad del amor y el dolor de su descubrimiento tardío, amenazado ya de extinción. Finalmente, los arrollaron, los tiraron al suelo, con algunas patadas al descuido, y en el suelo de rodillas se besaron, como una concesión a la pura lujuria claudicante, con el agua amenazándoles la boca, el deseo que los invadía vorazmente, con prisas de final, culminando una acción truncada, cercenada antes de empezar, despidiéndose, agotando todas sus reservas sentimentales, agonizando en aquel beso, revueltos en el fango y en la esperanza, en la gloria del sexo, contra los elementos y contra los hombres.

Cerrados en sí mismos, abrumados por el éxtasis erótico que los abrasaba, no los vieron llegar y sólo cuando la quemazón del escopetazo y la agudeza hiriente del tiro de pistola les hicieron abrir los ojos y mirar, los vieron a los dos, en medio de la calle a tres pasos de ellos, petrificados por la ira, enseñando los dientes de la rabia, unánimes en su decisión asesina, uno con la escopeta en la mano, el otro con la pistola apuntándolos, el segundo y el primer marido de Carlota, decididos a repetir el tiro, si no daba resultado, esperando que su acción hubiera sido efectiva, y asistiendo

al nacimiento en la conciencia de las víctimas de lo que estaba ocurriendo. Los dos maridos de Carlota les habían descerrajado dos tiros a quemarropa y estaban esperando a que cayeran en el agua, sin que nadie, salvo ellos, se diera cuenta de lo que había sucedido, todos ocupados en correr hacia la Catedral, como una manada de lobos, desmandada y hambrienta. Ellos cuatro, señeros, aislados, indiferentes a la lluvia feroz, enrabiada, habitantes de otra dimensión, permanecían quietos, golpeados por el agua, contorneados por la multitud enloquecida, que aullaba de terror, erguidos como un grupo escultórico, moldeado por la historia, como si no pudieran hacer otra cosa que esperar el fin del mundo, con la condena de la muerte asumida, como un mandamiento.

Sin deshacer el abrazo, Carlota miró a sus maridos con todas las reservas del desprecio que le quedaban. No vencida, sino dominadora; no culpable, sino inocente. Víctima del amor y no del odio. No a punto de morir, sino renaciente, empezando a vivir, con su cuerpo herido, sangrante, debilitándose por momentos, agonizando en su esplendor. Hermosa por encima de su derrota. Como si, por fin, fuera ella misma, en su primer gesto de libertad, en su total liberación interior, ya sin temores de ser lo que era, asumiendo su ser con todas sus consecuencias, feliz con el descubrimiento, contenta con la sangre escapándosele por las heridas, irguiéndose con todo el cuerpo desfallecido todavía sobre el agua, como un Jordán bautismal, camino de la redención, con la boca seca por la deshidratación, con ganas de gritar para que todos participaran de su alegría soberana, pero sin poder hacerlo, falta de fuerzas, de aire, de pulmones fieles, abriendo la boca en una sonrisa dramática, desmesurada y gloriosa, envejecida, después de cien años de amor, de mil entregas apasionadas, frenéticas, desgarradas, de millones de besos hirviéndole en la memoria, altiva por primera vez en su vida, desobediente con ganas hasta el tuétano de sus huesos, monumento de sí misma, símbolo de todas las enamoradas trágicas de la historia de la humanidad, sujetando apenas el despojo de su hombre, perdido antes de ser encontrado, deseado sin satisfacción, amado sin consuelo, piltrafa sanguinolenta, inerte, desconocido, extraño, sin palabras para definirlo, sin recuerdos para compartir con él, el amor más puro y más inocente, más digno y más noble, sueño sin realizar, sed sin saciar, el amor sin recompensa, el amor imaginado, entre el lodazal de una ciudad que se moría, punto de salvación, luz que se resistía a desaparecer, amanecer de tinieblas, entre las púrpuras del ocaso, plenitud de vida sobre el cerco de la muerte, su cabeza bailaba en el vacío, se asomaba a la nada, como al brocal del olvido, ya ni podía odiar a sus asesinos, a los que agradecía, despreciándolos desde el orgullo de su exuberancia amorosa, la posibilidad de su último gesto de amor.

Y después apretó el cuerpo del estudiante, que se estaba deslizando hacia el suelo, desgoznado, con la cabeza sanguinolenta y destrozada, contra su pecho herido y abierto como una carnicería, y lo besó largamente en el lugar donde había estado la boca y, sin fuerzas para mantenerse fuera del agua, también cayó, incapaz de seguir viviendo, pero decidida a no claudicar de su amor, entregada a la voracidad del agua,

que seguía creciendo y que sumergió los dos cuerpos entrelazados en el lodazal de la calle de la Rúa. Los maridos chapotearon en el agua para separar los dos cuerpos muertos, pero no lo consiguieron y se quedaron agachados, de rodillas, mirándose con odio, esperando que el agua también los cubriera a ellos, con piadoso sudario, víctimas de una justicia inmanente.

Se había corrido la voz de que el pacífico Tormes venía crecido y había desbordado, centímetro a centímetro, peligrosamente sus orillas. No sería la primera vez que un vendaval azotara la ciudad y el río se desbordase por el arrabal del Puente. Se sabía que una famosa riada había ocurrido en el año 1499, que se llevó por delante gentes, ganados, enseres y casas. Estuvo lloviendo veintiún días y se quedó en la imaginación popular como una desgracia mayor. Mucho peor fue la de San Policarpo, el 26 de enero de 1626, que, según consta en el libro de actas del Ayuntamiento, «fue la gran inundación que se llevó cuatro ojos del gran puente del Tormes, haciendo el mayor estrago que ha padecido Salamanca desde que se fundó... se enterraron 42 personas, hombres, niños y mujeres que se ahogaron y perecieron en las muchas casas que se hundieron en aquel día de San Polo y Santa María la Blanca».

Hernando del Pulgar, en su *Crónica de los Reyes Católicos*, cuenta que: «En dicho año de 1485 a 11 de noviembre, comenzó de llover hasta el día de la Natividad de Nuestro Redemptor, que son seis semanas, que nunca en este tiempo ovo sino dos ó tres en que descampase, é llovió tan recio é tantas aguas, que nunca los que eran nacidos entonces vieron ni tantas aguas, ni tantas avenidas en tan poco tiempo... Fueron en toda Castilla estas muy grandes avenidas, en que se perdieron totalmente muchos hombres, y muchas haciendas, cayéronse infinitas casas y edificios, muriéronse infinitos ganados, muchas arboledas y viñas arrancadas, é otras cubiertas de légamo del río».

Se recordaban en los Anales de la ciudad hasta diecisiete avenidas, desde la más antigua de la que se tenía noticia, en 1229, hasta la de 1909, que se había creído la última. Si los historiadores dicen la verdad, hubo grandes crecidas e inundaciones, también en 1275, 1422, 1479, 1482, 1490, 1499, 1555, 1594, 1739 y 1855, de las que queda memoria escrita, aunque debió de haber más. Esta de ahora parecía resucitarlas y devolver a la vida los fantasmas de la ciudad invadida por el agua, y la impotencia para dominarla, a pesar de las nuevas tecnologías y de la abundancia de medios humanos para imponer la voluntad ciudadana al desmadre del río, que volvía por sus fueros.

De la riada de 1499 queda un testimonio literario de primera mano, del llamado «padre del teatro español», el salmantino Juan del Encina, que en su *Égloga de las grandes lluvias*, escrita a finales de diciembre del mismo año, utilizó los hechos históricos para vestir el espectáculo de la evocación del nacimiento del Señor, que se representó la noche de Navidad, ante los Duques de Alba. El autor, según creencia de

su tiempo, considera el drama causado por los pecados de los hombres, castigados por Dios. Los pastores de la égloga, tras haber sufrido la invasión de las aguas violentas, encuentran placer y ganas de vivir en el anuncio del nacimiento de Jesucristo.

Sobre la riada de San Policarpo quedaron más testimonios. Un padre dominico relató, con prolijidad, los hechos del 26 de enero del año 1626, *Para Memoria de los siglos futuros se hace aquí de algunos sucesos de los siglos pasados*: «El año de 1626 fueron tantas las lluvias y aires que aquellas por sí, y estos por las muchas nieves que derribaron de los montes y sierras, dieron tan grandes fuerzas al río Tormes que se arrió a entrarse por la puerta de San Polo, y llegar tan cerca de la puerta de los Carros de este convento, que con una pica se tocaba el agua desde el umbral».

En el *Diario* de los jesuitas, del Colegio de Salamanca, se anota, en estos términos, la misma gran riada: «Hubo por la mañana tan gran temporal de viento y agua que no salieron a la lición de Escuelas (los estudiantes jesuitas), sino es seis, con sombreros, y aún esos no fueron sino por estar allí el padre Maestro. Fue necesario a medio día poner luces en las mesas del refectorio. A la noche creció tanto el río que llevó muchos arcos de la puente y derribó cuatrocientas cincuenta casas y murieron muchas personas».

Fernando Araújo, en *La Reina del Tormes*, 1884, recuerda esta misma riada, a la que califica de «la mayor y más desastrosa de que se conserva noticia»: «Y es que parece que hasta el cielo mismo se había conjurado, en siglo de tan triste recordación, contra la afligida Salamanca: el día 26 de enero de 1626, empezó el Tormes a crecer con pavoroso estruendo, y no tardó en llegar por la puerta de San Polo con sus turbias olas, hasta la puerta trasera del convento de San Esteban, juntándose por el lado del arrabal con el Zurguén hasta lamer la falda del Montenegro, e inundando todo el Arrabal y Valle del Zurguén, huerta Otea, las huertas de la Vega y las parroquias de Santiago y San Lorenzo y Santa Cruz, arrasando casas y conventos, dejando tan mal parado el puente, que fue preciso construir uno provisional de madera, y causando, en fin, más daños que nunca».

Pero la descripción más dramática y efectista la hizo el historiador decimonónico Manuel Villar y Macías, en 1887, con toda la estética verbal de su tiempo puesta en juego y los adjetivos de su cosecha, como una estampa romántica: «El Lunes 26 de enero de 1626, día de San Policarpo, será siempre de dolorosa recordación en nuestra patria, y aún está vivo en la memoria de las gentes. Deshecha tempestad de viento y agua, descargó de una manera horrible sobre la ciudad, aterrada por el continuo bramar del viento arrollador, desencadenado y furioso; siendo tanta la oscuridad, que hubo que encender luz en las casas al mediodía. El Tormes, que a las cinco de la tarde ya había traspuesto sus límites ordinarios, continuó a las ocho explayándose, inundándolo todo en una extensión tan inmensa como nunca fue conocida, ni recordada; llegando a las diez a su mayor ímpetu y plenitud. La profunda oscuridad de la noche, el incesante bramar del viento, el crujir de las casas que se desplomaban,

los desesperados gritos de auxilio de los infelices arrebatados por la corriente, el angustiado alarido de los que en ella veían morir las prendas más caras de su alma, el clamor del que en sólo un rápido momento contemplaba arruinada su fortuna, el tañido de las campanas, pidiendo socorro, como si lo hubiera humano en tal desastre, el resplandor de las hogueras encendidas en el Espolón, Puerta del Río y otros sitios, con que inútilmente se procuraba iluminar aquella palpable y horrorosa tiniebla, y el incesante y solemne mugido de las aguas, tan airadas, revueltas y arrolladoras, formaba un cuadro indescriptible y espantoso».

Aquellas tragedias no eran exclusivas de Salamanca ni de España. El exquisito escritor inglés Patrick Leigh Fermor cuenta en *Los violines de Saint-Jacques*, escrita en 1953, el hundimiento de una isla en el Caribe, devorada por las aguas del mar, después de la erupción de un volcán, mientras suenan los violines de una fiesta de sociedad de la elegante colonia inglesa. Es también la historia de una catástrofe natural, aunque producida, no por la lluvia, sino por un volcán; pero hay muchas semejanzas entre ambos acontecimientos, con la misma secuela trágica de víctimas humanas. «Me dio la impresión de que también la isla se movía al mismo tiempo. El lado meridional iba perdiendo altura con un suave movimiento candente, hasta que, acompañado por un largo retumbo de fuego y de rocas desplomadas, el macizo entero del Monte d'Esnambuc —el pico boscoso al que tantas veces habíamos ido de excursión— empezó a desmoronarse. Acostumbrado a lo largo de aquella noche a la extrañeza y al horror, pensé que mis ojos o mi mente estaban perturbados, pero los gritos de los marineros confirmaron que no era una ilusión mía. La isla estaba desmoronándose».

«Yo vi las llamas y el humo», escribe más abajo Leigh Fermor, «escuché las explosiones y sentí el calor; sabía, con absoluta certeza, que todos aquellos a quienes yo amaba y todos y cada uno de los habitantes de la isla habían muerto, que la isla había estallado y se había hundido en el fondo del mar; pero todo lo había visto como un sonámbulo o como alguien que está bajo el efecto de una droga podría comprender aquellas cosas. Algunas visiones aisladas y casi estáticas seguían reapareciendo en mi imaginación como si fueran diapositivas: las primeras columnas de humo y, luego, como en uno de esos grabados de asedios o de desastres de Gustave Doré, los millares de figuras atrapadas que bajaban huyendo por las calles de Plessis y por las terrazas de la casa de los Serindan. Después aquella gran nube en forma de rosa ennegreciéndose, la hecatombe de los isleños, los postes de las farolas fundiéndose, el humo subiendo en espiral, la caída del Monte d'Esnambuc y, por último, las llamas extinguiéndose después de que el mar se tragara el volcán».

Pero esta vez, las aguas fueron más lejos. Después de inundar la Vega crecieron hasta llegar al Paseo de Canalejas y se desbordaron hacia la Puerta de San Pablo, donde confluían con las que venían, tumultuosas en oleadas imparables, desde la Cuesta de San Vicente, engrosadas por las aguas procedentes del antiguo arroyo de la Magdalena, que a su vez recibía las afluencias de la colina de las Catedrales, que

rebosaba como unas cataratas impetuosas. Hacía tiempo que el camino de Tejares estaba anegado y cortada la carretera de Madrid, ascendiendo ya el agua por la carretera de Béjar. Los islotes de tierra, entre las aguas crecientes, iban desapareciendo, negando toda esperanza. La cosa iba para largo y el agua no dejaba de crecer. Sobre la corriente se veían algunos signos de vida, que poco a poco fueron desapareciendo, engullidos por el río, barcas improvisadas llenas de gente, troncos de árboles con hombres navegando, ramas sosteniendo a los pájaros, que no se atrevían a volar.

Algunos estuvieron esperando a que el flujo del agua se retirara, una vez pasado el aluvión de las sucesivas tormentas que nos habían estado castigando durante las dos últimas semanas con violencia de condena, porque de cuando en cuando amainaba el temporal y parecía remitir su rabiosa terquedad ciega, dejando ver algunos huecos de claridad en la compacta masa de las nubes. Confiaban inútilmente en que dejara de caer agua y que el río desbordado volviera a su antiguo cauce, que todos conocían y habían gozado del sosiego y de la belleza de sus parajes paradisiacos, con la memoria encendida de paseos felices, amores desatados y metáforas poéticas, confusamente entrevistas en el recuerdo. Hacía horas que las barcas de recreo, que tantas veces de niños habían convertido en galeones de piratas, habían roto las amarras y se habían perdido río abajo, camino de Portugal y del Océano, como un adiós que se olvida. Entre las nieblas bajas persistentes, que perpetuaban un crepúsculo sin sorpresas, los Montalvos se adivinaban, a lo lejos, como una isla, como el lomo de un rinoceronte gigantesco, varado en el fango.

No tenían solución; el odio matrimonial crecía en ellos con frondosidad de trópico. Su parco vocabulario repetía los insultos acostumbrados, con monotonía conyugal. La llegada del trabajo de él se notaba por las primeras escaramuzas del combate. Estaba cantado. Los vecinos lo esperaban. El drama seguía un plan fijo del que no se salían. El punto de partida era lo de menos. Pero la primera voz abría el espectáculo sonoro, que ya aburría a los vecinos, acostumbrados a las peripecias de la representación. Desde hacía veinte años venían amenazándose de muerte. Los platos rotos, las tazas largadas por la ventana, los muebles movidos con estrépito de cataclismo eran el pan nuestro de cada día. Si alguien se interesaba por ella y la animaba a la separación, «porque ahora ya no es como antes», ella le respondía, con las señales visibles de la última paliza en el rostro: «En el fondo es bueno y me quiere», que desarmaba los consejos y hacía crecer la perplejidad de las buenas gentes. Algo de eso debía de ser verdad, porque nadie podía entender que siguieran juntos, después de cada zarabanda nocturna, ni aunque acabaran en la cama de los revolcones, como el silencio súbito de todos los días hacía suponer.

Del otro lado de la pared, cada día se ensayaba el fin del mundo. Era como si ambos necesitaran aquel desahogo, que parecía complacerles. Él traía del trabajo sus

agotadoras anécdotas diarias, sus humillaciones, las impertinencias de los clientes, las amenazas de despido, las muchas horas de pie, las varices quemando y los extranjeros con su lengua ininteligible y sus caprichosas demandas. Ella tenía también sus anécdotas, los precios del mercado, los apuros de la economía familiar, las historias domésticas, los vestidos que tentaban su imaginación, las películas que quería ver, sus menesterosos padres que exigían ayuda. En un punto de las confesiones se alteraba el orden y, sin aparente motivo, una palabra subía más alta que otra y la conversación descarrilaba. Una alusión, un malentendido, una explícita grosería abría el desfile de los improperios, que alertaba a los vecinos, que ya estaban esperando, impacientes por la tardanza del arranque. El diálogo daba paso a los gritos; los gritos, a los tortazos; y los tortazos, a una lucha a brazo partido, que irremediablemente acababa en abrazos, besos y un apresurado desnudarse, con la premura de la excitación erótica, que se desahogaba sobre la alfombra del cuarto de estar o las frías losetas del cuarto de baño.

La historia se repetía sin imaginación y, cuando empezó a llover, se acomodó a la nueva situación. Cambiaron los motivos de la bronca; pero los gritos fueron los mismos. Se acusaban mutuamente de imprevisión y de descuido, y las botas húmedas del marido, sobre el suelo recién fregado de la cocina, originaron otra andanada de reproches y de insultos, que caldearon el aire, que empezaba a enfriarse. La lluvia ponía una sordina tenue a las voces, que se humedecían en la distancia. Tuvieron que cerrar las ventanas para preservarse del agua, que les entraba a ráfagas intermitentes. Pero nada cambió en su previsible comportamiento. Hubo los golpes de otras veces y la reconciliación final, con las primeras luces de la noche. Los vecinos, atareados en achicar el agua que les entraba por todas partes, no se dieron cuenta del final feliz de todos los días, aunque agradecieron el silencio que distendía el ambiente, crispado con la inundación.

Pasada la media noche, cuando todos descansaban, agotados del combate contra el agua, se oyeron los gritos de siempre, enloquecidos por el pánico, frente a la invasión del agua. La inundación les había entrado por la ventana y se sentían incapaces de luchar contra ella. Todos pudieron oír los pormenores de la tragedia, el descubrimiento de la humedad, los avances del agua, las medidas de urgencia, habitación por habitación, con el añadido de los detalles, la inutilidad de sus esfuerzos y, finalmente, por primera vez en su vida comunitaria, una angustiada petición de auxilio, que nadie pareció oír y que nadie atendió. Los gritos subieron de tono y acabaron confundándose con los de todos los días. Los mismos insultos, las mismas descalificaciones, la misma agresividad hiriente. Cuando, al fin, el tumulto cesó y la paz exigua de siempre trajo un silencio prolongado, todos pensaron que también el final se habría repetido y que el sexo habría cerrado la velada del agua.

Amaneció un día lluvioso y desapacible y nadie oyó la marcha del hombre al trabajo, a primeras horas de la mañana, para el turno en la cafetería donde trabajaba. Pensaron que se había quedado dormido y cada ama de casa tenía bastante tarea con

limpiar la casa, después de la catástrofe de la víspera, como para preocuparse por las idas y venidas del ando. Pero, cuando a media mañana, todavía no les había sorprendido la mujer con los boleros sentimentales de todos los días, a grito pelado, como para demostrar la euforia de su despertar tras una noche de amor, se les hizo raro. Y siguieron oreando las alfombras empapadas, los visillos húmedos y las estrías de agua sobre los suelos fregoteados. A mediodía, más que nada por mezuconeo, les chocó a todos la falta de señales de vida en el piso de la pareja.

Por la noche, ante la nueva oleada de lluvias, decidieron llamar a la puerta y, ante el silencio, la echaron abajo, para evitar males mayores. Olía a cal mojada, a servicio descuidado y a trapos sucios. Por todas partes se veían las huellas de la inundación y el nivel que había alcanzado en las paredes, que se empezaban a secar. Ni un ruido ni un murmullo demostraban que hubiera alguien en la casa. La frialdad de la atmósfera casera y una fuerte corriente de aire delataban ventanas y balcones abiertos. La inspección les daba mala espina a los vecinos, que husmeaban por todas partes, entre el interés y el asco. Lo que veían confirmaba la mala impresión que tenían de aquella grosera pareja de maleducados y marginales. Todo delataba mal gusto, abandono, pobretería y derroches de lujo inmotivados.

Se asustaron cuando los encontraron, detrás del sofá destrozado del cuarto de estar, junto al balcón, abierto de par en par. Abrazados, en el suelo, con las ropas desgarradas y con evidentes señales de violencia por todo el cuerpo, lleno de hematomas, heridas, rasguños y sangre seca. Las bocas, distorsionadas en un grito, indicaban que habían muerto como habían vivido. Cuando quisieron cerrarles los ojos, que daban miedo, no pudieron y optaron por cubrírselos con una servilleta de papel, de la cafetería donde él había trabajado. Estaban medio desnudos, ella encima de él, con la cabeza metida en el hueco de su cuello y una mano sobre la garganta del otro, que la abrazaba por la espalda descubierta. Las piernas entrelazadas. Ella no llevaba bragas y él tenía la bragueta desabotonada. El *rigor mortis* los había inmovilizado en una serenidad de estatuas yacentes, en una obscena postura de lupanar.

Las vecinas se persignaron ante el espectáculo, entre devotas y temerosas, musitando una torpe oración por sus almas, que algunas pensaron que estarían en el infierno por sus muchos pecados. Los contemplaron, por primera vez en su vida, casi sin reconocerlos. Alguien, después de haber intentado separarlos, cubrió los cuerpos con una manta vieja. Llamaron a la policía y se retiraron, con la sucia imagen de sus desnudos en la pudorosa memoria. Una vieja, mientras se iba, esbozó una sonrisa y la borró enseguida con el signo de la cruz sobre su frente. Estaba lloviendo con ganas y no era fácil que ni el coche de la policía ni el forense pudieran llegar hasta la casa, con la riada desbocada, como un torrente furioso.

Con el paso del tiempo, el agua fue subiendo de nivel y penetró por el balcón abierto, anegando el salón, donde yacían los dos muertos. Nadie había ido a velarlos, nadie había ido a levantar el atestado de su muerte violenta, nadie los había llorado.

Cuando el agua los cubrió, les arrebató la cobija que los tapaba y les devolvió la desnudez adánica de su muerte. Durante unas horas recorrieron el salón, impulsados por los torbellinos de agua que formaba la corriente que entraba por el balcón; estuvieron flotando en una macabra operación de despedida sobre los lugares de sus broncas sangrientas y sus reconciliaciones cálidas. Chocaban con la mesa, con las sillas, con el aparador, con el sofá, se atravesaban en la puerta de la cocina y volvían a hacer aquella ronda trágica, que los llevaba a los cuatro rincones del salón, que volvían a repasar. A veces se hundían y hacían la ronda debajo del agua, para reflotar después y repetir aquella vuelta al ruedo, espeluznante.

Hasta que los remolinos del agua sobrepasaron la barandilla del balcón y se llevaron los dos cuerpos hacia el espacio exterior oceánico, donde se perdieron, describiendo grandes círculos, que los fueron alejando cada vez más de la que había sido su vivienda mortal.

Un grupo de supervivientes se había retirado de los tejados y había cruzado por delante de las puertas abiertas de las casas abandonadas para dirigirse a la Plaza Mayor, adonde ya había llegado la frontera del agua. Iban buscando lugares más altos y más seguros, donde guarecerse, en espera de que aquello cesara. Era una procesión de sombras, acompañada de otras sombras, que silueteaban su parecido con seres humanos. La multitud, movida por la costumbre de los ritos ciudadanos, se había hecho cada vez más densa en la Plaza y sus inmediaciones, como si fuera un refugio, donde podrían esperar que escampara. Era imposible entrar en su recinto y todos querían hacerlo a empujones brutales y algunos lo conseguían, La Plaza estaba ahogada del calor sofocante de la muchedumbre hacinada, enfebrecida y exaltada, que no se cansaba de gritar, llorar, patear, mirar a todas partes en busca de una salida inexistente. La locura quemaba los ojos de todos los que esperaban, interrogándose unos a otros con la mirada.

Los más eludían esa curiosidad y se miraban sin verse, para compartir el terror. Se abrazaban a desconocidos, se separaban bruscamente, volvían hacia el cielo sus rostros suplicantes y desencajados, con los ojos medio cerrados para empaparse de desesperación, para negar las evidencias. Todos trataban de ocultar el pánico y algunos blasfemaban, para aliviarse, entre dientes. Las risas estentóreas y súbitas de los locos sorprendían por su impudor y por el fulgor de una decisión frenética, que pugnaba por expresarse a través de los labios húmedos de espuma, como el último resto de la racionalidad perdida o a punto de perderse. Olía mal en lo que en otro tiempo había sido la tacita de oro, el cuenco de la felicidad de todas las citas y de todos los perfumes, la joya de la ciudad.

La gente sufría súbitas y gregarias convulsiones histéricas y corrían huyendo hacia la calle Toro o la calle de Zamora, como si fuera una solución, y se apelmazaban en los arcos de las bocacalles, entre gritos y lamentaciones de las

víctimas, empesgadas por la avalancha humana, zarandeadas y arrastradas sin compasión. Cuando el impulso se perdía, volvían sobre sus pasos, chocando con los que presionaban desde dentro de la Plaza. Todos obedecían a consignas no verbalizadas y contradictorias, seguidas fielmente por la masa de ciudadanos, convertidos en animales ciegos, sujetos a conductas violentas, traídos de acá para allá, sin lógica ni explicación alguna, como sometidos a una voluntad caprichosa, que jugara con ellos. Sobre todo, cuando vieron que el agua estaba ganando el suelo de la Plaza, que ya era un lodazal, pisoteado por miles de salmantinos, que se habían acogido al cuadrado mágico, como a una salvación sobrenatural. Pensamos que también aquella maravilla iba a ser cubierta por las aguas y arrasada por la violencia de sus embates.

Los que habían subido desde el río habían podido ver que las aguas estaban entrando en la iglesia de San Esteban y anegando el claustro del convento de los Dominicos. Sintieron más que vieron las consecuencias de aquella irrupción de las aguas. Imaginaron que el oleaje, arrastrando los bancos del templo y desnudando el altar mayor, estaría llegando a las bases del retablo barroco, lamiendo sus gigantescas columnas salomónicas, desluciendo los brillos de sus fustes retorcidos y degradando la apoteosis de sus pámpanos dorados. Las lágrimas del asombro y de la rabia se confundieron con el azote de la lluvia. No había tiempo de lamentarse, sobre todo cuando más arriba se encontraron con el agua ganando el suelo de la Plaza.

Cuando algunos habían querido volver hacia el río, a comprobar la desastrosa persistencia del desastre, se encontraron con el agua que cubría la Plaza del Poeta Iglesias. La mañana brillaba en regueros pálidamente luminosos sobre la cuesta de San Pablo. Corrieron hacia la calle de la Rúa, empujados, arrebatados por una multitud despavorida, a la que el triste sol del nuevo día había devuelto su capacidad de reacción. Parecían una manada de vacas desbocadas. Unánimes y tercos, todos corrían hacia la Catedral, que se erguía como un faro salvavidas, rodeada de cientos de personas, contra la luz temprana. Cientos, miles de personas acezantes, desenfrenadas, impulsadas por un grito colectivo, que ya no era humano, se empujaban, se pateaban, caían entre las pezuñas de las fieras rugientes, que chapoteaban en el agua, saltando, embistiendo, atropellándose, sin mirar a quién golpeaban, obsesionadas por ganar espacio, por ir hacia delante, por agotar el tiempo, por no llegar los últimos, una riada de bestias desatadas, enfurecidas, ciegas y a tope.

El hombre del tupé había corrido, entre los primeros descubridores de la isla de la Catedral. Pero, ya tuvo que abrirse paso a codazos, a empujones, a patadas, como era su estilo, hasta llegar a la base de la escalera que ascendía hacia el campanario y allí tratar de subir por aquellos escalones, abarrotados, con heridos y muertos por los suelos, que fue retirando de su camino con los pies, con las uñas, con toda la violencia de su pasado puesta a punto. Tiraba de los cadáveres hasta dejar expedito un hueco, por el que ascender algunos peldaños y encontrarse con otra muralla de cuerpos, a los que desplazaba violentamente y se hacía un pasillo de muertos, por el

que seguir ascendiendo poco a poco, sin descanso, como había hecho toda la vida. A medida que iba subiendo, aumentaba la resistencia a su marcha, que no se detenía ante ningún obstáculo, fuera del género que fuera, niños agonizantes, mujeres llorosas, ancianos exhaustos, que intentaban continuar la ascensión al borde de sus fuerzas y a los que él apartaba de una patada.

Se había pasado toda la noche en la bodega preparando las papelinas del mercado. Por fin, después de un largo noviciado de fidelidad y astucias, de camello eficaz, había conseguido que le proporcionaran un paquete de polvo para su exclusiva venta. Con el dinero esperaba salir de apuros, comprarse un coche de segunda mano y, si había lugar y el negocio daba margen, comprarse o alquilar un buen piso en la parte alta de Salamanca, donde vivían los señoritos, y abandonar aquel tugurio, junto al río, donde había nacido, lleno de malos recuerdos, de humedades y de vecinos bocazas y delatores, envidiosos y rajados, muertos de hambre, que podían chafarle la vida y quedarse tan frescos. Había echado sus cuentas, y a poco que la suerte ayudara, se veía con fuerzas y contactos para hacerse el rey de la coca en la provincia, con el plan que había ido madurando en sus horas de vacío. Disponía de tres camellos jóvenes de confianza, espabilados y con experiencia, que conocían el paño y sus riesgos, con cara de buena persona y con ganas de servir. La provisión de mercancía estaba asegurada, para mucho tiempo.

Oía un rumor de agua, que no era una novedad. Estaba acostumbrado al río desde que lo destetaron o antes. A veces, casi lo echaba de menos, como si no pudiera vivir sin aquel murmullo tranquilizador. En el duermevela de la madrugada confirmó que el río seguía allí, fiel, como un clavo. Tardó en despertar, porque estaba hundido en un sueño pesado, como una losa, que le había cogido mientras preparaba el material y con la punta de la lengua, una pizquitina, había probado el polvo para evaluar su excelencia y catar su alto grado de pureza, como le habían prometido. Sin darse cuenta debió de pasarse en la prueba y se había tenido que meter en la cama, arrebatado por un aura de felicidad, que prometía el paraíso y que le alumbró una sonrisa de iluminado. Había sido la gloria. Un gozo de serenidad y de evanescencia, como si no pesara y sobrevolara un paisaje de árboles primaverales y un azul tan intenso que parecía el mar, sin límites. Daban ganas de comer los colores. ¡Buena partida! Sus proveedores se habían portado. Confusamente, echó cuentas de los beneficios y se felicitó del resultado.

Pero siguió durmiendo, amodorrado, deseando prolongar aquel estado de ingravidez y poder entrar en la mañana con el optimismo de una nueva vida. La oscuridad, que nunca había sido absoluta, empezó a rasgarse con el amanecer. Su primera sensación molesta fue el frío y buscó las mantas, saliendo de su letargo ingravido, que se resistía a desaparecer. No se movió para no encontrarse consigo mismo y la angustia de su puta vida. Con el despertar le vinieron unas náuseas, que

ya conocía de otras veces. «Me cagüendiós, que nunca aprendo. ¡Qué gilipollas!». Siguió quieto con la esperanza de engañar al estómago; pero no lo consiguió, la cabeza se le iba y las náuseas volvían, sin acabar de arrojar nada. Oyó el acelerado paso del río y pensó que no estaba todavía despierto del todo. Cerró los ojos y se concentró en estar bien, en prolongar el sueño. Pero tampoco lo consiguió. Se empezó a escamar, porque algo no cuadraba. Era ya de día y ni se oían los gritos de los niños, ni el zascandileo de las viejas, ni las canciones de las muchachas.

A duras penas, se incorporó en el camastro. Pensó que se había equivocado de habitación y de pronto se espabiló de golpe, asustado, por lo que estaba notando, el agua borboteaba por la puerta de la bodega y empezaba a cubrir el suelo de su cuarto. Se tiró de la cama y se encontró con los pies en el agua. Corrió hacia la bodega, con la cabeza yéndosele, a salvar la mercancía y no pudo bajar la escalera. El agua continuaba fluyendo, con voluntad de pleamar ruinosa. Las paredes rezumaban humedad; por la puerta de la casa fluía el agua. Se sintió perdido, mareado, desesperado. «Me echaron a perder la changa». Se espabiló del todo y una nueva náusea lo dobló sobre el piso inundado. Se asomó a la calle y no vio más que río por todas partes. Bajo una luz cenicienta de un crepúsculo sucio y encenagado. Gritó sin saber por qué. Algunas papelinas con restos de polvo flotaban entre la basura emergente de los bajos de la bodega. Cogió una y la lamió como para aprovecharla. No notó su sabor. Creyó ver sobrenadando en aquella balsa cenagosa los paquetes de la mercancía, haciendo remolinos, como una burla. Rompió a llorar, por todo lo que no había llorado. Morir le parecía poco. La mala estrella se cumplía. Como decía su abuela: «Cuando Dios pone una raya, no hay quien la pase». Cosa de pobres.

Salió afuera, perdió pie, se echó a nadar y trató de alcanzar la orilla que no se veía. Nadó con el ímpetu de su juventud y de su miedo. Daba unas brazadas amplias y lentas. En su trayectoria se cruzaban masas de objetos, prendas de vestir, restos de muebles, trapos y papeles, la carroña de un perro, en un confuso revoltijo que conseguía evitar a duras penas. Continuó avanzando, en espera de que la luz del sol alumbrara su camino y le descubriera la orilla cercana. El agua le cegaba y la poca luz no ayudaba mucho. De cuando en cuando, se paraba a otear el horizonte, pero no era más que agua. Por la claridad del sol, pensó que iba en la buena dirección, hacia la ciudad. Siguió nadando. Un tronco de árbol le sirvió de descansadero, pero lo arrastraba en la mala dirección. Se dejó ir un momento, pero después se soltó, para no alejarse de la orilla. Notó entre sus pies un trozo de tierra firme, con piedras. Trató de pensar lo que sería y lo recorrió con los dedos. Le pareció el tejado de una casa. Se mantuvo allí durante unos minutos y recorrió el entorno con la mirada.

Repuesto del cansancio, volvió a nadar y se alejó rápidamente. Había perdido la noción del tiempo y el sol parecía haber ascendido en su camino. Braceó con decisión, creyendo que la orilla estaba próxima. Pero después de un rato no encontró nada, pensó que se había equivocado. Se descorazonó, respiró hondo y siguió. Notó que empezaba a estar cansado. Aumentó el ritmo de sus brazadas. Metió la cabeza

dentro del agua y sintió el alivio del frescor y un sabor a barro en los labios. Supuso que estaba llegando a la orilla. Esquivó una rama de árbol, que venía a la deriva. Redobló sus esfuerzos, pensando en el final. Aspiró una profunda bocanada de aire y volvió a hundir la cabeza en la corriente, para avanzar mejor. Durante un buen rato fue en línea recta, denodadamente, con la esperanza de ganar la orilla. Pero lo que vio en un vislumbre de claridad fue la costa de la Chopera, aguas abajo de la ciudad y sin fuerzas ni ánimos para remontar la corriente. Se dejó ir manteniéndose a flote y fue a parar más allá de los vados de Tejares, por donde había estado el Puente de la Salud.

Le quedaban pocas fuerzas. A pesar de la hora, había una luz escasa y las orillas se le confundían, irreconocibles, aunque eran los lugares de toda su vida. Donde se había bañado de chico, donde había hombreado de mayor, donde se había tirado a algunas mozas. Había árboles, montes lejanos, nubes volanderas y agua por todas partes. Notaba que le faltaba la respiración. Sentía el oleaje en sus oídos y un sabor nuevo en la boca. Le pesaban las ropas y se las quitó. No todo estaba perdido y redobló sus esfuerzos. Se volvió a agotar. Una blasfemia sonora le dio fuerzas para seguir. En un vislumbre, se dio cuenta de que se estaba alejando mucho de la ciudad, que casi no se veía desde allí. Intentó rectificar el rumbo; pero no pudo. La corriente lo seguía empujando más allá. Las orillas lejanas le eran desconocidas. Debía de estar más abajo de Tejares. No tenía que nadar para flotar, pero el agua lo arrastraba cada vez más lejos, entre ramas de árboles, animales muertos y desechos caseros.

De pronto, no vio las orillas. Un mar inmenso cubría todo el horizonte, en el que ya no se veían ni casas ni árboles. No había dónde ir. Sintió pánico.

A María de las Candelas le gustaba que en el curro la llamaran Marta, como a la del Evangelio, que le sonaba muy fino y le caía muy bien, por motivos que no sabía cuáles eran. Alta, de fuerte textura ósea, proporcionada y atractiva, tenía un buen ver de cuarentona, con los restos, todavía en pie, de una antigua belleza, mantenida con esfuerzo y exhibida con generosidad profesional. Se dedicaba, no hay ni que decirlo, al santo oficio de la prostitución callejera, al gremio de las «mozas de soledad y de fortuna», como las llamaban en los viejos tiempos, con agradecida propiedad, y estaba convencida, en los entresijos últimos de su determinación laboral, del carácter caritativo de su trabajo, en favor de quienes demandaban sus servicios por una perentoria necesidad de desgraciados solitarios, sin una mano amiga que los ayudara ni una sonrisa que les alegrara la vida. Fervorosa creyente, de misa diaria, lo cortés no quita lo valiente y por muy arrastrada que esté una, el buen Dios, que conoce mis buenos sentimientos, siempre me echará una mano. Daba mucho más de lo que recibía, a pesar de sus tarifas altas y de cobrar antes del trabajo. Como solía decir, ¡soy puta, pero honrada! No obstante, nadie diría que era lo que realmente era, una furcia sentimental. Una clientela fiel, hecha a base de años y de cumplir la palabra, en la que había profesores de universidad y hasta canónigos, la consolaba de

las amarguras de su oficio y de los canallas, que siempre los hay.

Aquella noche, en su habitual caladero de los alrededores de la Catedral, a la sombra sagrada del templo, no había sido su día de suerte, después de cuatro horas de esperar su santo advenimiento. El mal tiempo y la temporada baja se hacían notar. El horno no estaba para bollos, ni la Magdalena para tafetanes. Además corría un biruji que cortaba el cutis. Hay que tener ganas o una necesidad de extremaunción. No era su día. Sólo un pobre cliente, de los que le enternecían el corazón y no le engordaban la bolsa. Un joven tímido, inexperto y poco exigente, que se conformó con un magreo a fondo y una mamada y va que chuta, había sido toda su cosecha, después de una larga espera al relente, con avances de llovizna y cara de pocos amigos. Por eso, cuando en la alta madrugada, a punto de abandonar, un sacerdote, que no lo podía disimular, en buen estado de conservación, solicitó su compañía, con la promesa de una larga dormida y una generosa remuneración, se prestó a su paternal requerimiento, con gusto y esperanza. A última hora, las cosas, iban a mejorar. Los curas solían pagar y en general solían pagar bien. Se acordó de su madre, que la estaría esperando en casa y que la perseguía con sus soeces alusiones a su modo de ganarse la vida, dichas con el florido vocabulario de castellana vieja y el impudor de sus noventa años.

Cuando, al cabo de dos horas, con las primeras luces del alba, volvió a la calle, decepcionada por la racanería del tipo, que era más tacaño de lo que su oronda humanidad hacía suponer, estaba jarreando a cántaros, como si acabaran de inventarlo. Se quedó en el quicio de la puerta para pedirle un paraguas al cliente por los números extras que le había concedido; pero ni siquiera le abrió. Ante la urgencia de sus súplicas, primero cordiales, con la caridad por medio, y después irritadas, con la furia de una mujer, muerta de frío, tirada en la calle, la puerta continuó cerrada. Sus precarias ropas eran las menos adecuadas para echarse a la travesía de aquel mar boca abajo, con trazas de no vaciarse nunca. En la ciudad silente y empapada hasta sus raíces históricas sólo se oía a aquellas horas el esquilón madrugador de un convento de monjas, aquejado de premuras celestiales, llamando a maitines, y un rumor de canalones rotos que aumentaba los riesgos del camino hacia su casa, que estaba al otro lado del río y donde le esperaba su madre, medio paralítica y casi ciega, pero con labia como para despertar a un batallón.

María de las Candelas, con el eclesiástico dinero en el bolsillo, con olor a incienso, dudaba entre aguardar allí la salida del sol, esperando a que escampara, o correr a refugiarse en el umbral de cualquier casa de la calle de Tentenecio, camino del río, un poco más cerca de su casa. A sus espaldas, el reverendo, tras la puerta amartillada, la apremiaba, con perentorias razones canónicas, para que lo más rápido que pudiera, antes de que saliera el sol, que estaba a punto, se marchara, fuera de su domicilio, que se fuera, bajo el chantaje de llamar a los municipales para que se la quitaran de encima. Por fin, sabiendo que siempre le caían los marrones, se decidió a aventurarse a las inclemencias del chaparrón, agraviado por la oscuridad y enardecido

por un ventarrón rabioso, de día de difuntos, no sin antes largarle al cura cuatro frescas, para espetarle que ella sería una mala pécora, pero que él era un mal cura. Enseguida su cuerpo recibió una violenta rociada de agua, mientras se lanzaba, calle abajo, vejada por la mojadura y angustiada por el recuerdo de su madre impaciente, en su casa del Arrabal del Puente. Varias veces resbaló en el empedrado de la cuesta, convertida en arroyo jubiloso, con intenciones de torrentera. Su tocado profesional, castigado por los arrebatos del cura y la ventolera del cielo, había desaparecido, humillado por los churretones del agua.

Cuando llegó a la Puerta de Aníbal, junto a la Cruz del rollo, en la inminente amanecida, descubrió, horrorizada, entre la neblina indecisa, que el Puente Romano había desaparecido bajo las aguas turbulentas, y sólo quedaban visibles los pivotes de sus adornos laterales. Gritó su estupor desesperado. Se lamentó a voces de que siempre pagan los mismos y que la sogá se rompe por lo más flojo y que no hay manera de enderezar el mundo. Corrió, antes de que fuera demasiado tarde para cruzar el Puente, por donde presumiblemente se mantendría la solidez de su calzada, ya que había resistido tantos siglos de agresiones. Pero el Paseo del Rector Esperabé estaba convertido en un estanque agitado por el viento y engrosado por las ruidosas afluencias fluviales, que venían en forma de cataratas por el Paseo de San Vicente. Delante de ella, con estruendo de catástrofe cósmica, los sillares de la muralla romana y medieval empezaron a desmoronarse. Sus ojos aterrorizados trataban de encontrar entre la lluvia, que la cegaba como una cortina opaca, el lugar de su casa. Pudo entrever, a duras penas, algunos tejados, llenos de gente, bajo el temporal. Quizá su madre estuviera así, en algún tejado, esperando que ella volviera. «Maldito cura piojoso, que las liendres te coman». De repente, uno de aquellos tejados se desfondó con su cargamento y sus náufragos desaparecieron entre las aguas revueltas. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?».

Intentó cruzar el Paseo, perdió pie, sufrió un revolcón por las aguas enardecidas, agitadas por las encontradas afluencias del oeste, que venían de lo que había sido el río, y del noroeste, por donde seguían desmoronándose los restos de la vieja muralla, que arremolinaban los torrentes y que estuvieron a punto de arrastrar a la mujer, que se debatía contra aquella masa. Con el agua al cuello volvió a intentar atravesar la riada y se salvó a duras penas de ser arrastrada de nuevo. Lloró su impotencia y su desamparo. El nacimiento del sol certificó su derrota y el principio de su locura, que ya no pudo aguantar en los límites de la razón. Otro tejado, repleto de gente, allende el río, desapareció bajo las aguas entre un griterío trágico. María de las Candelas gritó también por solidaridad y miedo. Estuvo tentada de volver atrás; pero el ímpetu del agua que bajaba a sus espaldas le hacía imposible el retroceso y le hacía perder el equilibrio.

Todas las casas de los alrededores estaban cerradas a cal y canto. No se veía un alma. Sintió, enredada a sus piernas, una masa pegajosa y mucilaginosa, que insistía en su adherencia y que resultó ser el cuerpo de un ahogado, del que se desprendió a

patadas, con asco y chillidos de horror. Le vinieron a la mente todas las oraciones religiosas de su niñez y las fue recitando con unción devota y los ojos cerrados. «Señor mío, Jesucristo, tú que estás en los cielos... perdona nuestros pecados. Ten misericordia de nosotros». La difusa luz del día le hizo ver su situación desesperada, cogida al pretil de la Puerta del Río, batida por las olas y viendo cruzar una macabra ronda de cadáveres. Sus fuerzas se debilitaban por momentos y el nivel del agua seguía subiendo. No se lo pensó dos veces, se quitó las ropas a puñadas, tiró su dinero al agua impetuosa, como una ofrenda, para propiciar los elementos desatados, y después, iluminada por una especie de arrebató místico, se persignó con devoción, rezó una larga oración burbujeante en los labios, gritó «mam» al viento, y penetró en la corriente del agua rugiente, con los ojos cerrados, las manos entrelazadas, en piadosa súplica, dejándose llevar por un torbellino apresurado, que la engulló enseguida y la hizo desaparecer bajo las olas furiosas, como la rama seca de un árbol, a la deriva, que agitara su cabellera al alba, en un gesto de despedida. Su pañuelo, escapado de su bolsillo, navegó un buen rato, sobre la superficie agitada, junto a su cadáver, como un signo de su inocencia blanca.

Aquello se prolongaba y entonces decidió quitarle las penas a su madre, acelerando su fin. Se sentía incapaz de la violencia física y pensó en envenenarla, poco a poco, de manera que su muerte pareciera la consecuencia natural de su organismo envejecido. Desde aquel día, no dejó de observarla, a hurtadillas, para encontrar el buen momento. Esperó con ansiedad la manifestación de los primeros síntomas de la claudicación de su cuerpo, cascado e indefenso. Se había convencido a sí mismo de que era capaz de hacer lo que fuera necesario, como un reto, pensando que, al cumplir la voluntad de su madre, que quería morirse, como había dicho tantas veces, haría el mal con la disculpa de hacer el bien, lo que le proporcionó una gran satisfacción, porque se sentía justificado y vencedor de la prueba definitiva de su total abyección moral. Fue como el último obstáculo que le faltaba para acceder a la experiencia del mal supremo. Tardó en decidirse y le echó la culpa a un resto de bondad, que le impedía ser él mismo, como unas malignas adherencias del pasado, que se resistía a desaparecer. Compró el veneno de los pobres, un matarratas, que creyó suficiente para acabar con el débil organismo de su madre; leyó las instrucciones de uso y las advertencias de sus peligros potenciales, que confirmaron sus expectativas, y empezó a mezclárselo a su madre en las comidas, a pequeñas dosis, que fue aumentando, con los últimos restos de su débil remordimiento, que no se le iba, a pesar de todo.

Todavía no había conseguido matar a su madre. Se pasaba el día mirándole a la cara, para descubrir alguna señal de acabamiento. Esperaba que los ojos se le volvieran amarillos; que la frente se le estirara, ensayando la calavera; que la mandíbula se le descolgara, como despidiéndose; que los párpados se le cayeran,

incapaces de aguantar su peso; que la boca exhalara el último suspiro deseado. Espiaba el momento final. No se apartaba de la cama, incluso le cogía la mano en un gesto cariñoso, que en realidad sólo intentaba comprobar la proximidad del desenlace por la debilidad de su pulso, al borde del cese. Acercaba su oído a la boca de su madre para notar el último aliento. Pero nada. Seguía viva, gritando con fuerza su dolor, mirándole con asco, con los ojos nublados por el cansancio y el odio, como si supiera lo que estaba haciendo. Revolviéndose penosamente cada vez que se le acercaba, queriendo alejarse de él. Rechazándolo con la retracción de su cuerpo desvalido.

Él hubiera querido acabar pronto. Aumentó la dosis del matarratas, inútilmente. Aquel organismo parecía poder digerir piedras o ponzoñas fulminantes. La muerte no tenía prisa por llegar. Él quería asumir su perversidad hasta las heces. Liberarse pronto de cualquier rescoldo de bondad que le quedara. Renacer desde su voluntad. Hacerse un hombre nuevo, sin sombra del viejo. Pensó en ensayar otro tipo de muerte más rápida. Pensó que para ahogarla no haría falta ni mucho tiempo ni muchas fuerzas. Pero, al tocar su cuello sedoso y caliente con el latido de las venas a la vista, se arrepentía. Para no tener que tocarla y sentir su vida debajo de los dedos, pensó clavarle un cuchillo de la cocina, rápido y expeditivo, directo al corazón. Llegó a coger el arma blanca, y cuando entró en el cuarto de su madre, lo estaba mirando, retándolo a que hiciera lo que quería hacer. Chilló, desafiándolo, animándolo.

Obsesionado con su decisión homicida, no se había dado cuenta de que había empezado a llover, ni de que la inundación estaba arrasando la ciudad, ni de que los ahogados contorneaban la fachada de su casa, en la calle de Sancti-Spíritus, procedentes del Alto del Rollo. Miraba la calle como un sonámbulo, con los ojos vueltos hacia dentro, sin ver lo que estaba pasando a su alrededor. Pero cuando se dio cuenta, sonrió de alegría, porque con aquel aguacero le venía Dios a ver, que ni pintado adrede, pues ningún médico iba a venir con aquel mal tiempo y, cuando pudiera venir, el cadáver putrefacto sería irrefutable. En el balcón, con la cara churreteada por los regueros de agua, levantó los ojos al cielo y exclamó, con la euforia de un cristiano en el circo romano de su martirio: «¡Gracias, Dios mío!».

Su madre no tenía ninguna intención de morirse, aunque lo dijera constantemente. El frío y la humedad la habían revitalizado. Tenía más ganas de gritar, de echarle en cara su condición de mal hijo. Él esperó al anochecer y vio que las aguas habían aumentado su nivel y bajaban turbias, arrastrando árboles, muebles, ropas y papeles. Y tuvo una inspiración feliz. Levantó a su madre de la cama, la cogió en volandas y la sacó al balcón de la noche, para que una pulmonía la matara. El aire frío y la lluvia espabilaron los sentidos de la vieja y se aferró con las uñas a las ropas de su hijo, cuando pensó que la iba a tirar por la ventana, mientras gritaba: «¡No quiero morir!», «¡¡Dios te castigará!!». Sus manos tenían la desesperación de un naufrago. Su voz se rompía en desgarrones de garganta al rojo vivo. Habían dejado de ser lamentos humanos, para convertirse en bramidos, rugidos, alaridos. Una inusitada fortaleza

mantenía su forcejeo. Era imposible desprenderse de ella, que había mordido el cuello de la camisa de su hijo y se agarraba a sus brazos con las garras crecidas.

La volvió a meter dentro de casa, se desnudó y la desnudó contra su resistencia enloquecida. Cargado con ella, la sacó de nuevo al balcón y trató de tirarla al agua. Pero no pudo; se le había agarrado al pelo y, después de un breve combate a vida o muerte, los dos cuerpos cayeron al vacío, abrazados, luchando en el aire, agotando sus fuerzas en aquella lucha feroz, con un resto de animalidad en peligro chocaron contra la superficie del agua, ella probablemente ya muerta, con las garras hincadas en las carnes de su hijo, y él tratando de liberarse de aquel abrazo sangriento, que se negaba a deshacerse, y fueron arrastrados por la corriente impetuosa, que venía por la cuesta de Sancti-Spíritus, y desaparecieron, enredados en aquel cuerpo a cuerpo, que los hundió en el agua cenagosa, que lo tragaba todo.

Había vuelto a su casa, en los altos de la calle de Zamora, cerca de la iglesia de San Marcos, con la rapidez que le permitían sus piernas débiles y abotargadas de viejo artrítico, con el corazón en la garganta y la escasa capacidad de sus pulmones, con la mirada ansiosa, perdida entre tanta catástrofe. Volvía a casa a refugiarse donde lo había hecho siempre, entre las cuatro paredes de su historia. El agua le impedía avanzar, incluso al ritmo lento de sus pocas fuerzas. La calle era un lodazal. La gente corría a su lado, lo atropellaban con sus prisas, le daban codazos, empujones, lo ignoraban, lo despreciaban por su lentitud, por su torpeza, lo insultaban. «Vete a criar malvas. Deja de estorbar». Avanzaba penosamente, el agua le cubría los pies, iba chapoteando en un líquido oscuro y resbaladizo. Temía pisar en falso, caerse y ser arrastrado por la multitud enloquecida. Todos los portales estaban atiborrados. Nadie le dejaba entrar a cobijarse, a tomar un respiro. Todo eran gestos hostiles, que se amurallaban ante su ruego.

Muchas veces, en aquel andar laborioso, quiso dejarlo, abandonarse, arrimarse a cualquier pared, a cualquier rincón lóbrego, quizá todavía seco y silencioso, donde poder recuperar el aliento y dejarse estar. Pero no encontró nada. Algunos le gritaron: «¡Échate a nadar, viejo, que flotas!». Reconoció a personas con las que había hablado alguna vez, que le debían pequeños favores y le habían sonreído en sus ocasionales encuentros. Pero nadie dio señales de concederle una mirada cordial. Siguió adelante, como pudo, con una terca voluntad de no dejarse vencer por la adversidad. Su cerebro se había negado al dolor y gastaba sus energías en mover sus piernas, en mantener su destino inmediato, con el señuelo de su entorno familiar, donde poder cambiarse de ropa, apoltronarse en un sillón y poner en orden sus ideas alteradas, con la creencia de que todo se arreglaría en cuanto las aguas bajasen de nivel, y recuperar la vida de antes, las ganas de vivir, que no le faltaban. No dejaba de llover y los zapatos le pesaban como barcas en la arena. Por la calle de Zamora bajaba un río desbocado contra el que nada podía, a pesar de poner todo su empeño. Hacía

esfuerzos por remontar aquella corriente, a cien pasos de su casa, oculta por una cortina de agua.

Por fin llegó. Agotado, con la ropa empapada y asquerosa, tiritando, con los huesos molidos y las articulaciones rotas, como si lo hubieran torturado. La soledad de la casa se le cayó encima y la miró como si no fuera suya; la recorrió, arrastrando los pies y buscando un consuelo en alguna sombra perdida del pasado, en alguna satisfacción oculta, en algún mueble, en algún cuadro, que le dijera algo, en alguna fotografía familiar con la que poder hablar, en algún búcaro de flores, que le devolviera su memoria. Y no pudo encontrar nada que le sirviera de alivio, mientras seguía oyendo arreciar el aguacero, que golpeaba los cristales de las ventanas, llamando como si quisiera entrar. Acababa de ser abandonado por su última mujer, incapaz de soportar el envejecimiento compartido. Su ausencia había dejado la casa desencantada. El amor había sido, a sus noventa años, un freno ante la idea de la muerte. Falto de amor, la muerte se había instalado en cada célula de su cuerpo y había comenzado el proceso de su dominio. Tarde o temprano, ella ganaría.

Con el estómago a la espalda y los ojos fritos, se metió en la cama para tratar de serenarse, descansar, dormir; pero no lo consiguió. Su cabeza se le llenó de fantasmas, de viejas reivindicaciones sin cumplir, de todos sus fracasos acumulados, de sus heridas sin cicatrizar. Su matrimonio inmolado, sus hijos sin hablarle, su prestigio profesional por los suelos, sus mejores amigos desaparecidos, sus proyectos frustrados, en la papelera de los años, sus recuerdos como agujeros negros. Todos los dioses de su juventud, en los que había confiado, muertos. El amor que le había mantenido vivo, durante sus últimos quince años, se había acabado, por su culpa, por su exceso de sentimientos y falta de palabras. Ya era tarde para todo, para rectificar, para empezar de nuevo, para inventarse otro amor e inmolarle los años que le quedaran. Su vida iba a ser un pozo, sin fondo. Nunca más amanecería. La noche se sucedería a sí misma. Puta vida.

Se levantó de la cama en estado de excepción, acuciado por todos sus demonios. Recorrió, precavido y temeroso, todas las habitaciones. Tomó un baño de agua caliente para sosegar, se cambió de ropa interior, sacó del armario su traje nuevo, lo cepilló con cuidado, se lustró los zapatos a conciencia, hasta sacarle un brillo de domingo, se vistió, se asomó al balcón y fue bautizado por un golpe de viento húmedo. Se asomó a la calle Zamora y vio un torrente devastador que arrastraba ramas de árbol, coches, tejas de uralita, colchones como balsas, animales muertos y una amalgama de objetos y seres vivos sin identificar. Cerró el balcón y volvió a recorrer la casa, como si hubiera perdido algo, con las lágrimas apremiándole. Quiso decir algo para oírse; pero no le salió la voz, como si no tuviera ni aire ni palabras. Se sentó en una butaca del cuarto de estar y esperó el fin mientras seguía oyendo el furioso repiqueteo de la lluvia contra los cristales. Cerró las contraventanas y llamó a su última mujer, pero no le contestó.

Se puso el abrigo de las fiestas, azul marino con solapas anchas y cruzadas.

También se colocó una bufanda del mismo color, aunque de un tono más pálido. Se miró al espejo del armario del dormitorio. Respiró hondo, para recuperar su ser humillado. Volvió a recorrer la casa, en busca de algo, sin saber qué. Todo estaba en orden. No quiso volver a entrar en su dormitorio para no ver el lecho del amor. Una tristeza infinita le nublaba los ojos. ¿Por qué cerró la tronera de la cocina, por la que entraba un poco de agua, que había creado un charco sobre las baldosas jaspeadas? ¿Por qué apagó la luz del cuarto de baño? ¿Por qué ordenó las sillas, alrededor de la mesa del comedor, con pundonor de mayordomo? ¿Por qué rectificó la posición de un cuadro de la pared, que estaba un poco torcido? ¿Por qué rompió la sedante tranquilidad, con que había hecho todo hasta el momento, para romper con la poca furia que le quedaba su título orlado de fin de carrera? ¿Por qué acarició el retrato de su última mujer con nostalgia?

Después atravesó, con lentitud ceremonial, el largo pasillo, poblado de rostros familiares, de ruido de adioses y bienvenidas, de anécdotas livianas, cerrando todas las puertas y comprobando que todo estaba en su sitio. Atrancó la puerta de la casa, con la doble vuelta de la llave y comprobó la solidez de la cerradura dándole un empujón. Bajó las escaleras en penumbra, con precaución para no resbalar. Llegó al primer piso y descubrió que el agua, que entraba por debajo de las puertas de la calle, había inundado el portal y cubría las escaleras hasta el primer rellano. Se quedó un rato mirando aquel depósito de agua y continuó bajando con cuidado, tanteando los escalones con los ojos cerrados. Con el agua al cuello abrió las puertas de la entrada y luchó para no ser arrollado por la corriente impetuosa, que le impedía salir. Logró vencer la resistencia del agua y se dejó ir en la torrentera, como quien se derrama. El agua iba ganando fuerza, a medida que su cuerpo la navegaba, y lo poco que quedaba del día se iba perdiendo con él.

La luz sufría una melancolía otoñal, al margen del calendario. Un cielo alevosamente neutro ocultaba un sol de diciembre, enfermizo y tímido, que apenas alumbraba el relieve altivo de las catedrales, que mantenían el esplendor de su soberbia, en aquel triste crepúsculo que envolvía toda la ciudad, como el último día del año. No parecía que aquella mañana hubiera amanecido. La gente esperó inútilmente a que el sol saliera de entre las nubes. Los árboles desfallecidos levantaban, deshojados, una fantasmagoría de nevaduras de lámina anatómica. La humedad de las calles empezaba la lenta colonización de las paredes de las casas, que dejaba un rastro de audaces cuadros abstractos sobre el revoco de las fachadas, mientras de los aleros caían los lagrimones de su desconsuelo, bajo un toldo de nubes, que agobiaba sus débiles arquitecturas rotas. Todo estaba en penumbra, como en su estado natural.

Una bruma, densa y pacífica, subía desde el Tormes, en oleadas de imágenes nórdicas. La ciudad había ido perdiendo su habitual sonrisa, amparada en la indiferencia de la piedra, en un retraimiento progresivo de restos de fin de fiesta,

como una negación de la historia. Costaba reconocer Salamanca, bajo aquel manto de vulgaridad atmosférica, de una luz inmóvil que aumentaba la desolación de las crudas perspectivas de los monumentos, abandonados a la retórica vacía del pasado. Tanto adjetivo inútil; cuánta palabrería de recuelo estéril, cuánta expectativa frustrada sobre las absurdas contorsiones del barroco agonizante; cuántas seguridades perdidas. Salamanca era más que nunca la carcasa de la nada, bajo la amenaza de aquella ruina que la humanizaba.

No se lo pensó dos veces cuando entró en aquella casa de lujo, en la calle Toro, que le venía tentando desde hacía tiempo. Creyó que aquélla era su oportunidad de oro. Vio salir gente apresurada, con maletas, decidida a huir de la quema. Familias enteras, con niños y criadas sumisas y diligentes. No había portero y no funcionaba el ascensor. Subió por la escalera de servicio y escuchó en cada piso los ruidos de las viviendas. La gente estaba enloquecida. Ruido de puertas, arrastrar de muebles, gritos de pánico, llantos de niño, órdenes perentorias, confusión. En el cuarto se detuvo a descansar. Oyó movimiento de pisadas y puertas que se cerraban. Esperó un momento y, cuando se decidió a seguir subiendo, le llegó un portazo y los restos de una conversación. Invocaciones religiosas. Suspiros. Consejos.

Escondido en la sombra del rellano, pasaron frente a él sin verlo, dejando una estela de colonia cara y buena educación. Eran tres muchachos, uno de ellos todavía un niño, los padres y dos doncellas, con uniforme de servir; una de ellas cargaba con dos maletas, pletóricas a reventar, y la otra con una maleta más pequeña y el niño, como de siete años, de la mano, envuelto en una manta a cuadros, de la que sobresalía su carita de ángel enfadado y soñoliento. Oyó que cerraban la puerta. Habían cortado el suministro eléctrico, comprobaron de mal humor que los ascensores no funcionaban y se perdieron escaleras abajo, entre la pataleta del niño que reclamaba a una tal Áurea y los agrios comentarios del padre, un cuarentón fornido, hecho a mandar, que exigía silencio y obediencia, con un vocabulario bronco. Poco a poco, sus intemperancias se fueron debilitando en el hueco de la escalera.

Cuando dejó de oír los pasos, y antes de que otros vecinos aparecieran, bajando de los pisos superiores, presentidos por voces, pisadas, tacos de colegio de pago y lamentos femeninos, Nemesio, por mal nombre «Uñas largas», de profesión descuidero, torpe como un topo y oscuro como una cucaracha, salió de su escondite, saltó por la ventana del patio interior y, agarrado a la pared de ladrillo visto, tanteando con sus pies experimentados la cornisa que marcaba la separación entre pisos, llegó hasta una ventana y, asiéndose al travesaño, que le servía de antepecho sobre el alféizar, rompió el cristal y manipuló la falleba con una ganzúa. Después, penetró en una casi total oscuridad, aliviada por el tenue resplandor de la luz del patio, y ahogó una blasfemia al golpearse la espinilla de la pierna derecha contra algo duro, que resultó ser una cama baja de metal, por lo que dedujo que era el cuarto de

las criadas.

A tientas empezó a moverse en aquel espacio ajeno, que se le hacía presente por los olores que lo delataban, maderas exóticas, suelos encerados, ropa limpia, posos de *whisky* en vasos olvidados. Nemesio se fue habituando a la escasa luz y continuó avanzando, con pasos cortos y las manos por delante, hasta darse con una puerta cerrada, que abrió con sigilo y entró en otro ámbito de olores, que súbitamente se iluminó. Tuvo el tiempo justo de volverse al cuarto y, a través de la puerta entornada, ver a una muchacha, con el uniforme del servicio, atravesar el recibidor para adentrarse hacia el fondo de la casa. La oyó zascandilear en un cuarto remoto y suspirar con resignación mal reprimida. Le llegó el ruido de una ventana al abrirse con una rabia contenida y algunas exclamaciones de latente disgusto. Se cerró la ventana con una violencia inesperada y le llegó la voz de la chica, que murmuraba: «¿Por qué tengo que ser yo la que me quede y cargar con todo?». Después, los tacones se movieron en dirección al cuarto donde estaba Nemesio, que, cuando estuvo cerca, se le echó encima, tapándole la boca en medio del silencio.

La mirada de la muchacha, que pugnaba por desasirse, era más de ferocidad que de miedo y, sin transición, fue de una alegría que lo desarmó. Aflojó la presión de los brazos y se le quedó mirando sin entender aquella sonrisa inesperada, que lo humillaba. Cuando la muchacha quedó libre, le dijo: «¿Por dónde empezamos?». Siguió sin entenderla y creyó descubrir, oscuramente, que ella era más inteligente que él. Así es que se aprestó a defenderse, sin fiarse ni un pelo. Debía de ser una de esas marisabidillas que se lo saben todo y que además era cochinemente guapa y de fuerte contextura. La muchacha, sin dejar de sonreírle y con un gesto de amabilidad, que él confundió con un avance de coquetería, volvió a hablar: «Has venido a robar y yo quiero ayudarte». Y repitió, por si no había quedado claro: «¿Por dónde empezamos?». Él había perdido pie y pensó que debía de ser la tal Áurea, que el niño, el muy barbián, reclamaba. Creyó que la chica le estaba vacilando.

Seguía sin entender nada y con los ojos bien abiertos y el deseo aflorando por debajo de la perplejidad, no dejaba de mirar a la muchacha, empinada por los tacones altos, que manejaba con soltura. Estaban en el recibidor. Un perchero vacío, en el que bostezaba un sombrero de fieltro, en compañía de un paraguas irónico y solitario. A sus espaldas, una cómoda, falsamente rococó, tenía la encimera de mármol veteado poblada de retratos enmarcados. Mujeres peripuestas, algunas con mantillas negras, frentes despejadas, mucha belleza repartida, con el contrapunto de alguna vieja fea y arrugada y la claridad rubia de los niños, que sonreían con desgana. La muchacha, con un movimiento súbito y decidido, de un manotazo, mientras él miraba encandilado los retratos, los barrió al suelo, con gran estrépito, sabiendo lo que decía: «Esto no vale nada. Bisutería sentimental».

Por fin, comprendió de qué se trataba y le afloró una débil sonrisa con la que pisoteó los retratos y se fue detrás de la muchacha, que en el comedor, con una silla falsamente isabelina, había roto los cristales de la chinera, que cayeron con ruido de

catástrofe doméstica, y había sacado las bandejas de plata, las figuras de ébano, las estatuillas japonesas de marfil y una cajita de música con arabescos incrustados de hueso y brillantes y media docena de abanicos pintados con escenas goyescas. Él se apresuró a coger las bandejas y se las metió en el saco, que había llevado liado al cuerpo. El resto lo fue estrellando contra los cuadros de las paredes, bodegones, escenas de caza y paisajes castellanos de oscuras encinas y eriales amarillos, de estética impresionista y ternurismo fácil de puestas de sol. Él lo que quería de verdad era tirarse a la muchacha, de la que seguía desconfiando por su altivez de sabihonda.

La muchacha había pasado al gran dormitorio y había sacado de la cómoda, falsamente Luis XV, que había descerrajado con violencia, unos estuches alargados, llenos de joyas, pulseras, collares, anillos, brazaletes y rosarios de cuentas de oro. Después, sin decir palabra, se lo vació todo en el saco y lo empujó hacia la salida, con una orden imperiosa, como si tuviera prisa por desembarazarse de él: «Y, ahora, ¡vete!». Pero él se resistió a obedecer y, dejándose llevar por un poderoso impulso, volvió al dormitorio, abrió los armarios de luna y con un cuchillo, cogido de la cocina, fue rasgando todos los trajes de hombre, todos los vestidos de mujer, todos los abrigos y las chaquetas femeninas, las blusas, la ropa interior, los sombreros, los guantes, todo lo que había ido descubriendo en los cajones abiertos de golpe, desparramado y pisoteado por el suelo. La muchacha, que lo dejó hacer, con un gesto de reprobación le gritó. «No seas bruto, esto merecía la pena». Nemesio siguió sin entender.

Después, envalentonado por su gesto, intentó abrazarla y ella le dio un empujón, un tortazo y una patada en el bajo vientre, que lo tumbó, retorciéndose de dolor, y le dijo: «Te has equivocado de puerta, mamón. No eres mi tipo y no aguanto a los tíos como tú». Él se justificó, mohíno y acobardado. «Yo creía...». Estaba erguida, irritada, soberbia, gritándole en el suelo. «¡Ya te he dicho que te vayas! Aquí ya no tienes nada que hacer. Ya has terminado lo que querías. ¡Largo! ¡Vete! Tengo prisa». Él se levantó a regañadientes y dijo, sin alzar la voz: «Yo quería...». Ella lo miró de tal manera que él recogió su saco y se dirigió hacia la salida, confuso y humillado, despidiéndose de la muchacha con un gesto de la mano. La muchacha, después de confirmar que no se oía a nadie por la escalera, le abrió la puerta y él se encontró en el rellano, con el saco al hombro.

Bajó las escaleras y se encontró con varios vecinos que corrían despavoridos y al pasar le empujaban y le hacían tambalearse con su carga. Cuando llegó a la calle, estaba muy cansado y rodeado de gentes azoradas de acá para allá, que se atropellaban, se gritaban, entre una procesión de coches, que apenas se movían, con el agua hasta media rueda. Trató de cruzar la calle, agobiado por el peso del saco, que le hacía trastrabillar y resbalar en el fango de la calzada, que de cuando en cuando hacía olas que lo desequilibraban. Volvió a la puerta de la casa y esperó mejor ocasión de largarse. También esperaba que la muchacha apareciese en el zaguán. Cuando intentó volver a cruzar, un coche se le vino encima y cayó de espaldas, con el

pesado saco sobre la cabeza. Trató de salir del atolladero; pero otro coche le embistió y le aplastó todo el cargamento, que se le desparramó en la corriente. Tragando agua, intentó levantarse, rebuscando en el fondo de la calle, pero otro coche lo arrolló y lo dejó bajo el agua. Nuevos coches lo fueron arrastrando y dejándolo como un guiñapo, a merced de los sucesivos parachoques, que continuaron golpeando su cuerpo destrozado.

En un rincón del arco del Ayuntamiento, ignorados, dementes y sobrecogidos, dos enamorados agotaban sus fuerzas en una caricia desgarrada, apurando la última oportunidad, tensionando sus cuerpos en un éxtasis ardiente, con fruición agónica, fuera de la realidad, ajenos a todo lo que no fuera el deseo, que parecía estar agotando su tiempo, como si se estuvieran despidiendo, devorados por una ansiedad interminable y perentoria, violenta, en las fronteras del dolor y del placer, sobrepasados sus cuerpos, confundidos en su inconsciente, al margen de sí mismos, ciegos en su entrega furibunda, mudos como estatuas que se ignoraran, más allá del sexo, entre la pared y el gentío, con la carne aplastada y el espíritu ausente, como si se hubieran puesto el mundo por montera, sin ojos para ver, perdidos entre el bien y el mal, sin palabras, sin memoria y sin más propósitos que seguir besándose, sin tiempo para más y la rabia de no poder empezar de nuevo, sin ocasión de hacerlo, expulsados del paraíso, acuciados por el agua que mojaba sus piernas y les llegaba hasta las rodillas, amenazando su bajo vientre, como un ultraje más a su dignidad humana, a punto de perderse.

Ella era una muchacha a la que todos conocíamos. Era una de esas bellezas oficiales, de escaparate, a la que todos en Salamanca deseábamos en secreto, habitante de los sueños eróticos colectivos. Perdida, entonces, bajo la lluvia de su humanización inesperada, caída de su pedestal, a floraba el impudor de diosa venida a menos y su aire de esfinge sin secretos, con las largas piernas al descubierto, el pelo revuelto, las faldas subidas hasta más arriba del ombligo, ofrecida en espectáculo sin quererlo, con la cara regada por un sudor impertinente que la afeaba y le repegoteaba los rizos de las sienes, como un Cristo barroco y doliente, con la boca ávida entreabierto, en los estertores de la muerte. Como si participara del dolor y no de la alegría del deseo. Tenía los párpados caídos y los labios distorsionados en un grito que no acababa de llegar. Trabada con su acompañante en un beso inagotable, como si necesitara respirarlo. Los que pasaban a su lado ni la miraban, para ahorrarse los detalles de su devastación, por respeto a la muñeca de lujo que había sido.

En aquella situación desesperada había accedido a otro tipo de belleza, menos complaciente, más dramática, extraña en sus connotaciones trágicas, en su desnudez de objeto. Bella por encima de su hundimiento, diosa sin pedestal ni ara, degradada a la condición de víctima, sublimada en su simbolismo de mujer, ascendida al misterio del poder de su feminidad ofrecida, devastada, inútil. Tótem prehistórico, ruina,

despojo, icono levantado para un culto antiguo, en medio de una ciudad, a punto de ahogarse, como encarnación de lo que no debe morir, sin más gloria que su nueva belleza, que asumía el sacrificio de la representación de la tragedia de la comunidad, derrotada, frágil en la debilidad de su cuerpo, sometido a las vejaciones del miedo y de la angustia. Desnuda, frente a la muerte inevitable, orgullo vencido, impotente, a pesar de sus poderes de mujer excepcional, en medio de la violencia, del dolor, de la cercanía del final de todo, incluido su poder de transformar el mundo con la irradiación de su belleza, única, viva, sin más estigmas de su destino que su propia belleza, entre los últimos escombros de la ciudad que la había endiosado, con su adoración, soberbia en el último trance que no lograba eclipsar la luz de su glorificación de mujer, de madre universal, poderosa todavía, a pesar de todo.

Aguantaba la erosión de la oscuridad y del dolor, permanecía de pie, en medio de la destrucción total del mundo, mantenía a salvo su orgullo de mujer irrepetible, de hembra nutricia, de diosa. Amenazada su singularidad de ser humano, su resistencia era más fuerte que ella, como si su cuerpo hubiera perdido su condición orgánica, para ser sólo espíritu, indomable, imperecedero, eterno.

El teniente levantó el arma, que le temblaba de rabia en la mano, mientras revolvía el agua con los pies. Sin despertarse del todo, el soldado, expulsado del paraíso, se puso de pie, amartilló el arma y le endiñó un tiro entre las cejas al teniente, que cayó hacia atrás, contra el agua pastosa y sucia, que encenagaba el suelo, con el rostro deshecho y ensangrentado, no sin antes meterle al soldado una bala en el bajo vientre, abriéndole un boquete por donde manaba un líquido negruzco que le manchaba el caqui de la entrepierna de los pantalones, en un reguero interminable que el soldado trataba de contener apretando las manos contra la herida, retorciéndose de dolor, masticando el aire que le faltaba, cayendo junto al cuerpo del teniente González.

Empocilgados en el estrecho espacio de la garita, mascullaban el odio y el dolor, intentaban terminar la faena que habían empezado, gritando, agrediendo con las escasas fuerzas que les iban quedando, pateándose furiosamente, con las espaldas contra la pared, mordiéndose, como fieras enjauladas. El teniente trató de cargar de nuevo el arma, pero el soldado se la arrebató y le golpeó con ella en la cabeza. Bramaban como toros estoqueados, rugían como bestias agonizantes. Nadie los veía, en medio de la oscuridad y de la lluvia, nadie podía impedir que se mataran, en medio de la noche y de los estruendos repetidos que habían estallado, en el interior del cuartel, como si hubiera empezado una guerra. Voces, descargas de fusilería, ruidos de muebles defenestrados anunciaban un motín de los soldados, rota la disciplina, entre la confusión y el pánico, con el diluvio amenazando el cuartel. Se oían carreras locas, gritos desaforados, ristas de tiros repiqueteantes, en medio de un torrente de agua sobre el patio, convertido en escombrera de restos humanos y basurero de emergencia.

El cuartel ensayaba el infierno, con las órdenes incumplidas, los insultos desafiantes, los cuerpos envueltos en peleas a muerte y, de cuando en cuando, un tiroteo aislado, que presuponía sangre. En la semipenumbra cómplice de los pasillos cabían con holgura todas las iniquidades, todas las infamias y todas las cobardías. Todo fue rápido y atropellado. En medio del aguacero, cuajó la rebelión y explotaron los rencores diferidos, los bajos instintos desatados. Cuando la inundación empezó, los soldados habían asaltado la armería y repartido las armas y las municiones, que se apresuraron a cumplir su destino. Se oyeron descargas nutridas por todo el cuartel y los cadáveres fueron arrojados al vacío desde las ventanas altas.

El humo de los incendios se diluía, a duras penas, contra la insistencia de los derrumbaderos de la lluvia, que ponía una sordina al estruendo de las descargas de la fusilería y al estrépito de los muebles y las mesas arrojadas al patio. Archivadores metálicos volaban, dejando en el aire una estela de documentos oficiales, que se quedaban sobrenadando en la corriente, para ser después definitivamente empujados hacia el portalón de salida y precipitados a la calle, hacia el centro de la ciudad. La idea de la huida, como una consigna, cundió entre los amotinados, que se lanzaron hacia las cocheras, destrozaron las puertas a machetazos y llenaron los camiones de entusiasmo y de locura, enfilando el portalón de entrada, donde el teniente y el soldado se desangraban, a punto de ahogarse, cubiertos por el agua, que salía a borbotones por las puertas del cuartel.

En aquel momento irrumpió una larga caravana de camiones repletos de soldados, exaltados por la euforia del triunfo y la desesperación de la huida, tratando de ponerse a salvo, lejos y rápido, huyendo de la ciudad hacia los campos anegados, que se entreveían a la luz del amanecer y que habían perdido cualquier referencia de carreteras, caminos o accidentes topográficos orientativos, en una ruidosa carrera de motores rugientes y voces desahoradas, hendiendo aquel mar interior, que había nacido durante la noche. Al mismo tiempo, otros soldados, a medio vestir, corrían hacia las casas de enfrente, tratando de ganar los tejados, y otros, desde las azoteas del cuartel, los llamaban para que volvieran a salvarse en las alturas del edificio. Los oficiales, con la pistola desnuda en la mano, trataban de imponer orden en aquel caos y recibían la respuesta de un tiro en la cabeza, que los hundía en el barro, mientras oleadas de agua empezaban a entrar en el recinto cuartelero y aumentaban la confusión, con un fondo de disparos aislados, apagados por el estruendo de la algarabía y un golpeteo de tablones sueltos, catres de campaña lanzados por las ventanas y ruido de cristales rotos.

El teniente y el soldado, heridos y exhaustos, se debatían entre el fango que iba ganando la entrada del cuartel, que seguía vomitando gentes, coches, papeles y cadáveres. En el debate de sus movimientos desesperados, sus cuerpos se habían encontrado, tocado y reconocido, en las agonías de la supervivencia, y se habían enganchado en una lucha feroz, sin fuerzas, a ciegas, a puñetazos, a patadas debajo del agua, a desgarrones de la ropa, en busca de la odiosa carne del otro. Se quejaban

de sus heridas y alimentaban su odio, cada vez a menos intensidad, a medida que se desangraban, con los ojos obnubilados, cegados por los churretones de agua y la rabia. Perdían fuerzas, perdían aliento, se desgañitaban en insólitos insultos. Chapoteaban en el agua, vencidos, ennegrecidos de repulsión y de sangre, desmayados y desfallecidos, sin tocarse, como reconociendo su mutua derrota, empujados por la corriente que salía del cuartel, como un río desbordado, movida por los coches y las botas de los que huían, hasta que un coche les pasó por encima y los aplastó contra el empedrado, hacia la cuneta, donde se hundieron y desaparecieron.

La torrentera, avenida de Federico Anaya abajo, devolvía los camiones que habían huido, incapaces de vencer las insidias del piélago que cerraba el horizonte y la fuerza de la corriente, que venía, impetuosa, devastadora, desde una muralla impenetrable de múltiples horizontes lejanos, de sucesivas oleadas de agua. Los ocupantes saltaban de los camiones intentando nadar hacia la orilla, trabados por los uniformes empapados, que algunos trataban de quitarse a manotadas, o se agarraban a la carrocería de los vehículos, para acabar cayendo, calle abajo, a merced de la riada, mientras los camiones, abandonados, se iban hundiendo en el fango, chocando con los árboles de la avenida, hiriendo sus troncos, golpeando las paredes de las casas y los cristales de los escaparates de las tiendas que encontraban en su camino, girando sobre sí mismos en los remolinos del agua y perdiéndose a lo lejos.

El soldado y el teniente, muertos, yacían abrazados, atropellados por los vehículos que seguían cruzando sobre sus cuerpos, vapuleados por las olas, desfigurados por el último combate, con las bocas abiertas en el último grito.

Cuando las aguas llegaron al pie de la casa, todos los vecinos estaban dentro, viendo las noticias de la televisión. Cuando llamaron a la puerta del entresuelo, la muchacha, al ver al viejo carcamal del bajo, estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices. El hermano mayor salió disparado, dispuesto a echar a patadas al viejo inoportuno, y se encontró con un ser asustado, balbuceante, que apenas se atrevía a hablar y lo miraba con respeto tímido. «¿Qué tripa se te ha roto, para venir a molestarnos?». El viejo retrocedió, atemorizado, y le rogó, con voz apenas audible, que le admitieran en su casa unas horas, hasta que la tormenta remitiera, pues el agua estaba entrando en su vivienda y no podía ir a ningún sitio, con la que estaba cayendo, terminando su súplica con una sonrisa siniestra, que le cruzó la cara y se la dejó como una uva pasa.

Al igual que su hermana política tuvo la tentación de cerrarle la puerta; pero se lo pensó mejor y bajó a comprobar los lamentos del viejo usurero. Vio el portal inundado, con el agua llegando al primer escalón de la escalera. Su pronto fue largarse a buscar un refugio más seguro para la familia, pero no pudo salir, por el agua que bramaba frente a la puerta de la calle. La madre y los hermanos, que habían bajado a ver, volvieron a su piso, donde habían dejado al viejo, que no se había movido de su sitio, junto a la puerta, apretando contra el pecho con las dos manos una

cartera de cuero negro, resquebrajada y abultada. Todos volvieron a la televisión a esperar las buenas noticias del final de la borrasca, del que los locutores ya habían hablado. El silencio era agobiante y las miradas se cruzaban y se evitaban, sin dejar de mirar la cartera del viejo, que la abrazaba, con gesto de precavida posesión.

Al poco rato notaron, con horror, que el agua se estaba colando en el cuarto de estar. Se levantaron de un salto y salieron a comprobar la realidad de lo que parecía evidente. La casa estaba inundada y no había más remedio que ponerse a salvo, subiendo a los pisos de arriba, a los que, con toda probabilidad, nunca llegaría el agua. Cogieron ropa de abrigo y alguna comida y se precipitaron a la escalera y, sin ponerse de acuerdo, se saltaron el primero, el piso de los rojos, y ascendieron al segundo, donde vivía una sobrina de la viuda, que, aunque era tonta, pensaron, les echaría una mano por una noche, hasta que pasara el peligro. Aporrearon la puerta y la vecina tardó en abrir. Dormía el sueño de los justos, en el mejor de los mundos posibles. Cuando oyó trompear la puerta, con impaciencia, se despertó, sobresaltada, y abrió con el batín a medio poner y el pelo con los bigudíes tiesos.

Se quedó de una pieza, con los ojos del sueño redondos y una exclamación empujándole los labios, al ver aquella tropa de indeseables, que nunca le habían dirigido la palabra, apelotonados en la penumbra de la escalera, con cara de buenos, incluido el viejo usurero, que le había negado un préstamo «por insolvente». Quitándose la palabra de la boca, le explicaron la angustiada situación y, con la esperanza de que el nivel del agua bajara pronto, le pidieron que los acogiera en su casa, expulsados de las suyas por el agua. Cuestión de unas pocas horas, le dijeron, acaramelando la voz. Quién lo iba a decir. Le dieron ganas de mandarlos a la porra; pero los hizo pasar, porque ella era una buena cristiana y Dios manda ayudar a los necesitados, incluso a aquel viejo tacaño que no se lo merecía.

Con decisión, pero con retintín de asco y de superioridad, fueron entrando, acomodándose en las sillas y en las dos únicas butacas que había, sin dejar de juzgar la pobre decoración de la casa, vulgar y pretenciosa, como no podía ser menos. Todo estaba desordenado, en un caos de libros de texto de derecho y medicina, y de prendas de vestir, chaquetas, abrigos, gorras y zapatos por los suelos. Trataron de prender algún tema de conversación convencional sobre el tiempesito, con una cordialidad impropia de sus caras. La madre suspiraba, fuera de lugar, con los ojos bajos. El viejo avaro miraba a todas partes con desconfianza, sin dejar de abrazar la misteriosa cartera de cuero, que seguía intrigando a todos. Un silencio gélido arrasó el salón destartado y maloliente, propio de la dueña. La reunión adquirió un aire de velatorio.

Acabaron por estar incómodos, silenciosos, evitando mirarse, sin dejar de hacerlo, oyendo caer el agua, juzgando las paredes y los muebles pobretones, interesándose por sus propias uñas sucias y removiendo el trasero contra las incomodidades del asiento. Unidos por el miedo y separados por el odio. Se oía hasta la deglución de la saliva y los crujidos de las sillas. Todas las conversaciones se dejaron ir a la deriva y

fueron muriendo en los rincones, como trapos usados. La dueña volvió, ya vestida y con el pelo recogido en un moño improvisado y gracioso, que levantó ironías, y les ofreció algo de beber; pero todos rechazaron el ofrecimiento con educadas palabras de compromiso. Cuando llamaron a la puerta, todos supieron quiénes eran y se sorprendieron, pues no creían que el agua pudiera llegar al primero. Entró la mujer, la guapa de la casa, pidiendo disculpas, sin atreverse a mirar a nadie, cascada por los años, con el pelo canoso, como una aureola, con la humildad de una intrusa, achicándose dentro del abrigo, pasado de moda, que ocultaba el camisón de dormir, que asomaba por los bajos, como una delación. Y, después de un breve intervalo, entraron sus parientes, cohibidos y pesarosos. Todas las miradas se clavaron en el viejo monumento, que iluminó todos los ojos. Con aquella hembra la espera se haría más llevadera.

Alta, todavía como una catedral, tiesa como un árbol, flexible como una palmera, hacía insuficientes todas las metáforas habituales de la belleza femenina. Entró en silencio, sin mirar a nadie, con el ademán de ir a ocupar un trono, previsto para ella. Con una medio sonrisa de condescendencia se sentó en la silla más cercana, entre las que los hombres se apresuraron a ofrecerle. La habitación se llenó de su perfume. Olía decadentemente a jazmín. Cada vez que movía su largo pelo, la pálida luz cenital de la única bombilla, que iluminaba la escena, parecía aletear sobre su cabeza con unos reflejos dorados, tomados de un anuncio publicitario. A pesar de todo, la reunión se volvió a tranquilizar en el silencio de la espera. Los recién llegados habían tratado de animar el lúgubre ambiente, con fáciles comentarios acerca del tiempo, que se perdieron en la indiferencia general.

Todos estaban a disgusto. Sólo se oía caer la lluvia, que amenazaba con prolongar la espera más de lo previsto, como un telón de fondo de su malestar. A veces se sorprendían mirándose, ratificando sus viejos desdenes y haciendo esfuerzos para que no se les notara. Los hombres del entresuelo se comían con los ojos a la mujer del primero, recién recuperada, y buscaban alguna disculpa para iniciar un diálogo de reconciliación. Pero el hielo de los ojos de la mujer cortaba las raíces de cualquier expresión de cortesía, que viniera de camino en la cabeza de los hombres. Un suspiro prolongado cruzaba la estancia y dejaba una estela de impaciencia, que agrandaba el malhumor. Una tos, vieja como el mundo, ensombrecía más la atmósfera oprimente. Nadie se movía y sólo la dueña entraba y salía, tratando de hacer olvidar las insuficiencias de su casa y los estragos del mal tiempo. La habitación se parecía cada vez más a un pozo de serpientes aletargadas.

Una vez más, entró la dueña, alterada con movimientos descompuestos, y anunció que el agua había llegado al piso. Todos se movieron asustados y fueron a comprobar la alarma. El recibidor estaba cubierto de un charco de agua negra. Los hombres del entresuelo decidieron que lo mejor era esperar hasta que amaneciera y después tratar de subir a la buhardilla y al tejado, con la confianza de recibir alguna ayuda providencial del servicio de socorro del Ayuntamiento. El teléfono no funcionaba. El

hermano mayor asomó la cabeza por la ventana y la metió enseguida, perdiendo la poca serenidad que le quedaba. Sus gritos contagiaron a todos y el pánico los trastornó. No sabían qué hacer. El agua les mojaba los pies y se subían a las sillas, a las mesas, a las camas, al fogón de la cocina. El sol no acababa de aparecer y decidieron a gritos atropelladamente subir al tejado. Salieron de uno en uno, ayudándose como pudieron, el viejo sin soltar su cartera, los otros salvando sus ascos y reticencias.

El tejado chorreaba agua y estaba resbaladizo. Se cogían unos a otros de las manos, con una resolución histérica. Se abrigaban con chales, chaquetas, mantas, abrigos, capas y cartones. Se movían con torpeza, pesados y asustadizos. Se quejaban, lloraban, miraban al cielo con desconsuelo, buscaban el sol entre la niebla, se consolaban mutuamente, olvidándose de los antiguos rencores. Algunas mujeres se abrazaban. Los hombres se miraban con desconfianza. El viejo de la cartera se había alejado de los otros. El hermano mayor del entresuelo, haciendo equilibrios, se le acercó, le arrebató la cartera y se la arrojó al río de la calle. El viejo, enloquecido, sacó una pistola y disparó contra el hombre, que cayó rodando hasta despeñarse en la oscuridad fragosa del amanecer. Los hermanos se abalanzaron contra el viejo, que disparó sobre ellos, sin acertar, y le dieron una paliza. Las mujeres trataron de separarlos. Y todos se precipitaron, en un grito trágico, en el agua negra del fondo. Los que quedaron se miraron aterrados y enmudecieron de espanto. La mujer del muchacho que había caído intentó tirarse del tejado, pero las otras mujeres se lo impidieron, dando voces de desesperación neurótica. En los encontronazos, otra mujer perdió pie y se fue rodando al abismo. El agua estaba llegando al último piso. Cuando, por fin, sólo quedaban la guapa y su gente, sin atreverse a hacer un movimiento, oyeron un largo crujido bajo sus pies y el viejo armazón del tejado se vino abajo, con una solemne lentitud, como dejándoles tiempo para que se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, arrastrándolos, con estruendo, sobre el torbellino de las aguas de la calle.

Con las primeras gotas de advertencia se había hecho un cobijo en un rincón de la casa, en construcción, con restos de andamios, sacos de cemento vacíos, arpilleras y maderas sueltas. Allí le cogió la lluvia y esperó a que amainara para largarse. Tuvo tiempo de hacer planes para el futuro, encogido bajo una manta precaria; volvió a imaginar la casa terminada, amueblada y habitada, con una sonrisa de beato en trance. Hacía muchos años que tenía elegidos los muebles, un comedor de maderas torneadas, como le había visto a los ricos, un cuarto de baño con ducha y todo, y una cama grande, como una plaza de toros, para él y su parienta. También había escogido el color de las cortinas de las ventanas, con un calado de imágenes adecuadas, para la cocina, de tazas, pucheros, volvederas y cucharas. Haría un sobrado grande, aunque estuviera vacío y no sirviera para nada. Encima del tejado pondría una veleta, como

el caballito de San Martín, para que diera vueltas y vueltas con el viento y alegrara la casa con sus chirridos locos, en los días de tormenta, para oírla al amor del brasero.

Pintaría la fachada de un rojo bermellón, para que se viera desde lejos y los envidiosos reventaran. Pondría un llamador de metal, brillante y pulido, una aldaba que simulase una mano femenina de largos dedos y un anillo, que pareciera de verdad. La puerta, por supuesto, sería de madera, de noble madera de encina, dura como las piedras, con unos adornos de hierro forjado, como las puertas de las sacristías de las iglesias. El tejado caería a dos vertientes y tendría un caballete alto y agudo. Tendría que haber columnas en algún sitio, aunque todavía no lo había decidido, bien a la entrada o en el primer piso, coronando la fachada. No podrían ser columnas muy grandes. Pero columnas, que le dieran empaque a la vivienda, para complacer sus gustos y añadir otro motivo más a la rabia de los envidiosos. En el segundo piso pondría balcones, con barandillas de hierro colado. Nadie iba a robarle el placer de ser dueño de una casa, hecha a su gusto y gana. No quería más.

Se quedó dormido y soñó que la casa se la llevaba por delante una riada y que no podía salvar ni los muebles. Cuando se despertó era ya noche cerrada. Se acostumbró a la oscuridad y se dio cuenta de que seguía lloviendo y de que los cimientos de la casa estaban encharcados. Algunos andamios se habían caído por el viento y algunos tabiques de panderete se habían rajado por la humedad. Su precario refugio estaba a punto de ser invadido por el agua. Llovía a modo, no se veían las estrellas y debía de ser muy tarde. El camino de Villamayor era un río que se dirigía al centro de la ciudad, como si tuviera ganas de llegar, arrastrando escombros y ramas de árboles. En los alrededores no se veía un alma. Hacía frío y no había nada donde guarecerse. Con los pies enfangados recorrió la casa y comprobó que su trabajo se estaba echando a perder. Decidió dejarlo todo y volverse a su casa, en el barrio de Los Pizarrales, que estaba en un alto y el agua no habría llegado. Mecagoendiós, qué potra tengo.

Esperó, impaciente, a que pasara el temporal; pero, después de unas horas, no había amainado, el agua continuaba cayendo con fuerza, sobre su frágil techumbre, dejando charcos colmados en el suelo de la casa y gruesos goterones en las ramas de los árboles del camino. Al cabo de un rato, salió a inspeccionar los alrededores y vio que todo estaba inundado. Su casa quedaba aislada, en medio de una densa niebla y un lago de agua oscura, donde naufragaban algunos coches varados, ramas y objetos caseros a la deriva. La ciudad, detrás de una cortina de agua, ya no se veía. En realidad, no se veía nada más allá de las narices. Estaba empapado hasta los huesos y no sabía qué hacer. Volvió a rehacer su refugio, pero se le volvió a caer. Pensó que todo le había salido mal en la vida. Le quedaba el único recurso de aquella casita, a la que volvería en cuanto mejorara el tiempo. Aquello no se lo podía arrebatar ni Dios. Estaba dispuesto a matar. Por éstas. Ya lo verían. No se achantaría.

Se quitó las botas y se las ató al cuello; se arremangó los pantalones por encima de las rodillas y se anudó la camisa, en torno a los riñones, con una doble lazada bien fuerte. Después se echó al agua; pero el agua le dio un revolcón, que estuvo a punto

de ahogarlo. Se repuso enseguida y volvió a intentarlo, con el mismo resultado, con el agua chorreándole por la cara, cegándole, metiéndosele en la boca, empapándole los pantalones de pana. Empezó a tener miedo. Buscó otra salida hacia el torrente de la carretera, pero no la encontró. Había perdido las botas y sintió frío en los pies. Se refugió entre los cuatro muretes de la casa en construcción, que no le daban seguridad, pero que aliviaban el furor del viento. Lamentó no haberlos construido de piedra berroqueña. Se quejó de su cochina pobreza, que era la culpable de todo lo que le había pasado y de todo lo que le estaba pasando. Llovía a modo y no había señales de que escampara. No se veía a nadie por los alrededores. No pasaba ningún coche por la calzada, ni podía pasar por el agua que la cubría y había borrado sus arceles. Gritó para desahogarse, pateó el suelo encharcado y trató de levantar un andamio de tablones, que lo alejara de la tierra enfangada. El andamio se le cayó una y otra vez, falto de base y revolcado por el viento insistente, que ululaba por los entresijos de las paredes. Maldijo su suerte, maldijo su vida y golpeó con una furia ciega el agua.

Amontonó piedras, cajones, traviesas, ladrillos y herramientas heterogéneas para ganar altura sobre el nivel del agua. Se afanó, presuroso y agotado, con el sudor mezclándose con la lluvia, escurriéndosele por la espalda, por las piernas, hundiéndolo en un suelo pantanoso. Tenía que rebuscar a tientas, en aquella charca que ahora era su casa, en busca de algo que añadir a su catafalco, todavía de altura insuficiente. Cuando ya no encontró nada en su busca submarina, trepó presuroso hacia lo alto y su débil estructura se vino abajo y lo sepultó entre los escombros. Herido, enrabiado y ciego, se encaramó a una de las paredes, que le pareció más sólida; pero volvió a caer, arrastrado por una ola gigante, que lo golpeó contra el muro frontero y se lo llevó por delante hacia la pleamar del campo, manoteando, dando patadas, tragando agua.

La casa en ruinas resistió todavía algunas horas. Las paredes fueron cayendo una a una, perdiéndose en los remolinos de la corriente embravecida, las piedras quedaron sepultadas por el agua, sobresaliendo durante algún tiempo las aristas de algunos sillares sumergidos, pero finalmente desaparecieron. Sólo quedaron los cimientos, que resistieron debajo de aquel mar tempestuoso, que no pudo arrancarlos de la tierra. Todo quedó cubierto, bajo un silencio espectral, que se fue enseñoreando de la tierra. A lo lejos, por donde había estado el centro de la ciudad, se veían ráfagas de luces de coches agonizantes, que también se perdieron en la noche de aquel universo silente.

Desde el púlpito de la iglesia de San Juan de Sahagún, el cura párroco, enérgico, ascético y vociferante, hablaba con voz entera, ademán de altos vuelos y tono intimidatorio, de profeta bíblico, en medio de las tinieblas que empezaban a ensombrecer la iglesia, llena de gente. Veía en aquel diluvio una prueba de la irritación divina, que él había estado anunciando. Dios había enviado aquel castigo sobre la ciudad por sus pecados. Clamaba contra la corrupción general, el

descreimiento de la sociedad y el olvido de los deberes religiosos. El número de viejas beatas enlutadas, aquiescentes y resignadas, había ido aumentando y había venido también gente más joven, sobre todo mujeres, bien vestidas, y algunos hombres de edad, envueltos en sus gabardinas y en su estupor, en medio de la penumbra de la iglesia, por la escasa luz que entraba por los altos vitrales. Unos cuantos cirios parpadeaban en el altar mayor, sin mucha convicción. Los suspiros de consternación punteaban las palabras que bajaban del púlpito apocalíptico, como latigazos. La voz tronaba, bramaba, despertando los rincones y las conciencias, y temblaba, airada, con acentos imperiosos y arrebatos de viejas cruzadas medievales, mientras se oía llover, torrencialmente, como un refrendo celestial.

Después de un largo silencio, que los fieles respetaron con expectación, como dejado para una meditación común, el párroco retomó la voz, que había cambiado de registro y se había vuelto cálida y sosegada. Habló de la infinita misericordia de Dios, de su bondad sin límites y de su amor de padre. «Porque Dios es amor, por encima de todos sus atributos, y como es amor, siempre está presto a perdonar las ofensas, a olvidar los pecados de los hombres. Su misericordia es infinita y sus brazos no dejan de esperar el retorno de los pecadores al redil de su morada. Lejos de Él el rencor o la idea de la venganza. Es el Dios punitivo; pero no es el Dios vengativo. Y, como la sabiduría popular ha dicho, Dios aprieta, pero no ahoga». Un estremecimiento de inquietud y malestar recorrió el auditorio. La lluvia seguía cayendo torrencialmente y golpeaba las vidrieras y las puertas de la iglesia, por cuyo umbral empezaba a penetrar el agua. El sacerdote, que hablaba con la cabeza erguida, vuelto hacia las alturas y con los ojos cerrados, prosiguió su sermón, con la voz cada vez más disuasoria. «Veamos en este amago de tragedia una ocasión para la reflexión. Éste es el verdadero sentido de lo que está ocurriendo. Es otra prueba de la bondad divina que, ante nuestros oídos sordos, nos obliga a oírle, para ponernos en el buen camino de la salvación. Agradezcámosle a Nuestro Señor esta nueva prueba de amor, con la que nos abrumba, a nosotros, pecadores recalcitrantes, ciegos y desagradecidos».

«¿Amáis al prójimo, como Dios os manda? (Un silencio retórico, prolongado). Mentira, no lo amáis o no lo amáis suficientemente. Pensadlo bien. La palabra prójimo, tan hermosa, que quiere significar a los que no sois vosotros, pero están cerca, ha llegado a querer decir, hombre indeseable, digno de desprecio, y, para la mujer, todavía peor, pues ya sabéis lo que quiere decir una prójima, es decir, una mala mujer. Habéis degradado la palabra, para ensuciarla, para envilecerla, como consecuencia de vuestra actitud ante los otros. ¿Dónde está vuestro sentido de la caridad, si el prójimo se ha convertido en algo sucio, que rechazáis, porque os molesta? No es eso lo que Dios os mandó, cuando os dijo “amad al prójimo como a vosotros mismos”. Y, ¿qué habéis hecho? Despreciarlo, ofenderlo, maltratarlo, explotarlo». La voz tonante clamaba, como el mensaje apasionado de un extraño profeta que advirtiera del fin del mundo.

«Sólo Dios puede permitir esta lluvia que nos purifique y nos haga recapacitar

sobre nuestro desvarío. Dios se ha hartado de nuestra desobediencia y nos quiere hacer ver que quien manda en el mundo es Él, al que tenemos la obligación de obedecer, temer, adorar y no ofender». Como refuerzo de su argumentación, trajo a colación la historia de los ángeles malos y su rebelión contra el Señor. «Y fueron despeñados al abismo, por desobedientes. Y se precipitaron a los infiernos, donde su mayor castigo fue no volver a ver a Dios, que es la infinita belleza. Réprobos, condenados a una eternidad de penas. Como esta Salamanca pecadora, ensoberbecida en sus saberes, altiva y descreída, que se aparta de Dios, entregada a los halagos del mundo, con olvido de los placeres, más grandes y más duraderos, del cielo».

La gente seguía entrando de la calle y acomodándose en los pocos sitios libres que quedaban en los bancos. Nadie hablaba, sobrecogidos por la oscuridad del templo y por la impresión de aquella voz implacable, que caía como una sentencia sobre las cabezas recogidas, entre el cansancio y el miedo. Estaban empapados, con el calzado chorreando y el frío metiéndoseles en los huesos. Oían caer el agua y les llegaba, a través de las puertas del templo, el ruido de los coches que se afanaban en la calle por salir de la ciudad. La voz insistía y animaba a reconocer los pecados y arrepentirse, antes de que fuera demasiado tarde. «Porque Dios es misericordioso y está presto a perdonarnos en su infinita bondad de Padre comprensivo. Sea cual sea nuestra falta, Él nos la perdona. Porque esta lluvia es una advertencia de su cólera. Porque está harto de nuestros pecados. ¿Cuántas veces pensáis en Dios a lo largo del día? Yo os lo voy a decir: Nunca. Ni una sola vez».

La gente no parecía escuchar el sermón. Bastante tenían con buscar la manera de escapar del agua, que crecía rápidamente a sus pies. Pero, por lo menos, allí no llovía a cántaros, como en la calle. El cura debía de notar aquella indiferencia y aumentaba su tono apocalíptico. «Y ahora imploremos el perdón divino, entonando el cántico penitencial, que conocéis», y con voz llena, de barítono en apuros, arrancó con la primera estrofa.

Perdona a tu pueblo, Señor,
perdona a tu pueblo,
perdónalo, Señor.

Después la multitud repitió la estrofa y siguió con el cántico, con voces dispares, ahogadas por el miedo y la indecisión, con ojos vidriosos de lágrimas y la vista fija en el Cristo crucificado del altar. Cantaban con ganas, pero sin aire. Se oían algunas voces masculinas; pero por encima de todas sobresalía una vibrante voz femenina, bien modulada, con acentos de soprano y trémulos conmovidos.

No estés eternamente enojado,
no estés eternamente enojado,
perdónanos, Señor.

La gente seguía a remolque de aquella voz señera, que enaltecía el ambiente, decaído, con voces roncas, afligidas y penosas, en medio del templo encharcado, desabrido, atravesado de ráfagas de viento frío y ensordecido por el alboroto de los cláxones, que llegaba de la calle Toro, atosigada de coches furiosos, retenidos en una caravana trágica, empesgados en medio de la inundación.

Algunos feligreses intentaron irse, pero el agua cercaba toda la iglesia. Los más viejos desistieron de salir, con el agua llegándoles por los tobillos, y los más jóvenes se lanzaron a la travesía. Y de pronto se oyeron unos alaridos de pánico, salidos de las últimas filas de los bancos, y un tropel de gentes despavoridas corrieron hacia el presbiterio, conmoviendo a todo el personal, que también se arremolinó hacia el altar, huyendo del agua que a borbotones estaba entrando por las puertas de la iglesia y había alcanzado las piernas de los fieles, que antes de echar a correr se habían subido a los bancos. Algunos más precavidos se dirigieron al coro y otros trataron de ganar las escaleras del campanario, en vista de la violencia del agua y su imparable ascensión, que presagiaba la total sumersión de la nave.

El párroco se había quedado en el púlpito, en un gesto heroico, que prolongaba su sermón incluso cuando la gente había abandonado los bancos y corrido hacia el presbiterio y las escaleras del campanario, donde se apelotonaban para subir. Sobre un templo, casi vacío, extrañado por aquella laguna insólita, las palabras del sacerdote tenían un énfasis sagrado de leyenda antigua, por lo menos medieval. Eran conmovedoras, con la belleza de las decisiones inútiles y un aroma de empeños épicos que engrandecía el espacio hueco del templo. Seguía con los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia el cielo. Hablaba a ciegas, frente a unos bancos vacíos a punto de flotar sobre el agua, donde naufragaban prendas de vestir, ornamentos sagrados, estampas devotas, velos, gorros y sombreros y algún guante de cabritilla. Pero no por eso dejaba de predicar, con el entusiasmo de un misionero. El abandono de los fieles excitaba su imaginación verbal, que nunca había sido tan frondosa, tan inútil.

La falta de auditorio enardecía al predicador, que encontraba, en la soledad del púlpito, el escenario idóneo para la grandeza de su acento bíblico. Se esforzaba por ser persuasivo. Sus adjetivos tenían la convicción de un texto de San Agustín. Su verbo florecía en metáforas, en alusiones, en comparaciones felices. Encontraba la palabra exacta, el razonamiento adecuado, el tono más convincente. Lloraba, en su apasionamiento sincero, en su desesperación de incomprendido. Sudaba, esforzándose, como si le oyera una multitud de fieles cruzados. El agua ascendía por los escalones del púlpito. Inexorable. Pero él no le hacía caso. Quizá no se daba cuenta. Los ojos vueltos al cielo, la cabeza levantada, para facilitar el funcionamiento de la memoria, el ademán elegante de la retórica con el brazo extendido y la voz entera, que sobrenadaba la laguna negra de la iglesia, donde flotaban algunos devocionarios, algunos velos negros y algunos niños, ya cadáveres.

Era imposible que no le llegaran los gritos de los fieles, indiferentes a sus súplicas, ajenos a su fervor de catequesis, ahogados en las estrechuras de las escaleras

en espiral del campanario, donde se había abierto una lucha feroz por salvarse. Todos habían perdido la dignidad y luchaban a brazo partido por ganar un escalón hacia las alturas, con el agua en los talones. Los llantos de los niños se confundían con las voces broncas de los hombres. Todos le daban la espalda a las hermosas palabras trascendentales del sacerdote. El agua seguía entrando a borbotones por las puertas del templo, desbordadas; el presbiterio empezaba a estar cubierto. La gente se apelmazaba a la entrada de las escaleras del campanario, empujándose, pisoteándose, insultándose, desgarrando las ropas de aquella muralla, que impedía el acceso. Las palabras de la bondad, de la solidaridad, de la conmiseración caían inútilmente sobre las espaldas de aquella multitud enloquecida, embrutecida, salvaje, deshumanizada.

Un sollozo prolongado cerró las palabras del predicador, que, de pronto, como obedeciendo a una iluminación interior, había abierto los ojos y contemplado el templo inundado, en el que flotaba el silencio que habían dejado sus hermosas palabras desoídas, perdidas en el borbotear del agua invasora. El púlpito emergía de aquel lago tenebroso, que no parecía tener fondo. El tapujo de las escaleras del campanario se había colmado y algunos cadáveres estaban aferrados a las jambas de la puerta, en un loco intento de salvarse, golpeados por el oleaje.

José Javier, acurrucado en un rincón del coche, muerto de sueño y aterido de frío, viviendo su propio diluvio y echando de menos de un modo desesperado el cuerpo de Áurea, la doncella que lo cuidaba, trataba de aguantarse las ganas de llorar; pero los sollozos le explotaban dentro, como burbujas de aire comprimido. Se sentía un desgraciado. Lo habían despertado en plena noche, le habían embutido un corto desayuno y, sobre todo, lo habían arrancado a la fuerza del calor maternal de Áurea, a la que quería más que a su madre. Estaba hecho un ovillo, con los ojos cerrados y los dientes apretados, tirado en el asiento trasero, sin mirar a la calle, oyendo los gritos de su padre, la furia sonora de los otros coches, los chillidos de su madre, los comentarios airados de sus hermanos, descubriendo por primera vez en su vida un sentimiento nuevo, que le ennegrecía la visión del mundo, reducido a la tapicería gris y granulosa del coche. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo; pero estaba seguro de que se ahogaba, pensando en Áurea. No le sabía poner nombre a lo que le pasaba. No era la desesperación o la rabia de otras veces. Era, sin saberlo, la soledad.

Se sintió solo, en medio de las tinieblas nocturnas, con sus hermanos mayores, que se burlaban de sus hipos, su madre ajena, preocupada de su peluquería y de la frustrada cita con la modista, y su padre, frío, duro, mandón y distante, que gritaba al volante, desde que salieron del garaje, en aquel amanecer turbio, desapacible y lluvioso, cargado de coches enloquecidos, con todas las luces encendidas y los cláxones pitando a pleno pulmón, añadiendo confusión al caos de la calle, tratando de remontar el curso del agua, en dirección prohibida, hacia el norte, en busca de la Puerta de Toro, por donde se suponía que se podía, para ganar la salida de la ciudad,

fuera como fuera, a golpes, a tirones, con el agua sobre las ruedas y las escobillas vencidas en su lucha por limpiar los goterones del parabrisas.

Una tupida hilera de autos le impedía a su padre acceder a la calzada, frente a su casa. Los conductores de los otros coches vociferaban, en una inútil competencia de poder y de irritación desbocada. Con un violento volantazo y un acelerón suicida su padre consiguió meter el morro en la fila de vehículos, que avanzaban lentamente, no sin rozar la carrocería de un coche que le cortó el camino y le obligó a escorarse para evitar la caída y el choque con otro coche que se le cruzó de plano. Sin dar marcha atrás y presionando en el acelerador logró abrirse paso en la procesión de utilitarios, humillados por la mayor potencia y envergadura de su sólido coche de importación. Los insultos crecieron de tono, sin que ninguno de los conductores, bajo la lluvia torrencial, pudiera salir del coche a dar rienda suelta a su ira. José Javier añadió el miedo al frío, al sueño y a la recién descubierta soledad, y se sintió el niño más desgraciado del mundo, entre viejos sonámbulos, que cruzaban delante de las ventanillas del coche, mirándole como si lo acusaran. Su padre siguió adelante, con sus feroces rugidos y una media sonrisa de satisfacción, avanzando a trompicones centímetro a centímetro, golpeado por los de atrás y golpeando a los de delante, lo que le daba una alegría siniestra, de orangután en libertad.

José Javier fue desbordado por sus ganas de llorar y estalló en un llanto incontenible, que su padre intentó acallar, sin dejar de gritar frases sin sentido, amenazándole con bajarlo del coche si no se callaba y maldiciendo su debilidad, su presencia y su vida. El coche desplazado que venía detrás volvió a embestirlo con un violento topetón, del que el otro salió peor parado. Las primeras luces del día permitieron verse las caras a los contendientes y apreciar los estragos de la catástrofe. Agua por delante y agua por detrás, y grupos de hombres y mujeres corriendo a la vera de las casas, con el agua por la cintura. El vocerío de los cláxones subía de tono, envalentonados por el final de la pesadilla nocturna, que empezaba a ceder. Continuaba el ruido de los golpes, la claridad de las blasfemias que conseguían atravesar las ventanillas, la intensidad de la lluvia y la crecida del río improvisado que venía en contra de la penosa caravana, que luchaba, cortando las olas, como la proa de un barco en alta mar, impotente contra el horizonte encrespado y abrumador. Todos los coches de la ciudad parecía que se habían echado a la calle, con la voluntad de entorpecerse unos a otros.

El éxodo se vivía en términos de supervivencia, en vista del panorama, cada vez más negro. Los coches grandes, de carrocerías blindadas, arrastraban a los pequeños y los sacaban de la fila, hasta hacerlos estrellarse contra las casas. Los súbitos turbiones de agua cortaban las represalias, a bote pronto, que se quedaban en amenazas airadas y furibundas. Una resignación suicida bloqueaba los ánimos y encendía la sangre de las víctimas. José Javier insistía en su tristeza desarbolada, con los ojos oscuros y los puños apretados. Echaba de menos a Áurea, su cuerpo cálido y mullido, de un modo cada vez más acuciante. Su padre pisoteaba su dolor gritando,

insultando, golpeando el claxon hasta enronquecerlo, sin adelantar un metro, clavado en la caravana de los vehículos entrizados. La madre rezaba, gritaba, suspiraba sin dejar de arreglarse el pelo y mirarse las uñas. Los hermanos reían histéricos y no paraban de hacer comentarios chuscos sobre todo lo que veían, gentes caminando con el agua a la cintura, entre los coches varados, muchachos agarrados a los barrotes de las ventanas de los primeros pisos, hombres gateando por las paredes, intentando subir por las fachadas, escaparates con las lunas rotas, saqueados, perros gañendo, asomados a los balcones y ciclistas pedaleando con furia, contra viento y marea, en un esfuerzo inútil por avanzar.

José Javier le venía dando vueltas y no se lo pensó más. Cuando estaban todos distraídos, abrió la portezuela de golpe y se tiró al agua, llamando a Áurea. Cuando se dieron cuenta chapoteaba en la corriente a brazo partido, tratando de no ser engullido por el agua. El padre frenó y quiso salir a buscarlo; pero los coches volvieron a embestirlo, arrastrándolo unos metros. Los hermanos miraban por la ventanilla trasera sin ver nada, por los cristales empañados, la madre perdió el conocimiento, después de un grito roto: «¡Pobre Rirri!», el padre redobló sus improperios y, cuando los hijos gritaron que habían visto a su hermano corriendo con el agua al cuello y los brazos en alto, voceando el nombre de Áurea, el padre saltó del coche, perdió pie y braceó sacando la cabeza fuera de la corriente. Los otros coches se le echaron encima y él volvió a entrar y trató de aparcar a un lado, pero no le dejaron hacer la maniobra, arrastrado contra las casas, aplastado contra la pared, chafado como un acordeón y obligado a dar la vuelta con el morro del revés. Se echó fuera, con una tuerca en la mano, y golpeó el parabrisas del coche que lo había atacado, hasta astillarlo. El hombre del coche salió con una pistola y se enzarzaron en una pelea a muerte, en el agua que los cegaba, les hacía tambalear y terminó por tragárselos a los dos, entre furiosos remolinos y una nueva tromba, que se llevó por delante todos los coches, haciéndolos retroceder, hacia sus puntos de partida, en una amalgama de motores desventrados, cuerpos vivos debatiéndose en la corriente, maletas flotando y ropas a la deriva, como los restos de un naufragio. Los supervivientes se agarraban a las ventanas de los pisos bajos y trataban de meterse en las casas.

Por la avenida de Mirat bajaba, enfurecido, un torrente, sobrealimentado por las cataratas confluyentes de Torres Villarroel y la carretera de Ledesma, que se remansaba en la Puerta de Zamora y en parte se vencía hacia la calle de Zamora, la avenida de Mirat y hacia el Paseo de las Carmelitas. En su tropel se llevaba por delante todos los coches que encontraba a su paso y arrancaba los árboles, derramándolos en la pleamar de la Plaza de España, como cáscaras de nueces, ayudados y contraatacados por el ímpetu desatado de la corriente, que procedía del Paseo de Canalejas, de la avenida de la Estación y remotamente del Alto del Rollo. Los coches, sin control, navegaban hacia la Gran Vía, saturada de agua, movida por un reflujo, que provenía del río y que llegaba hasta más arriba de los primeros pisos. Toda la ciudad parecía hundirse por el peso del agua, que lo arrasaba todo, destrozaba

casas, arrastraba árboles y se llevaba por delante lo que encontraba a su paso, vivo o inerte, grande y pequeño. Los muertos chocaban con las esquinas de las calles y seguían su travesía.

La historia venía de lejos y quizás había empezado antes de nacer él. Ni se podía explicar ni él intentaba hacerlo. No se entendía con su padre y el tiempo fue añadiendo nuevos motivos de roces y desacuerdos, de tensiones irreductibles. Aquella tirria, mezclada de desprecio y de envidia, fue degenerando en un odio que no conocía límites y que se reciclaba con cualquier ocasión. Odiaba su presencia, su olor, su voz, su forma de andar, de comer, de masticar y de dormirse frente al televisor. Discutía con él cualquier tema, disentía de todas sus opiniones de antemano, no aguantaba sus éxitos profesionales ni su satisfacción de hombre septuagenario, considerado en los ambientes académicos. Sus amigos le sacaban de quicio y lo que peor soportaba es que intentara acercarse a él, con un gesto de comprensión benevolente y de camaradería paternal, para darle consejos y estimular su voluntad. Por supuesto que en las discusiones familiares se ponía siempre del lado de la madre y argumentaba con violencia contra las razones propuestas por el padre, fueran las que fueran. No le importaba quedar en ridículo, con tal de dejar bien claro que su padre era un ignorante, anticuado, vanidoso y necio, mal informado, incapaz de pensar por su cuenta.

Había calcado su vida profesional de la de su padre, a lo que su padre le había ayudado. Profesor como él, incluso había seguido el ejemplo de su especialización y se había convertido en un experto en Literatura Comparada. La imagen paterna era un reto que lo estimulaba y todo su afán era sobrepasarlo, desbancar sus éxitos profesionales, con su sombra, y anular su memoria. Este odio había dirigido la elección del tema de su tesis doctoral y el deseo de rebatir las conclusiones de la de su padre, hacía más de sesenta años, a todas luces anticuada y desbordada por las nuevas técnicas de investigación y los nuevos descubrimientos. Sus rencores no conocían nunca la satisfacción y siempre encontraba algo que rebatir, que denigrar, que ensuciar de la biografía de su progenitor, al que, salvo la vida, como solía decir él, debida a un puro azar, no le debía nada. Era tanta su obsesión por aquel paralelismo impuesto y rechazado, que, al igual que su padre, se separó de su mujer. Cogió una amante y también se separó de ella, como si le fuera imposible salirse de la biografía paterna.

Su biografía continuó aquel paralelismo involuntario y fue repitiendo los errores de su padre, sin darse cuenta, en la creencia de la total libertad de sus decisiones. Nunca se paró a pensar en aquel determinismo ciego, que se hubiera negado a aceptar. Supo que sus enfermedades y sus achaques se iban desarrollando sobre el papel pautado de la vida de su progenitor. Pero no sólo su organismo estaba supeditado a la biografía biológica del padre, sino que sus gustos literarios, los

episodios de su desarrollo intelectual fueron cumpliendo los mismos pasos que, cuarenta años antes, había dado su padre. Su biblioteca se fue llenando de los mismos libros, que repetían la biblioteca de su padre, hasta extremos de pasmosa coincidencia. Las últimas novedades editoriales les tentaban igualmente y en los librerías de viejo recogían los mismos títulos, que les atraían con idéntica pasión de bibliófilos.

Cuando su padre se jubiló, sintió un gran alivio. La sombra paterna había desaparecido de su vida académica. Respiraba un nuevo aire de libertad. Ahora el apellido ilustre sería él, hijo de un oscuro profesor, que había vivido una fama injustificada. Y, para confirmarse en su propio valor y demostrar que era hijo de sí mismo y no de su padre, empezó a trabajar, con el ímpetu de un novato, con la ilusión efervescente de un horizonte lleno de novedades y grandes descubrimientos, en lo que consideraba la obra definitiva de su vida, la culminación de su carrera universitaria de investigador, la demostración de su talento y de la originalidad de sus ideas. Antes, para evitar la maldición que le había acompañado toda la vida, a la sombra de su padre, revisó, libro a libro, toda la bibliografía paterna, y se aseguró de que nada parecido a su nuevo proyecto había en aquellas páginas, a las que se negaba a concederles mérito, aunque muchas parecían escritas por él.

Estuvo trabajando encarnizadamente en el nuevo libro durante cuatro intensos años, con una idea fija, demostrarle a su padre que no lo necesitaba; y al mundo, que la gloria y el brillo del apellido le correspondían a él y no a su progenitor. Su afán era dejar claro que era más inteligente que su padre y más sobradamente digno de admiración, con más derecho que él a los honores académicos, a los reconocimientos públicos, a los que sólo él, el hijo, tenía derecho. Esto le hacía renovar las fuerzas, después de semanas de tensión agotadora, sin paréntesis festivos. Aguijoneado por aquella especie de carrera de fondo, prolongaba las horas de trabajo, estrujaba su imaginación creadora para destilar los nuevos puntos de vista que asombrarían al mundo y provocarían la aceptación universal de su valor. Por tres veces rompió el manuscrito, insatisfecho del resultado, revisándolo de arriba abajo y dejándolo limpio y sin una sola página inválida o minusválida, sin la más ligera fisura dialéctica por donde rebatirlo, compacto y perfecto, listo para el mausoleo de la gloria.

Se publicó el libro y obtuvo una gran acogida crítica. Todos reconocieron su talento excepcional, su habilidad dialéctica, el sorprendente uso de la lengua y su extraordinaria originalidad, que impedía cualquier comparación y no tenía posibles precedentes. Durante mucho tiempo los elogios se sucedieron y muy pronto agotó la primera edición. Pero, en plena celebración del éxito, su padre reeditó su primer libro, escrito en los principios de su vida profesional, cuando era un investigador desconocido. El libro, publicado por una pequeña editorial de provincias, había recibido una desdeñosa atención crítica, propia de un autor novel, sin padrinos notorios. Desde entonces, la obra quedó olvidada, ignorada y preterida por la desmemoria académica y los rencores universitarios, que lo habían condenado a la

vida marginal del mercado de libros viejos y antiguos y a la devoción de algunos bibliófilos, que lo conservaban como oro en paño, con una especie de gozo onanista intelectual.

Cuando el hijo abrió el primer libro de su padre fue reconociendo con horror su propio libro, capítulo a capítulo, párrafo a párrafo, letra a letra. Leerlo era leerse; se podía adelantar a la lectura, sabía lo que vendría y encontraba la cita exacta, donde estaba también en su propio libro. Los capítulos se titulaban de la misma manera. El índice, por supuesto, se repetía, incluso con el mismo desliz de un error comprensible. Creyó morir. Tuvo que dejar la lectura varias veces, porque le fallaba la respiración y la apoplejía rondaba su cerebro. Un grito de desesperación se le fue gestando en las entrañas, convertidas en fuego, y le brotó de la boca como un rugido. Perdió el conocimiento y cuando volvió en sí había perdido el habla. Trató de levantarse del sillón del descubrimiento y no pudo. Se sintió cogido en una trampa, de la que no podía escapar. Los ojos amenazaron con salirse de las órbitas y sus palabras se retrotrajeron a los bramidos de los animales salvajes, entre estertores pulmonares y patadas incontroladas. Intentó suicidarse golpeando su cabeza contra la pared, pero se resistió a sus intentos. Cuando lo recogieron estaba en el suelo, inerte y silencioso, con cara de muerto.

Estuvo varios meses en el hospital y se negó a recibir a su padre, que intentó varias veces verlo y hablarle. Muy lentamente fue volviendo a la normalidad, recuperó el habla y el conocimiento. Más tarde, aprendió a andar de nuevo, en un penoso proceso de aprendizaje. Al cabo de los años, fue dado de alta por los especialistas. Siguió sin querer ver a su padre, que había asistido a su recuperación, día a día. Le dieron de baja en la Universidad y dedicó su tiempo a cavilar sobre su tragedia y a asumir el bochorno de lo que todo el mundo consideraba un plagio vergonzoso. El descrédito le siguió como su sombra. No tenía más remedio que matar a su padre, para poder seguir viviendo. Con los planes del asesinato en la cabeza, escogida la hora y evaluados los riesgos, se dirigió a la casa de la víctima, ciego, delirando sus razones, cargándose de motivos, pensando ya en un futuro mejor, sin la nefasta sombra paterna interfiriendo la marcha de su vida. Sería libre por primera vez, experimentaría una sensación nueva, completamente desconocida. Sería él, por fin, sería él. Algo que se aproximaba a un estado de felicidad, que nunca había experimentado desde niño.

Iba deprisa, volaba, con temor de que se le escapara la víctima. Sus ojos eran su camino. Las aceras eran la alfombra roja del éxito. Las calles por las que pasaba, la avenida del triunfo. El sol, las luminarias de la victoria. Ni siquiera la chupitanga que estaba cayendo le hizo desistir de su idea. Sonreía, indiferente a todo, ajeno al mundo. La lluvia refrescaba su entusiasmo, aligeraba su paso. Cuando alguien le advirtió de que no continuara por la calle de Zamora, porque estaba cortada más abajo, a causa de la inundación, ni lo oyó. A la altura de la Plaza de los Bandos ya no pudo pasar. Se obstinó en seguir, pero, con el agua por la cintura y después de haber

resbalado tres veces, por su impaciencia, buscó un rodeo por la calle de Crespo Rascón, que tampoco le dejó pasar. Subió por la calle de Zamora, para coger la vuelta por las Isabeles, pero también se encontró con el camino cortado. Impotente, se enrabietó junto a un árbol de la Plaza de los Bandos, viendo subir el nivel del agua.

Era imposible tratar de cruzar la Plaza Mayor y corrió hacia el norte para dar la vuelta más arriba, por el Paseo de las Carmelitas, y abordar el Barrio Universitario, donde vivía su padre, desde los altos de la Puerta de San Bernardo. Pero, a pesar de sus esfuerzos y de todas las energías de su odio, el agua no le dejó remontar la calle de Zamora y, antes de San Marcos, le dio un revolcón y se lo llevó flotando, ya cadáver, otra vez hacia el sumidero de la Plaza.

Hasta que las aguas no irrumpieron en los bajos del convento, las monjas, entre gritos, carreras y sofocos, invocaciones a Dios y lamentos de resignación, no se habían dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Aisladas en el silencio del claustro y dedicadas a sus oraciones y al cultivo de la huerta y del jardín, aquel día no habían podido trabajar la tierra, porque estaba lloviendo. Era un fastidio; pero era la voluntad del Señor. Aquella agua entrometida despertó sus alertas y corrieron a aliviar la riada con cubos y escobas, con los hábitos recogidos y el santoral en la boca. Pero pronto comprendieron que aquello desbordaba sus previsiones habituales y se sintieron incapaces de achicar el río que se les estaba metiendo en casa. Algunas subieron a lo alto del campanario y vieron la ciudad bajo el agua, con calles inundadas y gentes a la desbandada, despavoridas y confusas. Y fue entonces cuando comprendieron lo que estaba pasando y oyeron un repicar de campanas, dramatizadas por la angustia, que les abrió los ojos al pánico y las llevó a hacer lo mismo con su viejo esquilón cascado, pidiendo ayuda.

Sor María de la Purificación corrió a la celda del encierro de sor María del Santo Tránsito, y la liberó de su cautiverio y, juntas, volaron hacia la capilla, cogidas de la mano, felices de volver a encontrarse, bajo el chaparrón que estaba cayendo sobre el tejado averiado del convento, convertido en una gotera total. Todas las monjas se habían congregado a impetrar la misericordia divina, con lágrimas y suspiros. La Madre Abadesa entonó, con un hilo de voz, un cántico de perdón y se levantó el coro de las monjas, apiñadas en el fondo de la capilla, con todas las velas del altar encendidas, como un día de fiesta. Sus voces blancas sonaron como una melodía celestial de ángeles obedientes. Estaban agrupadas, como quitándose el frío y el miedo. Las más jóvenes apenas podían contener el llanto. Las veteranas cerraban los ojos para imaginar el porvenir que se les avecinaba si el agua seguía cayendo.

Cuando el suelo de la capilla se inundó, las monjas subieron al coro y aquello fue una odisea, porque la Madre Abadesa, por los años, el reuma, la artritis y el corazón, apenas podía subir la escalera, con resoplidos de agonía. Sor María de la Purificación y sor María del Santo Tránsito la ayudaron, con el agua ya en los talones. La anciana

monja se agotaba en suspiros y jaculatorias, se quedaba sin aire y sin palabras, y le pedía a Dios la muerte. Las dos monjas se cansaban de tirar de aquel cuerpo inerte, que se vencía hacia atrás y que de vez en cuando miraba a sus espaldas, para comprobar, con ojos asustados, los progresos de la inundación. Al llegar arriba, espiró un «gracias a Dios» que parecía una despedida. Llovía a modo, como si no hubiera tejado. Las dos monjas, arreboladas por la penosa ascensión, se miraron por encima de la Abadesa y sonrieron, como dos ángeles buenos.

En el coro siguieron cantando, cada vez más aterradas y sombrías, con voces roncadas y cansadas. Desde el barandal, vieron cómo el agua anegaba el altar y una bajó corriendo, con el agua empapando sus hábitos más arriba de la cintura, a sacar la custodia de oro, con la hostia santa, y salvarla de la inundación. Volvió acalorada con su preciosa carga y la Madre Abadesa le concedió un beso de recompensa. Todas hicieron lo mismo y formaron un corro de solidaridad y acatamiento de la divina voluntad. Juntaron sus manos, como nunca lo habían hecho, y sintieron el calor de la piel de las otras, y se transmitieron, a través de este gesto de hermandad, una oleada de ternura que nunca habían experimentado. Notaron una conmoción de sus entrañas sentimentales. Un golpe de amor, como una descarga eléctrica feliz, recorrió aquella cadena de manos enlazadas y dedos calientes. Diez años de tentaciones les pasaron por sus cuerpos, en medio de la tragedia. Con el agua alcanzando el coro.

Eran once, además de la Abadesa, que se consumía en un rincón, sin saber qué hacer, ante aquella emergencia. Había cuatro monjas mayores, en distintos grados de decrepitud. Había una más decidida, que sustituía con creces la poquedad de la Abadesa y era la que se había tirado al agua a salvar al Santísimo y que se había quitado los hábitos empapados para cubrirse con unas cortinas abandonadas, que olían a moho y carcomidas por la polilla. Dos tímidas, gimoteantes, arruinadas por su impotencia, a merced de los demonios de la indecisión. Había una altiva y gritona, que pensaba en voz alta y mostraba evidentes signos de demencia. Otra era muy creída de sí misma, increpaba a las otras, porque no confiaban en la infinita misericordia de Dios. Luego, estaban sor María de la Purificación y sor María del Santo Tránsito, sonrientes, incansables, con una belleza en agraz, que contrastaba con la fealdad de las otras hermanas, estropeadas por los ayunos y las penitencias.

Cuando el agua alcanzó el coro, se rompió aquella cadena de manos femeninas y se sucedieron confusas escenas de terror y de resignación. Subieron a los desvanes abandonados del convento, unas salas de techos altos, vacías, llenas de polvo y mugre, deshabitadas desde hacía mucho tiempo. Y allí se quedaron esperando que el temporal amainara y pudieran volver a ocupar sus celdas, mientras las ratas corrían a su albedrío por las vigas del techo. Entre las tejas se filtraba el agua y se la oía chocar contra el suelo y escurrirse hacia la calle. Habían subido comida y se preparaban sus pobres colaciones, disminuidas por la escasez y las prisas. Hacían sus rezos y se leían en voz alta libros de santos y obras de devoción. Cuando llegó la noche se acomodaron como pudieron en viejos catres desahuciados, con mantas deshilachadas

y descoloridas por la humedad y el tiempo. Finalmente, se durmieron con la esperanza de un amanecer seco, un aire limpio y un sol espléndido. Sor María de la Purificación y sor María del Santo Tránsito compartieron una cama desvencijada, con una pata rota y el jergón agujereado. Se dieron calor con sus cuerpos jóvenes y entraron en el sueño con la seguridad de un futuro feliz. Durante toda la noche oyeron caer la lluvia.

Al despertarse, a la hora de maitines, en plena noche, la lluvia seguía cayendo. Se asomaron a la escalera y vieron el agua gorgoteando en la oscuridad, a escasa distancia. La monja histérica comenzó a gritar, pero la hicieron callar y se sometió a la disciplina del rezo. Sor María del Santo Tránsito y sor María de la Purificación se levantaron abrazadas y no deshicieron su abrazo durante el tiempo de las oraciones. Nadie les dijo nada. La Madre Abadesa, hundida en un rincón, contra la pared, había abdicado de toda autoridad, conservaba los ojos cerrados y movía los labios, como si rezara, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas blancas y arrugadas. La mujer fuerte animaba a todas a resistir a la adversidad y confiar en Dios, sin dejar de tocar el esquilón, pidiendo ayuda. Las tímidas sonreían bobaliconas, asentían a todo y daban vueltas al desván, como si buscaran algo que les asegurara la precaria paz de sus cuerpos engurrñidos, bajo los hábitos empapados.

Sor María del Santo Tránsito y sor María de la Purificación, sobrecogidas, estrecharon su abrazo y se besaron súbitamente con pasión primeriza. Sus bocas tenían la titubeante duda de la iniciación y la premura de un descubrimiento tardío. Cerraban los ojos para agotar el placer de lo que estaban haciendo. Sus brazos se cerraban sobre el otro cuerpo, como para evitar que huyera, con una opresión posesiva. Las otras monjas, desparramadas por el desván, fueron descubriendo la escena, asustadas. La histérica, lanzando un «¡Vade retro!», trató de despegarlas; pero estaban soldadas, y la monja, horrorizada, se lanzó por el hueco de la escalera y se perdió en la oscuridad de las aguas. Sor María del Santo Tránsito y sor María de la Purificación no se enteraron, pendientes de aquel beso interminable, enardecido, que las sacaba del lugar donde estaban, compartiendo la felicidad, que se negaban a dejar. Sintieron la salvación de su angustia en la cálida carne del cuerpo de la otra. Tuvieron el mismo miedo, el mismo deseo, la misma fe y el mismo amor. La mujer fuerte las miraba. Las tímidas se persignaban. El beso se prolongaba mientras las aguas llenaban el desván.

A la Madre Abadesa, tirada en un rincón, las primeras aguas le hicieron abrir desmesuradamente los ojos, le paralizaron el corazón y a las pocas horas cubrieron su cadáver. Las monjas tímidas intentaron alcanzar el tejado, disputándole a las ratas el camino de la salida, pero resbalaron y cayeron más allá del muro, con un grito agudo y paralelo, que se fue vaciando en la distancia vertical de la caída. La mujer fuerte, con su cortina a cuestras, se acercó a sor María del Santo Tránsito y sor María de la Purificación y se unió a su abrazo, estrechándolas contra su poderoso cuerpo con un convulso frenesí de amistad, que trataba de no enterarse de que el agua iba

ascendiendo por sus cuerpos. El viento huracanado sacaba del esquilón, a intervalos caprichosos, lúgubres tañidos que se perdían en la oquedad sombría del inmenso desván.

Las noticias de la televisión de última hora le quitaban importancia a la borrasca que se había abatido sobre el país y, como si se tratara de un hecho normal, propio de la época del año, hablaban de la desaparición de las costas marítimas de la península, agobiadas por olas gigantes, más rápidamente las del Cantábrico, abatidas por el ímpetu de un mar bravío, y más lentamente las del Mediterráneo, erosionadas tras una constante subida del nivel de mar. Se preveía, según el mapa de isobaras, una mejoría para los próximos días, incluso para las próximas horas, asegurando un soleado y tranquilo fin de semana, con temperaturas agradables y cielos despejados. Las estaciones locales de radio, con más sentido, informaban de la crecida del río, de su desbordamiento, de algunas anécdotas lastimosas, entre el pintoresquismo y la tragedia, de la inundación de la parte baja de la ciudad y de la opinión de los expertos de que el temporal amainaría, pasadas unas horas, antes de volver a la acostumbrada música optimista. Después, un pavoroso silencio enmudeció todas las emisoras.

La lluvia arrecia y cada vez que me asomo al balcón veo más agua recorriendo la calle, convertida en canal veneciano, como si el mar hubiera llegado hasta aquí o se hubieran abierto las compuertas del cielo. Lleva dos meses largos lloviendo y no se le ve el fin. Mi edecán, en cuanto las cosas se han puesto feas, me ha dado plantón. No me hacía falta esta deserción para conocer su calaña. No me ha decepcionado, más bien ha confirmado mi desconfianza del género humano. Me hubiera extrañado que tuviera un gesto de generosidad, quedándose hasta el final, después de casi diez años de convivencia, o que, al menos, hubiera cumplido con su compromiso de asalariado. Me debía algún agradecimiento, ya que no afecto o amistad. Siempre le he dado más dinero del que habíamos acordado y, a veces, le he hecho confidente de mis meditaciones, de mi desesperación de tullido, con un trato que, ahora lo veo, no se merecía. Pero se ha ido y me ha dejado tirado, como un trapo sucio.

Pido ayuda, me asomo a la escalera; pero nadie me contesta. Esta desafección me la temía y también viene a confirmar mi pobre opinión sobre los hombres. Oigo sus voces, sus pisadas apresuradas, en algún lugar de la casa. Quizás en el piso de arriba. Años viviendo juntos y no se ha creado entre nosotros ningún vínculo moral, ningún sentido de la solidaridad. Nadie quiere cargar con un fardo inútil, con un jodío muermo. Es verdad que yo nunca he sido el hombre afable, apto para las relaciones cordiales, que quizás ellos esperaran. Siempre he vivido aislado, un poco huraño. Algunos me vieron nacer y asistieron al desarrollo de mi desgracia. Conocían a mi familia. Quizá mis padres les hicieron algún favor. Quizás acudieron a ellos en casos

de apuro. Pero, a la hora de la verdad, esto no ha servido de nada. Como tampoco han servido los muchos años que hemos pasado en vecindad. A las primeras de cambio, si te he visto no me acuerdo y revienta de una vez.

Todos deben de haber abandonado sus casas. Pero no han podido ir muy lejos. He notado la desbandada general, sin que ninguno haya tenido conmigo un poco de esa caridad cristiana de la que presumen. Ni un ofrecimiento, ni una ayuda. Unos han subido al tejado, he oído sus pasos precipitados, sus gritos de pánico, sus blasfemias de cresta roja, y otros se han echado a la calle. Debo de estar solo en toda la casa, más solo que nunca, con la soledad del alma que es la peor. Y ahora no voy a mendigar su abyecta conmiseración de cretinos. Tendré que valerme por mí mismo, hasta que vuelvan las aguas a su cauce, que tal como están las cosas, no creo que esto vaya a acabar nunca. Debo pensar en alguna solución de emergencia. No tengo comida más que para dos o tres días. Mi silla de ruedas ya no me vale, ni para subir las escaleras, ni para irme a la calle. Tendré que quedarme aquí. Los golpes de la lluvia de vez en cuando amainan, lo que me hace concebir esperanzas, palabra que hace mucho tiempo he dejado de usar, porque me parece una palabra sin significado real.

Esperar, ¿qué puedo esperar? Años sin esperar nada y ahora me voy a poner a esperar, como un niño recién destetado. La monotonía de mis días y la estrechez de mi horizonte me han cegado lo que la gente llama esperanza, lo que los libros certifican y lo que la historia repite, como una lección de engaños. Me avergüenzo de tener esperanza, a la que ya había renunciado, a la que he llegado a considerar una mentira de cobardes, un consuelo de descerebrados. Y, ahora, me encuentro con la tentación de la esperanza, en medio de este diluvio universal. Como si descubriera ahora que me he equivocado. No puedo tener esperanza, en medio de este caos, que confirma mis previsiones. Estoy solo, nadie puede ayudarme, nadie puede sacarme de este pozo, que me amenaza. Cuando el agua llegue al balcón y entre a borbotones en esta sala y vaya tragándose muebles y alfombras y libros y las huellas de toda mi vida y el aire que respiro, tendré que resignarme, por fin frente a mí mismo, sin palabras de por medio. ¿Por qué, sin embargo, quiero retrasar la hora de la verdad?

¿Adónde ir? La última vez que he salido a ver, el agua llegaba al tercer piso. Ya no puedo huir. Estoy atrapado y miro las torres de la catedral, como una isla de salvación. ¿Quién me lo iba a decir? Pero ¿cómo llegar hasta allí? Sólo me queda la solución de subir al tejado y compartir mi suerte con la de mis vecinos, aunque los odie, aunque me odien. Si me quedo aquí, el agua acabará conmigo; la siento cerca, la puedo casi tocar. Recuerdo haber leído aquella ironía de que el agua es la fuente de la vida. Todavía puedo tratar de usar las escaleras hasta el ático y salvarme. ¡Qué palabra tan necia! He seguido oyendo los gritos del miedo, los ruidos de las caídas, el llanto de algún niño y los lamentos de los que suben atropelladamente. Después el silencio, acompañado de la monótona caída el agua. ¿Quién tiene la culpa de esta catástrofe? Otra necedad más. Nadie tiene la culpa de nada. Lo supe desde el primer

día que me quedé paralizado. Nadie puede ser tan cabrón, como para querer esto.

Hace un momento he creído oír que alguien llamaba a mi puerta. Me he sobresaltado, porque nadie va a venir a ayudarme. He vuelto a oír como un rasguño insistente, producido por alguien sin fuerzas o sin decisión. Me acerco a la puerta y percibo una respiración del otro lado. Abro por curiosidad y me encuentro con el perro del segundo, que se echa en mis brazos, tiritando de frío. Un tékel, que siempre me ha parecido más inteligente que su amo, vivaracho y cariñoso, que cuando nos cruzábamos, en la escalera o en la calle, ponía su hocico entre mis pies y trataba de hablarme, con sus ojos encendidos de afecto y el muñón del rabo agitado para comunicarme sus buenos sentimientos. Yo le hablaba para agradecerle su gentileza y le acariciaba entre las orejas y él ronroneaba de placer. Hubo muchos días que éste era el único gesto humano que me reconocía y ponía lágrimas en mis ojos.

Y, ahora, el perro está allí, probablemente abandonado por su amo, igual que me han dejado a mí. Lo abrazo contra el calor de mi pecho y acaricio su bonito lomo aterciopelado y salpicado de agua. Sus patas están mojadas y su mirada, desvalida y asustada, busca la mía. Tampoco él se explica nada. Tengo que esquivar los lametones de su lengua, que recorren mi cara, con premiosa avidez de agradecido. Mis caricias lo han sosegado y se acurruca en mi regazo, como un niño enfermo. Con él encima, me asomo a la escalera y veo que el agua sigue subiendo inexorablemente. Quizá tarde un par de horas en llegar a mi rellano y tenga tiempo de poner el perro a salvo. Lo cojo con delicadeza, para dejarlo en los primeros escalones ascendentes de la escalera, animándole a subir. Pero no quiere obedecerme y vuelve a saltar a mi regazo. Hago varios intentos de convencerle de que huya, mimando la huida; pero sólo consigo su mirada, obnubilada por la incomprensión.

Trato de ponerlo a salvo, le hablo en tono amable, le doy de comer unas galletas y repito mi invitación para que suba hacia los altos de la casa. Pero se hace un ovillo en el calor de mi cuerpo y estamos así hasta que el agua irrumpe en el rellano y amenaza mis pies. Sólo entonces, sale de estampida, y se pierde escaleras arriba. No puedo evitar mezclar una sonrisa, por la forma cómica en que ha huido, como alma que lleva el diablo, con unas lágrimas, que se me escapan sin querer. El agua ha continuado subiendo y se cuela, por debajo de la puerta de la entrada, con voluntad de plétora.

Tercera parte

(Entonces, a montones, a cientos, a miles, llegaron las pulgas, despavoridas, premiosas, saltarinas y ávidas, como una maldición bíblica, como una plaga, salidas de nadie sabía dónde, como si la ciudad antigua, los viejos pisos entarimados, los baúles atestados de recuerdos, los grandes caserones de vigas de podridos troncos de árboles, los palacios de artesonados carcomidos, los sótanos atiborrados de muebles en desuso de maderas agrietadas y de rincones de polvo, telarañas y ropas desahuciadas, las estrechas celdas de los conventos, mantenidos en pie por la inercia, los bancos de las iglesias abrumados de sombras y de silencios, como si el subsuelo histórico hubiera estado incubando las pulgas durante siglos, a nuestras espaldas, bajo nuestros pies, en los escusados recónditos de las basuras, en las tinieblas nutricias, en espera de perpetuar sus intereses zoológicos para toda la eternidad, sin salir a la luz, en sus parideros inconfesables. Y que ahora, por unas inesperadas circunstancias, se hubieran visto obligadas a salir violentamente de sus dominios, de la comodidad de los sueños de la especie, de su felicidad animal. Irrumpieron por todas partes, desde las entrañas olvidadas de la ciudad. Cayeron sobre la gente, saltaban, brillaban en la luz indecisa, iracundas, rencorosas, negreaban sobre los cuerpos arracimados y buscaban refugio en las pieles exentas, en las cabezas destocadas, entre los cuellos de las camisas abiertas, en las costuras de los vestidos en desorden, que se ofrecían fáciles a su avidez colonizadora. Surgían como garabatos sobre los cuerpos y producían un escozor agudo de epidemia cutánea. Picaban con saña, como si supieran que iban a morir, con hambre de retraso, enloquecidas por la abundancia de comida, para succionar a pedir de boca. Como empujadas por una revancha esperada y retrasada. No había manera de evitarlas, estaban en todas partes, saltaban con rapidez, desaparecían y volvían a la piel, como a libar un succulento festín de lujo. Los menos sensibles las aplastaban de un manotazo contra la cara, que dejaba una mancha sobre las máscaras lívidas del amanecer. Los otros trataban de ahuyentarlas, de eludirlas, de quitárselas de encima. Pero todo era inútil, como un tormento añadido. Insistían, se multiplicaban. Era imposible sustraerse a aquella invasión y sólo el agua de la lluvia, que no cesaba, las hacía soportables y fugaces; pero no las eliminaba e incluso las enardecía, excitando su agresividad. Ni las blasfemias lograban hacerlas retroceder).

Desde la atalaya del tejado de su casa, en el Alto del Rollo, sesenta años de entusiasmos y decepciones intelectuales, una docena larga de libros de investigación sobre temas de Ciencia de la Literatura y toda la vida dedicada a la enseñanza universitaria, el profesor emérito, separado de su mujer, con sus tres hijos dispersos por la geografía peninsular, once nietos en distintos grados de desarrollo biológico y contestatario, una diabetes controlada con insulina y la válvula aórtica reparada por expertos fontaneros, contemplaba la gran charca en la que se había convertido su

Salamanca natal, y de la que sobresalían, como un desafío, las cúpulas de las catedrales y de la clerecía, altivas y señeras, los campanarios de otras iglesias menores y un archipiélago de tejados, agobiados de gentes desesperadas, que, en algunos casos, enarbolaban sábanas y manteles, como absurdas banderas de socorro, frente a un cielo ajeno, vacío y lejano.

Todo amenazaba con perderse entre la indiferencia universal, pensaba el profesor. No lloraba, porque hacía años que se había negado el consuelo del llanto; pero se lamentaba de la desaparición de aquella ciudad y de sus tesoros culturales, que habían sustentado el orgullo ciudadano y su propio orgullo personal. Todo lo que estaba en las páginas ilustradas de la historia del arte, todo lo que estaba en las antologías de la literatura y todo lo que había creado el encanto de la mirada, ávida de saber, de retener, de gozar, estaba deshaciéndose, desapareciendo bajo las aguas, materia inútil, piedras grandiosas, telas coloreadas, objetos significativos; todo se iba al garete. Pensaba con su conciencia sentimental de profesor, que ni en aquellos momentos le había abandonado, que el agua iba a completar un largo proceso, que se había iniciado muchos años antes. Lo que habían empezado los hombres, lo terminarían los elementos. Los grandes monumentos de piedra empezaban a anegarse por los ataques incesantes del agua, que socavaba sus cimientos, borraba pinturas, destronaba estatuas, arrastraba colgaduras, descomponía maderas y se llevaba flotando ornamentos y utensilios sagrados, libros miniados y latines inservibles, convirtiendo todo en montones de escombros, saldos de la historia, de la incuria, de la indiferencia, túmulo de escorias. Lo que un día fue tesoro, adorno, creación espiritual, necesidad cumplida, gozo de los sentidos y valor de la memoria. ¿A quién podía importarle que Salamanca se perdiera?

Antes de la agresión del agua, eran ya polvo del pasado, memoria sin sentido, convertida en mero destino de contemplación superficial, estéril, simple guata postiza de mentes iletradas, floritura de discursos oficiales, motivo de encuentros satisfechos, ilustración de brillantes folletos turísticos, orgullo de citas y surtidor de metáforas. Falsa cultura sin raíces, arrinconada, tolerada, mercantilizada, despreciada, convertida en materia inerte, en pasmo de analfabetos, en decorado de la nada. A nadie le importaba. Sólo una minoría exigua valoraba los tesoros artísticos de la ciudad, sus signos, que se habían convertido en motivo de postales, en tema de trabajos eruditos, en charlas de café, en recuerdo de viajes, nostalgia de abuelos y fondo de fotografías para el álbum familiar. El mundo iba por otro lado.

Todo lo que significaba aquella ciudad estaba en descrédito, en el desván del pintoresquismo fácil, fuera de los valores mercantiles al uso, al margen de la globalización, condenado al olvido, pequeña, marginada, difícil de asimilar a los valores de la homogeneización cultural del nuevo mundo. Sobre todo porque había sido islote de disidencias, objeto de desdenes beligerantes, ensayo de dignidad humanística, levantisca memoria de heterodoxos e inconformistas, ejemplario moral de los difíciles caminos de la libertad y un plantel de ilustres víctimas del poder y de

la historia. Como ella misma. Lo que había significado era el fulgor de la inteligencia rebelde, la resistencia al poder constituido, la fuerza de la razón, perseguida y humillada, frente al acomodo y la transigencia, contra las mentiras impuestas, los hombres frente a las cosas, la voluntad frente a la fuerza, vidas ejemplares, hombres libres, nostalgia de perdedores.

El símbolo se estaba perdiendo, se había perdido. Ya nadie podría recordar, aquí, entre viejas maderas de una cátedra, usadas por el tiempo, erosionadas por la historia, a un hombre que se levantó contra la incompreensión, luchó por las ideas de su interior iluminado, conseguido con su sabiduría y largas horas de estudio, fiel a sus ideas, a la luz de sus verdades, a los principios de su inteligencia, por lo que sufrió cárcel y humillación y dolor de perseguido, de réprobo, de marginado. Ya nadie podrá recordar que aquí se sentó un hombre que no se dejó vencer por sus enemigos, que no consiguieron cerrarle la boca, ni cortar su inspiración, ni doblegarle su orgullo intelectual, por lo que conoció el sabor del destierro, los ataques de las insidias y la violencia de los insultos. Aquí la resistencia moral se levantó un monumento a sí misma. Vivero de hombres libres. En las profundidades de este mar quedará el eco de la fuerza de la libertad frente al convencionalismo y la cobardía.

Se acordaba, con agradecimiento retrospectivo y horror sin retorno, de la *Inmaculada* de Ribera, en el templo de las Agustinas, frente a la que se había detenido tantas veces y durante tantas horas hasta sabérsela de memoria. La había contemplado con delectación de adicto, valorado con mirada profesional y gozado en el silencio del milagro. Aquella teoría de azules, de rosas y de blancos, como el sueño etéreo e imposible de una conciencia humana, contaminada por la vida y por la historia. La había mirado y remirado, con estupor de incrédulo. Había perseguido la explicación de aquella sensación que le embargaba, como una droga, aquella suma de aciertos, que la inspiración, la herencia pictórica, el legado ancestral de la cultura o la fe cristiana habían logrado, como el deseo de una pureza inalcanzable. Y ahora el agua estaría humedeciendo la tela, desvaneciendo la pintura, atacando los colores, confundiendo las líneas, erosionando su soberbia singularidad, agrietando la figura, afeando sus rasgos, en chafarrinones ofensivos, en manchas informes, antes de desleírse en la nada, arrastrados por las corrientes subacuáticas, junto a los trozos de la decoración del altar, a merced de los remolinos del agua, confundidos con múltiples basuras, en aquel océano de indiferencia. Y aquel equilibrio de colores se rompería, sin repetición posible y sin que a nadie le importara un bledo.

Hacía días que había dejado de oírse el sobresalto de las sirenas de las ambulancias y de los bomberos, arando la ciudad con sus angustiosas llamadas de urgencia. Después, empezaron las campanas de las iglesias y de los conventos, como en los viejos tiempos, convocando a rebato, para la defensa de la ciudad y para impetrar el auxilio divino. Pero, poco a poco, todas las campanas fueron enmudeciendo, cayendo

en un silencio premonitorio. Algunas, durante un rato, siguieron sonando debajo del agua, con una opaca sonoridad submarina. Horas más tarde, el silencio total empezó a ensayar la eternidad, como una vuelta al principio del tiempo, antes de los ruidos. En los tejados la poca luz que quedaba se perdió y la lluvia adquirió una tonalidad dramática, de telón oscuro, cruel en su tenacidad de pared, contra la que se empecinaba nuestra necesidad de ver, de entender lo que estaba pasando, en la creencia, todavía latente, de que no todo estaba perdido, absurdamente confiados, ciegamente tercos, quizás ilusos. Incrédulos de que aquello nos estuviera ocurriendo a nosotros, obcecados en darle realidad al sueño de nuestros instintos, al fin, libres, vueltos hacia las carencias primitivas de nuestra condición.

A la humedad del viento vino a añadirse la destemplanza del frío, un frío que fue creciendo con la pérdida de la luz, con las tinieblas que se sumaban a la certeza del cataclismo universal. Nadie confiaba ya en una ayuda exterior y, aislados, sin noticias del resto del mundo, la gente se entregaba al terror de un final apocalíptico, del que era fácil adivinar los detalles. Acomodarse a la idea de la muerte y ver el modo de afrontarla se convirtió en la única preocupación común, mientras las aguas seguían subiendo e inundando los últimos reductos que quedaban. Uno tras otro, con fatídica regularidad, habían ido cayendo aquellos islotes de emergencia, insuficientes para tantos cuerpos hacinados, entre gritos desgarradores, resignadas oraciones religiosas y escenas dantescas, de manos crispadas, pieles destrozadas, luchas por sobrevivir, por retrasar unos minutos el hundimiento en las profundidades del agua creciente, luchando por unos centímetros de tejado, perdiendo pie y, junto a esta barbarie desatada, gestos de amor y de compungida conformidad, casi heroica, de tensos abrazos y miradas agotando la luz en los ojos amados. Blasfemias, maldiciones, voces inarticuladas, ronqueras tras muchos gritos de terror, como afirmaciones de ser, de permanecer, contra todas las circunstancias adversas, contra la evidencia del fin inevitable.

Muchos no aguantaron la pasividad de la espera y se echaron al agua. Algunas parejas lo hicieron unidas, lanzándose al vacío, abrazados, con la rabia impotente del último gesto de amor. Algunos padres tiraban primero a sus hijos y luego se tiraban ellos, buscando sus cuerpos emergentes, para ofrecerles un salvavidas efímero y cariñoso. Cuerpos lanzados al vacío. En una salvación imposible, tratando de morir nadando. Otras familias se apretaban entre sí, hasta la asfixia, en un postrer consuelo de afecto. Unos se deslizaban callados y otros, gritando, con unas voces que la corriente yugulaba enseguida. Los que quedaban miraban asombrados a los suicidas, sin atreverse a imitarlos, con el pánico reflejado en los ojos, negados a la luz y a la evidencia. No dejó de llover en muchos días y el agua lo anegó todo. Todo se hundió en el piélago del espacio que había sido la ciudad de Salamanca. Quedaron, aquí y allí, flotando, algunos cadáveres, que se movían siguiendo la dirección de aquellos inmensos remolinos, originados en las misteriosas corrientes de las entrañas de los profundos abismos.

Lo pensaba el profesor, emérito, desde la atalaya de su mirador en el Alto del Rollo, con la inmensa laguna a sus pies. Se había puesto un tabardo y un sombrero para irse al otro mundo con aspecto presentable. Había dejado de vivir hacía tiempo, arrinconado por la jubilación y la historia. Ya no conocía a nadie, encerrado entre sus libros y su soledad de octogenario. Había esperado la muerte muchas veces; pero la muerte, esquiva y caprichosa, no había venido a ayudarlo. Todavía no se había muerto y agradecía —¿a quién?— esta demora, porque, gracias a ella, podía morir, testigo de un acontecimiento digno de su orgullo, ennoblecido por sus saberes, sus libros y su nombre ilustre, citado en las enciclopedias, a pesar de su pesimismo, de su misantropía y de su poca fe en la vida, en la condición humana y en la posteridad. Iba a morir al nivel de sus deseos. No iba a dejar tras de sí ni los buenos recuerdos, ni un miserable reguero de lamentaciones y de elogios. El esplendor glorioso de la ciudad no le sobreviviría. Sería otra víctima más de aquella catástrofe histórica, que estaba ocurriendo ante sus ojos, como una experiencia sin valor. Ni las imágenes de su ausencia quedarían para recordarlo. Sería la última conciencia que se ahogaría, en el Alto del Rollo, como el proscenio de una representación única, que estaba contemplando, en primera fila.

Cuando, hacía más de cincuenta años, compró aquella casa, en una urbanización nueva, lo hizo para huir del centro agobiante de la ciudad. También había elegido aquella casa para poder abarcar la panorámica total del conjunto del casco antiguo, la Salamanca de la historia y de los monumentos, la obligada cita de la literatura, la suma de espacios prodigiosos. Lo primero que había hecho cada mañana de su vida, al despertar, era mirar aquella referencia de cúpulas, iglesias, tejados, conventos y memorias. Era como su necesario despertar, después de la oscuridad de la noche, el aire que necesitaban sus viejos pulmones para empezar bien el día, reconciliado consigo mismo. Ahora se alegraba doblemente de aquella compra, que le iba a permitir darse un espectáculo grandioso, desde un lugar de privilegio. Como si fuera a asistir a la verdadera decadencia de Occidente, representada por aquella ciudad, que exhibía todos los signos de la cultura, a los que había dedicado su vida y que se habían constituido en el ser de su existencia, y que ahora, a punto de desaparecer, bajo aquella lluvia, era cuando más los valoraba, elementos que redimían al hombre de su mezquindad, de su rastacuerismo egoísta, que sobrepasaban su significado propio, para simbolizar la grandeza del hombre, de su esfuerzo por ir más allá de sus orígenes y ser, por fin, digno de sus sueños de antropoide enfermo. La cultura, el objetivo de toda su vida, se le aparecía, en aquellas adversas circunstancias, como la justificación del universo, de su creación inútil.

Estaba tieso y firme, frente al desastre. Tenía frío y se abrigaba, como si importara algo, en aquella lenta agonía, no coger frío, frente a la muerte inminente, que se ciscaba en todas las fiebres temidas, todos los constipados, en todas las precauciones de jubilado temeroso, que se agarraba a la vida. Veía a la ciudad

desaparecer de su vista, experimentar el vacío de su ausencia. Descubrir el sabor de la nada, que siempre le había estado rondando. Estaba solo, señero y en silencio, como asumiendo un gesto de estatua con la poca dignidad que le quedaba a flote, y le hubiera gustado acompañarse con una música de Wagner, que nunca le había gustado, pero que ahora la echaba de menos. La trompetería teatral, de los finales augustos, los timbales atronadores del clímax sonoro, antes de caer el telón definitivo, con los oídos aturcidos, para no oír la llegada de la muerte, y el corazón en la garganta. Empezaba a no ser él.

Tenía la memoria llena de imágenes, que le habían acompañado durante toda su existencia y le habían proporcionado el placer de saber que existían y que, cuando quisiera, podía volver a verlas, la *Anunciación* del pórtico de San Benito, el *Ángel* de las Úrsulas, el *Martirio de Santa Catalina*, del Museo Catedralicio, la *Santa Ana* de Juan de Juni, en el trascoro de la Catedral Nueva, las mujeres de los medallones del Palacio de Rodríguez Figueroa o del Patio del Colegio del Arzobispo Fonseca, el retablo de los dominicos, la *Virgen de la Vega* de oro y pedrería, la fachada de la Universidad, el Patio de la Casa de las Conchas, las catedrales reflejándose en el río, los capiteles y los sepulcros de la Catedral Vieja, la Portada del Nacimiento de la Catedral Nueva, el *Cielo de Salamanca* de Fernando Gallego, que se estaban perdiendo, bajo las aguas, negados, muriendo a la vez el testigo y el testimonio.

(Cuando apareció aquel helicóptero, que volaba sobre la ciudad inundada, de la que se veían las islas precarias de algunos campanarios y las azoteas de algunos edificios, las gentes apostadas en los tejados y en las espadañas creyeron que se trataba de una salida milagrosa a la angustia del agua. Le hacían señas para atraer su atención, levantaban los brazos, le gritaban, tratando de librarse de la tragedia, agitando frenéticamente sus sombreros, sus pañuelos, sus camisas y los trapos que encontraban a mano. Pero, el extraño aparato, insensible a aquella demanda multitudinaria y desesperada, continuaba sus círculos concéntricos, cerrados como si buscara un sitio donde posarse, antes de que se le acabara el combustible.

Había aparecido en el cielo, tras un traqueteo de láminas de madera sueltas e intermitentemente volvía sobre los mismos lugares, como la confirmación de la continuidad de su vuelo liberador. ¿Qué quería?, ¿venía a salvarlos?, ¿era un espejismo?

Todas las miradas lo seguían en su deambular aéreo, contra aquel cielo anubarrado. Hubo un momento en que se alejó hacia el este, como intentando otro aterrizaje más seguro, en algún islote perdido. Pero volvió enseguida y todos pudieron ver, con desilusión y ansiedad, que algunos hombres saltaban con paracaídas, mientras las aspas del helicóptero fueron perdiendo revoluciones, traqueteando con dificultad, ralentizando su marcha, como si su energía se extinguiera, hasta que finalmente capotó, distinguiéndose las aspas evidentes, para

precipitarse contra el agua, donde se quedó flotando unos instantes, como una carcasa inútil, y se hundió, provocando un amplio remolino y abortando después una oscura mancha de aceite viscosa. Había caído por la parte del antiguo río. Todos quedaron chasqueados, testigos de una promesa incumplida, y pudieron ver que los ocupantes, envueltos en sus paracaídas y sin tiempo de desprenderse de sus cascos y de sus uniformes, fueron engullidos por el agua, cuya superficie poco después recuperó la calma, bajo la lluvia de una vehemencia injustificada).

Algunos se habían provisto de sogas y de escaleras de mano, que rápidamente quedaban destrozadas por la turba de los desesperados que querían servirse de ellas para huir del suelo, que se había vuelto peligroso, lo que provocaba nuevas peleas de una violencia homicida, que enronquecía las voces y cegaba a todos por igual y los obligaba a golpear, rasguñar, morder brazos y piernas y hasta el pelo de todo el que se interpusiera en su camino, entre bramidos bestiales de animal herido y escupitajos de rabia y frenesí. Sólo se oían insultos, ofensas, groserías de alto calibre, espumarajos de odio, gritos de un dolor alto, rugiente. Todo había vuelto a la elementalidad más primitiva, entre gruñidos, ladridos, mugidos, relinchos, berridos de una animalidad desatada. Todo mezclado con ayes débiles, vencidos.

El sudor se mezclaba con el agua de la lluvia, con las lágrimas, con las babas imparables y las deyecciones del pánico. Casi todos los rostros estaban marcados por regueros de sangre, desgarrones de carne vulnerable, labios rotos con la saliva de la violencia y la tensión del esfuerzo inmoderado y los ojos desorbitados al consuno de los gritos. Todo componía un cuadro de dementes ciegos, dejados al albedrío de su locura. Intentaban entrar en la catedral y se encontraban con las puertas atoradas y una multitud despavorida, que recorría las naves fantasmales, como hangares deshabitados, en busca de salidas. El agua había entrado en el templo, en mareas intermitentes. El lucernario de la cúpula se había roto y entraba a raudales el agua a cielo abierto. Algunas mujeres enlutadas, de rodillas y con los brazos en cruz, frente al altar mayor, acongojadas y exaltadas, rezaban a gritos, interpelando a una divinidad lejana y sorda. Unos hombres a puñetazos, a patadas, a mordiscos, intentaban abrirse paso entre aquella masa, corriendo de un lado para otro, convertidos en fieras salvajes, devueltos a la furia de los instintos primarios.

El nivel del agua seguía subiendo y cubría no sólo la ciudad, sino los campos de la socampana, por donde habían ido las carreteras de Zamora, Valladolid, Madrid y de Portugal, de las que sólo quedaban, como imprecisa referencia, las copas de los negrillos, que habían orlado sus cunetas, y cuyas últimas ramas empezaban a ser cubiertas por las aguas, engrosadas, ya no sólo por la lluvia incesante de los últimos días, sino por ingentes masas de agua que desbordaban los horizontes, como olas gigantes, originadas en las lejanas llanuras del norte. Sobre aquella superficie también se veían flotar, junto a los cadáveres humanos y animales, una heterogénea masa de

muebles, ropas, papeles, troncos de árboles, hojas muertas, ventanas rotas, frutas, jergones, libros, juguetes infantiles, efigies religiosas, un traje de novia, billetes del Banco de España, un cochecito de niño, con sus primorosos vestidos puestos, una mesa patas arriba, arrastrando su mantel de hule, un cabecero de cama, cajones vacíos, la carcasa de un televisor, una jaula con un canario tieso, un pupitre de colegial, un mortero de madera como un cuenco a la deriva, una pella de algodón hidrófilo en rama, manchado de pus y de sangre, una huevera de plástico vacía, con restos de cáscaras de huevo adheridos a las paredes, una peluca femenina rubia desrizada flotando como una medusa loca, una tiara de obispo con las ínfulas serpenteando en las ondas con una alegría fuera de lugar.

(¿De dónde había salido aquella cigüeña africana, ingrávida y solemne, casi impúdica y desde luego ofensiva, que planeaba sobre la ciudad sumergida, ante la mirada atónita y envidiosa de los hombres, que la veían volar, alta y ajena, con la ávida mirada desarbolada, encaramados en los tejados y en las cúpulas de las iglesias, a duras penas, apezuñados como náufragos sobre la débil costra de unos techos, a punto de desmoronarse? ¿Se había extraviado? ¿Buscaba su nido perdido y sus felices días pasados, quizá sus hijos, con el norte equivocado? ¿Trataba de encontrar un descanso, en su camino de retorno a las tierras cálidas del sur? Parecía un remordimiento azul, blanquinegro, en un cielo sin pájaros. Porque los pardales, vencejos, gorriones, abubillas, ruiseñores, golondrinas, palomas, rabilargos, milanos, cucos, urracas, águilas, cuervos, tordos, avutardas, mochuelos, halcones, buitres, jilgueros, todos habían desaparecido durante el primer aguacero y nunca más se volvieron a ver. ¿Adónde van a morir los pájaros? El espacio abierto era un enigma, en el que cabían todas las respuestas y todas las credulidades).

El profesor emérito, al final de todo, se veía condenado a muerte por aquel lago amenazante de orillas encrespadas, que había anegado toda la ciudad. No tenía escapatoria, sin nadie a la vista que pudiera ayudarle, con los cadáveres pasando frente a su atalaya, oyendo los lamentos lastimosos de sus vecinos, recordando los vanos honores de su trayectoria universitaria, la separación de su mujer, el abandono de sus hijos, su último enamoramiento de una muchacha de la Facultad, a la que había renunciado, sintiéndose ridículo. Asomado al mar nuevo, que siempre había echado de menos en Salamanca y que ahora estaba delante de él, misterioso, insondable, acuciante. Ya no pensó en salvarse, sino en morir con dignidad, al modo de Séneca, que tanto había frecuentado en su juventud.

Morir con un libro en la mano, un gesto para la posteridad vacía, como un final a la altura de su biografía, extraviado por los dioses de sus devociones literarias. Era lo suyo, lo que había hecho siempre. Con la conciencia alerta de lo que le estaba

pasando, sin doblegar su voluntad, a sabiendas de que había vivido con la libertad que le permitían sus limitaciones de base, con la cabeza alta, vencido pero no resignado, aguantando el miedo a la muerte, negándose el temblor involuntario de su viejo cuerpo gastado, reuniendo todas sus fuerzas y rebañando lo que le quedaba de fe en la vida, había cogido la Biblia, aunque un resto de confusa lucidez le delató su teatralidad, ante la nada invasora, sin alumnos, sin atentas muchachas que bebieran sus palabras doctorales, solo frente al vacío de aquel mar inmenso, como otras veces, cogió la Biblia, a la que tenía particular debilidad, y buscó, en las páginas del Génesis, como una vuelta a los orígenes, como si estuviera escenificando sus ideas y sus exégesis, a las que tanto tiempo había dedicado, y buscó, aunque se le vino a los ojos, sin buscarlo, el capítulo del Diluvio Universal, que no es que fuera un consuelo, pero podía ser una explicación, un intento de racionalizar lo que estaba pasando, una última coartada profesional de su necesidad de entendimiento, cuando por fin la realidad explicaba los libros, demostraba su utilidad, de la que tanto había dudado en su deambular profesoral, con una fe en la letra impresa, no siempre justificada, pero al fin demostrada, en aquel amanecer opaco, que probablemente sería el último que viviera, como una ironía que nunca se hubiera esperado, con el libro sagrado en las manos, igual que los héroes del Lejano Oeste, que habían encandilado su adolescencia y que morían con las botas puestas, mirando de frente a la muerte que los arrollaba y los metía en la leyenda, supo —sabía— que no era la primera vez que aquello sucedía y que estaba asistiendo a la repetición de un acontecimiento, no tan insólito como se había pensado, y en el capítulo sexto leyó con la emoción de un analfabeto que ensayara la lectura por primera vez, en busca de la aclaración de sus incógnitas, leyó en voz alta, para darle el énfasis sonoro de la verdad a aquellas palabras, que resucitaban en su voz, aquellas palabras que recordaban que, «cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la tierra y tuvieron hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron entre ellas por mujeres las que bien quisieron. Y dijo Yavé: “No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Ciento veinte años serán sus días”». Víctima de los pecados de la carne, por primera vez no entendió la ira de Dios, de la que hablaba la Biblia. ¿Por qué, entonces, creó a Eva? Pero no era esto lo que quería leer, y buscó más abajo y encontró lo que quería encontrar, aquello que dice que: «Viendo Yavé cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra y cómo todos sus pensamientos y deseos sólo tendían al mal, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, doliéndose grandemente en su corazón, y dijo: “Voy a exterminar al hombre que hice de sobre la faz de la tierra; al hombre, a los animales, a los reptiles y hasta las aves del cielo, pues me pesa de haberlos hecho”», Génesis, VI, 1-7.

No encontraba lo que buscaba; pero se lo sabía de memoria. Lo que deseaba encontrar era aquello que dice el Génesis, en el versículo 11 del capítulo VI, sobre que «la tierra estaba llena de violencia». Y se hizo unas cuantas preguntas. ¿A qué

violencia se refería el libro sagrado? Si el Dios bíblico, según el autor o los autores del libro de libros, no estaba condicionado por el tiempo y vivía en un eterno presente, lo mismo se podía referir a la violencia guerrera medieval que a las actuales guerras de mercados. Todas justificarían de sobra las iras celestiales. Aquel diluvio fue inútil y la semilla del mal y de la violencia navegaba en el arca de Noé. No parece sino que los autores del libro querían decir que Dios es incapaz de aprender. Algo falló en la creación del hombre y su proclividad no prevista hacia la violencia. ¿Quería decirnos que se trataba de un autocastigo, de un ajuste de cuentas consigo mismo? El autor del texto, ¿quiso castigar a Dios por su error?, ¿sería el modelo ideal de todos los libros, que cumplirían una función semejante de autopunición?

Y dejó de leer, para contemplar la confirmación de aquellas palabras en su cuerpo, dejado a merced de la voracidad insaciable del mar, que le estaba llegando a los pies. Le pasó por la mente la idea de que un Dios, creado por el hombre, no puede ensayar dos veces el mismo castigo, tan sobrecogedoramente perverso, tan insolentemente injusto, tan obscenamente excesivo. Algo se le escapó al autor. En su sabiduría, progenitor de profetas, ¿no lo pudo prever? Pero siguió leyendo, porque el tiempo se le echaba encima y el agua empezaba a tocarle los tobillos. «Viendo Dios que todo en la tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino sobre la tierra, dijo a Noé: “Voy a arrojar sobre la tierra un diluvio de aguas que exterminará cuanto bajo el cielo tiene hálito de vida. Cuanto hay en la tierra perecerá”», Génesis, VI, 11, 12 y 17. Y, después: «Se rompieron todas las fuentes del abismo, se abrieron las cataratas del cielo, y estuvo lloviendo cuarenta días y cuarenta noches», VII, 11-12. Y después: «Tanto crecieron las aguas que cubrieron los altos montes de debajo del cielo. Quince codos subieron las aguas por encima de ellos. Perecieron cuantos animales se movían en la tierra: aves, ganados, bestias y todos los reptiles que se arrastran por la tierra y todos los hombres, y todo cuanto vivía sobre la tierra seca murió...», VII, 17, 19, 23 y 24.

El profesor se preguntó ¿quién sería el Noé de este diluvio moderno? Porque la intención del autor parecía ser que este hombre mantuviera la semilla sobre la tierra, para que el Dios bíblico no se quedara solo, con el remordimiento de su creación inútil, sin más finalidad que su placer de creador, como el hombre que había escrito aquel texto, el creador del Creador. Al llegar aquí, con el agua cubriéndole ya los tobillos artríticos de sus muchos años, sintió la satisfacción del profesor de Literatura, analizador de textos, perseguidor de significados, que había hallado la clave de su trabajo. Lamentó no tener alumnos. Hubiera sido un tema adecuado para una erudita disertación o quizá para un libro sobre libros. Sonrió y sintió en todo su cuerpo la humedad invasora. La lluvia incesante se confundía con sus lágrimas de alegría y de pena. Con el libro en las manos esperó a que el agua subiera de nivel, sin importarle morir, porque había encontrado la clave de su vida, en el último instante, como dicen que les ocurre a los ahogados.

Comprendió, con el agua por la cintura, el sentido traslaticio de la literatura, el

valor de la Biblia, que sería la culpable de la creación de aquel Dios humano. Había vivido con los libros enseñándole la vida y ahora, como última lección de su ignorancia, la realidad le enseñaba a leer los libros. Vio, con la claridad de la agonía, la explicación de la función deíctica de la literatura, en aquel dedo del apóstol de la *Crucifixión* de Matthias Grünewald, apuntando hacia el Cristo moribundo, señalando, retorizando su gesto, con aquel dedo excesivo, deforme, agrandado por la necesidad de hacer ver, de indicar, de obligar al espectador a mirar lo que debe mirar, subrayado por aquel dedo imposible que se estira, al margen de la anatomía, que crece con voluntad de distorsión, para significar lo que quiere significar, para obligarnos a pensar aquel cuerpo exánime que se contorsiona, colgado de la cruz del tormento, y nos lo subraya con un dedo monstruoso, a sabiendas de que nos va a chocar, porque aquello es lo más importante y para que no tengamos excusas, porque viendo aquel dedo indicador, sobrecargado de información, casi grotesco, no podamos dejar de mirar a aquel hombre en el suplicio, mientras el agua indiferente no dejaba de caer.

La memoria se acaba —se me acaba el papel— sobre aquel mar que agobiaba el horizonte. Pegados al cimborrio de la Catedral Nueva, unos cuantos cadáveres, espantados, agarrados a los relieves de la piedra, como lapas agonizantes, como ropa puesta a secar, insistían en su voluntad de no dejarse arrebatarse por las aguas, que habían empezado a sosegar, desde un cielo que hubiera agotado sus reservas de agua, como si hubiera cumplido ya su función punitiva y purificadora. El silencio apaciguaba la naturaleza acuática, que se había enseñoreado de la tierra. No había pájaros felices, que alegraran el aire, ni niños que despertaran la costumbre de la ternura, ni hormigas ciegas y tenaces vivificando la tierra, ni perros vagabundos, en busca de un destino incierto. No había árboles, que perfilaran el paisaje, ni prados verdes, que suavizaran la mirada, ni caminos inquietantes, ni sombras a su vera, como un alivio. Un silencio, que, a falta de mejor adjetivo, pudiéramos llamar prehistórico, cubría aquel piélago inmenso, como en espera inminente de lo que iba a ocurrir, como si no hubiera ocurrido ya todo lo que podía ocurrir.

Sólo Gredos, a lo lejos, imponente y solitario, erguido y desafiante, más que nunca grandiosa ara de sacrificios, cuando todo se había perdido en aquel mar sin orillas, emergía sobre el agua, predestinado y agreste, con su enorme masa oscura, como un islote metafórico y todavía ejemplar de resistencia y de poder, donde quizás algunos pocos hombres habrían instalado el primer campamento inaugural de una nueva esperanza, de cara al duro invierno que ya se insinuaba por aquellos días y que se presentaba inminente y hostil.

Credenciales

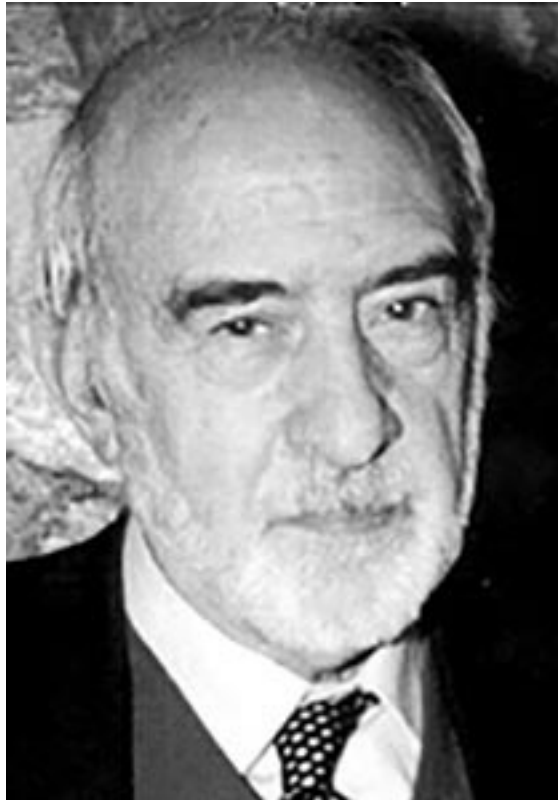
Las citas de la Biblia están tomadas de dos ediciones distintas, la española, de la B.A.C., traducción de Nacar-Colunga, publicada en 1959, y la francesa, de la Société Biblique Française, traducción de Louis Segond, doctor en Teología, del año 1968. Esto explica la diferencia entre la cita de la primera página y las citas del interior del libro sobre el mismo capítulo y versículo. La traducción francesa habla de que «la tierra estaba llena de violencia», y la española de que «la tierra estaba... llena de toda iniquidad», que no es lo mismo, aunque lo parezca. Otras versiones hablan de «maldad», que tampoco es lo mismo. No sé cuál es el verdadero sentido del texto sagrado; pero por razones literarias prefiero, para el título y para el epígrafe, la opción francesa.

Las citas del libro del inglés Patrick Leigh Fermor, *Los violines de Saint-Jacques*, que cuenta el hundimiento de una isla habitada en el mar Caribe, están tomadas de la edición española, de Tusquets Editores, 2006, traducción de Silvia Barbero, que, a lo que alcanzan mis conocimientos, es una excelente versión, además de una buena novela. Y los párrafos entrecorridos de las páginas 196-197 y 202-203 están contruidos con párrafos del *Libro del Desasosiego* de Fernando Pessoa, en traducción de Ángel Crespo, Seix Barral, 1984. En un momento de la narración he deslizado unas palabras de Juan Marsé, que me evitaron el trabajo de tener que pensar.

No es la primera vez que me tienta el tema del diluvio, que siempre me ha encandilado, con los alicientes de sus múltiples significados metafóricos, además de sus valores puramente literarios, a los que hay que añadir ahora la evidente actualidad del tema. Ya en el diario *Pueblo*, en pleno diluvio, el 18 de marzo de 1972, publiqué un relato corto, titulado «Un cuento de primavera sin sol» y apoyado en una frase de Sartre: «El Diluvio ha venido, ¿qué queda por destruir?», en el que brevemente tocaba la historia de un diluvio universal, de página de sucesos. Y mi novela *La piel del tiempo*, 2003, se cerraba con una inundación de Salamanca, en la que las catedrales bogaban en un océano abierto, de gaviotas libres y olor a algas marinas. Tendría que consultar con un psicoanalista para que me interpretara esta obsesión y pudiera quitármela de encima, aunque sea inocua y no le haga mal a nadie, a no ser a mí.

He escrito este libro sin ninguna subvención ni pública ni privada, ninguna casa de seguros me ha concedido ningún tipo de ayudas, ninguna oficina de turismo ha respaldado mi proyecto, ni ninguna institución oficial ha subvencionado mi trabajo. No tengo ningún mamporrero que me saque las castañas del fuego. Me he tirado al agua, y nunca mejor dicho ni más justificado, por mi cuenta y riesgo, como siempre hago, sin saber nadar, ni guardar la ropa. Espero no ahogarme. También yo sé, por propia experiencia, lo que es el diluvio, si no universal, al menos ocasional y particular, de temporada y de consecuencias devastadoras e irreparables, como el

otro. Después de llover siempre escampa, dicen, aunque yo llevo ochenta años esperando que escampe y ni señales.



LUCIANO GONZÁLEZ EGIDO (Salamanca, 1928) es un ensayista, poeta y narrador español. Su labor como novelista ha sido reconocida con el Premio de la Crítica (1995, por su novela *El corazón inmóvil*), el Premio de la Crítica de Castilla y León (2003, por su novela *La piel del tiempo*) y el Premio Castilla y León de las Letras (2004, al conjunto de su carrera literaria y ensayística).

Se doctoró en Filosofía y Letras por la Universidad de Salamanca con una tesis sobre *El Criticón* de Baltasar Gracián. Profesor en la esta universidad, publicó varios trabajos sobre la figura y la obra de Miguel de Unamuno. En Salamanca dirigió la revista cinematográfica *Cinema Universidad* entre 1955 y 1963.² También colaboró con el pseudónimo de Copérnico con el diario *Pueblo*. Inició su carrera como narrador literario a una edad tardía, ya que no publicó su primera novela *El cuarzo rojo de Salamanca* hasta los sesenta y cinco años de edad, en 1993. Con ella inició una prestigiosa carrera como novelista y cuentista, alabada por críticos como Ricardo Senabre, quien ha escrito que las obras de Egido son:

Una de las cimas de la novela española de estos últimos años. [...] En Egido, la prosa y el relato se hallan equilibrados: es un excelente escritor, de precisa y variada riqueza idiomática, y cuenta las historias con un ritmo y una dosificación de los elementos esenciales que excluyen cualquier desfallecimiento.